

SANDRA MIR

STORM

LA TORMENTA PERFECTA



STORM
LA TORMENTA
PERFECTA

Sandra Mir



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*A mi padre.
No te nombro, pero te recuerdo.
Te recuerdo en los días de sol en la playa,
en las risas de mis hijos,
en las lágrimas de mamá...
Solo faltas tú para que esta experiencia sea completa.
T'estimo*

Prólogo

Marzo de 2002, Barcelona

«Esta carretera ha vivido tiempos mejores.»

Aquel fue el primer pensamiento de Paul Davis al coger el desvío que les llevaría de vuelta a casa.

El asfalto de la carretera comarcal estaba tan deteriorado que intentar esquivar los baches era absurdo, y los dos únicos carriles, cada uno en un sentido de la marcha, eran tan estrechos que podrían pasar perfectamente por uno solo. Los contornos del camino habían empezado a desdibujarse por culpa de la lluvia que caía con furia a su alrededor y los árboles que flanqueaban la carretera se mecían furiosos por el viento. El paisaje resultaba tan fantasmagórico que levantó el pie del acelerador y redujo la marcha, y se arrepintió de no haberse detenido en el pueblo que habían dejado atrás hacía apenas unos minutos.

Cada vez más nervioso, maldijo entre dientes en su idioma natal cuando tuvo que dividir su atención entre la tempestad del exterior y la que estaba teniendo lugar a sus espaldas, provocada por su hija mayor.

—¡Pues me da igual lo que digan los resultados! ¡Quiero ir a vivir a otra ciudad y cambiar de escuela! —gritó Samantha rompiendo el tenso silencio del interior del coche. Sabía que estaba comportándose como una histérica, pero a aquellas alturas su frustración era incontenible; más poderosa que su voluntad.

—Sammy, cielo, no seas caprichosa. —Cuando su madre la miró a través

del retrovisor con un ligero reproche tuvo el buen tino de bajar la vista, consciente de que estaba agotando la paciencia de sus padres—. Sabes muy bien que no podemos permitirnos un cambio de escuela si no te dan la beca. Tu colegio tiene un buen nivel académico y estoy segura de que si hablamos con la directora ella nos ayudará a adaptar el programa académico a tus necesidades.

Samantha miró a través de la ventana y por unos instantes su mente se perdió en la salvaje tormenta que les rodeaba. El anochecer se había adelantado debido a los oscuros nubarrones que cubrían el cielo, y la lluvia era tan intensa que el limpiaparabrisas no daba abasto.

—¡Pues a mí me gusta nuestra casita en el campo! —exclamó alegremente su hermana pequeña, Allison, mientras sujetaba su conejito de peluche contra el pecho.

—¡Cállate! —Samantha la fulminó con la mirada—. ¿Qué vas a saber tú, siempre jugando a tus muñequitas?

Se arrepintió de sus palabras en cuanto vio cómo el dulce rostro de su hermana se contraía en un gesto compungido. Sabía que no era justo que su familia pagara las consecuencias de sus problemas, pero últimamente la alegría de su hermana, o de cualquiera a su alrededor, la sacaba de quicio.

—Sam, ¡no vuelvas a hablar así a tu hermana! —la reprendió su padre volviéndose en su asiento con gesto furioso y olvidándose por un instante de la carretera.

De pronto, un intenso haz de luz atravesó el interior del coche, sobresaltándoles a todos.

—¡Paul, cuidado! —gritó su madre, asustada al ver pasar un coche en dirección contraria—. Ahora no es momento para tener esta discusión —dijo nerviosa—. Por favor, Paul, presta atención a la carretera. Ya es peligroso

conducir por aquí de día, no quiero ni pensar qué podría pasar a oscuras y con este aguacero.

A partir de aquel momento un pesado silencio se instaló entre ellos, permitiendo a Samantha sumirse de nuevo en sus pensamientos.

Había puesto todas sus esperanzas en aquellas pruebas; eran la excusa perfecta para dejar todo atrás. Pero cuando aquella misma tarde la directora les había entregado los resultados en su despacho sintió que el mundo se abría bajo sus pies.

No había pasado los exámenes.

La decepción en su rostro debió de ser tal que hasta la directora se compadeció de ella. Al parecer, los revisores habían recomendado que volviese a examinarse al cabo de unos meses, pues tenían la clara impresión de que algún factor externo había condicionado su concentración el día de las pruebas.

Samantha contuvo la risa histérica que luchaba por salir de su garganta. Algún factor externo... Aquellos factores tenían nombres y apellidos. Estaba tan desesperada por cambiar de escuela que el día que pasó las pruebas los nervios la traicionaron. Qué irónico que las razones que la habían motivado a buscar una salida fueran las que después le hicieron fallar en su propósito.

Aquella pesadilla nunca iba a acabar, pensó, sintiendo que su cuerpo empezaba a reaccionar al estrés de las últimas horas. Con la respiración entrecortada, su piel empezó a transpirar y su visión se tornó borrosa. En un gesto instintivo se recogió varios mechones de pelo y comenzó a tirar de ellos con fuerza, cerró los ojos y tomó aire profundamente. De inmediato sintió el familiar tirón; su cabello tenso hasta la raíz, el dolor instantáneo y, a continuación, la calma... Durante varios minutos continuó repitiendo el mismo gesto, recuperando así parte del control que había perdido.

—Es que no entiendo por qué no podemos siquiera planteárnoslo —

insistió con un hilo de voz apenas audible—. Nos han dicho que podíamos volver a repetir las pruebas. Ni siquiera nos harían pagar. Si las pasara, podría solicitar la beca, y yo sé que, si me esfuerzo, puedo mejorar mis resultados. De verdad, os prometo que estaré todo el verano preparándome para los exámenes —suplicó.

—Sam, la decisión está tomada, así que para de una vez y déjame conducir tranquilo —siseó su padre sintiendo que estaba llegando al límite de su paciencia.

Indignada por la indiferencia de su padre, Samantha sintió que la rabia crecía en su interior y se apoderaba de todo su cuerpo, corriendo feroz por sus venas hasta ofuscar sus pensamientos.

Tenía ganas de gritar, de pegar a alguien, de romper algo. ¿Por qué se negaban siquiera a considerarlo? ¿Acaso no veían que estaba sufriendo, que necesitaba que la sacasen de aquel infierno?

Quería llorar, hacerse un ovillo sobre su cama y que su madre la abrazara y le acariciase suavemente el cabello; que su padre la protegiese y le prometiera que todo iba a salir bien, como cuando era pequeña. Pero ya no era tan niña y la vida se había encargado de demostrarle que las dulces promesas de mamá y papá no siempre se cumplían.

La ira ganó finalmente la batalla que se estaba librando en su interior y estalló. A lo grande.

—¡No os entiendo! ¿Tan poco me queréis? ¡No os estoy pidiendo ningún sacrificio!

—¡Basta ya, Samantha! —Su padre golpeó el volante con rabia—. ¡Te estás pasando de la raya! ¿Se puede saber a qué viene tanta insistencia? ¡No eres más que una mocosa consentida! ¿¡Qué sabrás tú de sacrificios!?! —Se giró de nuevo en su asiento y la encaró. La decepción en sus ojos fue como una bofetada que la dejó paralizada en el sitio—. No entiendo qué está

pasando contigo —añadió él con un tono que traslucía el agotamiento que sentía—. ¿Desde cuándo te has vuelto una niña tan irrespetuosa y caprichosa? ¿Qué te pasa? —Su voz se llenó de frustración mientras echaba un rápido vistazo a la carretera antes de volver a poner la atención en su hija—. Quizá seas más inteligente que los demás niños de tu edad, pero eso no te da ningún derecho a juzgar y opinar sobre todo lo que sucede a tu alrededor. ¡Sigues siendo una niña de doce años, y nosotros, tus padres!

Los ojos de Samantha se anegaron de lágrimas al escuchar las palabras de su padre; era un hombre tranquilo y pacífico y jamás le había levantado la voz. Sintió que algo se rompía en su pecho al darse cuenta de la situación a la que estaba llevando a su familia. Ya no podía más, odiaba pelearse con ellos y le mataba ver la decepción en sus ojos.

No recordaba cuántas veces en el último año había querido explicarles todo por lo que estaba pasando. La sola idea de mantener aquella conversación con sus padres le provocaba alivio y congoja a la vez. Deseaba poder sincerarse con ellos, liberar parte de la tristeza y el dolor que parecían ser una constante en su vida desde hacía casi dos años, pero en el último momento siempre se acobardaba y callaba, temerosa de que la juzgasen y considerasen culpable de sus propias circunstancias, que le quitaran importancia al asunto o, lo peor de todo, que no la creyesen.

«¿Y si te creen?», se preguntaba constantemente. Quizá entonces sus padres entenderían por qué para ella eran tan importantes aquellas pruebas.

Lanzó un profundo suspiro, agotada de tanta indecisión. Aunque deseaba avanzar y dejar aquella pesadilla atrás, siempre acababa estancada en el mismo sitio, con los mismos miedos.

—Lo siento, papá, no quería faltáros al respeto. —Y por milésima vez, volvió a armarse de valor y tomó aire antes de empezar a hablar—. Hay algo que necesito explicaros...

Su confesión se vio interrumpida por el resplandor de un relámpago, que durante unos preciados segundos iluminó el paisaje a su alrededor. Pero la tregua duró poco. En el tiempo de un latido, se escuchó el estruendo de un trueno, tan fuerte que hizo temblar la estructura del coche bajo sus pies, y un rayo descargó su furia a escasos metros de distancia, partiendo en dos uno de los árboles que se erguían a un lado del camino. Sin apenas tiempo para reaccionar, los pasajeros del vehículo solo pudieron observar con incredulidad cómo una de las mitades del tronco se precipitaba hacia la carretera para acabar bloqueándoles el camino.

Samantha contuvo el aliento... contuvo el aliento cuando su padre dio un brusco volantazo y pisó el freno hasta el fondo, pero el asfalto estaba tan encharcado de agua que ni el mejor sistema de frenos podría haber detenido la inercia del coche.

Oyó el impacto del coche contra el tronco antes de sentirlo en todo su cuerpo. Su cinturón se bloqueó con un golpe seco que la retuvo en su asiento, aunque no pudo impedir que su cabeza bamboleara como si fuera una muñeca de trapo.

Durante aquellos segundos de desconcierto imágenes borrosas del interior del vehículo se entremezclaron con los recuerdos de aquella noche en la que su padre, acurrucado a su lado en la cama bajo las mantas, trataba de calmar su temor a las tormentas explicándole cómo se podía averiguar lo cerca que se encontraba una. Habían esperado juntos hasta ver la luz de un nuevo relámpago atravesar el oscuro cielo y entonces ambos habían contado en voz alta los segundos que transcurrieron hasta que el retumbar del trueno sonó. Con una sencilla división su padre averiguó a cuántos kilómetros de distancia estaba el ojo del huracán.

Justo antes de perder el conocimiento Samantha pensó que aquella noche la tormenta se encontraba muy, muy cerca...

PRIMERA PARTE

*Quince años después, Escuela Técnica Superior
de Arquitectura, Barcelona*

Samantha releyó por enésima vez el email que le había llegado hacía apenas una hora y que seguía abierto en la pantalla de su Mac. Las mismas palabras saltaban una y otra vez ante sus ojos: «Proyecto de arquitectura en Nueva York. Concurso para la celebración del 50 aniversario del Premio Pritzker».

«¡Dios mío, un Pritzker!», pensó emocionada. Era el premio más valorado en el mundo de la arquitectura, considerado como el Nobel del sector y el máximo honor que cualquier arquitecto podía recibir. Normalmente se otorgaba como reconocimiento a la trayectoria de un arquitecto o estudio de arquitectos, por tanto, se solían valorar obras ya finalizadas. Sin embargo, aquel año la Fundación Hyatt, patrocinadora del premio, había decidido tirar la casa por la ventana y celebrar sus cinco décadas con la convocatoria de un concurso en el que se debían presentar proyectos de obras arquitectónicas todavía no edificadas... ¡y Matt le estaba ofreciendo la oportunidad de formar parte de su equipo!

Una nueva explosión de alegría y excitación le aceleró el pulso, pero enseguida un fuerte nudo de aprensión le oprimió la boca del estómago, devolviéndola al punto de partida. El vaivén entre la euforia y el pánico de aquella última hora la tenía exhausta y mareada.

En su email, Matt le explicaba que su despacho de arquitectos ya había

presentado su candidatura y que el plazo para presentar el anteproyecto acababa a finales de noviembre. Una vez recibidas, todas las candidaturas serían sometidas a un jurado de expertos que, tras una intensa y pormenorizada valoración, elegiría a tres finalistas que serían anunciados antes de Navidad. Estos deberían entonces preparar la propuesta completa del proyecto que se presentaría a finales de abril del siguiente año.

Al parecer el jurado que elegiría al ganador estaría compuesto por figuras prominentes de la sociedad neoyorquina además de los expertos encargados de la primera criba, y entre todos decidirían quién sería el afortunado en recibir el premio: un millón de dólares, concedido como inversión para llevar a cabo la construcción de la propuesta ganadora.

Era el sueño de cualquier arquitecto hecho realidad, y ella, técnicamente, lo era. Pero su experiencia jamás había salido de las cuatro paredes de un aula.

Por norma general le resultaba muy sencillo tomar decisiones. Su mente analítica estaba acostumbrada a organizar datos, evidencias y observaciones, llegando con bastante facilidad a conclusiones objetivas y argumentadas. Durante ese proceso inconsciente se aseguraba de que sus emociones siempre quedasen a un lado, así evitaba sesgos inoportunos. El problema era que aquel día, por más que lo intentaba, no conseguía deshacerse del hormigueo en el estómago ni calmar los frenéticos latidos de su corazón.

Revisó los detalles económicos de la propuesta forzándose a considerar el máximo de variables objetivas. Aunque el dinero no era su motivación principal, podía ayudar a decantar la balanza de su indecisión; Matt le ofrecía un salario muy atractivo y, además, si el proyecto resultaba ganador, cada miembro del equipo recibiría una gratificación valorada en un 5 por ciento del premio.

Se reclinó contra la silla y trató de recobrar el aliento que había estado conteniendo sin apenas darse cuenta.

Se sentía totalmente sobrepasada por la situación y por las sensaciones que aquel email había despertado en ella. El burbujeo en su pecho no desaparecía, y tampoco lo hacía la aprensión, pues, por mucho que la idea de embarcarse en aquella aventura la atrajese, cada vez que se planteaba seriamente aceptar, su mente la bombardeaba con todas las razones por las que hacerlo sería una terrible idea, y se bloqueaba.

Absorta en sus pensamientos, extendió la vista a través de la ventana de su despacho y a lo largo del campus de la universidad. Aunque el nuevo año académico todavía no había comenzado, los jardines del recinto estaban repletos de los estudiantes que durante aquel mes se presentaban a los exámenes de recuperación, y que en aquellos momentos disfrutaban del calor de los últimos días de verano.

Resopló con frustración al notarse tan dispersa y decidió que lo mejor que podía hacer era buscar una segunda opinión, objetiva y desinteresada, y conocía a la persona perfecta para ello.

Cerró el portátil con renovada energía y recogió una copia del email de la impresora. Tras cerrar con llave la puerta de su despacho se fue directa al de Alan, que se encontraba en el ala opuesta a la suya, pasillo abajo. Nadie como él para poner la situación en perspectiva y ayudarla a tomar una decisión.

Por el camino saludó a algún que otro profesor y más de un alumno despistado, aunque su mente seguía divagando sobre los pros y contras de aceptar la propuesta.

Para empezar, dudaba de que la universidad pudiese encontrar un profesor que la sustituyese con tan poco tiempo de preaviso; estaba especializada en un campo muy específico, y no abundaban docentes con su perfil. Además, Matt le había dado solo quince días para tomar una decisión y viajar a Nueva York.

También estaba el tema de Alan; aunque salían juntos desde hacía más de

un año, hacía tan solo un mes que su relación había tomado un nuevo rumbo cuando él le propuso matrimonio y ella, literalmente, no supo qué responderle. Desde entonces él seguía esperando una respuesta que ella todavía no se sentía preparada para dar, y temía que la perspectiva de una separación de siete meses acabaría con la tregua que Alan le había dado.

Pero sin duda la razón más importante de todas era que por fin había encontrado su lugar y se sentía feliz donde estaba. ¿Por qué cambiar una vida que funcionaba, que le aportaba paz y estabilidad? Le gustaban su rutina y sus hábitos; su círculo de amigos era pequeño pero fiable, tenía una buena relación con su familia y disfrutaba siendo profesora. Vivía sin sobresaltos, y si algo sabía seguro era que si se marchaba a Nueva York estaría lanzando por la borda toda aquella tranquilidad.

—¡Sam! Justo ahora iba a buscarte a tu despacho. ¿Ya estás lista para irnos? —La voz de Alan la trajo de vuelta a la realidad.

—¿Irnos? ¿Habíamos quedado hoy?

—Sí, cielo. —A Samantha no le molestó su tono condescendiente, pues siempre mostraba una paciencia infinita con sus despistes—. ¿Recuerdas la cena que tuvimos que cancelar la semana pasada?

—¿La pospusimos para hoy? Lo había olvidado por completo —murmuró para sí misma—. ¿Nos quedaremos hasta muy tarde? —Alan torció el gesto ante su poco entusiasmo—. Lo siento, es que había quedado con Allie que cenaríamos juntas para que me explicase cómo ha ido su visita de hoy. Parece que tiene buenas noticias.

Alan cerró su despacho con gesto malhumorado y se mantuvo en silencio todo el camino hasta el aparcamiento del campus donde les esperaba su nuevo y flamante BMW. Mientras tanto ella trató de distraerle explicándole con entusiasmo los grandes avances de su hermana en las últimas sesiones de rehabilitación, pero a él no podía importarle menos en aquellos momentos.

—Sam, si no te conociera tan bien pensaría que estás evitando a propósito pasar tiempo a solas conmigo —le dijo él tan pronto entraron en el coche—. Ves a tu hermana cada día en casa y estoy seguro de que podéis esperar hasta mañana. Tú y yo, en cambio, hace más de un mes que no nos vemos a solas y tenemos que hablar.

Samantha tragó saliva y se removió inquieta en su asiento al escuchar sus últimas palabras. Sonaban a ultimátum y, aunque no le gustó el tono, entendió que no tenía más excusas para posponer aquella conversación y darle por fin una respuesta. El problema era que ella seguía igual de confusa que aquella noche cuando Alan le lanzó su propuesta de matrimonio, todo había que decirlo, de la forma más inusitada.

Como el hombre racional que era, Alan se dedicó a exponer todas las razones lógicas por las que un matrimonio entre ellos era la decisión más acertada y se atrevió a sugerir que no tardasen en celebrar la ceremonia, pues tras un año de relación su compromiso ya estaba consolidado.

Aquel discurso la pilló desprevenida y, por qué no admitirlo, también la dejó fría. Aunque no se consideraba una mujer romántica, jamás imaginó que el hombre de su vida le pediría matrimonio de una forma tan pragmática e impersonal.

Se sentía a gusto con él, sí, pero en ningún momento se le había pasado por la cabeza plantearse un compromiso más serio que el que tenían. Aquella noche fue incapaz de darle una respuesta y solo pudo reaccionar pidiéndole algo más de tiempo para hacerse a la idea de dejar la casa de sus padres y trasladarse a Granollers, una pequeña ciudad a unos treinta kilómetros de Barcelona, a vivir con él.

Desde entonces no habían vuelto a hablar del tema y a ella ya le había ido bien, pues se sentía más confusa con aquel asunto que con la propuesta de Matt.

Samantha se frotó la frente y se maldijo por su estupidez y egoísmo. Debía tomar una decisión, él se lo merecía. ¿Qué le estaba impidiendo dar el paso definitivo? Por más vueltas que le daba no encontraba razones de peso para sus dudas, y se negaba a pensar que su indecisión fuera fruto de la absurda fantasía de una niña que soñaba con su príncipe azul. Con independencia de la poco ortodoxa propuesta de matrimonio de Alan, lo que debía considerar a la hora de valorar su petición era el tipo de persona que era y cuánto bien le había hecho. Alan era un hombre paciente y considerado, sereno y maduro para su edad, además de muy inteligente. Aquellas cualidades que le atrajeron de él desde un principio le habían llevado a ser el catedrático más joven de la Universidad de Arquitectura, con tan solo treinta y nueve años.

—Ya hemos llegado.

El cartel del restaurante apareció a su derecha y Alan redujo la marcha para entrar al aparcamiento. Samantha tomó una profunda bocanada de aire y cerró los ojos con aprensión.

Había llegado el momento.

* * *

Al final toda su inquietud resultó innecesaria.

Desde que se habían sentado a la mesa, Alan no había dejado de hablar sobre su carrera profesional. Al parecer el señor Montenegro, actual rector de su universidad, se había acercado a él hacía unos días tanteándole sobre su interés en presentarse a la plaza de rector que él dejaría vacante tras su jubilación al finalizar el curso que estaba por comenzar. Según Alan, el rector le había dejado entrever que apoyaría su candidatura, lo que le daría ventaja respecto al resto, pues, como rector saliente, su voto tenía especial relevancia en el Comité de Evaluación.

Alan se había pasado toda la cena explicándole los pormenores de la nueva posición y el prestigio que daría a su currículum haber alcanzado la posición más alta en la universidad antes de los cuarenta. Samantha se sentía feliz por él; si había alguien que se mereciera ese puesto sin duda era él, pero estaba agotada, mental, física y emocionalmente, y no veía la hora de cerrar la velada y volver a casa para echarse a dormir.

Se llevó la mano a la boca y disimuló un bostezo mientras echaba un rápido vistazo a su reloj de pulsera. Era pasada medianoche.

—Una vez que asuma el cargo de rector mi agenda va a ser una locura. Seguro que voy a tener que dedicar muchas horas hasta ponerme al día —planeaba Alan dando ya por hecho que el puesto sería suyo. Samantha no podía dejar de admirar la seguridad en sí mismo que tenía—. Por eso he pensado que lo mejor es que nos casemos antes de que acabe el año académico, así la planificación de la boda no afectará a mi rendimiento en el nuevo cargo.

El delicioso *coulant* de chocolate de Samantha quedó suspendido en el aire. Confusa, frunció el ceño mientras dejaba la cucharita intacta sobre el plato. No debía de haberle entendido bien. ¿Alan estaba hablando de la planificación de su boda? ¿De ellos dos?

—Alan... —Se limpió con la servilleta la comisura de los labios, ganando tiempo para decidir cómo abordar aquella conversación que, ahora sí, era inevitable—. Sobre el tema de la boda... Me gustaría que me dieras algo más de tiempo antes de darte una respuesta definitiva.

La confusión en el rostro de Alan la sorprendió, pero no tanto como lo que le dijo a continuación:

—Cielo, nuestra relación es lo suficientemente madura como para que esas formalidades sobren. Llevamos más de un año juntos, estamos a gusto el uno con el otro y compartimos intereses y aficiones, lo demás son solo trámites.

Aunque estaba acostumbrada a su tono de suficiencia, en aquel momento Samantha tuvo deseos de estrangularle. Estaban hablando de su vida en común, de su futuro, una decisión que la marcaría para siempre, y que no iba a permitir que nadie tomase por ella.

—En su día te pedí algo de tiempo para responderte —le recordó tratando de controlar la irritación que iba creciendo en su interior—. No se trata de ningún formalismo, realmente quiero pensar bien mi decisión.

El gesto de Alan, normalmente impasible, se tensó, y un profundo sonrojo cubrió sus mejillas pulcramente afeitadas, síntoma inequívoco de cuán molesto estaba con aquel giro inesperado de la conversación.

—El matrimonio es un compromiso de por vida e implica muchos cambios —insistió ella tratando de apaciguarle y justificándose a la vez—. Necesito meditarlo bien y sentir que una vez que dé el paso, todos los demás aspectos de mi vida encajarán.

—¿Qué otros aspectos? —preguntó él soltando una seca carcajada—. Aparte de mí y de tus clases en la universidad, ¿qué otros aspectos tienen que encajar?

Se estremeció al escuchar sus hirientes palabras. No reconocía al hombre agresivo e irrespetuoso que tenía delante y, por primera vez, sintió auténtico rechazo hacia él.

Hacía muchos años que se había prometido que nunca más permitiría que nadie la menospreciase de aquella manera. Recordando la razón por la que había ido a buscarle aquella tarde a su despacho, se agarró a aquel argumento para demostrarle a él, y también a sí misma, que en su vida existía algo más que su novio y sus clases en la universidad.

—Esta mañana he recibido una propuesta de Matt para colaborar con su despacho de arquitectos en un proyecto que quieren presentar a concurso, en

Nueva York, y estoy considerando aceptar —dijo de sopetón, decidida a no dejarse intimidar.

—¿Un proyecto en Nueva York? ¿Con Matt? ¿Matt Sullivan? —preguntó con gesto incrédulo.

—Sí, el mismo.

—¡Puf! Le recuerdo, se pasó todo su sabático metiéndote en la cabeza ideas absurdas sobre dejar la docencia y sacar partido a tu potencial. —Se burló Alan entrecomillando con un gesto de sus dedos la palabra «potencial»—. ¿Y se puede saber por qué te quiere a ti cuando debe de haber cientos de arquitectos con más experiencia en su país?

Ella cerró los puños sobre su regazo y sintió una opresión en el pecho que le impidió responder, descolocada por el lado tan poco atractivo que estaba descubriendo de su novio aquella noche. ¿Era mucho pedir que le mostrase algo más de confianza y apoyo?

—Matt cree que mi enfoque de la domótica doméstica es innovador y siempre me dijo que tenía muy buenas ideas para integrar obras arquitectónicas en cualquier entorno. Cree que puedo aportar un toque diferencial respecto al resto de los participantes —le argumentó con voz tensa.

—¿Me quieres decir que allí no habrá expertos en domótica o en arquitectura bioclimática que puedan hacer lo mismo y mejor?

Su absoluta desconfianza le cayó como un jarro de agua fría. Esperaba que le contraargumentase, que la ayudara a cuestionarse cada decisión desde todos los ángulos posibles, pero no... aquello. Por una vez era a ella a quien le sucedía algo interesante y había esperado que la apoyase igual que ella siempre había hecho con él.

Se dejó caer sobre el respaldo de la silla y lanzó la servilleta sobre la mesa, derrotada.

—Cielo, solo digo que Matt no te conoce tan bien como yo. —Alan le dirigió una sonrisa conciliadora—. A pesar de tus títulos en arquitectura, domótica y tecnologías de la información, nunca has trabajado en una empresa privada y dudo que estés preparada para enfrentarte a la panda de tiburones que hay ahí fuera. Tú estás hecha para el mundo académico, con tus libros y tus estudiantes. Te mueves bien en la teoría, pero no eres una mujer de emociones fuertes... Tú ya me entiendes. —Le guiñó un ojo para acompañar la gracia, pero a ella aquello le sentó como una bofetada—. No me quiero ni imaginar qué nivel de presión y estrés tendrán si el proyecto se va a presentar a concurso. Además —añadió con un puchero—, te echaría mucho de menos.

A pesar de las malas formas y las bromas pesadas, Samantha no tuvo más remedio que considerar detenidamente sus palabras, pues sabía que en el fondo Alan tenía razón. ¿Qué pintaba ella tan lejos de casa, ejerciendo de experta en una empresa privada, cuando todo su conocimiento se basaba en libros y teoría y sus ideas eran solo producto de su imaginación?

Además, jamás había puesto un pie fuera de las paredes de un centro docente, y solo pensar en los tejemanejes del mundo empresarial le provocaba dolor de cabeza.

«Pero yo nunca he engañado a Matt sobre mis capacidades o experiencia», se recordó, y aun así estaba apostando por ella, cosa que su novio era incapaz de hacer.

Una voz en su interior la empujaba a decir que sí, asegurándole que era capaz de hacer lo que se propusiera, pero otra más poderosa volvía a sepultar su confianza, recordándole todas las razones por las que no debía aceptar, llevándola de nuevo al punto de partida.

Había ido en busca de Alan para conseguir un punto de vista objetivo y eso era lo que había recibido; no podía culparle por decir lo que opinaba, y sabía

que sus argumentos eran del todo válidos. Que le doliese su falta de confianza era una emoción que se encargaría de digerir en su momento, pero no podía permitir que nublase la realidad.

—Seguramente tienes razón —aceptó ella con el corazón encogido, dando por terminada la conversación.

* * *

La impertinente melodía de la alarma del móvil arrancó a Samantha de un profundo sueño. Gruñendo y con los ojos casi cerrados, se arrastró como pudo hasta la cómoda donde siempre dejaba el teléfono, lo más alejado posible de la cama para obligarla a levantarse, y buscó a tientas la tecla hasta detener el sonido. Aunque todavía estaban en septiembre, el otoño andaba cerca y por las mañanas había comenzado a refrescar, así que volvió corriendo a la cama y se acurrucó bajo la ligera colcha, arremolinándola alrededor de su cuerpo para conservar algo de calor como si fuera un gusano de seda.

Estaba muerta de sueño. La noche anterior le había costado conciliar el sueño, pues no había parado de darle vueltas a su conversación con Alan, y cuando por fin se durmió, cayó en un sueño intranquilo.

Nada durante la cena había resultado como esperaba: el malentendido sobre la boda, la reacción de Alan cuando le explicó el proyecto del Pritzker y el incómodo silencio que siguió durante la vuelta a casa. A pesar de haber llegado a la conclusión de que no estaba preparada para viajar a Nueva York, el mal ambiente entre ellos había continuado. Se habían cruzado líneas que hasta entonces ni siquiera pensó que existieran y, al menos ella, tenía mucho que reflexionar.

Decidida a no malgastar su mañana libre, se levantó y siguió su rutina

matutina que incluía ducha y café. Mientras esperaba que se calentase el agua de la cafetera revisó su correo electrónico y vio que Matt había vuelto a contactarla la noche anterior; estaba ansioso por conocer su respuesta.

Suspiró en un intento por aliviar el peso que sentía en el pecho, pues tenía la desagradable sensación de que estaba a punto de rechazar la oportunidad de su vida, y le dio a la tecla de responder.

No tenía ningún sentido retrasarlo más.

* * *

—Tienes que ir —la animó su hermana, toda emocionada.

—La decisión está tomada, Allie. Aceptar esa propuesta hubiera sido un error por millones de razones.

—Pero ¿qué dices? ¡Sería la decisión más acertada que nunca habrías tomado! ¡Estoy convencida de que conseguirías que vuestro proyecto ganase el premio! ¿Imaginas cómo será la gala de entrega de premios? —Una mirada soñadora apareció en sus preciosos ojos y Samantha supo que ya se había perdido en su mundo de fantasía y romance—. Seguro que todos los asistentes irán vestidos de etiqueta, así que tú te pondrías un vestido espectacular que dejaría boquiabiertos a todos y...

—¡Para, para! —exclamó divertida—. ¡Pero qué imaginación más fructífera tienes! ¡No me extraña que te dediques a escribir *fan fiction* en Waypat o como se llame ese sitio web!

—Se llama Wattpad y, para que lo sepas, tengo miles de seguidores —se pavoneó Allie mientras se daba los últimos retoques de maquillaje frente al espejo—. Pero no me cambies de tema. Te lo digo en serio, Sammy, esta es la oportunidad que siempre has soñado. ¿Qué te impide aceptarla?

—Los sueños son sueños, Allie. No siempre podemos hacerlos realidad —

respondió resignada.

Allison se volvió sobre el taburete del tocador y la miró como si le hubiesen salido cuernos.

—¿Pero tú te estás oyendo? ¡Pareces una vieja desahuciada a las puertas de la muerte! Solo tienes veintisiete años, hermanita. ¡Y toda una vida por delante para experimentar y vivir miles de aventuras!

Samantha sonrió y le dirigió una mirada llena de cariño.

La filosofía de vida de Allison era envidiable; con tan solo diecinueve años tenía muy claras cuáles eran sus prioridades para ser feliz. Aunque las circunstancias la habían convertido en una luchadora a muy temprana edad, no tenía duda de que su personalidad optimista y su interminable energía habían sido claves para superar las lesiones que sufrió durante el accidente de tráfico hacía ya quince años. El proceso de recuperación fue largo, duro y muy frustrante, pero Allie jamás se rindió, al contrario, supo sacar partido de cada experiencia, y salió más madura y fuerte que nunca.

—Eso te lo dejo a ti, cariño —le respondió con dulzura mientras le difuminaba el colorete con los pulgares sobre sus preciosas mejillas.

Su hermana la sujetó de las muñecas, con la seriedad y la tristeza reflejada en sus despiertos ojos color avellana.

—No digas eso —musitó—, tú también tienes derecho a ser feliz. —En momentos como aquellos, excepcionales, sus papeles se invertían y era Allison, ocho años menor que ella, quien la cogía de la mano y la obligaba a no rendirse—. Dame una buena razón para no ir.

—Allie... —Se apartó de ella, frustrada e incómoda por su insistencia, pues ella misma se había cuestionado mil veces su decisión en las últimas horas—. Tengo un trabajo que no puedo dejar de la noche a la mañana y, además, está Alan. No puedo posponer durante más tiempo el tema de la boda, y luego estáis vosotros. No quiero marcharme lejos hasta que tú hayas empezado las

clases, y sabes que papá está delicado desde el ictus. Si necesitaras a alguien que te acercase a la Universidad, quisiera encargarme yo...

—Sigo sin oír ninguna buena razón —la interrumpió dirigiéndose con paso fluido hacia el armario para recoger su chaqueta. Samantha sonrió orgullosa al comprobar la fantástica recuperación de su hermana—. Primero, seguro que en tu uni tienen profesores suplentes para estos casos. Dos —señaló con su mano—: mis clases van a ir genial, yo me encuentro fantástica y no te necesito de niñera, ni de chófer ni de nada que se le parezca. Y... —dijo elevando la voz al ver que Sam iba a replicarle—, ya sabes qué opino de tu relación con Alan.

Allison, romántica por naturaleza, y con la brutal honestidad que la caracterizaba, había sido muy explícita al decirle qué opinaba sobre su novio, y se negaba a aceptar que la seguridad, el respeto y el cariño que se tenían ambos fueran razones suficientes para continuar juntos en una relación.

—Cariño, no todos entendemos el amor de la misma forma. Me siento bien con él, nos comprendemos y complementamos, y me ha sido de mucha ayuda a la hora de tomar esta decisión. Me ha hecho comprender que aceptar ese proyecto es como pedir a gritos meterme en problemas, el cambio sería demasiado brusco en mi ordenada vida y ya me siento bien donde estoy.

Allison se paró en seco y la miró fijamente.

—Samantha, eres la persona más inteligente, brillante y generosa que conozco, y ¡estoy hasta las narices del gilipollas de Alan! Me duele ver cómo te infravaloras y te limitas por miedo a no sé qué. ¿Por qué sigues rodeándote de personas que aumentan tus inseguridades y se aprovechan de ellas?

—Te equivocas. Alan me conoce, y precisamente por eso es por lo que valoro tanto su opinión y consejos. Sé que quiere lo mejor para mí.

—¡Y una mierda! Alan es un gilipollas egocéntrico que siente un placer íntimo y retorcido en tener a alguien tan maravillosa como tú sometida a su

opinión y prisionera de sus inseguridades. Si de verdad te quisiera te habría apoyado al cien por cien en lo de Nueva York. ¡Yo sé cuánta ilusión te hace! Si tanto te conoce, ¿por qué te convence de que renuncies a tus sueños?

Samantha se tensó al escuchar sus palabras y un escalofrío de inquietud la hizo temblar al permitir que la obvia antipatía de su hermana hacia su novio calase en su mente y la hiciese cuestionarse sus consejos desinteresados. Enfadada consigo misma por dudar de él y dejar que la opinión romántica e inmadura de su hermana sobre el amor la afectase, decidió dar aquella conversación por terminada.

—No te pido ni espero que estés de acuerdo con mis decisiones, pero Alan es la persona con la que a día de hoy mantengo una relación, y solo te pido que le respetes. —Los ojos de Allison brillaron con lágrimas de rabia contenida, pero, por una vez, se mantuvo en silencio—. Y sobre la propuesta... La decisión ya está tomada. Además, he enviado mi respuesta a Matt hace apenas una hora, así que ya no hay vuelta atrás.

Octubre de 2017, Nueva York

Con la mejilla pegada a la ventana del taxi, Samantha contemplaba boquiabierta los imponentes rascacielos que la rodeaban, tan altos que sus ojos no alcanzaban a ver dónde acababan. Estaban en plena hora punta, así que el taxi que la había recogido en el aeropuerto circulaba a muy poca velocidad, dándole la oportunidad, sin pretenderlo, de disfrutar de su primera visita turística y admirar la ciudad a sus anchas.

Todavía no se podía creer que estuviese cruzando Manhattan, camino del apartamento que, en breve, compartiría con su mejor amiga: Jules.

Se reclinó contra el asiento y sonrió mientras observaba todo a su alrededor: taxis, tiendas ambulantes, cafeterías y hoteles; el característico vapor saliendo de la profundidad de la tierra en medio de las calles y una mezcla de lo más variopinta de gente yendo de aquí para allá a toda prisa. Todo le resultaba familiar, pero nuevo y muy extraño a la vez, y aunque apenas llevaba una hora allí, su instinto le decía que le iba a encantar aquella ciudad; Nueva York transmitía una energía vibrante que no dejaba indiferente a nadie.

El estómago le dio un vuelco al recordar la locura en la que se había embarcado, y su rostro perdió ligeramente la sonrisa al recordar la razón que la había hecho replantearse su decisión.

Todo había ocurrido unos días después de haber respondido al email de

Matt, cuando escuchó por casualidad una conversación entre sus padres mientras desayunaban en la cocina.

—Ya has oído lo que te ha dicho el médico, Paul. Tienes que bajar el ritmo —le dijo su madre a su padre con voz temblorosa.

—Estoy bien. —Le dio unas palmaditas suaves en la mano y sonrió para tranquilizarla—. Solo ha sido un susto. El hormigueo ya ha pasado.

—Esta vez —respondió—. ¿Y si la próxima no llegamos a tiempo?

—Sabes que todavía no me puedo jubilar, *little rose*.

A Rosa se le encogió el corazón al escuchar el apelativo cariñoso con que la llamaba siempre que la veía preocupada. No podía perderle, pensó arrastrando la silla más cerca de él para abrazarle.

—Busquemos otra solución... Hablemos de nuevo con el banco, quizá si les presentamos los informes médicos revisarán las condiciones de la hipoteca...

Paul rio con suavidad ante la ingenuidad de su mujer, y la apretó fuerte contra su pecho cuando notó que ella temblaba entre sus brazos.

—Estaremos bien, *my dear*. Somos una familia de luchadores, ¿recuerdas?

Samantha escuchó el intercambio entre sus padres con un nudo en la garganta y las lágrimas deslizándose por sus mejillas. Estaba emocionada por el amor que se respiraba en cada una de sus palabras, pero también destrozada al comprender que sus padres se encontraban atrapados en una trampa de difícil solución.

El accidente que habían tenido tantos años atrás dejó a su hermana pequeña sin movilidad en las piernas. Los médicos del hospital público donde la atendieron la sentenciaron de por vida a estar postrada en una silla de ruedas, pero sus padres jamás se rindieron. Buscaron segundas y terceras opiniones hasta dar con un equipo de profesionales especializados en lesiones de médula que, por primera vez desde aquel fatídico día, les dio esperanza.

Entonces se les presentó un nuevo problema: el coste de las operaciones, la rehabilitación y el cambio de casa para facilitar la movilidad de Allison eran demasiado altos, y el salario de un profesor no daba para cubrirlos, así que tuvieron que negociar una segunda hipoteca sobre la nueva casa y dejar como garantía la tienda de objetos de regalo de su madre. Su padre también aumentó el número de clases para poder cubrir el salario que su madre dejó de llevar a casa, pero, con el tiempo, el esfuerzo y sacrificio de toda la familia dieron sus frutos y Allison volvió a caminar.

Superado el mayor reto de todos, solo les quedaba la deuda con el banco, que les exprimía la vida a sus padres a base de intereses, y no permitía a su padre pedir la jubilación que tanto necesitaba.

Ser testigo de aquella conversación, de la impotencia y dolor de sus padres dio a Samantha el empujón que necesitaba para tomar una decisión; tenía en sus manos la posibilidad de saldar aquella deuda. Si aceptaba la propuesta de Matt y se esforzaba al máximo, podía conseguir el dinero que les daría la libertad a sus padres.

Tenía la mayor motivación del mundo para ganar aquel concurso, así que allí estaba, al más puro estilo Gene Kelly, llegando a aquella loca ciudad con un saco lleno de temores e ilusiones, pero con un objetivo muy claro que estaba decidida a conseguir.

* * *

Samantha se enamoró del apartamento de Jules tan pronto cruzó la puerta. Un gran ventanal de cuatro hojas en el salón atrajo su atención de inmediato, así que dejó la maleta y el bolso en la entrada y se acercó hasta allí, cautivada por la calidez que traspasaba los cristales. Recorrió con la mirada el frondoso parque que había frente al edificio y su pecho se llenó de gratitud hacia su

amiga por ofrecerle quedarse con ella los próximos meses. ¡Ya se sentía casi como en casa!

Entusiasmada, dio media vuelta y recorrió el espacio con curiosidad. El apartamento era pequeño, pero muy acogedor. Jules había conseguido dar a cada rincón de su casa un toque de su característica personalidad: caótico y alegre; lleno de trastos por todas partes, con un montón de cojines de distintos colores, tamaños y texturas distribuidos por el enorme sofá que había en el centro del salón, y adornos y cachivaches inútiles colocados con elegante gracia en cualquier lugar. Junto al ventanal descubrió una mesa de trabajo, o eso intuía, ya que estaba completamente cubierta por miles de esbozos de vestidos, pantalones, abrigos...

Jules era diseñadora de moda y, tras muchos años luchando por establecerse por su cuenta, por fin había conseguido lanzar su propia firma. Aunque su negocio todavía era incipiente, poco a poco se estaba haciendo un nombre en el sector por méritos propios, consiguiendo así su mayor sueño, y Samantha no podía estar más orgullosa.

A pesar de provenir de una familia adinerada, Jules nunca quiso aceptar las facilidades que sus padres le ofrecieron. Las conexiones de su familia le hubieran facilitado la vida y proporcionado una carrera meteórica, pero ella siempre había querido valerse por sí misma, y contaba con la confianza y el talento suficientes para demostrar, a sí misma y a los demás, que su éxito se debía única y exclusivamente a su creatividad y perseverancia.

Samantha se acercó a curiosear los papeles que había sobre el escritorio y descubrió los bocetos de la que supuso que sería su nueva colección. La mayoría de los dibujos todavía estaba a lápiz, sin color, pero se distinguían unos trazos elegantes, firmes y muy femeninos. Debía de estar en fase creativa porque había más de una versión del mismo modelo.

—¡Dios míooooo!

Samantha se giró sobresaltada al escuchar el grito de la loca de su amiga, y lanzó una carcajada al verla deshacerse del bolso y abrigo con impaciencia antes de correr hacia ella como un tren descontrolado. Ambas se fundieron en un gran abrazo y gritaron como histéricas, como hacían siempre que se reencontraban.

—¡Todavía no puedo creer que estés aquí! —exclamó Jules sin dejar de abrazarla y dando saltitos que obligaron a Samantha a imitarla para no acabar ambas en el suelo.

—No te preocupes, en cuanto veas tu armario te lo creerás.

Continuaba sintiéndose algo incómoda por su invasión, obligando a su amiga a compartir la única habitación de la casa, pero Jules no había querido ni oír hablar de su idea de buscar algún otro lugar donde vivir los próximos siete meses. Si era sincera, ella también prefería compartir su tiempo y espacio con Jules. Aparte de Matt, ella era la única conexión que tenía en aquel país, la única constante conocida en el maremoto de nuevas experiencias y personas que en breve iban a ocupar su nueva vida.

Así que, sí, no había insistido mucho en buscar otras alternativas.

—No seas tonta, tenerte conmigo durante los próximos meses merece cualquier sacrificio. Además, me temo que te arrepentirás tú antes que yo de compartir espacio. Sabes que soy el desorden con patas, especialmente ahora que estoy en fase creativa. ¡Serás tú la que acabarás suplicándome mudarte!

Le lanzó una sonrisa traviesa y de inmediato se puso a recoger los bocetos tirados por el suelo, colocándolos sobre el escritorio de cualquier manera.

—¿Blanco o tinto? —preguntó dirigiéndose a la cocina.

—¿En serio? ¿A estas horas?

Jules la miró con cara de fastidio.

—Esto es solo para calentar motores —dijo mientras servía vino blanco en dos copas, ignorando sus protestas—. No pensarás que nos vamos a quedar

un viernes por la noche en casita explicándonos la vida, ¿verdad? ¡Estamos en la ciudad que nunca duerme! ¡Y mi mejor amiga acaba de llegar! ¡Esta noche nos vamos de fiesta al mejor club de Manhattan a celebrarlo como es debido!

Samantha gimió con fingido fastidio, pero no pudo contener una sonrisa al ser testigo de la imparable energía de Jules y recordar cómo acababa siempre, irremediablemente, arrastrándola a sus locuras. Estaba agotada después de tantas horas de vuelo, y beber alcohol y salir era lo último que le apetecía hacer; temía quedarse dormida sobre la barra de cualquier discoteca, pero no tuvo corazón de decirle que no.

—¡Está bien! —Rio levantando las manos en señal de derrota y decidió dejarse arrastrar por su entusiasmo—. Pero no prometo mantenerme mucho tiempo en pie, que he perdido la práctica de beber.

Desde que comenzó a salir con Alan sus salidas nocturnas se habían reducido hasta casi desaparecer, y cuando salían, siempre iban a sitios demasiado intelectuales para que estuviese bien visto tomar más de una copa.

—¡Tonterías! —Jules le tendió su copa de vino y se lanzó sobre el sofá, se quitó los tacones y soltó un suspiro de alivio—. Instálate y después miramos qué has traído. Tenemos que elegir qué te vas a poner.

* * *

Media hora más tarde Samantha daba pequeños sorbos a su copa de vino mientras veía a Jules inspeccionar la ropa que acababa de colocar en el armario. Movía percha tras percha con energía mientras resoplaba y murmuraba incoherencias.

Samantha sonrió divertida.

—¿En serio? —preguntó Jules incrédula asomando su cabeza por detrás de

la puerta del armario—. Pantalones de vestir, camisas, camisetas dos tallas más grandes que la tuya, tres leggings... ¡Por Dios, Samantha Davis! ¿Se puede saber qué pasa contigo? ¿Yo no te he enseñado nada? ¡Estos tejanos pitillos son lo único salvable de todo tu vestuario! ¡Miedo me da mirar tu cajón de la ropa interior! —Se dejó caer de espaldas en la cama con un gesto de frustración que a Sam le resultó de lo más gracioso.

—Jules, no todas llevamos una vida de *glamour* y fiestas de alta sociedad que nos obligue a tener un vestuario lleno de piezas de alta costura —se justificó.

—Joder, Sam, ¡hasta mi vecina de setenta años viste ropa más femenina, moderna y alegre que tú! Y sabes que odio las fiestas de alta sociedad —gruñó.

—Soy una persona práctica, ya lo sabes. —Se encogió de hombros y puntualizó—: Al ser la profesora más joven de la universidad tengo que esforzarme el doble en transmitir seriedad y madurez entre los alumnos, y los fines de semana no necesito arreglarme, porque estoy con Alan o con Allison. Así que dime, ¿para qué necesito ropa femenina, alegre y sofisticada?

—Desde luego para conquistar a Alan no... —musitó para sí misma—. Eres joven, preciosa y femenina. ¿Cuándo vas a dejar de dar al mundo una imagen distorsionada de ti misma?

Tensa, Samantha dejó su copa sobre la mesita, fue hacia el armario y cogió la blusa negra semitransparente que se había comprado para la fiesta de fin de año a la que Alan había insistido tanto que asistieran. La organizó el rector de la universidad y, visto en perspectiva, ahora entendía por qué su novio había mostrado tanto interés en no perdersela.

—¿Qué tal esta? —le preguntó enseñándosela del derecho y el revés—. La puedo combinar con el tejano pitillo y estos botines tobilleros. —Hurgó en el zapatero hasta encontrarlos. Suspiró y acarició la suave piel, enamorándose

de ellos como la primera vez. Con un tacón de unos ocho centímetros, altos hasta medio tobillo y de color negro, lo que los hacía especiales era la hilera de pequeños brillantes que remataba la parte trasera del tacón, en forma vertical. Los había comprado en un arrebato, convencida de que nunca se los pondría, pero parecía que por fin había encontrado la ocasión para estrenarlos.

—¡Ohhh...! —Jules se incorporó de la cama de un salto y le arrancó los botines de las manos, mirándolos con adoración—. Empezaba a preocuparme tu sentido del gusto. ¡Son preciosos! Y muy sexis. Me quedo con los pitillos y los botines, pero ni hablar de la blusa.

Jules empezó a rebuscar en la montaña de ropa de su lado del armario y lanzó un grito de victoria cuando encontró lo que buscaba.

—Va siendo hora de que salgas del cascarón y brilles con luz propia — sentenció con un diminuto top negro de lentejuelas entre las manos y una mirada desafiante en los ojos.

Samantha alzó una ceja y le lanzó una mirada de advertencia que su amiga decidió ignorar.

La miró boquiabierta. No podía creer que, precisamente ella, que conocía mejor que nadie sus razones para querer pasar desapercibida, ahora la estuviese presionando. Aunque no debería sorprenderla; todavía recordaba el verano que se conocieron y lo persistente que fue Jules hasta conseguir que se abriese a ella.

Su padre y el de Jules habían sido amigos íntimos desde la infancia. Ambos habían nacido y crecido en un modesto barrio de Washington D.C., y aunque el camino que cada uno había elegido les había llevado a lugares muy distintos, siempre mantuvieron su amistad y el contacto.

Cuando Jules había viajado a Barcelona con su familia para pasar el verano, Samantha tenía trece años, y para entonces ya se había convertido en

una persona retraída que evitaba a toda costa cualquier contacto social, especialmente con chicos y chicas de su misma edad.

No obstante, nada la había preparado para el efecto tsunami que supondría en su vida la llegada de aquella desgarbada chica norteamericana, solo un año mayor que ella. Abierta, desenvuelta y atrevida, desde el primer momento Jules se propuso traspasar sus barreras y no se rindió hasta llegar a la niña asustada, dulce y curiosa que se escondía en su interior. A Samantha no le extrañaba que consiguiera todo lo que se propusiese en la vida, su tenacidad era admirable. Y ella nunca podría agradecerle lo suficiente que no hubiese tirado la toalla con ella.

Tan pronto Sam la dejó acercarse, su amistad se convirtió en el mayor tesoro para ambas. Las dos muchachas encontraron en la otra su complemento perfecto, y tras varias semanas de intensa amistad, Samantha reunió el valor para explicarle todo por lo que estaba pasando. Jules la escuchó con sorprendente madurez para su edad; la abrazó en silencio y la consoló cada vez que perdía la voz o se desmoronaba durante su relato, y nunca, jamás, la juzgó o traicionó su confianza.

Compartir sus problemas también la ayudó a poner en perspectiva sus más profundos temores y atreverse a creer que, tal vez, las personas que la querían la apoyarían pasara lo que pasase. Aquello, y el ser testigo directo del instinto de superación de su hermana para reponerse del accidente, le dio la valentía necesaria para sincerarse con sus padres y buscar ayuda psicológica.

Miró de nuevo a Jules y se preguntó qué habría pasado para que, tras tantos años respetando sus decisiones, hubiese decidido dejar de mantenerse al margen.

—No te estoy pidiendo que te conviertas en una *femme fatale*, Sam. Solo te pido que dejes de ocultarte tras ropas aburridas. Con muy poco esfuerzo podrías sacarte muchísimo partido. ¿Te das cuenta de que la mayoría de las

mujeres mataríamos por tener un cuerpo como el tuyo? ¡Si fueras diez centímetros más alta te utilizaría de modelo para mi próxima colección!

—Estás loca —masculló avergonzada. Odiaba recibir cumplidos, no sabía qué hacer con ellos.

—No, no lo estoy, simplemente te veo. Tu cuerpo sería pura armonía y elegancia si no fuera por este culito respingón. —Jules le dio un cachete en el trasero.

—¡Eh! ¡Esa mano! —La apartó con un suave golpe y se removió inquieta, deseando desviar la atención hacia cualquier otra cosa—. Dejémoslo estar, por favor.

—De acuerdo, lo dejamos estar —aceptó Jules a sabiendas de cómo le afectaban sus halagos—, pero déjame elegir hoy por ti. Te prometo que te va a gustar. Solo un par de cambios, algo sutil.

Samantha resopló con resignación. No tenía sentido seguir insistiendo, una vez que Jules se proponía algo no había forma de hacerla cambiar de opinión. Por otro lado, si ese club al que la quería llevar era tan chic como decía, no quería acabar llamando la atención por las razones equivocadas.

Como decía el dicho: allá donde fueres, haz lo que vieres.

Cinco minutos de espera en la entrada del club Provocateur le confirmaron dos cosas: lo primero, en vista de la interminable cola, era que aquel debía de ser el *night club* de moda de la ciudad; y lo segundo, y más preocupante: que aquel sitio no era para ella.

Estaba rodeada de gente demasiado sofisticada: hombres de negocios, modelos, y seguramente también la *jet set* de la sociedad neoyorquina. Todo a su alrededor transmitía exclusividad y *glamour*, pero también clasismo, a juzgar por cómo la exuberante rubia de la entrada filtraba a la hora de dejar pasar a la gente.

Pero había prometido a Jules que se relajaría y disfrutaría de la noche, así que trató de centrarse en ella y la observó cuchichear durante varios minutos con el guarda de seguridad. Tras un guiño de Jules y un repaso obsceno por parte de él, la gruesa cuerda de color rojo que las separaba del interior del local se abrió y les dio entrada directa, sin necesidad de esperas o colas, ganándose más de una mirada cabreada de los que llevaban horas helándose a cielo raso.

Tan pronto estuvieron dentro Jules se dedicó a rastrear la sala del Lounge Café en busca de sus compañeros de trabajo, mientras Samantha admiraba boquiabierta la decoración que la rodeaba. Aquel sitio desprendía lujo y extravagancia por todos lados. Unos haces de luz lavanda salían proyectados desde el techo y acariciaban todas las superficies, decoradas en intensos tonos marrones y rojizos, creando una atmósfera de sensualidad y decadencia que era acompañada a la perfección por una sugerente música de fondo. El centro

del Lounge estaba ocupado por una inmensa barra circular cuyo frontal parecía recrear la piel de una mujer envuelta en el más fino encaje negro. A su alrededor, varias mesas rodeadas de mullidos sofás y cojines con exóticos grabados invitaban a relajarse y buscar intimidad; como si prometiesen la más exquisita seducción.

Tragó saliva y sintió un cosquilleo de excitación en el estómago. Empezaba a comprender el hipnótico atractivo de aquel lugar.

Una mano la agarró del brazo y la sacó de su ensoñación, y antes de que se pudiera dar cuenta iba camino de una de las mesas arrastrada por Jules, que saludaba con alegría a su grupo de amigos.

Se puso tensa de inmediato. Socializar no era lo suyo, era totalmente incapaz de mantener conversaciones superficiales. Su cerebro tendía a colapsarse y le impedía soltar más de cinco palabras cuando se encontraba frente a un desconocido, que era el 99 por ciento de la población, considerando lo asocial que era.

Lo curioso es que no siempre fue así. Hubo una época en la que le encantaba estar rodeada de gente y sufría de incontinencia verbal. Le fascinaba observar a la gente, ansiaba saber más acerca de todo y de todos, así que preguntaba y hablaba sin parar.

A partir de los diez años, sin embargo, algo cambió. A sus amigos dejó de interesarles todo lo que ella necesitaba compartir; no les apetecía saber qué era una constelación, ni les fascinaba saber qué provocó la Primera Guerra Mundial o entender por qué a alguien se le saltaban las lágrimas cuando otro le hería emocionalmente. Así que, poco a poco, se acostumbró a callar cuando en realidad quería saber y compartir, y canalizó su curiosidad innata a través de los libros, aislándose cada vez más del mundo que la rodeaba y atrofiando así su capacidad para relacionarse con los demás.

Ahora, plantada frente a los amigos de Jules, lamentó no haber

desempolvado antes sus dotes sociales de allá donde las tuviera guardadas.

En pocos minutos conoció a todo el equipo: Rita, la patronista jefa, una voluminosa mujer afroamericana de fuerte carácter; Eddie, jovencito de sonrisa tímida, que era el ilustrador y arma secreta de Jules para presentar su colección en versión digital, y Janet, su asistente personal, una chica pizpireta y alegre que encajaba perfectamente con su amiga, aportándole el orden y la planificación de la que ella carecía.

A diferencia de los demás, Janet se acercó a Samantha con una enorme sonrisa, abrazándola efusivamente y plantándole dos besos en la cara.

—¡Por fin te conocemos! Jules no ha parado de hablar de ti estas últimas semanas. ¿Habías estado antes por aquí?

—No, es la primera vez.

—¡Qué ilusión! —Dio unas palmaditas, entusiasmada—. Seguro que encontrarás miles de cosas por hacer. Te vas a enamorar de la ciudad, si no ya me lo dirás de aquí a unos meses.

Divertida por la capacidad de la chica de hablar tanto sin apenas respirar, Samantha se limitó a sonreír y asentir con timidez.

—Bueno, chicos, vale ya de tanto parloteo —les interrumpió Jules levantándose de su asiento—. Tengo la garganta seca, voy a por unas copas.

—¡Ya voy yo! —se ofreció Samantha, aterrada ante la idea de quedarse a solas con aquel grupo de desconocidos y sin saber qué decir—. ¿Un cosmopolitan?

—Hoy no, cariño. —Jules le guiñó un ojo—. ¡Vamos a animar la noche! Tráeme un manhattan.

* * *

Aquello iba a ser todo un desafío.

Parecía que todo el mundo se hubiera puesto de acuerdo para ir a pedir una copa a la vez. Empezaba a plantearse volver a la mesa y esperar hasta que se despejara la zona cuando vio que alguien dejaba un hueco en uno de los laterales. Casi corriendo para no perder su oportunidad, se coló entre la gente y se subió sobre el tubo de metal que había a unos centímetros del suelo, cerca de la barra. Al parecer no era la única con problemas de estatura.

«Lo que daría por un generoso escote ahora mismo», pensó mientras veía pasar a los camareros como un borrón de un lado a otro, tomando nota de oído y atendiendo de forma bastante discriminada a la multitud que les rodeaba.

Cinco minutos después seguían sin atenderla, así que resopló resignada y se apoyó sobre la mano para dedicarse a uno de sus pasatiempos favoritos: observar a la gente. Todos parecían sacados de una aburrida revista de moda, cortados por el mismo patrón: ellas, delgadas, guapas, con vestidos negros de lentejuelas, escotes, y tacones de infarto; y ellos vestidos con pantalón y chaqueta de traje, camisa sin corbata y zapatos de vestir, tan arreglados que parecían querer competir con las mujeres en su afán por destacar.

Puso los ojos en blanco y lamentó el anodino criterio de la rubia de la entrada, agradeciendo mentalmente a Jules que la obligase a vestir su top negro con lentejuelas y a llevar taconazos. Si se hubiera vestido a su manera no la habrían dejado entrar en aquel club ni de broma.

Se volvió dispuesta a marcharse cuando sus ojos captaron una nota discordante entre tanta monotonía. Alguien se había atrevido a presentarse en el club más pijo de la ciudad vestido con una simple camiseta y, lo más sorprendente de todo, ¡había pasado el filtro de la rubia! Aquel simple hecho bastó para atraer toda la atención de Samantha, pero fue la traviesa sonrisa de aquel hombre y la masculinidad de sus gestos lo que la atrapó.

Llevaba el pelo revuelto y una barba incipiente cubría su mandíbula,

acentuando unos rasgos duros y de líneas marcadas, y una nariz prominente que, sospechaba, era fiel reflejo de su personalidad. Con disimulo, Samantha se recreó en el modo en que la camiseta se ajustaba a su pecho y se perdió en el suave vaivén de su nuez cuando él dio un trago a su bebida, deseando por un instante saciar su propia sed a través de aquellos labios. Sorprendida por el derrotero de sus pensamientos, apartó la mirada con el corazón retumbando en el pecho y se abanicó al sentir el golpe de calor que sofocaba sus mejillas.

«Cálmate, por dios, que solo es un hombre», se reprendió. «Pero, ¡vaya hombre!», pensó sin poder contener un gemido mientras se rozaba la nuca con dedos temblorosos y apretaba los muslos para contener el cosquilleo entre las piernas.

—¿Vas a querer algo?

Un jovencísimo e imberbe camarero con pinta de estudiante la miraba desde el otro lado de la barra. Su gesto impaciente la hizo sonrojar un poco más y preguntarse cuántas veces la habría llamado mientras ella andaba perdida en sus húmedas fantasías.

—Ehhh... Sí, ¡perdona! Un manhattan y... ¿Qué tienes sin alcohol?

—¿Agua? —le ofreció en tono sarcástico.

«Será idiota», pensó.

—¿No tenéis nada un poco más elaborado? —preguntó en su lugar.

El chico resopló, puso los ojos en blanco y se fue hacia el otro extremo de la barra. Empezaba a pensar que la había dejado con la palabra en la boca cuando le vio acercarse de nuevo con un extraño objeto en la mano.

—Cuando lo tengas claro me avisas.

Samantha recogió el objeto que le entregaba y lo examinó con curiosidad. Se trataba de una caja de metal ligero, no más grande que su mano y con forma de corazón, como el logo del local. La abrió intrigada y descubrió unas láminas de fino metal que simulaban ser las páginas de una carta de bebidas;

la lista estaba impresa en relieve, sobresaliendo, como si las palabras estuvieran escritas en Braille.

Encantada con aquel nuevo hallazgo, se olvidó del atractivo desconocido y sonrió divertida. Cerró los ojos y pasó la yema de los dedos sobre el metal, dispuesta a jugar y averiguar si era capaz de entender lo que estaba impreso.

* * *

Algo en ella desentonaba, pero no sabía bien qué. ¿Su forma de moverse? ¿La expresión de su cara?

Jack observó con curiosidad cómo la chica pedía su bebida. La vio fruncir el ceño y arrugar su pequeña nariz al escuchar la respuesta del camarero. Resopló fastidiado; a saber qué estupidez le habría soltado aquel gilipollas. El personal de aquellos clubs solía cobrar a comisión y solo aceptaban aquel trabajo con la esperanza de que algún agente les descubriese y les convirtiera en el nuevo modelo o actor de moda. Así que, salvo que uno se dejara media paga en copas o le pasara una tarjeta de visita por las narices ofreciéndole un futuro prometedor, solían tratar a la gente como una mierda.

Si se les permitía, claro.

Apretó los puños y fulminó al camarero con la mirada cuando le vio darse la vuelta y dejarla con la palabra en la boca. Se levantó, dispuesto a intervenir y exigirle un poco más de respeto, cuando vio que aquel impresentable volvía para atenderla. Inquieto, se sentó de nuevo y se preguntó con incredulidad de dónde demonios le había salido aquel absurdo arrebato.

La observó de nuevo.

Era femenina y elegante. Tenía unos rasgos delicados, excepto por sus ojos, rasgados, grandes y tan expresivos que atraían la atención de inmediato; y sus labios, quizá demasiado voluptuosos en comparación con el resto de su

cara. Era bonita, sí, pero aquel lugar estaba lleno de mujeres guapas, así que no entendía su repentina... curiosidad.

Frunció el ceño, molesto por no ser capaz de ponerle nombre a la sensación, cuando vio que ella cerraba los ojos y acariciaba la carta de bebidas con expresión embelesada. Entrecerró la boca con asombro y a continuación abrió los ojos y sonrió. Una sonrisa que transformó toda su cara y que lanzó una descarga directa a su entrepierna.

«¿Pero qué cojones...?», se preguntó, sorprendido en un primer momento por su reacción a una simple sonrisa. Le bastaron solo unos segundos para entender por fin qué la hacía distinta: su ingenuidad.

Encontrar aquel rasgo entre tanta falsedad era un inesperado soplo de aire fresco.

* * *

Samantha continuaba enfrascada en su pequeño juego cuando sintió un ligero cosquilleo en la nuca. Abrió los ojos y se topó de frente con un par de ojos que la observaban con curiosidad. Tragó saliva, paralizada al reconocer al atractivo desconocido.

Si de perfil le había parecido interesante, de frente el atractivo de aquel hombre era simplemente ridículo. Su pelo, oscuro y rebelde, enmarcaba unas facciones de infarto, pero fueron sus ojos y la forma como la atravesaron, con una mirada profunda y penetrante, los que le erizaron la piel y atascaron el aire en sus pulmones.

Él inclinó la cabeza y una sonrisa ladeada se dibujó en sus labios. El muy descarado sabía perfectamente el efecto que producía en las mujeres y no hacía ningún esfuerzo en disimularlo. De pronto, el brillo divertido de sus ojos desapareció y se volvió con el ceño fruncido hacia una chica a su lado

que escudriñaba entre la gente en busca de aquello que había distraído a su acompañante. Cuando la localizó, Samantha tiró los hombros hacia atrás y se preparó para ser atravesada por una mirada afilada y posesiva, pero el rostro de la chica solo le devolvió curiosidad y sorpresa.

—¿Ya te has decidido?

A Samantha le costó unos segundos procesar la pregunta del camarero.

—Un agua, por favor. —Decidió sin pensar, ansiosa de repente por marcharse de allí.

El chaval la miró con incredulidad y ella se encogió de hombros, algo avergonzada considerando todo lo que le había mareado para acabar pidiendo una simple agua.

Recogió las bebidas, dispuesta a volver a su mesa, cuando un impulso irrefrenable la llevó a echar una última ojeada hacia el otro extremo de la barra. Ya no estaban allí.

Su estómago dio una breve sacudida y una ácida y desagradable sensación le subió por la garganta al imaginarse a la pareja en otro lugar más íntimo. Desconcertada por aquella reacción tan visceral, se justificó pensando que aquellos celos solo eran una muestra de cuánto echaba de menos a Alan.

No había ninguna otra explicación.

* * *

Llevaban un buen rato en la pista de baile cuando Samantha empezó a acusar las horas de vuelo y el *jet lag*. No veía el momento de volver a casa y dormir doce horas seguidas.

—¿Quieres conocer a la bruja de mi exjefa? —le susurró Jules al oído.

—¿Qué interés podría tener en conocer a la mujer que te hizo la vida imposible cuando eras su asistente?

La sonrisita diabólica de Jules la puso de inmediato en alerta. Aquella mirada no auguraba nada bueno.

—No hay nada más gratificante en la vida que ver cómo la arpía de tu exjefa se deshace en cumplidos contigo. —La cogió de la mano y rodearon la pista en dirección a la zona VIP—. A la muy zorra le conviene estar a buenas conmigo. Estoy segura de que ni a ella ni a su papaíto les interesa que nadie se entere de cómo me trató durante los dos años que trabajé para ella. —Suspiró y después admitió—: Y a mí también me conviene estar a buenas con ella. En este mundillo nunca sabes cuándo alguien te puede hacer un favor.

Samantha sonrió y le dio un apretón de ánimo en la mano.

—¡Danielle! —exclamó Jules de forma exagerada acercándose a una llamativa mujer de pelo rubio, a la que saludó lanzando un beso al aire a cada lado de la mejilla.

Llevaba un ajustado vestido rojo que dejaba poco a la imaginación y unos tacones que le daban todavía más altura; y la forma como hablaba y se movía era una extraña mezcla de falsedad y exageración que le dieron repelús de inmediato. Samantha forzó la sonrisa cuando Jules hizo las presentaciones y se mantuvo en un segundo plano mientras las diseñadoras intercambiaban pullas sin perder la compostura.

Se removía inquieta, deseosa por marcharse de allí, cuando sintió que una mano se deslizaba por su cintura y la apretaba con suavidad. Sobresaltada, dio un respingo y tropezó con sus propios tacones, obligándola a buscar el equilibrio en la persona a su espalda. En el instante en que su cuerpo encontró apoyo, Samantha percibió varias cosas a la vez: el sólido muro de músculos envolviéndola, un intenso olor masculino que le provocó un revoloteo en el estómago, y la absurda certeza de que sabía quién se encontraba a su espalda.

—Disculpa, no quería asustarte. —El cálido roce de su aliento en su mejilla la estremeció—. Tu cosmopolitan, Dani. —Aquella voz, grave y

masculina, se deslizó por sus oídos como miel caliente, provocándole una inoportuna chispa de placer y unas ganas tremendas de volverla a escuchar.

Observó fascinada cómo el rostro de Danielle se transformaba y una expresión de adoración aparecía en sus ojos al recoger la bebida. De inmediato se sintió como una intrusa entre aquellos dos, así que se apartó hacia un lado con rapidez y por tercera vez aquella noche se quedó sin aire en los pulmones.

Por Dios, de cerca aquel hombre era todavía más imponente. Era más alto de lo que esperaba, pues incluso con tacones la sobrepasaba unos buenos diez centímetros. La camiseta se tensaba sobre sus hombros, marcando claramente la anchura de su pecho y la estrechez de sus caderas, cubiertas por unos desgastados vaqueros. Algo le decía que aquellos pantalones se mantenían sujetos solo por los huesos de sus caderas, y la sola idea de imaginar lo que encontraría debajo consiguió que un abrasador fuego se propagase por sus entrañas.

Pero nada, nada en absoluto la preparó para el impacto de contemplar de cerca el intenso color azul de sus ojos.

Le observó con la boca ligeramente abierta y él le devolvió la mirada con una ceja alzada y la sonrisa más arrogante que ella hubiese visto en su vida.

—¡Jack! ¡Serás canalla! —dijo Jules—. ¿Se puede saber dónde estabas escondido?

Samantha se quedó de piedra cuando vio a su amiga lanzarse a los brazos de... Jack, que lanzó una carcajada y la levantó del suelo mientras le plantaba un beso sobre el cabello.

¿Se conocían?

Todavía estaba recuperándose del *shock* cuando vio cómo Danielle se acercaba a él y, en un claro gesto posesivo, se agarraba a su brazo rodeándole el bíceps como si sus manos fueran hiedra. Él se envaró ante la caricia, pero

enseguida se relajó y pintó una sonrisa complacida en su boca. Desconcertada, Samantha miró a su alrededor. ¿Dónde estaba la chica de antes? ¿Qué estaba pasando allí?

—Jack, mi amor, Samantha es amiga de Julia —aclaró Danielle al percibir el brillo de curiosidad en los ojos de Jack—. Acaba de llegar a Nueva York, pero solo se quedará una temporada, ¿no es cierto, querida?

—Sí, unos siete meses, si todo va bien —respondió ella evitando mirar a Jack a los ojos.

—¡Maravilloso! —exclamó con la sonrisa más falsa del mundo—. Sam, él es Jack, mi amorcito, sin el que no podría vivir —añadió lanzándole una mirada enamorada.

—No seas exagerada, Dani —murmuró él con fastidio.

—¿En serio, Jack? Todavía sigues bajo su influjo? —comentó Jules sin pelos en la lengua—. Creí que a estas alturas ya habrías descubierto que guarda una escoba en el armario...

Samantha la miró de reojo y deseó que se la tragase la tierra, pero Danielle no se quedó corta y, con una seca carcajada, respondió entre dientes:

—Querida Julia... algún día esa boca tuya va a traerte muchos problemas...

Jack eligió aquel momento para interrumpir el tenso intercambio de amenazas y le ofreció su mano a Samantha.

—Bienvenida a Nueva York.

La mano de Jack era cálida y grande y engulló la de ella al darle un fuerte apretón. Sentir la aspereza de su roce contra su delicada piel le cerró la garganta de golpe. Alzó los ojos y se encontró con un ceño fruncido y una intensa mirada.

—Gracias... —respondió ella—. Bueno... nosotras ya nos marchábamos.

Recuperó su mano de entre sus fuertes dedos y se la estrujó con disimulo, tratando de calmar el cosquilleo que le había provocado su contacto. Jack se

cruzó de brazos y arqueó una ceja con gesto arrogante, y ella se maldijo en silencio por haber demostrado a aquel engreído el efecto que tenía en ella.

Agotada tras una noche con tantas emociones, Samantha agarró a Jules del brazo con impaciencia y la arrastró hacia la salida, sin poder desprenderse en ningún momento de la sensación de estar siendo observada por unos atractivos ojos azules.

La mañana del sábado pasó en un suspiro, con las chicas poniéndose al día delante de un café que acabó durando horas.

—Al final el traspaso de las clases fue lo más fácil de todo —le explicaba Samantha a una soñolienta Jules—. Como el curso todavía no había arrancado, tuvimos suerte y pudimos encontrar un profesor interino de mi especialidad que todavía estaba disponible.

Cada año la universidad recibía cientos de currículos de gente muy cualificada que no había tenido la suerte de aprobar unas oposiciones y, por tanto, no tenía plaza fija, así que Samantha se había alegrado de que su marcha diera un trabajo y cierta estabilidad a otra persona.

—Me puedo imaginar lo difícil que habrá sido para tus padres y Allie que te marchases. Nunca os habíais separado antes, ¿verdad?

Samantha hizo una mueca.

—No, es la primera vez que viajo tan lejos de casa y durante tanto tiempo. Pero te sorprenderías de lo bien que se lo tomaron todos. —Su familia se había alegrado tanto cuando les dio la noticia que al principio se quedó algo descolocada. La loca de su hermana saltó sobre ella como un gorila y la cubrió de besos por «decidir ser valiente», y sus padres le demostraron una sincera felicidad por su decisión—. No tuvieron dudas ni hicieron preguntas. Solo me animaron a vivir la experiencia con todos los sentidos.

Jules sonrió con dulzura, recordando sus veranos en casa de Paul y Rosa en Barcelona, para nada sorprendida de la generosidad de los padres de su amiga.

—Alan es el que no se lo ha tomado tan bien —añadió Samantha con un gesto de preocupación—. A ver, sabía que no estaría encantado con mi decisión, especialmente cuando todavía no le he dado una respuesta sobre lo de la boda, pero me dejó bastante fría cuando me tachó de inmadura e irresponsable y me dio a entender que, si me marchaba, cuando volviese quizá él ya no estaría para mí.

—¡Será cabrón! —exclamó Jules indignada.

—Jules, no te pases... —le recriminó—. Tienes que entenderle, estaba enfadado y dolido. No debe de ser nada fácil pedirle matrimonio a alguien y que ella no solo posponga su respuesta sino que decida marcharse varios meses fuera del país.

—Lo que entiendo es que es un egoísta y un cobarde. ¡Si quería cortar contigo que te lo hubiera dicho directamente! ¡Pero no! —exclamó furiosa mientras recogía las tazas de café y las llevaba a la cocina—. El muy cabrón te amenaza con romper contigo para que cambies de opinión y así no perderle. Eso, amiga mía, se llama chantaje.

—Estoy convencida de que no lo sentía de verdad, porque después de aquel día nos seguimos viendo como si nada hubiese pasado. En realidad, como si ni sus amenazas ni mi viaje existiesen. No sé... —Confusa, se reclinó contra el sofá y se tapó los ojos con el antebrazo—. Creo que me lo dijo por el calentón del momento pero no hablaba en serio. Para mí todo sigue igual.

Jules la miró con una mezcla de enfado e incredulidad.

—Prometí no opinar sobre tu relación y voy a hacer un esfuerzo por cumplirlo, pero... —Con Jules siempre había un «pero»—. Como mínimo aclara con él en qué punto estáis. Lo más rápido posible. Mientras te sientas atada a él no vas a ser capaz de seguir adelante ni fijarte en nadie más.

Samantha se removi6 inc6moda cuando apareci6 una imagen de Jack en su mente y no pudo m6s que preguntarse c6mo encajaban sus reacciones de la

noche anterior dentro del complejo universo en que se había convertido su relación con Alan. Nunca se había sentido así con ningún otro hombre, a pesar de estar manteniendo una relación de pareja desde hacía ya tiempo.

—Bueno, ya está bien de hablar de tonterías —dijo Jules sacándola de sus divagaciones—. ¡Tengo una idea! Vístete que nos vamos al centro. Necesitas algunas cosas.

—¿Necesito algunas cosas? ¡¿Qué cosas?!

—Vas a trabajar en un despacho de arquitectos, cariño, necesitas un cambio de armario.

Samantha no estaba demasiado convencida con la idea, pero ¡cualquiera le llevaba la contraria al «torbellino Jules» cuando se obcecaba con una idea! Ella, desde luego, no lo hizo, así que antes de salir de casa hicieron una criba de la ropa que había traído desde Barcelona, salvando unos pantalones y un par de blusas. El resto quedó relegado a su maleta.

Le ponía nerviosa la idea de gastarse un dineral en un vestuario que sería solo para uso temporal, pero su amiga la conocía bien y la sorprendió llevándola a pequeñas tiendas de diseñadores todavía desconocidos que estaban intentando hacerse un hueco en el mundo de la moda.

Acabaron en un barrio alejado de la famosísima Quinta Avenida, lleno de *boutiques* pequeñas y nada ostentosas en cuyo interior descubrió piezas de gran calidad, elegantes y con estilo, a precios mucho más asequibles para su bolsillo.

—¿Cómo es posible que conozcas estos sitios? —le preguntó Samantha—. Sin ofender, pero tú, precisamente, no tienes problemas económicos...

—Pues sí que me ofendes. —La miró con el ceño fruncido—. No soy la niña pija de trece años que conociste... Pero tienes razón, no habría sabido que este rincón de la ciudad existía si no fuera por Danielle. —Samantha giró la cabeza sorprendida—. La muy cabrona me enviaba a recorrer estas calles

en busca de ideas para su colección. Me pedía que fotografiase las piezas que más me llamasen la atención y después se dedicaba a plagiar las ideas de esta gente. —Hizo un gesto con el brazo—. Gente con talento pero sin la suerte de tener una familia adinerada para respaldar su carrera. Después de aquello supe que no podía continuar trabajando para ella.

* * *

Cuando Jules por fin encontró la tienda que buscaba ya no salieron en horas. Entre las dos eligieron varias faldas, pantalones de vestir de telas suaves que se amoldaban a sus sinuosas caderas y pronunciado trasero, maravillosas blusas de seda, un par de trajes chaqueta y unos ajustadísimos pitillos negros confeccionados en piel. Por la tarde la llevó a un salón de belleza con la excusa de que las mimasen con un buen masaje relajante y «de paso» echarle un vistazo a su corte de pelo.

Menuda lianta estaba hecha.

—Hagamos un estilo Bob —decía Pierre, el estilista que les habían asignado, mientras giraba el rostro de Samantha hacia derecha e izquierda sujetándola suavemente por la barbilla—. Tienes que resaltar estos ojazos, belleza. El flequillo te sentará de muerte. Cortaremos por encima de los hombros. Podemos escalar por los lados para enmarcar tu rostro. Tienes una piel preciosa...

Samantha llevaba treinta minutos en manos del estilista, con el hombre tocándole el cabello arriba y abajo, y estaba empezando a sentir cierta ansiedad. Ir allí no había sido una buena idea. Estaban ocurriendo demasiados cambios en su vida como para añadir uno más que, honestamente, no había pedido ni necesitaba. No lo necesitaba en absoluto.

Sin darse cuenta estaba siendo víctima del huracán Jules, que no dejaba

nada en pie a su paso, y tenía que ponerle freno de algún modo.

—No —señaló con rotundidad—. El largo no es una opción, y necesito un corte que sea práctico.

—¿Práctico? —Pierre arrugó la frente—. Yo no hago cortes de pelo prácticos, preciosa, yo confiero personalidad a la gente a través de su cabello.

«Se acabó», se dijo cabreada, apartándose de las manos de Pierre y comenzando a desabrocharse la capa que le acababan de colocar.

Aquello era más que suficiente, no necesitaba cortes de pelo sofisticados ni que le imprimieran carácter o estilo.

—¿Qué tal —intervino Jules consciente de que aquel peluquero con ínfulas de Vidal Sassoon había cruzado el límite— si dejamos el largo, escalándolo un poco para darle volumen, y te haces flequillo?

Samantha le devolvió la mirada a través del espejo, a punto de perder la paciencia. Resopló y se mordió los labios para no sonreír cuando Jules le puso ojos de gatito de *Shrek*.

Si es que no sabía decirle que no.

—Está bien —aceptó resignada—, hagamos el escalado, pero sin flequillo... ¡y mantenemos el largo!

—¡Y añadimos unos suaves reflejos dorados! —añadió precipitadamente Jules.

Ambas se mantuvieron la mirada en una silenciosa batalla de voluntades, hasta que Sam fue incapaz de mantener su ceño fruncido ni un segundo más y ambas estallaron en carcajadas.

* * *

El primer día de trabajo por fin llegó, y con él florecieron todos los nervios

y la ansiedad que había estado conteniendo e ignorando durante el último mes.

Siguiendo las indicaciones que le había enviado Matt, cogió el metro y atravesó la ciudad hasta Brooklyn Heights, donde los hermanos Sullivan tenían su despacho de arquitectos. Aquella zona de la ciudad se había convertido en una de las más demandadas de Nueva York, tanto por parte de las *start-up* como por empresas ya consolidadas. El barrio se encontraba muy cerca de Manhattan, pero también lo suficientemente alejado de la *city* como para significar una considerable reducción de gastos y una mejora de calidad de vida.

Durante su paseo desde la parada de metro se fijó en que las calles estaban cuidadas y abundaban las zonas verdes con enormes y frondosos árboles que invitaban a perderse entre ellos y soñar. De pronto, a su izquierda, entre dos edificios y justo al otro lado del río Hudson, apareció la impresionante vista del distrito financiero de Manhattan. Suspiró al distinguir el puente de Brooklyn a lo lejos y se prometió que uno de aquellos días iría a verlo de cerca. Estaba deseando pasar unas cuantas horas contemplándolo y maravillarse a sus anchas de la impresionante obra de ingeniería.

No llevaba ni diez minutos caminando cuando empezó a lamentar no haber seguido el consejo de Jules y llevar puestas las zapatillas deportivas. Se detuvo al ver su reflejo en el escaparate de una tienda y se examinó con detenimiento, todavía intentando acostumbrarse a su apariencia. Aquella mañana, tras varios minutos de discusión con su amiga frente al armario, se había decidido por un conjunto que no abrigaba en exceso y que se ajustaba como un guante a su silueta. La blusa que habían elegido era de un material muy suave que acariciaba su piel con el movimiento y que combinaba muy bien con sus también recién estrenados zapatos de tacón. Esos que ahora le estaban destrozando los pies.

Tuvo que admitir que aquella combinación, aunque muy femenina, no le restaba un ápice de profesionalidad, y además la hacía sentir más segura de sí misma. Resopló por la tontería que se le acababa de ocurrir. Todo era culpa de Jules, dos días con ella y ya empezaba a pensar en la ropa como su mayor aliada.

—Ha llegado a su destino —dijo de repente la voz enlatada de su móvil.

Apagó la aplicación del móvil con rapidez y los nervios volvieron a adueñarse de su estómago. Echó un vistazo al edificio de tres plantas que tenía enfrente. La fachada era de cristal y el techo estaba construido a dos aguas, diseño muy conveniente en zonas con climas lluviosos y susceptibles de fuertes nevadas, como solía suceder en invierno en Nueva York.

Con el corazón desbocado y las manos húmedas por la ansiedad, se acercó a la puerta principal y dio un respingo cuando se abrió automáticamente al detectar su presencia. Sonrió por su estupidez y entró en el edificio, parándose en seco al descubrir la arquitectura de su interior. Las vigas del techo quedaban a la vista, y ninguna columna interfería para sostenerlo, de manera que se podía ver todo el espacio existente entre las cuatro paredes, sin obstáculos. Maravillada, Samantha comprobó que habían aprovechado la estructura original, sin duda de madera flexible y resistente, para soportar también el resto de la construcción. A continuación recorrió con la mirada las oficinas; la armonía de los colores, el estilo de la decoración y los materiales utilizados la hicieron sentir de inmediato relajada y a gusto.

¡Qué espacio más bonito e inspirador en el que trabajar!

—Me atrevería a decir que te gusta nuestro despacho. —Se volvió sobresaltada al oír la risueña voz de Matt a su espalda.

—¡Matt! —Corrió a sus brazos y rio al sentir cómo la levantaba del suelo para apretarla en un cálido abrazo.

Samantha todavía se sorprendía de la facilidad con la que ambos habían

conectado durante el tiempo que él estuvo en Barcelona haciendo su sabático. Considerando su dificultad para abrirse y confiar en la gente, parecía casi un milagro lo rápido que se habían hecho amigos.

Por si su metro noventa y sonrisa sexy no fueran suficientes, la personalidad de Matt, encantadora y cercana, causó furor entre profesoras — y alumnas— durante el tiempo que estuvo colaborando con la universidad e investigando para su doctorado.

Aunque para ella Matt siempre fue especial por otras razones. Ambos compartían una pasión especial por la arquitectura, las energías sostenibles y la posibilidad de poner al servicio de la sociedad las nuevas tecnologías. Podían pasarse horas hablando de los temas más diversos sin ser conscientes del reloj. El entusiasmo de Matt y la autenticidad con la que se había dirigido a ella desde el principio consiguieron que Samantha bajase sus defensas de inmediato, y antes de que se diese cuenta estaba cómodamente instalado en su vida y en su corazón.

Podía decir, sin lugar a dudas, que la oportunidad de trabajar con él fue uno de los principales motivos por los que se atrevió a aceptar aquella locura. Sabía que con él estaría a salvo.

—Mathilda me ha avisado de que habías llegado y quería darte la bienvenida como te mereces.

Una mujer que debía de rondar la cincuentena les sonrió desde el otro lado de recepción. Sam se sonrojó al darse cuenta de que se había vuelto a perder en su mundo. Saludó con una ligera inclinación de cabeza a Mathilda y siguió a Matt hacia el interior de las oficinas, obligándose a dejar de observar todo a su alrededor. Ya habría tiempo para eso.

—¿Qué tal fue el viaje? ¿Ya estás instalada?

—Sí, totalmente asentada. Al final me quedo con Jules en su apartamento.

—¡Genial! Así te sentirás como en casa durante el tiempo que estés aquí

—advirtió él con una cálida y sincera alegría en los ojos. Matt era así, siempre cuidando a los demás.

Tras bajar un par de escalones, le siguió hasta una zona de trabajo común que ocupaba la mayor parte de la planta baja. Al fondo y cerca de las escaleras que daban acceso a la primera planta había una enorme mesa inclinada llena de planos alrededor de la cual estaba teniendo lugar una reunión. Cuatro personas atendían muy concentradas a un hombre que, de espaldas a ella, explicaba y dibujaba de forma enérgica sobre un papel, mirando alternativamente a uno y otro para asegurarse de que seguían su explicación. Los rostros serios y concentrados del grupo la impactaron con fuerza, recordándole la razón por la que estaba allí.

Ya no se trataba de una idea abstracta, aquello estaba sucediendo de verdad. A partir de aquel momento ella también entraba a formar parte de un equipo de profesionales, cada uno experto en un área que ella solo conocía en teoría y que, por lo que podía ver, se dedicaban a su trabajo con pasión.

Las dudas que en su día le transmitió Alan y a las que se había negado a dar voz desde hacía semanas cayeron sobre ella como un peso muerto y le hicieron flaquear las rodillas. No quería defraudar a Matt, estaba apostando por ella a pesar de su inexperiencia y no quería hacerle quedar mal ante su equipo. Su negocio se jugaba mucho con aquel concurso.

Y su familia también, se recordó.

Decidida, respiró hondo, se ajustó la falda sobre las caderas para secarse las palmas de las manos y siguió a Matt hasta la mesa de trabajo. Todos habían dejado lo que estaban haciendo y les prestaban atención, a excepción de quien había estado liderando la reunión, a quien escuchó lanzar una maldición mientras anotaba algo en un papel con trazos enérgicos.

—Joder, Matt. —La frustración era perceptible en la voz grave del

hombre, que se pasó una mano por la nuca al girarse hacia ellos—. Estamos en medio de una reunión y el tiempo se nos echa...

Samantha inspiró con brusquedad.

Unos ojos de un azul imposible la miraban incrédulos desde el otro lado de la mesa; un instante después, se entrecerraron y se clavaron en Matt con rabia y confusión.

Estaba en *shock*. Su cuerpo se negaba a responder y solo era capaz de parpadear, deseando que sus ojos le estuviesen jugando una mala pasada y se tratase de una equivocación, pero los desbocados latidos de su corazón y la repentina debilidad en sus rodillas le confirmaron lo que su cerebro ya había reconocido.

El hombre que tenía enfrente era Jack. Pero, ¿qué demonios hacía él allí?

—Os presento a Samantha Davis —dijo Matt con una sonrisa de orgullo en los labios—. Desde hoy colaborará en Storm como experta en domótica y energías renovables.

Samantha saludó de forma automática a todo el equipo, con la cabeza dándole vueltas de la impresión y un hormigueo recorriéndole la espalda. No podía concentrarse. Sentir la aguda mirada de Jack en cada poro de su piel la estaba poniendo de los nervios. Ansiosa por el pesado silencio a su espalda, finalmente se volvió hacia él y se quedó helada al percibir su actitud abiertamente hostil: reclinado contra la mesa de dibujo, con los brazos cruzados, el ceño fruncido y ningún interés en ser mínimamente cortés.

Matt la cogió del codo con suavidad.

—Sam, este de aquí con cara de amargado es mi hermano, Jack. —Le dio una amistosa palmada en la espalda, que el otro correspondió con una mirada helada—. No hagas caso de esa cara de gruñón. Está nervioso porque es un maniático controlador y cree que vamos retrasados con el anteproyecto, pero no tiene nada contra ti, ¿verdad, Jack?

Jack continuó escrutando el rostro de Samantha en silencio, ignorando a su hermano e incomodándola más de lo que ya se sentía. Igual que sucedió la noche que se conocieron, solo un par de días atrás, la corriente de energía entre ellos fue difícil de ignorar y sus pulmones empezaron a acusar la falta de oxígeno.

—Los dos somos socios del despacho —continuó explicando Matt, ajeno a lo que estaba sucediendo—. Jack se encarga de gestionar el negocio y las relaciones con los clientes y me deja a mí el trabajo duro del diseño y la supervisión de proyectos.

Samantha dibujó una trémula sonrisa y soltó un pequeño suspiro, aliviada al saber que su interacción con Jack sería prácticamente inexistente. Bastante tenía con procesar que el hombre en quien no había dejado de pensar todo el fin de semana estuviese frente a ella y se hubiese convertido en su jefe, como para, además, tener que trabajar con él cada día.

—Bienvenida —dijo Jack con expresión distante mientras estrechaba su mano.

La recorrió un temblor involuntario y la aprensión contrajo sus facciones. Jack percibió su reacción y retuvo su mano mientras la escrutaba con el cejo fruncido. Incómoda, ella retiró la mano con más brusquedad de la que pretendía.

—Gracias, Jack. —El *déjà vu* y la sensación de irrealidad fue apabullante. Hacía apenas cuarenta y ocho horas que habían intercambiado las mismas palabras. Entonces, ¿por qué ninguno de los dos sacaba a Matt de su error y le decía que ya se conocían?

—Sam, durante el tiempo que estés aquí trabajarás con los dos. —Jack miró a su hermano como si le hubiesen salido dos cabezas—. Me interesa que revises lo que hemos hecho hasta ahora y que incluyas lo que te adelanté por email, pero primero quiero que eches una mano a Jack con el perfil del

jurado. —Matt sostuvo la mirada interrogante de Jack con impaciencia. ¿Qué demonios le pasaba aquella mañana? Estaba de un humor de perros—. Si queremos tener posibilidades de ganar debemos conocer bien a quienes deciden, tanto en primera como en segunda ronda. —Le guiñó un ojo a ella y volvió a darle una palmada a Jack, esta vez seguida de un fuerte, y no tan amistoso, apretón en el hombro.

—¿Podemos hablar dos minutos? —Jack no se quedó a esperar ninguna respuesta, les dio la espalda y se dirigió con paso furioso, pero elegante, hacia las escaleras de semicaracol que llevaban a la primera planta.

Matt suspiró y se pasó una mano por el rostro con gesto cansado.

—Dame un momento —dijo antes de seguir a su hermano, subiendo los escalones de dos en dos.

Samantha soltó el aliento que había estado conteniendo y miró a su alrededor, sin saber qué hacer ni dónde meterse.

Madre mía, menudo desastre de primer día, y no hacía ni una hora que había llegado.

* * *

—¿Se puede saber en qué cojones estabas pensando? —Jack se mesó el pelo furioso y entró en su despacho como una exhalación. Aquella maldita mañana no hacía más que empeorar.

—Jack... ¿puedes calmarte...?

—¡No me pidas que me calme! No puede quedarse en el equipo, tienes que pedirle que se marche.

—¿Estás loco? —susurró Matt mientras cerraba la puerta tras de sí—. Escúchame antes de echar espuma por la boca... Es muy buena, Jack. La conozco, solo necesita una oportunidad...

—No me jodas, Matt. Esto no se trata de si es buena o no. ¡Por mí como si es el próximo Frank Lloyd Wright! Sabes lo complicado que es todo el asunto y lo que menos necesitamos es más personas involucradas. Bastante me va a costar mantener al resto del equipo al margen.

—Jack, ella no tiene por qué enterarse de nada. La preparación del proyecto sigue su curso tal como teníamos pensado. La podemos mantener al margen sin ningún problema, y si por alguna razón llegara a enterarse, es de total confianza, estoy seguro de que ella...

—Ni se te ocurra insinuar lo que creo que estás insinuando. —Le apuntó con el dedo, amenazante—. Nadie —exclamó tajante—, repito, nadie más debe estar al tanto de este asunto. ¡Nos puede explotar en las narices, joder!

Aquello era una puta locura.

—Ya puedes mover el culo y decirle a tu princesita que ha habido un malentendido y se tiene que ir.

—No es mi princesita, joder, ¡y no pienso mandarla a casa! —Jack escuchaba a su hermano con la creciente sensación de que todo se empezaba a descontrolar—. Tú sabes tan bien como yo que su especialidad es clave para pasar el primer filtro, así que no te queda más remedio que aceptarla y dedicarle tiempo. Además, es una muy buena amiga y quiero que se sienta a gusto.

—Lo que ahora es clave para nuestro objetivo es estudiar al jurado y ni siquiera me he puesto con eso.

—Jack... —Matt tomó aire y se obligó a calmarse—. Samantha es la doctora más joven de Europa, la investigación es su fuerte y puede preparar los informes del jurado en tiempo récord. Eso es justo lo que necesitamos ahora mismo. —Matt insistió a pesar de la expresión impertérrita de su hermano—. Es brillante, Jack, solo espera a conocerla mejor; es creativa, domina la teoría hasta un extremo inimaginable para alguien de su edad y

siempre contextualiza sus propuestas en la arquitectura holística. Si no estuviera tan arraigada en España ya le hubiese hecho una oferta para que se uniera a nosotros de forma permanente.

Jack le lanzó una mirada cabreada y se pasó la mano por el pelo, inquieto por el cambio de rumbo que acababa de tomar aquella situación. Además, tanto elogio le estaba poniendo nervioso. No necesitaba saber nada más de Samantha, no quería sentir más curiosidad de la que ya sentía por ella, pero no podía desechar los argumentos que Matt le daba. De veras necesitaban más manos, las mejores a ser posible, si querían asegurarse un puesto en la ronda final del Pritzker.

¿Y qué le pasaba a su hermano? ¿Estaba colado por ella o qué?

Incapaz de permanecer quieto ni un minuto más, cogió las llaves de su moto y el móvil y se fue directo a la puerta.

—Te advierto una cosa —dijo mientras se enfundaba en su cazadora de cuero—. No voy a darle ningún trato de favor y la quiero totalmente ajena a lo que nos traemos entre manos. Esas son mis condiciones.

Matt sonrió lentamente y asintió.

—Me parece justo. Ahora vamos a hablar con ella y la ponemos al día.

Jack se maldijo entre dientes al ver la sonrisa taimada de su hermano. Maldita sea, había caído en su trampa.

No se lo podía creer. Samantha acababa de convertirse en un miembro más de su equipo. La mujer que no se había podido quitar de la cabeza los últimos dos días; en realidad, la única mujer que había ocupado más de cinco minutos de sus pensamientos en toda su vida, iba a formar parte de su equipo los próximos meses.

Joder, aquello iba a ser un desastre.

—Hazlo tú. —Recogió su casco del perchero y abrió la puerta—. Yo necesito que me dé el aire.

Tras su espantoso comienzo, Samantha se dedicó el resto de la semana a intentar adaptarse a su nuevo trabajo y al ritmo trepidante del equipo.

Matt no pudo dedicarle demasiado tiempo porque tenía otros compromisos, así que le asignó la tarea de revisar el documento que tenían hasta entonces y le pidió que preparase una exposición de ideas y recomendaciones para presentar a la semana siguiente. Se sentía cómoda con aquella tarea, seguía moviéndose en un terreno que conocía, pero aun así cada día llegaba al despacho inquieta y acelerada, temiendo el inevitable momento en que se encontrase a solas con Jack.

No sabía de qué habían hablado los hermanos en su despacho aquel primer día, pero la actitud de Jack cuando salió al cabo de unos minutos —pasó como una exhalación por su lado— y la absoluta indiferencia con la que la había tratado desde entonces le confirmaron que no quería tenerla allí y que la soportaba solo por su hermano.

Maldita sea, ¿qué había hecho para despertar en él una reacción tan adversa y visceral?

No podía tratarse de nada personal, no la conocía en absoluto, así que solo podía tener relación con el trabajo. Al fin y al cabo Matt le había ofrecido un puesto en Storm por el cariño que le tenía, pero, si era sincera consigo misma, sabía que su currículum jamás hubiese pasado un proceso de selección y probablemente Jack era consciente de ello.

Le había visto trabajar con el resto del equipo; las reuniones tenían lugar a escasos metros de su mesa, así que, sin pretenderlo, acababa perdida

observándole actuar. Era exigente y perfeccionista, e imponía un ritmo intenso y agotador que, para su sorpresa, los demás aceptaban con ganas y motivación. Su estilo de comunicación era brusco y directo, muy distinto al de su hermano, que transmitía calidez y cercanía, pero, a pesar de esas diferencias, ambos despertaban el mismo respeto y admiración entre el equipo y, por qué negarlo, también en ella.

Aunque respeto no era lo único que Jack despertaba en ella.

En más de una ocasión se había descubierto recorriendo sus rasgos con la mirada y deleitándose en el azul cobalto de sus ojos, que relucían con pasión cuando exponía sus ideas y se tornaban atentos y sagaces cuando escuchaba a los demás. Siempre estaba en tensión y movimiento, irradiando una fuerza y energía tan potentes que llegaban hasta ella y despertaban cada fibra de su ser. De alguna forma su subconsciente siempre estaba pendiente de su voz, de su entonación y sus silencios, de modo que sabía por instinto de qué humor se encontraba en cada momento.

Así sucedió durante una de aquellas reuniones improvisadas. El aire a su alrededor vibró con una burbujeante emoción, obligándola a prestar atención. Escuchó varias carcajadas a su espalda, y su voz, aquel tono grave y ronco que la derretía por dentro, ronroneó con malicia con alguna broma entre los chicos.

Cuando ella andaba cerca Jack siempre tenía una expresión tensa y esquiva, así que escucharle reír fue demasiado tentador. Alzó la vista, decidida a disfrutar del espectáculo, y se quedó de piedra al descubrir que la estaba mirando.

Siempre pensó que, de encontrarse en una situación tan comprometida, apartaría la vista avergonzada. Se equivocaba. Con una audacia que ni ella misma sabía de dónde venía, le sostuvo la mirada y se mantuvo calmada mientras él la examinaba. En sus ojos no había rabia ni indiferencia, sino...

admiración y algo más que no supo identificar. Aquella inesperada conexión tras tantos días de frialdad; la certeza de que la estaba viendo, viéndola de verdad, era demasiado adictiva y estimulante como para rehuir su mirada y perderla. Los segundos pasaron sin que ninguno de los dos apartase la vista, ambos midiéndose en silencio.

¿Qué sentimiento escondía aquella nueva tonalidad de azul, más intensa y vibrante? ¿Qué estaría viendo en ella para reaccionar así?

Una leve sonrisa suavizó el rostro de Jack, y sus ojos brillaron con deseo mientras recorrían sus rasgos lentamente hasta detenerse en su boca. Ella emitió un suave jadeo al sentir que sus labios despertaban a la vida con un hormigueo, y se los humedeció en un acto reflejo.

De inmediato, él endureció el gesto y desvió su atención hacia el grupo, con tal frialdad que ella dudó si todo había sido producto de su imaginación.

* * *

El lunes siguiente Samantha llegó al despacho la primera. Todo estaba en silencio y a oscuras cuando abrió la puerta con las llaves que Mathilda le había entregado la semana anterior.

Con calma, conectó las luces y se dirigió a la sala de reuniones, dejó su maletín sobre la mesa y buscó por la sala algún interruptor con el que encender el proyector. Su obsesión casi compulsiva por el orden alcanzaba niveles enfermizos en situaciones de estrés, y aquel día su ansiedad estaba por las nubes. Cogió el *pendrive* del bolso y sacó sus notas, escritas en tarjetas tamaño A5. Comprobó tres veces las instrucciones del proyector, se aseguró de que la versión de PowerPoint de su presentación fuese compatible con la versión del portátil de la sala y también de que el puntero tenía pilas y

funcionaba perfectamente. Una vez que estuvo todo bajo control se frotó las manos sobre la falda y se echó un vistazo en una de las paredes de cristal.

Aquella mañana había decidido llevar bajo la chaqueta de traje la camiseta que le había regalado Allie antes de marcharse de Barcelona. A las seis de la mañana había creído que le daría un toque informal y, además, al llevar algo personal, le traería buena suerte.

Ahora, sin embargo, no estaba tan segura de su elección. Releyó el mensaje que había impreso sobre la tela de algodón negra, justo debajo del pequeño dibujo de un gracioso unicornio: «*Always be yourself, unless you can be a unicorn. Then always be a unicorn*» («Sé siempre tú misma, excepto si puedes ser un unicornio. En ese caso, sé siempre un unicornio»).

Gimió y se revolvió inquieta, pasándose una mano por la frente. ¿Cómo se le había ocurrido ponerse aquella estúpida camiseta en su primera presentación en el trabajo?

Desesperada, se abrochó el botón de la chaqueta para que el mensaje quedara oculto, y entró en pánico al ver que justo entre las solapas aparecía la crin multicolor del unicornio. ¡Dios, aquello empeoraba por momentos!

Maldijo entre dientes y una ligera capa de sudor frío la cubrió por completo al darse cuenta de que ya no tenía tiempo para cambiarse.

—¿Interrumpo? —Samantha se volvió con brusquedad al escuchar la voz de Jack a su espalda, con tan mala suerte que uno de sus tacones se enganchó en la moqueta del suelo, haciéndola trastabillar antes de recuperar el equilibrio.

—¡Hola! —exclamó con excesivo entusiasmo, mientras daba un tirón seco con el pie para desenganchar el tacón—. No, ¡no! Por supuesto que no interrumpes nada.

Apoyado contra el vano de la puerta y cruzado de pies y brazos, Jack la observaba con una ceja levantada y un amago de aquella sonrisa que él

siempre se negaba a regalarle. El muy cretino se estaba divirtiendo a su costa y no podía recriminárselo.

Se recolocó la falda a lo largo de los muslos y se removi6 inquieta cuando sintió los ojos de Jack siguiendo cada uno de sus movimientos. Tenerle cerca la ponía demasiado nerviosa, con un tipo de nervios distinto a los que llevaba sufriendo toda la mañana. Estos le nacían en el bajo vientre y se extendían hasta su pecho, estrujando sus pulmones hasta dejarla sin respiración. Sus formas bruscas y distantes la ponían a la defensiva, pero cuando se miraban a los ojos como en aquel momento algo cambiaba. En su iris encontraba una calidez que la atrapaba y dejaba sin aliento.

—Voy a prepararme un café. —Cualquier cosa con tal de salir de aquella sala que, en pocos segundos, se había quedado sin oxígeno.

Caminó con piernas temblorosas hacia la puerta, consciente de los ocho centímetros sobre los que se sostenía, cuando sintió que Jack la sujetaba del brazo y la acercaba a él.

—Espera un momento.

Atónita, Samantha vio como él aproximaba la mano y deslizaba los dedos sobre la solapa de su chaqueta hasta detenerse justo a la altura de su corazón, donde su pecho subía y bajaba de forma frenética. Se miraron, y antes de que ella pudiese reaccionar, sintió que él le daba un pequeño tirón a su chaqueta y esta se abría hacia los lados. Entreabrió los labios, sorprendida y avergonzada a la vez, al comprender que acababa de dejar al descubierto su camiseta.

—Así está mucho mejor —dijo él con voz ronca.

—G-gracias —respondió ella sin saber qué más decir, y de inmediato se marchó a la cocina.

A su espalda, una suave carcajada rompió el silencio de la sala de reuniones.

* * *

La exposición de Samantha estaba siendo todo un éxito; sus propuestas eran innovadoras y arriesgadas, justo lo que Storm necesitaba para diferenciarse del resto de los competidores en el concurso. Muy pronto casi todos en la sala entendieron que su contribución en domótica no chocaba con el trabajo que ellos ya habían desarrollado, así que el ambiente se fue distendiendo y para cuando llegaban a la sección final de la presentación, los nervios de Samantha se habían relajado de forma considerable. La única parte que faltaba por abordar era la relativa al ahorro energético de la que Philip, el arquitecto técnico de Storm, se había estado encargando de forma temporal.

Tanto Matt como Jack no habían dudado en traspasarle a ella aquella sección, no solo porque era una de sus especialidades, sino porque estaban muy poco satisfechos con la solución en sostenibilidad que Philip les había presentado.

—Por último, será necesario revisar completamente el apartado de incidencia medioambiental de la edificación porque se obviaron muchos aspectos básicos. —Philip se removió inquieto en su silla cuando se introdujo por fin aquel tema—. El documento propone un prototipo universal de espacio ecológico que es contrario al principio fundamental de la arquitectura integrada. Se debería considerar la especificidad para cada caso, para cada lugar, para cada ambiente...

—No hemos tenido tiempo para eso —interrumpió Philip, claramente a la defensiva—. El tiempo se nos echaba encima y teníamos que tocar demasiados palos. Además, ese enfoque es tan poco habitual que, sinceramente, no entiendo a quién le puede interesar.

—A mí —respondió Matt, molesto y algo extrañado por las formas de su

mano derecha—. Le he pedido que se concentre en ese aspecto en particular, y me interesa todo lo que pueda aportar, para eso la hemos contratado.

Samantha maldijo en silencio la intervención de Matt. No necesitaba que la salvaran de aquel tipo de situaciones, no le apetecía granjearse enemigos durante su estancia allí.

Preocupada por lo que pudiera pensar el resto del equipo, les miró con disimulo y descubrió que se sentían igual de incómodos que ella. Con la vista fija en sus notas o en cualquier punto indefinido de la sala, parecían resignados a las malas formas y salidas de tono del miembro con más antigüedad del equipo.

Jack, por el contrario, miraba a Philip con dureza y el rostro contraído, dispuesto a saltar sobre él si volvía a dirigirse a cualquiera de la sala con aquel tono.

—No me importa explicaros con más detalles en qué se basa mi recomendación, si queréis... —dijo Samantha tratando de suavizar la repentina tensión.

—Adelante —asintió Matt con una sonrisa de aliento.

—De acuerdo. —Dejó sus notas sobre la mesa y se irguió dispuesta a dar su clase más magistral—. La arquitectura integrada, que también es conocida como ecológicamente consciente, no es tanto el resultado de una aplicación de tecnologías especiales o el acondicionamiento del ahorro de energía, como el sostenimiento de una lógica, dirigida hacia la adecuación y utilización positiva de las condiciones medioambientales, mantenida durante el proceso del proyecto, la obra y la vida del edificio y la utilización por sus habitantes; sin perder, en absoluto, ninguna del resto de las implicaciones: constructivas, funcionales, estéticas, etc., que debemos seguir teniendo presentes en nuestra propuesta...

Samantha estaba tan absorta en su diatriba que le pasó desapercibido que,

poco a poco, había ido perdiendo a su audiencia. Más de uno la miraba con cara desconcertada, y otros, simplemente, se dedicaban a dibujar garabatos en su bloc de notas al saber que todo aquello no iba con ellos.

—¡Madre mía! —Philip soltó una sonora carcajada—. ¡Ya sabemos quién es la empollona del grupo! Eres un auténtico pozo de sabiduría, ¿no? Seguro que de pequeña eras la más popular entre tus compañeros... —le dijo con una sonrisa fría y un brillo malicioso en sus pupilas—. Aunque tengo curiosidad por una cosa... ¿en cuántos proyectos dices que has aplicado todo eso que nos acabas de explicar? Porque estoy realmente interesado en saber cómo lo conseguiste.

Jack apretó la mandíbula al percibir que ella se ponía rígida y perdía todo el color del rostro.

—Philip... —Matt se maldijo en silencio por no haber hablado con él antes de la llegada de Samantha—. Sam está haciendo el trabajo para el que la hemos contratado, exponiendo un punto de vista que en todo caso después, cuando acabe su exposición, tendremos la oportunidad de debatir.

—Claro, claro —dijo Philip con tono condescendiente—, solo tenía curiosidad por sus proyectos anteriores, nada más.

—Tu pregunta está fuera de lugar —interrumpió Jack con la voz acerada y una clara advertencia en los ojos a pesar de la posición relajada de su cuerpo—. Samantha no tiene por qué rendirte cuentas de su experiencia previa. Matt y yo conocemos su carrera profesional y estamos convencidos de que tiene la capacidad para llevar a cabo el trabajo que se le está pidiendo. ¿O acaso estás poniendo en duda nuestro criterio a la hora de seleccionarla? —Matt le miró de reojo y sonrió con disimulo, satisfecho de la fiera protección que su hermano estaba demostrando hacia ella cuando hacía solo una semana le había exigido que la echase del equipo.

Estaban tan absortos en el intercambio dialéctico que nadie advirtió la

mirada cada vez más extraviada de Samantha y el ligero temblor que empezó a sacudir sus manos. Las palabras de Philip la habían sumergido en una maraña de recuerdos y sensaciones que creía olvidadas o, cuando menos, superadas. La burla en sus palabras la hacía sentir de nuevo como la niña de trece años que una vez había sido: con exceso de conocimiento, ansia de saber e inocencia a raudales; expuesta a las opiniones maliciosas y los comentarios despectivos de personas que sienten un enfermizo placer al agredir a otras.

Se le nubló la vista y unas gruesas gotas de sudor frío resbalaron por su espalda. Sus manos estaban cada vez más frías y ya casi no podía sentir la punta de los dedos. Con la respiración acelerada a causa de la falta de aire, supo por experiencia que pronto sus piernas dejarían de sostenerla.

«Ahora no», pensó asustada al reconocer los síntomas de un ataque de ansiedad.

Desesperada, buscó una silla vacía con la mirada. Si solo consiguiera sentarse y recuperar la serenidad durante unos instantes... La única silla libre estaba en el otro extremo de la sala, así que la descartó; sabía que no podría llegar hasta ella sin antes caerse de bruces al suelo. Alargó la mano para coger la botella de agua cuando el ruido de varias sillas arrastrándose en el suelo la alertó. La gente estaba marchándose de la sala.

«¿Qué está pasando?», se preguntó confusa. Al volver la cabeza vio a Matt marchándose con Philip, que cerró la puerta tras de sí con gesto rígido.

Incapaz de mantenerse en pie un minuto más, apoyó las palmas sobre la mesa, inclinó la cabeza entre sus hombros y cogió aire con una fuerte inspiración. Agradecía que la hubiesen dejado sola, pero supo que no era lo mejor cuando se pasó la mano por la frente, que temblaba sin control, y sintió que todo empezaba a volverse oscuro a su alrededor...

Era cuestión de segundos que perdiese del todo el conocimiento.

6

Algo no andaba bien.

Samantha se estaba quedando lívida por momentos y tenía la mirada perdida, como si buscara algo de forma desesperada. Cuando vio el temblor de sus manos, Jack reaccionó por instinto y dio por terminada la reunión sin dar más explicaciones, no sin antes lanzarle una significativa mirada a Matt, que le comprendió de inmediato y arrastró a Philip fuera de allí.

Una vez que estuvieron todos fuera, Jack cerró las persianas en busca de algo de intimidad, se acercó a ella en silencio y le ofreció un vaso de agua que Samantha se bebió hasta la última gota.

—¿Todo bien? —La tanteó en voz baja. Temía que si hablaba más fuerte se fuese a derrumbar.

—Sí, gracias. —Se pasó una mano por la frente y se recogió algunos mechones tras la oreja—. No sé qué me ha pasado. Creo que necesitaba hidratarme un poco.

La sonrisa no alcanzó a sus ojos color miel.

—Matt está hablando con Philip en estos momentos. Su comportamiento es del todo inaceptable. No volverá a pasar.

—¡No! ¡No tenéis que hablar con él de nada! —exclamó alterada—. De verdad que estoy bien. Supongo que estaba más nerviosa de lo que quería admitir. —Empezó a recoger los papeles que tenía sobre la mesa y a cerrar los archivos de su portátil—. Llevo muchos días preparando esta presentación y anoche casi no dormí repasando los últimos detalles. Seguro que unas horas de sueño y una buena cena me dejan como nueva.

Jack la observó con los puños apretados y contuvo las ganas de zarandearla hasta que le entrase algo de sentido común en su testaruda cabeza.

«Que haga lo que quiera, ella no es tu problema», se recordó. Entonces ¿por qué demonios no podía dejar de preocuparse por ella?

Frustrado, se pasó los dedos por el pelo y la miró de reojo; no entendía qué tenía aquella mujer que le provocaba sin apenas pretenderlo.

—Tú misma, pero te necesito como nueva y de vuelta en el despacho en... —echó un vistazo a su reloj de pulsera— dos horas como máximo.

Samantha dejó de recoger y le miró boquiabierta, con las manos en las caderas y los ojos echando chispas.

Jack sonrió satisfecho al volver a recuperar su atención.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que eres un tanto insensible?

—¿Y a ti que te pones preciosa cuando te cabreas? —Ladeó la cabeza y se acercó a ella; tan cerca que su aliento mentolado acarició su rostro y la obligó a levantar la cabeza para mantenerle la mirada—. Tus mejillas se sonrojan y tus ojos brillan —ronroneó, satisfecho consigo mismo, y añadió—: Sí, ahora mucho mejor que antes.

Samantha parpadeó varias veces y boqueó como un pez fuera del agua, incapaz de encontrar una respuesta adecuada a lo que le acababa de decir. ¿La estaba provocando a propósito?

—¿Puedo marcharme a comer, por favor? —susurró ella.

—¿Por qué no le has dicho a Matt que ya nos conocíamos? —Jack se lo había estado preguntando toda la semana.

—¿Por qué no se lo has dicho tú? —respondió ella con un hilo de voz.

Él negó con la cabeza y la escrutó con intensidad. No le gustaba el efecto que tenía en él. Le distraía demasiado, cuando lo único en lo que debía centrarse era en que Storm ganase el concurso y nada más.

—No lo consideré relevante. —Se encogió de hombros, dando el tema por

zanjado.

Molesta por su arrogancia, Samantha resopló y apoyó las manos en su pecho con la intención de apartarle. Los músculos que se ocultaban bajo la impoluta camisa se tensaron bajo su contacto haciendo que ella se separase con rapidez.

Demasiado descolocada por todo lo que estaba sucediendo, se escabulló de forma precipitada y acabó de meter todos los documentos en su maletín.

—Esta conversación no ha terminado —dijo Jack—. Retomaremos el tema por la tarde.

—¿Qué tema? —le preguntó mirándole inquieta.

—¿No te interesa saber mi opinión sobre tu presentación? —inquirió él con una ceja arqueada.

—Por supuesto —masculló mientras cerraba con brusquedad la cremallera de su maletín, molesta por el estúpido derrotero de sus pensamientos.

—Jack... —Ambos se volvieron hacia la puerta sorprendidos, pues no habían reparado que había alguien más con ellos en la sala—. Disculpa, querido, Mathilda me dijo que ya habías acabado con la reunión.

Samantha sintió que le subía la bilis a la garganta al descubrir a Danielle en el vano de la puerta, tan artificial y exagerada como la recordaba.

—Dani... ¿qué haces aquí? —Jack parecía confuso.

—¿Tienes planes para comer? —ronroneó acercándose a él con caminar sensual. Apoyó las manos en su pecho y le dio un beso cerca de la comisura de la boca mientras dirigía una calculadora mirada en dirección a Samantha.

Jack la cogió de los brazos y la apartó con suavidad.

—Dani, sabes que voy a tope de trabajo. No puedo perder dos horas en una comida solo para distraerte. Además, ¿no hemos quedado para cenar esta noche?

—Te echo de menos... —susurró melosa, acariciando los brazos que la

seguían manteniendo a una prudente distancia de su cuerpo—. Podemos comer algo rápido en tu despacho, no me importa...

—Bueno, yo ya me iba —musitó Samantha dirigiéndose con paso precipitado hasta la salida—. Hasta luego.

Danielle la siguió con una mirada sagaz y después estudió el rostro de Jack, que permanecía serio y abstraído con la vista fija en la puerta.

—¿Quién es? —preguntó con fingida inocencia—. No recuerdo haberla visto por aquí antes, pero me resulta familiar...

—Te sonará del viernes pasado. Es Samantha, la mejor amiga de Jules. Tú misma me la presentaste en el club, ¿recuerdas?

—¡Claro! —exclamó con una sonrisa inquieta—. ¡Ahora entiendo de qué me sonaba ese aire puritano!

—Matt y ella se conocieron hace algunos años en España —le aclaró él ignorando a propósito su insulto—. Se unió al equipo de Storm la semana pasada.

—¡Qué casualidad! —Se concentró en un botón de la camisa de Jack y le miró con ojos entornados—. Parecía que estabais teniendo una conversación bastante intensa. ¿Algo que deba saber?

Su tono casual no le engañó ni un segundo. Danielle estaba celosa y aquello era algo que no se podía permitir. Si dudaba un solo instante de su interés por ella podía poner en riesgo todo lo que había conseguido hasta ahora, y ella era su única vía para acceder a Charlton. Además tampoco quería perjudicar a Samantha. Si Dani tuviese la más mínima sospecha de la atracción que sentía por ella, Sam no duraría en sus manos ni cinco minutos.

—No tienes razones para estar celosa. —La tranquilizó—. Tú sabes qué tipo de mujeres me gustan y te aseguro que las reprimidas no están entre ellas. Mi interés en ella es solo profesional: la necesitamos para que Storm

gane el premio, aunque todavía no tengo claro que sea capaz de hacerlo. Está muy verde.

Frunció el ceño cuando Danielle esbozó una sonrisa de satisfacción y, curioso, se volvió siguiendo su mirada. A su espalda, Samantha sujetaba con fuerza el marco de la puerta, con el rostro tenso y sonrojado.

«Mierda.» Jack se sintió como si le acabasen de dar un puñetazo en el estómago.

—Me he olvidado el bolso —susurró ella, justificándose. Entró rápidamente en la sala, recogió el bolso del suelo y desanduvo sus pasos hasta la salida.

Él cerró los ojos e inspiró con fuerza, consciente de que no podía mostrar ninguna emoción en aquel momento.

—¡Samantha! —Ella se detuvo—. No hace falta que vuelvas después de comer, puedes tomarte la tarde libre.

Tan pronto desapareció, Jack inhaló con profundidad y se obligó a recordar las razones por las que hacía todo aquello. Si era listo y jugaba bien sus cartas, aquel sacrificio valdría la pena y en unos meses obtendría su recompensa.

* * *

«Estúpida, estúpida y más que estúpida», se repitió Samantha mientras entraba en el apartamento y lanzaba su bolso sobre el sofá para después ir directa a la bañera a prepararse un baño de sales relajantes.

El día había sido un auténtico desastre, y a pesar de las horas que hacía que había dejado el despacho, seguía alterada y furiosa.

Tras dejar la sala de reuniones con el corazón encogido de indignación, se había pasado horas deambulando por la ciudad, sin rumbo fijo, sin nada en el

estómago excepto las dos tostadas del desayuno, y tratando de calmar el huracán de emociones del día.

Había estado horas reproduciendo una y otra vez aquellos últimos quince minutos de la reunión. Qué dijo, cómo lo dijo, en qué momento lo dijo... ¿Acaso había ofendido a Philip sin querer? Se había limitado a hacer su trabajo, a responder a sus preguntas tal y como hacía con sus estudiantes en la universidad; había adaptado el ritmo de la presentación para que él pudiese aclarar sus dudas, entonces, ¿qué había salido mal? Necesitaba entenderlo; comprender qué había provocado aquella reacción tan agresiva en Philip.

Se recogió el cabello con aire distraído, se sumergió en el agua caliente y lanzó un suspiro de placer al sentir cómo el calor relajaba de inmediato sus músculos agarrotados.

Los comentarios de Philip habían dado en el clavo con quirúrgica precisión. Desde el principio se había sentido insegura sobre su capacidad para desempeñar un buen papel en Storm, y que él les diera voz delante del equipo solo había intensificado sus temores.

Su inquietud se transformó en furioso ardor al recordar el modo ofensivo en que Jack había hablado de ella con Danielle. Le daba igual que la considerase una reprimida, se repitió por enésima vez poco convencida, pero no soportaba que ya hubiese juzgado y sentenciado su capacidad de trabajo solo por una presentación. Una sola presentación.

Aquella tarde había decidido que iba a hacer cambiar de opinión a Jack... sobre su trabajo, nada más. Iba a demostrarle que se equivocaba; que él, al igual que Philip y otros antes, cometían un tremendo error al juzgarla sin conocerla.

* * *

—Eres patética. No estarías aquí si no fuera porque tienes enchufe con el jefe...

Sentada en su mesa, Samantha mantenía la vista fija en sus documentos, evitando mirar a Philip, que no había dudado un segundo en asediarla tan pronto habían salido de la reunión. Percibía su agresividad, no solo en la voz, si no en la energía negativa que irradiaba su cuerpo, demasiado cerca del suyo, y aquello estaba empezando a asfixiarla. Se estremeció ante su cercanía e hizo rodar suavemente su silla buscando espacio, aire para respirar, protección...

—¡Te estoy hablando, empollona! —Alzó la vista y frunció el ceño, confundida. Aquel niño no era Philip. Ladeó la cabeza y parpadeó varias veces al reconocer aquellas pecas y el pelo de punta del niño que tanto la había herido en el pasado.

¡No, no, no!

Miró a su alrededor con los ojos abiertos de par en par, sintiendo que el pánico le atenazaba la garganta. ¡No podía ser! ¿De dónde había salido él?

—Estás cagada de miedo, ¿verdad? Lo que decía, eres patética...

Comenzó a mecerse adelante y atrás cuando los gritos aumentaron; otros niños se estaban sumando a la fiesta. Más risas, burlas más hirientes... Se llevó las manos a los oídos y clavó los codos sobre el pupitre, se sujetó la cabeza con fuerza y de inmediato sus dedos se enrollaron alrededor de varios mechones de su cabello en un gesto inconsciente. Empezó a tirar suavemente hasta que sintió las familiares punzadas de dolor. Las lágrimas acudieron a sus ojos, pero las acogió con alivio... era justo lo que necesitaba para aislarse de todo.

Sintió un golpe seco en el hombro que le provocó un intenso dolor en el brazo y a continuación cayó de bruces en el suelo. Se hizo un ovillo y se tapó

la cara cuando le tiraron todos los papeles por encima, para después acabar desperdigados, pisados y arrugados por el suelo.

«¿Se puede saber qué estás haciendo? ¡Levántate, maldita sea!», le ordenó una voz en su cabeza.

«¡No puedo!», le respondió ella con impotencia.

«Claro que puedes, Samantha. Ya no eres esa niña... Eres fuerte y luchadora. ¡Solo tienes que levantarte y plantarles cara!»

Apretó los párpados con fuerza y se puso en pie con el corazón saliéndole por la boca y las piernas temblorosas, aterrorizada por lo que pudiera descubrir al abrir los ojos.

—Abre los ojos, Samantha... —El ronco susurro en su oído la hizo estremecerse de placer.

Sintió las ásperas manos de Jack recorriendo su cuerpo sobre la tela del vestido en una caricia lenta y sensual. Desconcertada por aquel brusco cambio de escenario, se agarró con fuerza a sus brazos y rezó para que no la dejase ir.

—Chsss... tranquila, te tengo...

Ella lanzó un suspiro de alivio que le nació de lo más hondo y sonrió. Subió las manos hasta su nuca y se puso de puntillas para acercarse a su boca, ansiosa por besar sus labios y perderse en su sabor, pero él la sujetó con fuerza del cabello, la apartó, y la obligó a inclinar la cabeza para tener pleno acceso a su garganta.

—No estás preparada... —le recriminó él mientras le prodigaba besos húmedos tras la oreja.

Se equivocaba... estaba más que preparada, pensó Samantha al sentir una intensa pulsación entre sus piernas. Apretó los muslos en busca de alivio, pero sabía que solo él podía dárselo.

—¿Por qué te reprimes? —inquirió Jack con impaciencia. Su voz y el roce

húmedo de su lengua en el cuello licuaron sus entrañas convirtiendo su cuerpo en un trémulo suspiro.

—No... no lo hago —le susurró ella confusa por sus palabras. ¿Acaso no veía que era completamente suya?—. Tócame... te necesito...

Él bajó la mano por su pierna en una lenta caricia hasta encontrar el borde de su falda, y en su ascenso recorrió el interior de su muslo con las yemas de los dedos hasta que topó con sus húmedas braguitas. Con gesto decidido apartó la delicada tela, consiguiendo libre acceso al centro de su placer, que estaba anhelante de su contacto. Sus respiraciones se agitaron de anticipación y ella creyó que se moriría por combustión si no sentía sus dedos sobre ella, dentro de ella, en aquel mismo momento.

Contuvo el aliento cuando Jack la apretó más fuerte contra su pecho, hundió la cara en su pelo e inspiró profundamente. Después la apartó de su cuerpo y la contempló con gesto duro y una sonrisa de burla en los labios. Se inclinó y le susurró al oído:

—No me interesas... —siseó con tono despectivo.

—¡Sammy! ¡Ya estoy en casa!

Samantha se despertó de golpe. Alterada y muy desorientada, se incorporó con brusquedad en la bañera rebosando agua a su alrededor en su precipitada salida.

Sobrecogida por el dolor aplastante en el pecho, se puso una mano sobre el corazón, que latía como loco, y de inmediato sintió unas inmensas ganas de llorar, entremezcladas con una rabia tremenda y un sordo latido de frustración sexual.

¡Dios santo! ¡Acababa de tener el sueño más perturbador de la historia! Gimió y se tapó la cara al recordar la última parte... ¡Había soñado con Jack!

—¿Samantha? ¿Estás ahí? —insistió Jules.

—¡Sí, sí! —exclamó exaltada mirando el desastre a su alrededor—. ¡Estoy tomando un baño! ¡Salgo en cinco minutos!

—Vale, ¿te apetece chino para cenar?

¡Joder! ¿Chino? Tenía el estómago revuelto...

—¡Sí... eh... perfecto! Lo que pidas estará bien.

Salió de la bañera y secó como pudo el agua que había desbordado con su brusco despertar.

Con manos temblorosas, volvió a recogerse el cabello húmedo en un moño y se puso la ropa que se había dejado preparada en la banqueta. Se miró en el espejo y le sorprendió su reflejo. Tenía las mejillas sonrosadas, las pupilas dilatadas y la respiración entrecortada. Le preocupó lo que Jules pudiese pensar al ver su estado, pero imaginó que no levantaría sospechas considerando que acababa de tomar un baño.

Su bizarro y perturbador viaje al pasado, y después al erótico y retorcido mundo de Jackson Sullivan, quedaría entre la bañera y ella.

Se pasó una mano por la frente, ligeramente velada de sudor, e inhaló profundamente tratando de poner en orden su cabeza. Las emociones del día la habían desbordado. El incidente durante la reunión había abierto heridas del pasado y aquella conversación entre Jack y Danielle la había afectado más de lo que pensaba. Sintió un nudo en la garganta y unas repentinas ganas de llorar, y sin saber por qué se acordó de Alan, otro hombre que, de una forma u otra, la había rechazado sin contemplaciones.

No podía seguir negando lo evidente.

Llevaba dos semanas intentando localizar a su novio. Le había enviado un mensaje tan pronto aterrizó en Nueva York, y más tarde un par de correos electrónicos explicándole sus primeros días y experiencias en el trabajo, pero seguía sin recibir ninguna señal por su parte. Hacía días que había empezado a asumir que lo de Alan había sido algo más que una mera amenaza.

Si era sincera consigo misma, ella también empezaba a pensar que romper su relación era lo mejor, pero no quería dar nada por asumido hasta haberlo hablado primero con él. Se prometió que aquel fin de semana le llamaría otra vez. Necesitaban hablar como adultos. Si su relación había acabado quería saberlo cuanto antes.

—Esto no está funcionando, Robinson. —Jack se paseaba furioso por su despacho. Llevaba desde primera hora de la mañana tratando de localizarle, hasta que por fin le devolvía la llamada—. Tenemos que encontrar otra manera de abordar a Charlton.

—¿Qué ha pasado, Jack? —El tono condescendiente al otro lado de la línea le molestó.

—Danielle. Eso es lo que pasa. No quiero seguir con esta farsa. Sinceramente, me parece absurdo e innecesario, además de inútil. Busquemos otras alternativas.

Había estado en desacuerdo con aquella estrategia desde el principio, pero la cena de la noche anterior con Danielle le confirmó que no quería continuar con aquello. No quería seguir involucrado con aquella mujer, cada vez soportaba menos sus atenciones sofocantes y su perversa frivolidad, y no le apetecía tener que fingir algo que no sentía.

Nunca lo había hecho y no iba a empezar a aquellas alturas.

La situación se había vuelto del todo surrealista cuando tuvo que inventarse una estúpida excusa para evitar que ella subiese a su apartamento en busca de una intimidad que él no estaba dispuesto a darle. Era consciente de que estaba dejando de lado más de uno o dos principios para poder alcanzar su meta, pero pretendía conservar su dignidad intacta al final de aquel camino, y acostarse con Danielle para conseguir su propósito supondría cruzar una línea roja.

—Jack, te recuerdo que las bases del concurso prohíben a los participantes

tener ningún contacto con los miembros del jurado una vez que se publique en los medios. Si rompes tu relación personal con Danielle Charlton no podrás justificar de ninguna manera un encuentro casual con su padre.

—No me joda, Robinson. —Jack comenzaba a perder los nervios. Se sentía atrapado en su propia trampa—. Seguro que pueden provocar algún encuentro casual sin que yo me tenga que tirar a su hija. Joder, ¿acaso no tienen controlados todos los movimientos del tipo? Es tan fácil como que me avisen cuando Charlton esté en algún restaurante comiendo, o en una tienda... ¡Donde sea! Me presento por allí y me cruzo con él por accidente.

—Jack, el tiempo juega en nuestra contra. La semana que viene la Fundación Hyatt anunciará oficialmente la composición del jurado, tanto los de primera como los de segunda ronda. Y cuando eso suceda todo contacto entre vosotros estará prohibido y no se os podrá ver juntos en público. Ya te lo dije, para que esto funcione es clave que puedas acceder a su casa, ganarte su confianza; que se genere el ambiente para que él se atreva a tantearte. La mejor forma de conseguir entrar es como el novio de su hija.

—Y una mierda. Accedí a recuperar el contacto con ella, pero no a meterla en mi cama.

Una sonora carcajada sonó al otro lado del auricular. Jack apretó con fuerza el móvil. Aquella conversación solo estaba consiguiendo cabrearle más.

—Hijo, si yo tuviera tu planta y tu labia no tendría ningún problema en mantener a la chica entusiasmada sin necesidad de llegar a tanto.

—Esa no es la cuestión —replicó Jack con frialdad.

—Solo serán unas semanas. Y ahora dime, ¿has conseguido avanzar algo? —La capacidad de Robinson para desviar una conversación y llevarla a su terreno era extraordinaria. Con razón se había convertido en un hombre tan poderoso. Una vez que mordía su presa no la soltaba hasta que se rendía.

—Dani me ha insinuado que le haría ilusión que la acompañe el fin de semana de Acción de Gracias a la casa familiar en los Hamptons, pero de momento no me he dado por aludido. Sinceramente, es lo último que me apetece.

—Acepta —le urgió Robinson—. Es la oportunidad que estábamos esperando —susurró entusiasmado ante la idea de que su plan por fin empezase a funcionar.

* * *

De pie frente a la puerta del despacho de Jack, Samantha tomó una profunda bocanada para deshacer el nudo en el estómago que la acompañaba desde aquella mañana cuando, nada más llegar, Mathilda le había informado de que Jack la había convocado a una reunión.

La noche anterior había decidido plantarle cara a la vida y demostrarle al mundo, y a Jack, lo que era capaz de hacer, pero aquella mañana seguía sin sentirse todopoderosa como una diosa y en su cabeza no paraban de repetirse las mismas palabras:

«Está verde».

Se sentía indignada y asustada a partes iguales, pero hacía años se había prometido que nunca volvería a permitir que la opinión de los demás la desviase de su camino o la hiciese tropezar y, tal como se había repetido una y otra vez durante las horas de insomnio, su objetivo estaba claro: Storm y el bienestar de sus padres.

Decidida a no posponer durante más tiempo lo inevitable, llamó con suavidad a la puerta y entró.

Encontró a Jack hablando por teléfono, con la mirada perdida a través del ventanal y de espaldas a la puerta. Volvía a vestir de manera informal, con

tejanos y un jersey de lana trenzada de color gris oscuro que abrazaba su musculosa espalda. Su aspecto le recordó al de la noche que le conoció, y de inmediato la recorrió la misma burbujeante sensación de entonces.

Desconcertada, dio un paso atrás dispuesta a marcharse cuando él volvió la cabeza y clavó sus ojos en ella. Le mantuvo la mirada durante algunos segundos y después le hizo un gesto para que entrase y se sentara. Se le veía tenso y frustrado mientras susurraba con tono intimidante a quien fuese que se encontrara al otro lado de la línea. Unas profundas arrugas surcaban su frente, como si aquella llamada fuera la última de las malas noticias que esperaba recibir.

Samantha apretó las manos en su regazo y contuvo el absurdo impulso de acercarse a él y acariciar su ceño fruncido.

—¡Joder! —Jack terminó la conversación bruscamente, tiró el móvil sobre la mesa y se pasó una mano por el pelo.

Durante unos minutos se mantuvo en silencio, con la mirada perdida y las manos apoyadas en las caderas, ajeno a todo lo que le rodeaba, inclusive Samantha, que le esperaba sentada a unos metros de él y le observaba con detenimiento.

Ella se removió inquieta al sentirse como una intrusa, y la silla crujió con el movimiento, captando de inmediato su atención. Jack la observó con intensidad durante tanto tiempo que ella comenzó a sentir un intenso rubor cubriendo sus mejillas. El azul de sus ojos parecía casi traslúcido en contraste con su tez bronceada, y el color de su jersey y su pelo, revuelto sin ninguna duda por las veces que se habría pasado los dedos durante aquella tensa conversación, le daba una apariencia sexy y desenfadada que le robaba el aliento.

Jack era letal en las distancias cortas.

«Y un borde y arrogante, no lo olvides.»

—Disculpa, tenía que atender esa llamada.

—Por supuesto, si vengo en mal momento podemos aplazar la reunión.

—No, acabemos con esto de una vez —masculló él entre dientes mientras se dirigía a la mesa de reuniones de la otra esquina del despacho.

Con el portátil y sus notas en la mano, ella le siguió y se sentó a una prudente distancia. Necesitaba mantener la cabeza fría y su cercanía la ponía demasiado nerviosa.

—Antes de empezar... —Jack carraspeó—. Quería aclararte lo que oíste ayer por error...

—No hay nada que aclarar —le interrumpió ella con rigidez y los ojos fijos en la pantalla de su portátil a la espera de que el sistema operativo se iniciase. «Vamos, vamos, arranca de una vez»—. Tienes derecho a tener tu opinión.

Un espeso silencio se instaló entre ellos.

La estaba observando. Lo sentía en cada poro de su piel y por el modo como se le había erizado el vello de la nuca. Apretó las manos sobre los muslos y trató de regular su respiración, errática en su lucha por no levantar la vista del ordenador y comprobar que sus sentidos no se equivocaban.

«No le mires, no le mires», se repetía como una cantinela en la cabeza mientras esperaba que el maldito ordenador acabase de arrancar. Parecía que todo se estaba confabulando para sacarla de quicio. Sabía que Jack trataba de presionarla con aquel asfixiante silencio, esperando que ella sucumbiera a la presión, pero ella contaba con una ventaja que él desconocía: era experta en situaciones de coacción y había desarrollado una gran capacidad de aguante.

Lástima que el tipo de tensión que sentía en aquellos momentos estuviera fuertemente entretejida con gruesos hilos de sensualidad. Aquel hombre le alteraba los sentidos como ningún otro lo había hecho antes, y fue aquella sensación, la adrenalina corriendo con fuerza por sus venas y una atracción irracional, lo que finalmente la hizo flaquear y enfrentar su mirada.

Maldito.

Era irresistible, y lo sabía.

Reclinado contra el asiento, de brazos cruzados y con sus musculosas piernas ligeramente abiertas, la observaba con el rostro tenso y una expresión indescifrable en los ojos.

Su corazón se saltó un latido ante aquel despliegue de testosterona y temió que su perfeccionada fachada se resquebrajase de un momento a otro bajo su atento escrutinio.

—¿Empezamos? —Ella alzó el mentón y le retó a seguir insistiendo en un tema en el que ni él ni ella querían realmente profundizar.

Jack entrecerró los ojos, se notaba que no quería dejarlo pasar, pero pareció pensárselo mejor y asintió con brusquedad.

—Empecemos por la presentación. —Volvió a su mesa y recogió las notas que había tomado el día anterior.

Durante los siguientes quince minutos Jack apenas levantó la vista de los papeles. De forma fría e impersonal alabó su elocuencia y profesionalidad; sus ideas eran creativas y arriesgadas, y creía honestamente que podían marcar una diferencia en el concurso, pero demostraban una clara falta de experiencia en la industria, y aquello iba a implicar que Matt tuviese que dedicarle más tiempo del previsto para convertirlas en propuestas realistas.

—Se nota que estás acostumbrada a hablar en público —reconoció él sin un ápice de calidez en la voz—. Tu tono fue limpio, claro y pausado, aunque no admitía réplica y hubiese estado bien tener alguna pausa para intervenir.

»También te aconsejo que en el futuro ajustes tu lenguaje y expresiones a tu audiencia. Ayer utilizaste algunos términos y conceptos demasiado complejos y difíciles de seguir, incluso para los que entendemos de todo lo que hablas, que no es el caso de todo el equipo. Cada uno tiene su especialidad, Samantha, y tú no lo tuviste en consideración.

»Y lo que más me preocupa —suspiró y se pasó una mano por el rostro con gesto cansado, maldiciendo a su hermano por dejarle a él aquel trago amargo—: se te vio desconectada todo el tiempo, no creaste complicidad con nadie del grupo.

Jack contempló su rostro pálido y esperó su reacción. Sabía que estaba siendo muy duro y directo, pero necesitaba que hiciese un esfuerzo por integrarse y ganarse al equipo. Se había incorporado la última y debía ponerse al mismo ritmo que el resto de inmediato, conseguir que sus compañeros la apoyasen, pero no lo conseguiría mientras continuase aislada en su torre de marfil como había hecho durante la semana anterior.

—Así que es cierto. No confías en mí. —Su voz envarada interrumpió los pensamientos de Jack—. No confías en que sea capaz de hacer el trabajo.

Él apoyó los codos en sus rodillas y entrelazó los dedos.

—Creo que tienes un enorme potencial y unos conocimientos muy amplios de tu campo.

—No me mientas, te oí, ¿recuerdas? —masculló ella entre dientes.

—No te miento, pienso todo lo que te he dicho y también creo que estás verde. —Ella frunció el ceño, molesta y confusa—. No debería sorprenderte tanto. Tu experiencia se limita a la docencia, Samantha. ¿Qué esperabas? ¿Encontrarte un camino de rosas y a todo el equipo con los brazos abiertos?

Si había algo con lo que ella siempre había podido contar era con su inteligencia, con su capacidad para entender las cosas sin apenas esfuerzo. Ser profesora le permitía transmitir todos sus conocimientos; le aportaba una gran satisfacción contribuir a que otros aprendieran y ni una sola vez había recibido ninguna crítica negativa por su trabajo, pero en aquel momento, tras recibir la crítica más dura de toda su carrera profesional, volvió a preguntarse si Alan no había tenido razón y aquel proyecto le quedaba demasiado grande.

Frustrada por volver a dudar de sí misma, con Alan por plantar la semilla y

con Jack por alimentarla sin apenas ser consciente, Samantha supo que necesitaba pensar con calma sus próximos pasos, analizar lo que Jack le había dicho. No iba a ser tan arrogante como para no escuchar sus consejos —aquel mundo era nuevo para ella y haría lo que fuera para dar lo mejor de sí misma —, pero debía encontrar la manera de protegerse en el proceso y que no le afectase tanto lo que estaba oyendo.

—Y después está Philip... —Ella se tensó—. Es el arquitecto técnico con más antigüedad en la empresa y Matt confía mucho en él.

—Lo sé —respondió ella, rígida de nuevo.

—Philip ha dedicado los últimos tres meses a la sección que tú ayer tachaste de trabajo de principiante.

—Pero yo en ningún momento dije que él...

—Te referías al trabajo que él había hecho que, para el caso, es lo mismo —la interrumpió—. Samantha... —Jack dudó unos instantes antes de continuar. Necesitaba que ella se deshiciese de la ansiedad del día anterior; o espabilaba o se la comían viva—. Ayer te defendí delante de Philip, pero lo cierto es que su pregunta era del todo pertinente. Es normal que la gente quiera saber qué experiencia aportas y cómo les vas a ayudar a conseguir sus objetivos. Philip es un gilipollas, pero es inteligente y sabe calar a la gente. Si no le plantas cara no dudará en desestabilizarte siempre que pueda, se aprovechará de la vulnerabilidad que demostraste ayer. Y créeme, si yo me he dado cuenta, él también lo ha hecho.

—Philip fue un maleducado durante toda la reunión —aclaró ella, enfadada—, y no necesito que me des consejos sobre cómo tratar a personas como él, te aseguro que sé muy bien cómo hacerlo. —Jack alzó una ceja—. Ayer me pilló desprevenida, nada más. Además, me limité a hacer mi trabajo y a responder a su pregunta como...

—Como haces con cualquiera de tus estudiantes —concluyó él en su lugar

—. Te recuerdo que ya no estamos en la universidad, ni el equipo es un grupo de jóvenes con muchas ganas de aprender y pocas luces. Son profesionales y tienen un sano y fuerte espíritu competitivo.

Samantha se puso de pie, incapaz de permanecer sentada un minuto más, y soltó el aire en un sonoro bufido de frustración. Paseó arriba y abajo, molesta por no haberse dado cuenta antes de su error el día anterior; pero también con Jack y Matt por la situación tan delicada en la que la habían puesto.

En un gesto inconsciente se quitó la goma que sujetaba su pelo y se masajeó el cuero cabelludo con las yemas de los dedos. A continuación, se enrolló un mechón y tiró con suavidad, pero no consiguió recuperar la calma.

Su mente bullía con cientos de pensamientos y su pecho ardía por la mezcla de sentimientos contradictorios. Estaba preocupada, frustrada y muy, muy enfadada, aunque todavía no sabía si lo estaba más consigo misma o con los demás. Necesitaba espacio y tiempo para poner toda la situación en perspectiva. Temía explotar de la forma más inadecuada si permanecía allí con él.

—Gracias, Jack. Si no te importa me gustaría pensar sobre todo esto antes de continuar con la reunión.

—Así, ¿sin más? ¿No tienes nada que decirme? —la provocó.

—Por supuesto que tengo cosas que decirte —masculló—. Solo necesito calmarme y poner en orden mis ideas... De todos modos, tengo la impresión de que no estás muy acostumbrado a que nadie te contradiga.

Él alzó las cejas.

—Pruébame —la retó con una chispa de diversión en los ojos.

Ella se mordió el labio inferior y entrecerró los ojos, valorando hasta qué punto podía ser sincera con él y cómo se lo tomaría.

Jack se levantó y se apoyó contra la mesa de reuniones. Sus ojos la mantenían atrapada, sin darle margen a una digna retirada.

—Está bien —suspiró—. Sé que tú no querías que yo estuviese en este proyecto y me has acabado aceptando por Matt, nada más, pero sea por la razón que sea, los dos aceptasteis que participase sabiendo que mi experiencia se limitaba a las clases que doy en la universidad... —Un nudo de aprensión le presionó la garganta.

»Sé que Matt está todo el día viajando, pero tú... —Dudó—. Tú me podrías haber dedicado algo de tiempo para ayudarme a aterrizar en la empresa y en el equipo, pero estabas demasiado ocupado evitándome con cara de amargado. —Jack tensó los labios y reprimió una sonrisa—. ¿Acaso pretendes que yo, que acabo de llegar, consiga el respeto de los demás solo porque tú y Matt me escogisteis? ¡Seguramente a estas alturas ya todos saben que soy la enchufada! —Por Dios, a medida que ponía sus pensamientos en palabras se sentía peor. Sintió que su estómago se retorció.

»Y encima después me entero de que me estáis dando el trabajo que otro esperaba tener, añadiendo más tensión a una situación ya de por sí difícil. — Sin aliento y con las mejillas sonrojadas a causa de la rabia, se acercó hasta él y le señaló con un dedo—. Ayer me lanzasteis a los lobos sin previo aviso, así que no voy a disculparme por no haber estado a la altura de tus expectativas. Tú tampoco lo has estado.

Jack se incorporó, obligándola a retroceder, y avanzó despacio hasta quedar a pocos centímetros de ella. La distancia que les separaba era ínfima, hasta el punto de que el uno respiraba el aliento del otro, pero ninguno de los dos se apartó.

—Ahí está otra vez... ese fuego... —musitó él, fascinado al comprobar que bajo las capas de hielo ella era pura pasión. Sin apenas darse cuenta de lo que hacía, le retiró un mechón de cabello que había quedado pegado a sus labios y pasó un dedo por su tensa mandíbula en una cautelosa caricia—. Estás equivocada... sí que has estado a la altura de mis expectativas.

Samantha se estremeció al sentir su caricia y la calidez que transmitían sus ojos. La barrera entre lo personal y lo profesional volvía a desdibujarse hasta desaparecer, como sucedía cada vez que estaban juntos. De un modo u otro siempre acababan enredados en aquel extraño baile del que ella desconocía los pasos.

Apretó los puños y luchó contra aquella fuerza invisible que él parecía emanar sin apenas proponérselo. Se sentía como un satélite alrededor del sol, atraído por su calor, pero abrasador si te acercabas demasiado. No deseaba sentirse así, no con él. No quería su aprobación, ni sus caricias; odiaba que le importase su opinión y que todo su ser reaccionase con anhelo y necesidad a cada gesto, mirada y palabra susurrada por sus labios.

Dio un paso atrás en busca de oxígeno y observó cómo Jack torcía el gesto e iniciaba su propia retirada.

—Por otro lado, tampoco pienso disculparme por mi forma de trabajar —dijo él con dureza—. Valoro la autonomía y la autosuficiencia de mi equipo por encima de todo y no cambiaré eso por ti.

El intenso azul de sus ojos se había transformado en frío hielo en cuestión de segundos, tan rápido que ella se abrazó para contener el escalofrío que la recorrió por la espalda.

—Creo que tenemos estilos muy distintos de trabajar y no lograremos encajar.

—¿De veras? —Él se cruzó de brazos y le lanzó una sonrisa sardónica—. ¿Y cuál es exactamente tu estilo? Porque dudo que ser hermética y mantener a todos a diez metros de distancia encaje con el estilo de alguien. ¡Dios no quiera que una persona se acerque demasiado y descubra que bajo esta apariencia de perfección absoluta se esconde un ser humano!

Samantha sintió que algo se rompía en su pecho. Estaba harta de morderse la lengua.

—Estás lleno de prejuicios... —le recriminó conteniendo un jadeo—. Maldito seas... ¡No me conoces de nada! ¡No tienes ningún derecho a opinar nada sobre mí!

—¿Yo estoy lleno de prejuicios? —preguntó Jack con incredulidad, sus ojos de nuevo oscuros como el océano, y el rostro contraído—. Te molestan los prejuicios de los demás pero tú eres la primera en tenerlos. Estás tan ocupada protegiéndote de lo que te rodea que te estás convirtiendo en víctima de tu propia historia.

Jack tomó aire y se tensó al detectar lágrimas en sus ojos.

—Depende de ti cómo te vean los demás... —susurró con frustración—. Solo tú controlas quién o qué te hace sentir vulnerable, Samantha...

Con la respiración agitada y un nudo en las entrañas, sintió que toda la energía de su cuerpo la abandonaba, dejándola profundamente agotada. Nunca nadie le había hablado así; palabras dichas con crudeza, sin un ápice de compasión, pero que llevaban tanta verdad implícita que dolía. Jack era como una apisonadora, imparable y demoledor una vez que se ponía en marcha, y ella ya había tenido suficiente dosis de arrogancia para todo el día.

—Bonito discurso —musitó con un hilo de voz mientras recogía sus cosas y se dirigía hacia la salida con la poca dignidad que le quedaba—. Quizá te convenga recordarlo la próxima vez que taches a alguien de reprimida.

Cerró la puerta con suavidad y se apoyó en ella, desconcertada al escuchar un fuerte golpe en el interior del despacho y a Jack lanzando una ristra de maldiciones primero, y una sonora carcajada después.

Los días fueron pasando y Samantha fue adaptándose al ritmo del resto del equipo a base de trabajar hasta la extenuación, no solo entre semana sino también en su tiempo libre.

La agenda de Matt se complicó de forma imprevista con nuevos proyectos, hasta que llegó un punto que, tras una reunión de urgencia entre los hermanos, ambos decidieron que fuera Jack el encargado de llevar Storm hasta el cierre del anteproyecto.

Como arquitecto jefe Jack no era muy distinto a su faceta como gerente de la empresa. Tenía un talento innato para dirigir a personas, era arrollador y muy exigente con todos ellos, marcando un ritmo diabólico que apenas les dejaba margen para descansar, pero que todos asumieron con estoicidad si querían llegar a tiempo para presentar el documento dentro de la fecha límite.

Tras la tensa reunión en el despacho de Jack, Samantha pasó días valorando sus opciones y llegó a la conclusión de que debía hacer un esfuerzo si quería ganarse a sus compañeros.

Era tímida y tenía una tendencia innata a la introspección que le dificultaba establecer nuevas relaciones, pero Jack tenía razón: si quería dar lo mejor de sí misma debía contar con el resto del equipo, conocerles mejor y permitir que ellos la conocieran.

Se acercó primero a María, pues de todos era la persona más amable y accesible, y a partir de ahí el resto se abrió a ella con bastante predisposición. Compartían horas interminables de trabajo, comidas basura en la sala de reuniones y momentos de mucho estrés, y aquello, quisieran o no, fue

forjando una relación de camaradería con sus compañeros que la hacía sentir a gusto y como una más del equipo. Se notaba que todos compartían un mismo objetivo y tenían claro que trabajar en equipo sumaba; todos excepto Philip, que parecía no compartir aquella filosofía y se mantenía alejado tanto como le era posible.

Samantha se había preguntado en más de una ocasión si siempre había sido así o algo cambió el día que ella se unió a Storm, pero no tenía la suficiente confianza para preguntarle al resto.

Jack, por otro lado, se mostraba irritantemente frío y profesional con ella, mientras que con los demás siempre encontraba un momento para bromear o comentar temas personales, provocándole un malestar que rayaba lo irracional.

Cada vez le resultaba más difícil ignorar sus sentimientos. Incluso cuando la presionaba y se mostraba inflexible en el trabajo, su interés por él solo hacía que crecer. Su intelecto la fascinaba tanto o más que su físico; era agudo, inteligente y tenía un humor ligeramente sarcástico que la llevaba de cabeza.

Que la tratase de forma tan distante la frustraba, pero no tanto como el continuo conflicto que mantenían su cabeza y su corazón por desear su atención un minuto y reprenderse por desearlo al siguiente.

* * *

El último lunes de octubre el equipo fue convocado a una reunión de la que ni Jack ni Matt dieron más detalles, y aquello provocó que todo el equipo estuviese más inquieto y curioso de lo habitual.

—Bienvenidos a todos —empezó Jack tan pronto entró en la sala lanzando una mirada risueña a los presentes—. Veo que dos días libres han hecho

milagros, ya no tenéis ojeras ni gruñís por las esquinas. A mí desde luego me han sentado de maravilla, pero estamos de vuelta y ya sabéis qué significa.

Aquel fin de semana había sido el primero que habían podido tener libre desde que Storm se había presentado a concurso, y se notaba en el buen espíritu del equipo.

—Como sabéis, en menos de un mes presentamos el anteproyecto. Por suerte para vosotros la fecha límite es el último viernes antes de las vacaciones de Acción de Gracias, así que podréis comer el pavo y beber como cosacos sin remordimientos.

Todos asintieron satisfechos y ansiosos por ponerse a trabajar.

—Bien, vayamos al grano —continuó Jack al percibir la inquietud del equipo—. Esta mañana la Fundación Hyatt ha anunciado la composición del jurado del Pritzker, y Matt y yo hemos pensado que sería buena idea hacer un repaso del perfil de los miembros que componen la mesa en la primera ronda. Tenemos una identidad propia y las ideas muy claras, pero no debemos olvidarnos de quién va a valorarnos y, en la medida de lo posible, nos interesa que nuestra propuesta llame la atención de cada uno de los evaluadores.

Matt se levantó y cogió el pequeño mando del proyector a la vez que Jack le cedía la palabra y se sentaba frente a Samantha.

En general, el jurado del Premio Pritzker solía oscilar entre cinco y nueve miembros, aunque en los últimos años siempre habían sido nueve, todos procedentes de ámbitos como la cultura, la arquitectura, los negocios, la educación y el periodismo, entre otros.

Siempre trataban de que en el jurado estuviesen representados nuevos talentos y antiguos profesionales reputados, pero en aquella ocasión, decía Matt, al tratarse de una edición especial del concurso, se había decidido que el jurado se dividiese en dos fases.

—En la primera fase el jurado estará conformado solo por miembros técnicos, es decir, profesionales de renombre del mundo de la arquitectura.

Matt se mantuvo en silencio durante algunos segundos, generando una gran expectación entre todos los presentes.

—En esta ocasión los elegidos han sido: Susan Huan, directora del TATE Museum de Londres; Richard Rogers, premiado con un Pritzker en 2007, entre otros muchos galardones, y André Aranha Corrêa do Lago, actualmente embajador de Brasil en Japón, pero también conocido por ser uno de los más reconocidos críticos en arquitectura. Ellos serán los encargados de escoger los tres anteproyectos que pasarán a la fase final.

La sala se llenó de susurros y exclamaciones asombradas mientras Samantha permanecía boquiabierta al descubrir el calibre del jurado al que se enfrentaban. Entre los nombres que habían mencionado se encontraban algunos de sus mayores referentes en sostenibilidad y arquitectura integrada, así que tener la oportunidad de presentarles sus ideas le parecía un sueño hecho realidad y el mayor reto al que se había enfrentado en su vida.

Por otro lado, que hubieran escogido aquel grupo de eminencias para hacer el corte en primera ronda daba una muestra evidente de cuán exigente era el concurso, y se preguntó con un nudo de nervios en el estómago quiénes formarían parte en la segunda ronda para mantenerse a aquel nivel.

—Ese jurado es solo nuestro primer obstáculo —intervino Jack con seriedad, mirando a cada uno de los presentes—, porque no tengo ninguna duda de que vamos a pasar a la fase final. —Se escucharon varias risas nerviosas ante la apabullante seguridad de su jefe—. Por eso es importante considerar también a los miembros del jurado que se unirán en segunda ronda y asegurarnos que nuestro proyecto les resulta igual de atractivo a ellos.

»En este caso se trata de personas con gran reputación en el mundo de la cultura y los negocios: Augusta Brown, decana de la Universidad Cornell

Architecture, Brian Crawford, presidente del Banco de América y Richard Charlton, CEO de The Charlton Organization.

Samantha tragó saliva. Aquellos tres personajes de la vida pública americana le eran totalmente desconocidos, pero como había dicho Matt, les necesitaban igual que al resto.

—Como veis, en el segundo jurado la representación está mucho más equilibrada con profesionales del sector financiero y del mundo de los negocios. —Matt volvió a pulsar un botón y la presentación se quedó congelada en la última transparencia—. No nos engañemos, estamos hablando de un premio que generará mucho interés a constructoras, entidades financieras, etc., así que era de esperar que incluyeran a expertos de estos ámbitos. —Matt frunció el ceño y añadió—: aunque para nosotros eso es una desventaja porque desconocemos sus intereses, su opinión sobre arquitectura y sobre la urbanización de ciudades. Solo sabemos que son poderosos e influyentes y que el futuro de Storm estará en sus manos.

El premio se otorgaría por mayoría cualificada, que en este caso se había establecido en cinco de los seis votos disponibles, así que debían ser capaces de convencer a dos de aquellos tres ejecutivos, además de los otros tres expertos, si querían ganar.

«Vamos, pan comido», pensó ella con ironía.

—En un mes y medio —continuó Matt—, justo antes de las fiestas de Navidad, tendrá lugar la gala benéfica anual de la Fundación Hyatt, que este año espera recaudar fondos para su proyecto de mejora de comunidades locales como parte del programa de responsabilidad social corporativa de Hyatt. Los candidatos finalistas al premio serán anunciados esa noche de manera que todos los participantes estamos invitados.

—La única oportunidad que tendremos de hablar con ambos jurados sin infringir las bases del concurso será durante esa noche —añadió Jack—.

Fuera de esa gala, no debe existir ningún tipo de contacto o comunicación entre ningún miembro del jurado y los participantes finalistas. Quien rompa esa norma será expulsado del concurso junto a todo su equipo, así que, chicos —la sonrisa de Jack no menguaba la sutil amenaza de su voz—, ni siquiera les saludéis si os los encontráis tomando un café.

El intento de distender el ambiente funcionó a medias. Todo aquello se estaba poniendo serio. Ya no se trataba solo de hacer bien su trabajo. Se habían establecido unas estrictas reglas de juego y, sin duda, el nivel de competencia sería muy alto.

Como solía pasarle siempre en situaciones de este tipo, Samantha sintió que la sangre empezaba a fluir más rápido por sus venas, espesa y caliente, impulsada por una sana adrenalina que sabía que le haría dar lo mejor de sí misma. Estaba deseando saber cuál era el plan para hacerse con el premio, porque no tenía duda de que los hermanos tenían algo en mente.

Como si le hubiese leído la mente, Jack les expuso a continuación cuál era la estrategia que habían decidido seguir.

—Tenemos una semana para estudiar a Huan, Rogers y Aranha. —Jack se puso en pie, inquieto y excitado, y se unió a Matt frente a la pantalla donde seguía proyectado el perfil del último miembro del jurado—. Ellos son nuestra prioridad ahora mismo y en ellos debemos centrarnos en los próximos días.

»Samantha —dijo Jack manteniéndole apenas la mirada—, tú y yo nos vamos a encargar de recopilar toda la información disponible sobre ellos tres: su trayectoria, sus inquietudes, sus creencias y filosofía; cómo han evolucionado sus carreras, qué les ha llevado a la posición que ocupan a día de hoy. Cualquier cosa que nos ayude a conocerles a fondo. —Samantha asintió mientras terminaba de tomar nota—. Para el jueves tenemos que conocer su biografía como si les hubiéramos parido. Después, revisaremos

nuestro anteproyecto, veremos cómo encaja con ellos y lo presentaremos al resto del equipo el viernes. —Jack la miró con tanta intensidad que ella se olvidó de que estaba rodeada de más personas. La emoción y determinación que transmitían sus ojos era contagiosa—. Debemos encontrar el hilo conductor, un denominador común que les interese a todos y cada uno de ellos, y a la vez nos permita mantenernos fieles a nuestra filosofía. No podemos fallar.

A Samantha le sorprendió la gravedad con la que Jack pronunció esas últimas palabras, con tanta seriedad que parecía que se estaban jugando algo más que un premio.

La perspectiva de hacer aquel trabajo de investigación tras tantos meses sin ejercer su profesión la emocionó, no solo porque era su especialidad y contaba con la ventaja de que ya conocía muchos detalles de aquellos tres miembros del jurado, sino porque Jack estaba confiando en ella para uno de los aspectos más delicados de aquella fase del concurso y ella no pensaba fallarle.

—Al resto, os quiero trabajando día y noche y, sobre todo, os quiero con la mente abierta para aceptar cualquier sugerencia de cambio que os propongamos una vez tengamos la información necesaria. ¿Entendido?

Todos asintieron, abrumados por la cantidad de información que acababan de recibir, y también por el objetivo tan ambicioso que Jack y Matt acababan de marcarles, pero a nadie se le ocurrió llevarles la contraria.

—Sam, quédate un momento, por favor —le pidió Matt al ver que ella se marchaba igual que el resto.

Jack también permaneció en su sitio.

—Bien, ¿qué te ha parecido? —le preguntó su amigo una vez que estuvieron a solas, con la ansiedad reflejada en su voz.

—Me parece una auténtica locura —dijo ella con una enorme sonrisa,

incapaz de ocultar su entusiasmo—, y también el reto más emocionante que he tenido en mi vida.

Matt rio y la abrazó con efusividad mientras Jack les observaba con una sonrisa satisfecha en los labios.

—Las próximas semanas van a ser de infarto —le advirtió Jack—. Te necesitamos al 200 por ciento. El *profiling* del jurado no puede ralentizar el avance de tu sección. Nos queda solo un mes para presentarlo y quiero que esté perfecto. Tenemos que clasificarnos para la fase final sea como sea.

—No os preocupéis. Estoy aquí por este proyecto, nada más, así que le dedicaré todo el tiempo que sea necesario. —Miró a Matt para transmitirle seguridad—. No os decepcionaré, os lo prometo.

Jack cogió la *tablet* que había estado conectada al proyector y abrió su agenda.

—Tenemos que planificarnos la agenda de esta semana. Durante el día nos dedicaremos a nuestro trabajo habitual, y a partir de las cinco nos encerraremos en mi despacho a revisar toda la documentación que hayamos recopilado de cada miembro del jurado. Eso implica que tendrás que dedicar horas en casa para documentarte. El viernes debemos tener lista una presentación para el resto del equipo.

Sam empezó a hacer cálculos y asumió que aquella semana iba a dormir muy poco, pero solo era una semana, y valía la pena si eso les aseguraba el pase a la final.

—Sin problema, cuenta conmigo.

—Perfecto, empezaremos hoy mismo.

Frunció el ceño y le miró preocupada. No sabía de dónde iba a sacar el tiempo para recopilar información, leerla y organizarla, todo antes de las cinco.

—Tranquila —le dijo él con una sonrisa—, hoy solo vamos a planificar

cómo presentar la información, en qué centrarnos y qué descartar. Los dos debemos trabajar con los mismos contenidos si pretendemos llegar a las conclusiones en solo tres días.

—Chicos —interrumpió Matt—, si no os importa yo me marcho. No me necesitáis para planificaros y yo tengo una montaña de emails por responder después de tanto viaje.

Se acercó a ella y le dio un sonoro beso en la mejilla, arrancándole una carcajada ante lo inesperado del gesto.

—Qué contento estoy de que estés aquí.

—Gracias, Matt —respondió ella halagada, siguiéndole con la mirada hasta que cerró la puerta tras de sí.

Una ligera sonrisa asomó a sus labios, emocionada por la confianza y cariño que siempre recibía de él. Le sentía como un hermano, tan parecido a Allison en algunos aspectos.

Escuchó un carraspeo y se volvió hacia Jack todavía con la sonrisa en el rostro, que se desvaneció al encontrarse con un semblante duro e impenetrable.

—Tú te encargas de Rogers y Huan, yo de Aranha —espetó recuperando su tono duro y seco habitual, sin dejar de mirar la pantalla de su *tablet*.

Sam suspiró bajito y lamentó su incapacidad para mantener un ambiente amistoso entre ellos. ¿Qué demonios había pasado ahora? Parecía que siempre había algo que les impedía relajarse en presencia del otro.

—Será mejor que me ponga a trabajar —murmuró algo desinflada al desear que las cosas fueran diferentes.

Pasar cada tarde con él durante la próxima semana iba a ser un suplicio.

* * *

Cuando volvió a su mesa Samantha se encontró al resto del equipo comentando la reunión.

—Vaya, vaya, vaya... Pero si es la mismísima Samantha. Te has convertido en la favorita de los jefes en tiempo récord, ¿eh? Me pregunto por qué será...

Desde su primer encontronazo Philip no había dejado de incordiarla en cada ocasión que se le presentaba; solo cuando estaban a solas o alejados de los ojos de Jack o Matt, claro, y aunque podía llegar a entender su frustración, empezaba a hartarse de sus constantes comentarios llenos de malicia.

Por suerte, que le mostrase sus cartas desde el principio la había ayudado a gestionarle desde entonces. Su piel se había curtido con tipos como él, conocía sus trucos pero también sus debilidades, y no había nada peor para un abusador que no obtener ninguna reacción por parte de su víctima. Todos eran igual, y él no iba a ser quien echase por tierra todo lo que había conseguido con terapia y esfuerzo.

—Haces bien, Philip —respondió ella como de pasada, sin darle importancia—. Yo en tu lugar también me preguntaría por qué la chica nueva recibe los encargos que el arquitecto técnico con más antigüedad en la empresa debería asumir.

A su espalda escuchó una carcajada mal disimulada de María, y aunque interiormente se dio palmaditas por su coraje, también se reprendió por no ser capaz de morderse la lengua y seguir su propio consejo, y simplemente, ignorar su comentario.

Igual que conocía los trucos de gente de la calaña de Philip, también sabía que nada provocaba más a un acosador que sentirse herido en su orgullo.

* * *

El martes por la noche Samantha decidió quedarse a trabajar en el

despacho. El día se le había complicado más de lo previsto y tenía muy retrasado el informe de Huan. Con los auriculares puestos y la mente perdida en las decenas de pestañas que tenía abiertas en el navegador, tarareaba *Claire de Lune* de Debussy cuando sintió un hormigueo en la nuca.

Asustada, se volvió y se encontró a Jack reclinado contra la mesa de diseño, con una sonrisa en los labios.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendida mientras se quitaba los auriculares.

Hacía varias horas que Danielle le había ido a buscar para salir a cenar, como era habitual, y no esperaba volver a verle aquella noche.

—Por favor, no dejes que te interrumpa... —la instó él con un brillo divertido en los ojos—. Continúa...

Se sonrojó y se preguntó cuánto tiempo llevaba allí oyéndola hacer el ridículo. A juzgar por su sonrisa torcida, el suficiente para ser testigo de sus dudosas dotes vocales.

—Esto de pillarme en situaciones embarazosas está empezando a convertirse en una costumbre.

—No seré yo quien se queje —dijo mientras se encogía de hombros—. Eres de lo más entretenida.

—Pues lo siento, pero solo canto ante un público muy selecto —dijo muy seria—. Principalmente animales con limitaciones auditivas, como las serpientes y demás reptiles, ya sabes.

Él estalló en una carcajada que resonó en sus entrañas y propagó un agradable calor por su pecho. Tenía una risa profunda y atractiva, como todo él, y haber conseguido arrancársela le producía un íntimo placer. Cuando Jack se acercó y miró la pantalla de su ordenador con curiosidad, ella se tensó en anticipación a su siguiente comentario. Solo deseaba mantener aquel tono relajado durante un rato más.

—¿Te queda mucho? —preguntó Jack al ver la mesa limpia de papeles.

—No, unos quince minutos más y me marchó.

—Perfecto. Solo he venido a recoger mi portátil, así que te espero y te acerco a casa —dijo mientras se dirigía hacia su despacho.

—¡Oh no, Jack! No es necesario que me esperes. Llamaré a un taxi.

Él se paró en seco y se volvió a mirarla con gesto cansado.

—Es tarde, Samantha, y estás aquí por trabajo. Lo mínimo que puedo hacer, puesto que ya estoy aquí, es acercarte a tu casa.

—No quiero ser una molestia...

—¡Joder, Samantha! —Se pasó la mano por el pelo, como hacía siempre que estaba frustrado, y soltó el aire despacio tratando de calmar su temperamento—. Eres la mujer más cabezota y exasperante que he conocido en mi vida. ¿No te puedes limitar a aceptar y punto?

Por alguna razón la frustración de Jack la hizo sonreír y le provocó un agradable cosquilleo en lo más profundo del vientre, instándola a ceder terreno y explorar hacia dónde la llevaría aquella noche.

—De acuerdo, estaré lista en quince minutos.

Odiaba las motos.

Tras el accidente, Samantha desarrolló una profunda aversión hacia cualquier tipo de vehículo de motor que, con los años y la necesidad, se suavizó, pero lo de las motos sencillamente la superaba.

Se quedó muda y comenzó a transpirar al ver el monstruo de metal negro y plata que ronroneaba suavemente en la calle a la espera de que su dueño le diera vida. Odiaba el peligro que implicaba, sin duda, pero debía reconocer que aquel trasto era de lo más sexy, y su dueño, que ya estaba sentado a horcajadas sobre el asiento, estaba más guapo e imponente que nunca con aquella chaqueta de cuero.

Su pulso empezó a latir al doble de su velocidad normal y no supo distinguir si era por el pánico de montar en aquella máquina infernal o por la expectativa de pegar su cuerpo a la enorme espalda de Jack y abrazarle durante el tiempo que durase el trayecto.

—Te prometo que no va a pasarte nada —la tranquilizó Jack al ver cómo ella tomaba bocanadas de aire de forma entrecortada—. Solo tienes que sujetarte fuerte a mí y relajar tu cuerpo para que siga al mío.

Las imágenes que evocó Jack con aquellas palabras fueron tan explícitas y sensuales que por unos instantes desterraron cualquier rastro de miedo del cerebro de Samantha y convirtieron su cuerpo en una masa temblorosa y expectante. Desconcertada, se colocó el casco con rapidez y volvió a concentrarse en sus instrucciones.

—Coloca tu pie en este pedal y date impulso para pasar tu pierna sobre el

asiento.

Sujetándose de su hombro para mantener el equilibrio, hizo lo que le decía y montó detrás de él, tensándose deliciosamente cuando notó que él ponía la mano sobre su muslo y la arrastraba con suavidad hasta la pantorrilla, guiando su pierna hasta el apoyo. Se mordió el labio inferior y reprimió un gemido de placer.

—Mantén las piernas pegadas a los laterales de la moto y no bajas los pies de los pedales. —Su voz ronca sonaba amortiguada por el casco—. Agárrate fuerte y pégate a mi espalda. Y recuerda, relájate y déjate llevar.

«Relajarme y dejarme llevar. ¿Está de broma o qué?», pensó ella con una risa histérica creciéndole en la garganta.

De pronto el motor comenzó a temblar entre sus piernas y el pánico superó cualquier otra emoción. Le abrazó por la cintura con rapidez, pegó su pecho a los músculos de su espalda y apoyó las palmas de sus manos contra su duro estómago, que se contrajo al sentir su contacto.

En cuanto estuvo seguro de que estaba bien sujeta, Jack recogió la pata lateral e inició la marcha con lentitud y destreza, dominando aquella máquina que claramente estaba hecha para la velocidad y la acción, aunque en aquellos momentos estaba plegada a la voluntad de su dueño y marchaba con contenida potencia.

El corazón de Samantha latía desacompañado por la mezcla de sensaciones. Respiró profundamente y trató de concentrarse en el aire que entraba y salía de sus pulmones, tal como le habían enseñado en las clases de meditación. Poco a poco su cuerpo se fue relajando hasta que fue capaz de percibir todo a su alrededor, empezando por el hombre entre sus brazos.

Tenerle entre sus muslos, notar cómo los músculos de su estómago se tensaban y destensaban con cada curva o cambio de carril, y el roce de sus pechos contra su espalda la estaban volviendo loca. Siguiendo un impulso,

cerró los ojos, apoyó la cabeza contra la fuerte muralla de sus hombros y se preguntó qué pasaría si dejaba vagar las manos a su antojo, como realmente deseaba, recorriendo cada ángulo y punto sensible de aquel enorme cuerpo hecho de fibra y músculos, hasta provocarle la misma excitación que ella sentía entre sus piernas.

Samantha estaba inmersa en la experiencia de compartir aquel tiempo con Jack sin discutir —aunque solo fuese por su incapacidad de comunicarse en esos momentos— cuando sintió que él reducía la velocidad. Abrió los ojos, triste porque aquel inesperado viaje llegase a su fin, y se sorprendió al comprobar que no estaban frente a su edificio.

Jack se quitó el casco, se revolvió el pelo y se volvió hacia ella.

—¿Estás muy cansada? ¿Te apetece dar un paseo? —Las luces de la ciudad se reflejaban en sus ojos, haciéndolos brillar con intensidad.

—Claro —susurró ella quitándose también el casco y con miles de mariposas aleteando furiosas en su interior.

Samantha esperó paciente a que guardase cascos, maletín y bolso, y después caminó en silencio junto a él, preguntándose dónde se encontraban. Había estado tan absorta en disfrutar del viaje que ahora estaba totalmente desubicada, pero no le importó. Él parecía saber muy bien adónde iban y a ella solo le apetecía pasar tiempo con él.

En cuanto giraron en la esquina de un alto edificio ella contuvo el aliento, absolutamente deslumbrada.

El puente de Brooklyn apareció frente a ellos, enorme y fabuloso, y maravillosamente iluminado. Jack se volvió hacia ella y sonrió de medio lado, satisfecho de haberle provocado aquella reacción.

—Tengo la impresión de que todavía no has tenido tiempo de visitar la ciudad —dijo él por toda explicación, y le dio un pequeño empujón con el hombro—. Al parecer tienes unos jefes muy explotadores.

Ella soltó una suave carcajada y asintió emocionada.

—He pensado que te debía al menos una visita turística personalizada.

La tomó de la mano y la arrastró calle arriba, hacia la entrada del Brooklyn Bridge Park que, según rezaba el letrero, a aquellas horas de la noche ya estaba cerrado al público. Nerviosa, Samantha miró de reojo sus manos unidas y sintió que un hormiguelo le subía a lo largo del brazo y le bajaba por la espalda en un escalofrío.

Jack continuó caminando unos metros más y golpeó suavemente con los nudillos la ventanilla de una garita de seguridad. Una pequeña luz se encendió en el interior y el rostro arrugado de un vigilante les devolvió la mirada con el ceño fruncido hasta que echó un vistazo a Jack. Entonces su rostro se transformó y salió de inmediato de su pequeña caseta.

—¡Pero bueno, mira quién tenemos aquí! ¡Jack, el temerario! —Jack lanzó una sonora carcajada y le devolvió el abrazo al anciano con afecto mientras se palmeaban las espaldas—. Hacía muchos años que no venías, truhán... ¿Qué te trae por aquí a estas horas? Ah... ya veo... —añadió el simpático vigilante echándole una mirada apreciativa a Samantha y guiñándole un ojo a Jack acto seguido.

—Me preguntaba si todavía existe esa entrada al muelle que tú y yo conocemos...

—Ah... el amor... —Jack apretó la mano de Samantha al percibir que se tensaba, pero no sacó al hombre de su error—. Anda, venid..., pero no os quedéis mucho tiempo. Ahora también hay vigilancia en los embarcaderos y no son tan simpáticos como yo.

Caminaron hasta una pequeña puerta que permanecía cerrada con una enorme cadena y candado y que el anciano abrió para ellos.

Todavía cogidos de la mano, Jack la ayudó a pasar por la pequeña entrada y continuaron andando por un estrecho corredor de hormigón hasta que

aparecieron frente a uno de los embarcaderos, donde los ferris que cada día cruzaban el río Hudson con cientos de neoyorquinos y turistas se mecían con suavidad, amarrados en su merecido descanso.

Desde allí la panorámica del puente de Brooklyn era perfecta, sin ningún edificio que la obstaculizase, y con un escenario de fondo de lujo: los rascacielos del barrio financiero iluminados.

Samantha contempló boquiabierta la arrebatadora belleza que tenía frente a sí, sin acabar de creerse que de verdad estuviese allí, y además con él.

—¿Sabías que en su día fue el puente colgante más grande del mundo? —susurró sin dejar de analizar cada detalle que alcanzaba a sus ojos.

Los ingenieros encargados de la construcción fueron pioneros a la hora de utilizar el acero a gran escala, material que utilizaron para los cables en los que el puente se encontraba suspendido y que junto a la estructura abierta a prueba de rachas de viento convirtieron al Puente de Brooklyn en uno de los monumentos más bien contruidos y todavía en uso de Nueva York.

—Cuando era pequeña solía entretenerme con un libro de grandes monumentos históricos de mi padre —musitó ella con la mirada perdida en la magnífica vista—. Después de mirarlo tanto que se desgastaron las hojas, cada uno de ellos empezó a cobrar vida en mi cabeza, a tener personalidad propia..., así que empecé a inventar historias donde los convertía en un personaje que vivía grandes aventuras... —Negó con la cabeza y sonrió con nostalgia, rememorando aquellos años de felicidad e inocencia como si perteneciesen a otra vida—. Mi personaje favorito siempre fue Brooklyn, un fiero guerrero de presencia sobrecogedora, arrogante y consciente de su poder, pero a la vez noble y fiable, protector y amante de los suyos...

Samantha calló de pronto, sorprendida de sus propias palabras, pues le recordaron mucho a Jack. Se volvió hacia él y le encontró observándola con una expresión indescifrable. Al verle allí de pie, con las manos en los

bolsillos de su pantalón y ese aire arrogante y juguetón que siempre le acompañaba, sintió un vuelco en el estómago y lo comprendió.

Él era Brooklyn.

Soltó una risita nerviosa por aquel estúpido pensamiento y se colocó varios mechones tras las orejas en busca de algo que decir.

—Así que antes venías aquí muy a menudo, ¿eh? —comentó por fin, y Jack sonrió divertido por el sutil cambio de tema y asintió con indulgencia.

—Durante mi último año de carrera se convirtió en mi rincón favorito. Siempre que necesitaba pensar venía aquí, fuese la hora que fuese. Contemplar una obra de ingeniería de más de ciento cincuenta años de antigüedad da perspectiva a las cosas, ¿no crees?

—Matt me comentó que antes de estudiar economía te licenciaste en arquitectura... —se aventuró ella con tacto—. ¿Era en eso en lo que pensabas cuando venías aquí? ¿Puedo preguntarte qué pasó para que cambiases de profesión?

El rostro de Jack se endureció mientras la observaba con los ojos entrecerrados. Tras unos instantes en los que pensó que no le respondería, él apartó la mirada y apretó la mandíbula.

—¿Por qué la gente renuncia a lo que más ama? —Se encogió de hombros restándole importancia a sus palabras aunque el brillo acerado de sus ojos decía otra cosa—. Simplemente perdí la ilusión, dejé de disfrutar lo que hacía, perdió su sentido...

Ella ladeó la cabeza y le devolvió la mirada con curiosidad, pues lo que acababa de explicarle no le cuadraba para nada con la imagen que tenía de él. Durante las últimas semanas le había visto en acción en multitud de ocasiones, dejándose la piel en Storm día y noche, no solo con los aspectos técnicos, sino con el diseño, la concepción misma del proyecto. Samantha no

tenía ninguna duda de que él seguía amando la arquitectura igual que el primer día.

Pero entonces, ¿qué había sucedido para que él decidiese renunciar a su pasión?

Estaba deseando saber más, preguntarle qué había sucedido y entenderle mejor... conocerle mejor..., pero se contuvo a tiempo. No tenían la confianza suficiente y era evidente que aquel era un tema que él no quería tocar, y si había algo que ella sí podía comprender y respetaba por encima de todo era el derecho que cada uno tenía a sus silencios y sus secretos.

Las suaves olas del río chocando contra la orilla del muelle llenaron el silencio a su alrededor, relajado e íntimo a pesar de su delicada conversación. Ella sintió la brisa helada sobre su rostro, agitando su cabello y arremolinándose a través de su fina chaqueta, y se estremeció con un escalofrío.

—¿Tienes frío? —Jack se acercó y pasó las manos a lo largo de sus brazos, frotándolos para hacerla entrar en calor. Estaban tan cerca que sus alientos se mezclaban en el aire.

—No —dijo ella con la garganta cerrada, sobrepasada por la avalancha de sensaciones que le producía su cercanía, su aroma, la forma delicada e íntima en que la tocaba, y su mirada... Esos ojos que la tenían hechizada y que ahora la miraban como si no existiese ninguna otra mujer en el mundo.

Bajó la cabeza y cerró los ojos para tomar aire y calmar el desenfrenado latido de su corazón.

—Eh... —Él le alzó la barbilla con suavidad y paseó la mirada por su rostro con concentración—. ¿Estás bien?

Sam asintió y tragó saliva tratando de recuperar la voz, pero su garganta se secó de nuevo cuando él le rodeó el rostro con las manos y acarició sus mejillas con los pulgares al tiempo que lanzaba una mirada hambrienta a su

boca. Jack se mojó el labio inferior con la punta de la lengua y ella se concentró en la superficie húmeda, asustada por la intensidad con la que deseaba que la besara. Sus miradas se cruzaron y permanecieron entrelazadas sin que ninguno de los dos se atreviese a dar el siguiente paso, midiendo las consecuencias de sus actos ahora que todavía les quedaba algo de cordura.

Aquello era un error, Jack era su jefe, el hermano de Matt y, además, tenía una relación con otra mujer, pensó Samantha permitiendo que todos sus temores hablasen por ella.

¿Qué demonios estaba haciendo?

Asustada, le cogió de las manos y le apartó con suavidad. La sensación de los huesos y tendones bajo sus dedos, la aspereza de sus palmas y la calidez que transmitía su piel la atravesaron hasta llegarle al corazón. Un corazón que latía absolutamente descontrolado por él.

—Estoy cansada, ha sido un día muy largo. —Sonrió temblorosa y dio un paso atrás rompiendo también la conexión visual entre ellos.

—Por supuesto —dijo él con la vista perdida en la distancia y un músculo palpitando en su mandíbula—. No debería haberte traído hasta aquí, ha sido una estupidez por mi parte. Vamos, te llevo a casa.

Jack se mesó el pelo y dejó su mano apoyada en la nuca mientras se dirigía de vuelta donde habían aparcado. Ella caminó tras él, en silencio, con un dolor en el pecho y una sensación de pérdida que apenas la dejaban respirar.

«¿Pérdida de qué?», se preguntó profundamente desconcertada.

* * *

Samantha apenas podía mantener los ojos abiertos. Eran casi las diez de la noche y todavía les faltaba por repasar la mitad del documento que debían presentar al día siguiente. Se cubrió la boca para bostezar con disimulo y

miró a Jack de reojo con envidia. Concentrado en sus papeles, seguía fresco como una rosa a pesar de las horas.

Agotada, se permitió cerrar los ojos unos instantes y descansar apoyada sobre la palma de la mano. No recordaba haber tenido una semana tan dura en su vida. A la sobrecarga de trabajo en el despacho se le había añadido la constante tensión que sentía cuando estaba reunida con Jack, o cerca de él, o cuando pensaba en él...

Tras su paseo por Brooklyn el ambiente entre ellos se había vuelto insostenible e imposible de ignorar. Ambos trataban de actuar como si unas noches atrás no hubieran estado a punto de besarse; cada uno luchando a su manera contra la atracción que, muy a su pesar, cada día se hacía más fuerte. Ella saltaba con un brinco cuando él la rozaba por casualidad y Jack respondía con un gruñido y se marchaba furioso a la otra punta de la oficina.

Ella se pasaba todo el día procurando mantener las distancias, pero incomprensiblemente acababa cerca de él a la menor ocasión, como si fuesen dos imanes que no pudiesen evitar atraerse.

Aquella lucha constante pronto le pasó factura, y empezó a arrastrarse por las esquinas, agotada también por la falta de sueño y manteniéndose despierta solo a base de cafés.

Abrió los ojos sobresaltada cuando su estómago rugió de forma poco elegante, recordándole que no había comido nada desde el desayuno. Miró a Jack y se llevó las manos al vientre, avergonzada de que él lo hubiese escuchado. Cogió el vaso de agua y tragó, tratando de convencer a su cerebro de que, en realidad, estaba saboreando un delicioso sándwich de pavo, y gimió cuando un nuevo rugido todavía más sonoro rompió el silencio del despacho, esta vez acompañado de una sensación de doloroso vacío.

Se volvió sorprendida cuando escuchó la suave risa de Jack a su lado.

Había sido tan frío y distante toda la semana que ya pensaba que no sabía sonreír.

La observaba con un brillo travieso en los ojos.

—Eso que acabo de oír ¿es tu estómago o es que tienes un animal escondido en tu bolso?

Un leve sonrojo cubrió sus mejillas.

—Es mi estómago, no he comido nada desde esta mañana.

—¿Desde el desayuno? —Jack frunció el ceño y se irguió en la silla, claramente molesto.

—No te preocupes. —Hizo un gesto con la mano restándole importancia—. Me pasa a menudo. Cuando estoy muy concentrada en alguna tarea me olvido hasta de comer, y hoy tenía mucho que hacer para la reunión de mañana, así que no me he levantado de la silla en todo el día, solo para venir aquí y seguir.

—Joder, Samantha, no puedes descuidarte así —resopló frustrado, miró su reloj y se frotó la cara.

—Enseguida vuelvo. —Cogió su chaqueta y desapareció.

Diez minutos más tarde Samantha volvía a estar concentrada en el documento cuando escuchó que se abría la puerta del despacho. Se sorprendió al descubrir que no era Jack, sino Danielle, quien la miraba desde la entrada. Impoluta en su estilo excesivo, arqueó una ceja al verla allí.

—¿Y Jack?

Samantha pasó por alto la absoluta falta de educación de la mujer y le respondió:

—Ha salido hace poco, no creo que tarde en volver.

—Ya veo... —dijo de forma distraída mientras se paseaba por el despacho tocando y acariciando los muebles que encontraba a su paso—. ¿Crees que

tardaréis mucho en acabar? Tengo planes para él esta noche... Tú ya me entiendes...

Apretó los dientes y mantuvo la mirada fija en la pantalla mientras sentía que algo intenso y desagradable le revolvía las entrañas y le subía por la garganta en forma de bilis.

Jack apareció en aquel instante y se paró en seco al ver a Danielle plantada en medio de su despacho.

—¿Dani? ¿Qué haces aquí a estas horas? —Se acercó hasta la mesa de reuniones y dejó dos bolsas con el logo del restaurante japonés de la esquina.

—Estás trabajando tanto esta semana que he pensado que te iría bien un rato de desconexión. —Le rodeó el cuello y le susurró—: He reservado una habitación en el Ritz y una sesión de masaje relajante para dos...

—No tengo tiempo para esto. —Jack se apartó de forma brusca mientras lanzaba una mirada a Samantha—. Mañana tenemos una reunión a primera hora y todavía nos queda mucho por hacer.

—Pero...

—Dani, por favor, márchate.

La diseñadora se irguió, furiosa por estar siendo rechazada de aquella manera, y se tragó la rabieta que sentía crecer en su interior. No pensaba marcharse sin recibir, al menos, parte de su premio. Se acercó a Jack y, sin darle tiempo a reaccionar, le cogió el rostro y le dio un beso crudo y carnal que él se resistió a devolver.

Sonrió satisfecha al ver el carmín rojo alrededor de sus labios masculinos y se fue triunfal al confirmar que Samantha les observaba boquiabierta.

* * *

La reunión al día siguiente fue dura, pero gratificante. Tras tres intensas

horas de discusión, análisis y negociación con el equipo, todos salieron con los hombros caídos y el entrecejo fruncido al saber que su vida durante las próximas tres semanas se reduciría a mucho esfuerzo y todavía menos horas de sueño.

Samantha, por el contrario, salió con una enorme sonrisa en los labios a pesar de que su cerebro a duras penas funcionaba y tenía el cuerpo agotado.

Matt la había felicitado por su excelente trabajo bajo la atenta mirada de Jack, pero lo que le había provocado verdadera felicidad fue saber que tenía el fin de semana libre como recompensa por el sobreesfuerzo de los últimos días. A diferencia de los demás, su ritmo de trabajo había sido demoledor, y el tiempo que quedaba hasta la fecha límite prometía ser igual de extenuante, así que no dudó en aceptar la generosa oferta de Matt y tomarse un respiro.

Entusiasmada con la idea de poder relajarse y poner la distancia que tanto necesitaba entre ella y Jack, Samantha envió un mensaje a Jules en cuanto llegó a su mesa y la informó de la noticia.

Pensaba exprimir hasta el último minuto de su tiempo libre.

El sábado Samantha se despertó revitalizada. Ocho gloriosas horas de sueño ininterrumpido la habían llenado de energía, así que, en cuanto vio que el día había amanecido soleado, arrastró a Jules fuera de la cama y la obligó a acompañarla a Central Park.

En cuanto puso un pie en aquel pequeño oasis se sintió contagiada por la energía positiva y vibrante que se respiraba en el ambiente. Gente de todas las edades hacía ejercicio a lo largo de sus extensos caminos y jardines, desde correr hasta practicar yoga y meditación; mientras que más de una familia celebraba un picnic en alguna de sus praderas. Durante la mañana se entretuvieron en algunos puestos donde podías encontrar copias de las obras de arte más conocidas de la historia, y en otros que exponían su propio arte: callejero, abstracto, impresionista o surrealista, cualquiera podía encontrar alguna pieza que llamase su atención.

Hacia mediodía decidieron parar para comer. Compraron un par de perritos calientes repletos de todo lo imaginable, y se sentaron en un banco a disfrutar de su succulenta comida mientras observaban a la gente pasar.

—Hacía años que no venía por aquí. Había olvidado el buen rollo que se respira —dijo Jules mientras se reclinaba en el banco y volvía su cara hacia el cielo.

—¿Y por qué no vienes más a menudo? No te queda lejos del taller.

—Ya sabes lo que pasa. Estás tan acostumbrada a tu ciudad que dejas de darle importancia a su belleza.

—Pues me alegro de haber venido, así te obligo a redescubrir tu propia

ciudad. —Lanzó un suspiro de satisfacción mientras imitaba a su amiga, cerró los ojos tras sus gafas de sol y se concentró en absorber toda la vitamina D posible.

—¿De verdad te alegras?

Asombrada al notar que Jules hablaba en serio, se incorporó y la miró de frente.

—¿A qué te refieres? ¿Quieres decir si me alegro de estar aquí?

Jules se colocó las gafas de sol sobre la cabeza y se volvió a mirarla.

—Sí... —respondió dubitativa.

—¡Pues claro que me alegro! ¿Qué te hace pensar lo contrario?

—No sé... —Se encogió de hombros—. Desde que has llegado te pasas todos los días trabajando, a todas horas. Llegas agotada a casa y sé que algo te preocupa aunque no me dices nada, y yo intento respetarlo, pero no sé... Me da la sensación de que tu experiencia no está resultando como te la esperabas y me da miedo que te marches antes de tiempo. Te echaría mucho de menos... —susurró—. Tampoco es que te vea mucho ahora —le guiñó un ojo tratando de aligerar el ambiente—, pero al menos nos vemos cada día, compartimos la cena y, si tenemos suerte como hoy, ¡hasta podemos pasar tiempo juntas!

Jules soltó una risita, incómoda por haberle dicho lo que llevaba días rondándole por la cabeza. No soportaba a las personas que se pasaban el día lamentándose y, por unos instantes, sentía que se había convertido en la peor de todas ellas.

Sin embargo, a Samantha su arranque de sinceridad le provocó una cálida sensación de cariño, y también un pellizco de culpa. Tenía la maldita tendencia de retraerse cuando se sentía agobiada y, sin darse cuenta, había dejado a Jules abandonada en el camino. Había estado demasiado obsesionada con hacer bien su trabajo, y después, cuando llegaba a casa,

estaba tan agotada mental y emocionalmente que lo que menos deseaba era hablar de nada; mucho menos de Jack, pues sabía que en el momento que hablase de ello con Jules se convertiría en realidad.

—Estoy encantada de estar aquí —le aseguró cogiéndola de las manos—. Y aunque no nos veamos mucho, siento que siempre estás ahí y que puedo contar contigo. Vivir juntas es genial y no lo cambiaría por nada del mundo. Las próximas semanas van a ser una locura, pero espero que después de presentar el anteproyecto podamos pasar tiempo juntas.

—Yo también tengo muchas ganas —reconoció—. Tampoco es que yo tenga unos horarios muy decentes, pero es que ¡lo tuyo es de locura! ¡Ya había empezado a pensar que tenías un lío en la oficina! —añadió con diversión.

Samantha se tensó y un incontrolable sonrojo cubrió sus mejillas. Rápida de reflejos, a Jules no se le escapó su reacción y entrecerró los ojos antes de abrirlos de par en par.

—¿Tienes un lío en el trabajo?!

—¡No! ¡Por supuesto que no! Es solo que...

—¡Oh, Dios míoooooo! —Jules lanzó un grito ahogado y la cogió con fuerza de los brazos—. ¡Cuéntamelo todo ahora mismo!

—No hay nada que contar, Jules... —le aseguró mientras se recolocaba un mechón inexistente tras la oreja.

—¡Cabrona! Te conozco y sé que me ocultas algo. ¿De quién se trata? ¿Algún compañero? ¿El mensajero? ¿El sexy camarero de la cafetería? —divagó Jules con sus cejas moviéndose arriba y abajo con tono socarrón.

—¿El mensajero?! —Samantha estalló en carcajadas.

—¡Serás clasista! —exclamó con fingida indignación—. Antes de opinar, tendrías que ver al mensajero que nos trae las telas cada viernes. Es alto y

fuerte como un armario, los tejanos le caen de muerte y le hacen un culo de infarto, y sospecho que su cara es tan atractiva como el resto de su cuerpo...

—¿Cómo que sospechas? ¿Acaso no le has visto la cara? —preguntó asombrada.

—Pues la verdad es que no. Siempre que viene tiene tanta prisa que nunca se quita el casco, así que me tengo que conformar con comérmelo con los ojos de cuello para abajo. —Lanzó un suspiro lastimero—. De momento es solo un hombre gamba.

Jules mantuvo el gesto estoico, como si lo que le acabara de decir fuera lo más normal del mundo... hasta que las dos se retorcieron de risa y se les saltaron las lágrimas.

—No creas que has conseguido desviar mi atención, pequeño saltamontes —dijo Jules apuntándola con un dedo—. Desembucha o no nos movemos de aquí hasta que se nos congelen los dedos de los pies.

—Eh... Bueno, verás... —De pronto se sintió absurda. ¿Y si se equivocaba y estaba viendo cosas donde no las había?—. Se trata de Jackson... de Jack...

—¡Espera, espera! —la interrumpió Jules con los ojos saliéndose de sus órbitas—. ¿Estás liada con Jack? ¿Con «Hola, qué tal, soy un Dios griego» Jack? ¡¿El mismo Jack de mi queridísima exjefa?!

—¡No! ¡Por supuesto que no! —Jules la miró confundida—. Quiero decir, que sí, que es ese Jack, pero no hay nada entre nosotros, ni lo habrá. Es solo que... me perturba mucho su presencia.

Jules prorrumpió en una carcajada muy poco femenina.

—¿Te «perturba su presencia»? —resopló—. Mira que eres estirada a veces... Reconócelo, te pone cachonda, te acelera las hormonas, te gusta más que a un tonto un lápiz. Como nos pasa a todas las mujeres de entre 15 y 75 años con ojos en la cara, así que no te sientas mal —la tranquilizó restándole importancia.

—No se trata solo de eso, Jules. Es muy atractivo, sí, pero hay algo más...

Samantha le explicó todo, con pelos y señales: la noche que le conoció, la sorpresa de encontrarle en el despacho, las últimas semanas de desencuentros, el casi beso bajo el puente de Brooklyn y las señales contradictorias que recibía constantemente.

Arrastraba una sensación de pérdida que no sabía de dónde le venía y cada día le costaba más dormir. Necesitaba que su amiga la ayudase a ponerlo todo en perspectiva y a quitarse de la cabeza y del cuerpo aquella atracción que, no solo parecía empeñada en no desaparecer, sino que seguía creciendo día a día.

—¿Qué? —se interrumpió al ver que Jules la miraba fijamente.

—Nunca te había visto tan nerviosa hablando de un hombre... Te gusta mucho, ¿eh?

—Estoy muy confusa —admitió, incapaz de poner orden a sus sentimientos—. Es la primera vez que me siento así. Me atrae como la luz a una polilla, pero cuando se me acerca me tensó y me pongo a la defensiva; después, cuando mantiene las distancias y es frío conmigo, me molesta y... y me duele... porque me siento rechazada, y entonces me cabreo conmigo misma por sentirme así...

Soltó un gemido y se tapó la cara con las manos. ¿Acaso se estaba volviendo loca? Lo que decía no tenía ningún sentido...

—¿Qué es lo que te da tanto miedo? —preguntó con suavidad—. Quiero decir, por lo que me explicas, Jack también se siente atraído por ti. No hay nada que te impida explorar lo que está surgiendo entre vosotros.

—¿Que no hay nada que me lo impida? —Se levantó del banco de piedra, demasiado nerviosa para permanecer sentada, y comenzó a caminar arriba y abajo—. Es mi jefe, Jules. Y el hermano de Matt, ¡mi amigo Matt! Pero incluso si dejo todo eso de lado, no me puedo olvidar de Danielle. Jack está

saliendo con esa mujer, y ni siquiera quiero pararme a pensar en qué clase de hombre le convierte el hecho de que casi me besase hace solo cuatro días...

—No sabes si están saliendo juntos.

Sam la miró incrédula.

—Vamos, Jules. No hay más que verlos juntos. Ella viene a buscarle para cenar juntos día sí día también, se pega a él como una lapa y ya no le suelta. Dudo que él le permitiese tantas libertades si no estuviesen juntos.

Jules no supo cómo contrarrestar sus argumentos, así que la agarró de la mano para retomar su paseo, entrelazaron sus brazos y durante un rato caminaron en silencio.

—¿Has vuelto a saber algo de Alan?

—No. —Suspiró y agradeció el cambio de tema, aunque hablar de su novio (o exnovio, todavía no lo sabía) no la ponía de mejor humor—. Desde que llegué he intentado contactar con él más de una vez; le he enviado correos electrónicos y mensajes de texto, pero nada. Le llamé hace un par de semanas para aclarar qué estaba pasando, pero nada... A estas alturas tengo bastante clara su postura respecto a nuestra relación.

—Pues me alegro, la verdad, no sé qué viste en él en primer lugar...

Samantha recordó el día que había conocido a Alan en el despacho del rector; era su primer día como profesora de la universidad y él se mostró atento y respetuoso desde el principio, a pesar de su juventud. Siempre se había sentido cómoda a su lado, con él nunca había sentido la constante inquietud que le provocaba Jack.

Gruñó para sus adentros, harta de que todos sus pensamientos acabasen siempre volviendo a él.

—Alan fue un caballero desde el día que le conocí, con él me sentía tranquila. Todo lo contrario que con Jack; cuando le tengo cerca siento que el

ambiente se carga de tal manera que me pone de inmediato en alerta. Además, es bastante arrogante y me pone todo el tiempo contra las cuerdas.

—¡Yo le dejaría ponerme contra las cuerdas... y contra lo que él quisiera!
—bromeó.

—Hablo en serio, Jules, me afecta demasiado. La mayor parte del tiempo que paso con él me siento ignorada o... amenazada. —Jules giró bruscamente la cabeza.

—¿Cómo que amenazada?

Samantha chasqueó la lengua y negó.

—Me refiero a que me cuesta mucho mantener la compostura cuando le tengo cerca, es como si se colase a través de mis defensas y se dedicase a tocar cada una de mis terminaciones nerviosas. A veces creo que siente un retorcido placer en sacarme de mis casillas y que me provoca intencionadamente para que pierda los papeles.

—Bueno, eso no tiene por qué ser malo... —musitó—. Mira... Lo que creo que necesitáis es dejaros llevar por esa atracción y ver adónde os lleva. No estás buscando nada serio, pero te lo podrías pasar muy, pero que muy bien... —Le guiñó un ojo—. Te digo yo que tanta contención sexual no es sana; a estas alturas Jack debe de tener los huevos azules, y por eso ya no piensa ni actúa con normalidad cuando te tiene cerca.

A Samantha se le escapó una risa ronca y se llevó una mano al bolsillo cuando sintió vibrar su móvil. Era un mensaje de Matt invitándola a cenar aquella noche. Desde que había aterrizado en la ciudad prácticamente no se habían visto fuera del despacho y tenía muchas ganas de sentarse con él y ponerse al día, pero le había prometido a Jules que pasarían el día juntas y no quería defraudarla, más cuando acababa de confesarle que la echaba de menos.

Aunque quizá...

—Oye, ¿te parece bien si invito a Matt a que se nos una después de la cena, para las copas?

—¡Sin problema, así por fin le conoceré!

—¡Genial! —Samantha la abrazó, encantada de lo fácil que era su amiga; flexible, generosa y llena de energía. Sonrió, feliz de poder disfrutar de sus dos mejores amigos sin tener que renunciar a ninguno—. ¿Adónde vamos a ir? ¿A qué hora le digo que nos encontremos?

Jules le dio la dirección del Club The Colombian, que todos los sábados arrancaba con una sesión de música latina antes de pinchar música pop el resto de la noche.

—¡Que se prepare Manhattan! —gritó Jules en medio del parque—. ¡Esta noche tú y yo vamos a romper unos cuantos corazones!

Samantha estaba eufórica... y muy borracha.

Levantó los brazos y cerró los ojos mientras seguía el rítmico zumbido de la música con las caderas, y de inmediato los tuvo que abrir al sentir que el suelo se movía bajo sus pies. Hacía siglos que no bebía tanto alcohol y sabía que al día siguiente lo lamentaría, pero ahora no le importaba absolutamente nada. Se sentía liviana, despreocupada y feliz.

Se unió a los gritos de la gente cuando empezó a sonar la siguiente canción y estalló en carcajadas por el ridículo que estaba haciendo, sin que le importase en absoluto lo que pensase nadie. Hacía años que no se lo pasaba tan bien, y todo gracias a Jules, que se había marcado como propósito que aquella noche se relajase y disfrutara y, como la conocía tanto, sabía que la única forma de conseguirlo era que desconectase el cerebro.

¡Y vaya si lo había hecho! Cuanto más alcohol bebía menos pensaba, y cuanto menos pensaba más desinhibida se sentía.

Hacía rato que su mente anegada en alcohol había empezado a jugarle malas pasadas. Se imaginaba a Jack en cada roce e insinuación que sentía a su alrededor, pero siempre había algo, el olor incorrecto, la falta de altura o la ausencia de aquella vertiginosa sensación en su estómago, que se abría paso a través de su obnubilada consciencia y la hacía recular y poner distancia de inmediato.

Sonrió encantada cuando unas grandes manos le rodearon la cintura desde la espalda, y enseguida se sujetó a ellas para mantener el equilibrio. Le gustó tanto la sensación de la áspera piel bajo sus dedos, que se recostó y contoneó

suavemente las caderas contra el desconocido mientras sentía que las manos que la sujetaban la apretaban más fuerte.

Le pareció ver a Jules enfrente suyo, aplaudiendo y lanzándole un guiño y una sonrisa de aprobación antes de perderse entre la multitud. ¿Adónde iba? La siguió con la mirada extraviada cuando, de repente, se apagaron todas las luces del local.

Incómoda, intentó separarse del desconocido a su espalda cuando notó que él deslizaba las manos desde su cintura hacia abajo de forma dubitativa, casi tranquilizadora. Ella se removió inquieta, pero él insistió en su lenta caricia, presionando sus manos con suavidad contra sus caderas; sujetándola contra él para que dejase de moverse.

—Chsss, tranquila, te tengo... —le susurró al oído.

Aquella voz ronca se coló a través de sus anestesiados sentidos y, como ya le había sucedido antes, una nítida imagen de Jack apareció en su mente, provocándole un escalofrío de placer. Gimió bajito y se dejó hacer, recreándose en el modo en que la sujetaba cerca de su cuerpo, con gesto protector, haciendo que todos los músculos de su cuerpo se derritiesen y relajasen contra él.

Las notas de un piano resonaron en los altavoces, y la voz rasgada y sexy de Kaleo empezó a entonar el gran éxito *Way Down We Go*.

Él comenzó a balancearse a su espalda, guiándola con suavidad al ritmo de la música con sus manos y con la presión de su cuerpo. Samantha cerró los ojos cuando él se inclinó hacia delante, enterró la nariz en su melena e inspiró absorbiendo su aroma, y se dejó llevar por aquel gesto íntimo y la electricidad que crepitaba a su alrededor, moviendo provocativamente sus caderas.

A medida que avanzaba la canción, la ilusión de encontrarse entre los brazos de Jack fue tomando fuerza hasta el punto que no quiso descubrir la

cara del desconocido a su espalda. La atracción entre ellos era tan fuerte que se sentía desconcertada. Parecía que sus cuerpos se reconocieran, sincronizados de forma tan íntima y natural como si estuvieran bailando el baile más antiguo del mundo.

Su docilidad le volvió a él más atrevido, pues puso la mano sobre su vientre y la atrajo más cerca de su cuerpo. Deslizó su mano hacia arriba con lentitud hasta rozar la parte baja de sus pechos, que cobraron vida con la sutil caricia y se volvieron más pesados anhelando colmar sus manos. Se inclinó sobre ella y acarició con sus labios y su lengua el hueco entre su hombro y su garganta, lanzando pequeñas descargas de placer a lo largo de todo su cuerpo. El húmedo beso llegó acompañado de un sutil mordisco en su garganta que le hizo temblar las rodillas y gemir de placer; el roce de su barba contra la piel la estaba volviendo loca, su respiración cálida y acelerada enfriaba el sudor de su garganta y a la vez la encendía por dentro. Alzó la mano y se agarró con fuerza a su cabello, y un gruñido masculino vibró en respuesta contra su espalda.

Aquello era una completa locura. Su imaginación estaba tan desbordada que todo en aquel hombre le recordaba a Jack; cada detalle, su aroma, el roce de sus manos, incluso el modo en que la abrazaba le resultaba familiar, aunque ella nunca hubiese estado entre sus brazos.

Se sentía borracha de puro éxtasis. El alcohol se había entremezclado con la adrenalina en sus venas y notaba su cuerpo lánguido y moldeable, como arcilla entre aquellas manos que la tocaban con maestría.

Presa de una necesidad irrefrenable de devolverle las caricias, se dio la vuelta entre sus brazos y rodeó su cintura, aún con los ojos cerrados; no quería que la magia se desvaneciese todavía. Apoyó la frente en su pecho, ocultándose de su mirada, y balanceó su cuerpo sin pudor, en busca de un contacto más íntimo que aplacase la creciente necesidad entre sus muslos.

—¡Joder! —murmuró él con voz estrangulada cuando sus enormes manos descubrieron su espalda desnuda. De pronto se vio sepultada por sus fuertes brazos, que la acercaron todavía más a él, sin dejar un resquicio entre sus hombros y sus pelvis.

Su siguiente movimiento, sin embargo, la dejó helada.

En el momento que él hundió los dedos en su pelo y cerró el puño a su alrededor una chispa de temor la asaltó. Su excitación se transformó en aprensión en cuestión de segundos. No quería que la tocara así. Necesitaba que le soltara el cabello. Ahora.

Intentó apartarse de él; apoyó una mano en su pecho para empujarle y con la otra le agarró del antebrazo, pero él no parecía dispuesto a soltarla; al contrario, ajeno a su inquietud, él cerró con más fuerza su sujeción y la atrajo hacia él. Al instante Samantha sintió el tirón en la raíz y la recorrió la conocida corriente de placer y dolor, de alivio y desesperación.

Gimió desconcertada.

Jamás había permitido que nadie la tocara de aquella manera, ni siquiera Alan.

Siempre había temido que si lo hacía abriría heridas del pasado; un pasado que le había costado mucho superar y al que no quería volver, pero parecía que con aquel hombre todo era diferente, pues con aquel agarre posesivo, la pasión, lejos de apagarse, volvió con más fuerza y la arrasó por dentro.

Envalentonada por su reacción, se pegó a él y recorrió su ancha espalda con atrevimiento. Los hinchados músculos se contrajeron bajo su suave caricia haciéndola sentir poderosa, con libertad para seguir explorando. Sus respiraciones parecían una, ambas erráticas. Saber que él estaba tan excitado como ella, notarle duro contra su estómago, era la sensación más embriagadora que había sentido jamás; más adictiva que la más pura de las drogas.

Él le levantó la pierna y se la colocó sobre su cadera, teniendo así pleno acceso a aquel lugar que palpitaba por él, húmedo, caliente y ansioso. Clavó las uñas en su espalda cuando él empujó su pelvis rítmicamente contra ella, con movimientos sensuales que le hicieron perder la cabeza. Sus labios rozaron su sien y bajaron lentamente por el camino de su mejilla hasta la comisura de sus labios.

—Jack... —musitó desesperada. Quería que la besara, sus labios hormigueaban de la necesidad de fundirse con aquella boca masculina, de saborearle. En su lugar, él hundió el rostro en su cuello e inspiró profundamente de nuevo, como si estuviera luchando por mantener el control.

La gente estalló en gritos y aplausos a su alrededor, sacándola de golpe de su ensoñación. Abrió los ojos, desorientada, y sintió que los brazos que la envolvían se tensaban impidiéndole moverse. A pesar de que la canción había terminado, él continuaba meciéndose suavemente, como si se resistiera a separarse de ella.

—Será mejor que me vaya... —le susurró él al oído antes de darle un pequeño beso tras la oreja y desaparecer entre la multitud.

Samantha se abrazó con fuerza. Sentía el cuerpo hueco, huérfano del calor de aquel hombre, y tremendamente frustrado; y la cabeza no paraba de darle vueltas en espirales a pesar de sentirse más serena de lo que había estado las últimas dos horas. Desesperada, se puso de puntillas e intentó localizarle entre la multitud. Necesitaba ponerle cara y quitarse de la cabeza y del cuerpo la intensa convicción de que aquel misterioso desconocido era Jack.

—¡Te pillé!

Sam gritó sobresaltada cuando alguien la abrazó por la cintura.

—¡Serás bruto! ¡Menudo susto me has dado! —Matt se desternillaba de risa a su espalda—. ¿Hace mucho que has llegado?

—Unos quince minutos. He ido a pedir una copa antes de venir a buscarte. Este local se pone a tope y si voy más tarde me pasaré la noche esperando. ¿Quieres que vaya a buscarte algo para beber? Se te ve sofocada.

—Por Dios, ¡no! —Le detuvo con la mano alzada—. ¡Jules me ha estado surtiendo de bebidas como si acabara de abolirse la ley seca! No creo que mi cuerpo resista una gota más de alcohol. Por cierto, debería estar por aquí cerca. —Paseó la mirada por la pista—. Estoy deseando que os conozcáis.

—En realidad ya la he conocido. —Sonrió travieso—. Por eso he venido a buscarte. Nos hemos encontrado en la barra y se ha presentado ella misma. Al parecer me ha reconocido de una foto que tú le habías enseñado.

—¿Y qué tal?

—¡Creo que ella también lleva alguna copa de más! —exclamó divertido—. O eso espero, porque si entra a matar igual de agresiva estando sobria...

Samantha gimió y se cubrió la cara al imaginar a su amiga intentando ligar con él. ¡Aquella mujer no dejaba títere con cabeza!

Matt rio sin reparos.

—¡No seas tonta! ¡Ha sido muy divertido y halagador!

En aquel momento Jules se acercó a ellos y le pasó otra copa, a pesar de haberla advertido de que no quería beber más aquella noche.

—¡No seas aburrida, Sam! Tenemos mucho que celebrar. —Le lanzó una mirada cómplice que ella no comprendió—. Pero antes, brindemos por habernos conocido al fin; si llego a saber que está tan bueno como su hermano te hubiera pedido que me lo presentaras antes —añadió con descaro guiñándole un ojo a Matt.

Este lanzó una carcajada y le dio un beso en la mejilla antes de chocar su copa con la de ambas.

—¡Por las dos mujeres más bellas de todo Manhattan! Esta noche voy a ser el hombre más envidiado del local.

—¡Brindo por eso! —gritó Jules—. Por cierto, ¿dónde se ha metido Jack? Samantha abrió los ojos y miró a Matt alarmada.

—Debería llegar en cualquier momento —dijo él escrutando la puerta de entrada—. Había quedado para cenar con Danielle pero me ha dicho que después se uniría a nosotros. No te importa, ¿verdad, Sam?

—Hace rato que ha llegado... —aclaró Jules.

Samantha sintió un vuelco en el estómago cuando un inquietante presentimiento empezó a tomar forma en su cabeza.

—¿Estás segura? —preguntó con una risa nerviosa.

—Pero ¿qué dices? —La miró con el entrecejo fruncido—. ¿Con quién crees que has estado...? ¡Mira! ¡Ahí está! —exclamó señalando hacia la entrada.

Con una camiseta blanca que resaltaba su tez bronceada y el color de sus ojos, y unos tejanos desgastados que abrazaban sus musculosas piernas, Jack cruzaba la pista con paso seguro, sorteando sin problema los cuerpos en movimiento de la pista, que parecían apartarse a su alrededor como por arte de magia.

El corazón comenzó a golpear contra sus costillas a un ritmo vertiginoso cuando observó que, cogida de la mano, llevaba a la preciosa rubia con quien le había visto la noche que se conocieron.

—Hola, chicas —saludó Jack a la vez que rodeaba a su acompañante por la cintura—. Os presento a Hannah, una buena amiga.

Buena amiga, claro... Cuando no era Danielle era la otra rubia. Se sintió de lo más estúpida al haber pensado en algún momento que Jack pudiese tener el más mínimo interés en ella. Enfadada por sus estúpidos celos, se volvió hacia la pista y decidió olvidarse de Jack durante unas horas y disfrutar de la noche con sus amigos.

Y de paso, tomarse una copa más, que tampoco le haría ningún daño.

* * *

Acalorada y sedienta, Samantha se apoyó en la barra y se armó de paciencia mientras esperaba a que la camarera le trajese una botella de agua.

Estaba exhausta tras cuatro bailes con Matt y la constante sensación de estar siendo observada. Había perdido la cuenta de las veces que había querido echar un vistazo donde él se encontraba, pero se contuvo, pues sabía perfectamente que Jack era el único capaz de generarle aquella hipersensibilidad en la piel.

Se recogió la melena con las manos y la despegó de su espalda desnuda, maldiciéndose en silencio por no haber sido más previsora y traerse una goma de pelo. La camiseta que había elegido aquella noche era muy sencilla por delante, pero el escote en la espalda era de infarto y dejaba toda la espalda al descubierto, de modo que ahora su cabello quedaba pegado a su piel sudorosa.

Se abanicaba con la mano para refrescarse cuando una ráfaga de aire fresco le rozó la nuca. Cerró los ojos extasiada y gimió de placer al sentir que aquel frescor se desplazaba a lo largo de su columna vertebral. De pronto frunció el ceño, extrañada, y cayó en la cuenta de que aquello no podía ser una corriente de aire.

Se dio la vuelta, nerviosa, y se topó con unos conocidos ojos azules.

—¿Mejor? —musitó Jack cerca de su rostro, encerrándola entre sus brazos al apoyarse en la barra.

Las palabras murieron en su boca al sentirle tan cerca. Sin ningún disimulo, Jack la repasó de arriba abajo, deteniéndose unos segundos de más en su pecho, que se agitaba con su respiración. Sus pezones se erizaron contra la camiseta y Jack arqueó una ceja en respuesta, sin mostrar el más mínimo remordimiento por su descaró.

Incapaz de sostenerle la mirada un segundo más, le dio la espalda y se agarró con fuerza a la barra. ¿Qué demonios les pasaba a los camareros en aquella ciudad? ¿Cuánto podían tardar en servirle una botella de agua?

Notó que él se colocaba a su lado y apoyaba los antebrazos sobre la barra.

—¿Te lo estás pasando bien? —Sus brazos se rozaron.

—Sí, el local está genial... No hemos parado de bailar desde que hemos llegado.

—Lo sé... —La intensidad con que la miraba no era normal, pensó ella mientras sentía cómo él la escudriñaba con detenimiento, como si estuviese buscando alguna respuesta en su rostro, en sus ojos—. Se te ve muy... acalorada. —El tono ronco de su voz arañó sus entrañas.

—Eh... sí. —«Piensa, Sam, piensa»—. Y a ti, ¿te gusta bailar?

«¡Qué elocuente! ¡Estás que te sales!»

—Depende...

—¿De qué? —preguntó, de pronto curiosa.

—De si tengo la motivación adecuada.

Tragó saliva y dudó en preguntarle qué consideraba él una motivación adecuada. ¿Por qué tenía la sensación de que ya no estaban hablando de bailar?

—Hannah es muy simpática. —Quizá hablar de su amiga le resultaría más fácil.

Jack sonrió brevemente.

—Sí, sí que lo es.

«¿Y ya está?¿No vas a darme más información?», resopló frustrada para sus adentros.

—¿Hace mucho que os conocéis? —insistió.

—Más de media vida. —Sonrió. Los celos se retorcieron en su pecho al percibir un cariño sincero en sus palabras—. Matt, ella y yo crecimos juntos.

Samantha arqueó las cejas y por primera vez se preguntó si habría malinterpretado la relación entre ellos, pero su actitud acaramelada en el Provocateur seguía confundiéndola.

—¿De veras? ¿Y se lleva bien con Danielle? —preguntó, sorprendida de haber puesto en palabras sus pensamientos. Ella jamás podría llevarse bien con ninguna mujer que le rondase, pero todavía menos con aquella arpía.

Jack frunció el ceño y la miró interrogante.

—Han coincidido en alguna ocasión. Yo no diría que se llevan bien, pero tampoco se llevan mal.

Un golpe seco en la barra les distrajo por unos instantes. Por fin le habían servido la botella de agua. La recogió dispuesta a marcharse con el resto del grupo, pero dudó al ver que Jack no hacía ningún gesto por moverse.

—¿Quieres pedir algo o volvemos? —preguntó confusa.

—No, no quiero nada. Ya he tomado algo y no tardaré en marcharme...

Él continuó con sus ojos clavados en ella, como si estuviera esperando algo por su parte. Su mirada de confusión debió de convencerle, pues apretó la mandíbula y extendió el brazo invitándola a que iniciase el camino de vuelta.

En su afán por alejarse de él, y con la desconcertante sensación de estar perdiéndose algo, Samantha se volvió demasiado rápido y se estrelló contra el pecho de un tipo que pasaba justo en aquel momento. El choque fue tan brusco que la lanzó despedida hacia atrás y acabó aterrizando entre los brazos de Jack, que la sujetó contra su cuerpo con gesto protector.

El *déjà vu* fue intenso e inmediato.

La manera en que sus manos la sujetaron de las caderas, cómo la envolvió con su cuerpo y su delicioso aroma masculino, todo encajó en su mente con meridiana claridad, como si hubiese colocado la última pieza de un complejo rompecabezas.

—¿Estás bien? —Si le quedaba alguna duda, la voz ronca en su oído acabó

de convencerla.

Todos sus sentidos volvieron a cobrar vida bajo el roce de sus manos: su sangre comenzó a correr con fuerza en sus venas, el pulso latió en sus oídos y su respiración se volvió irregular. Tragó saliva un par de veces en un intento por recuperar la voz.

—S-sí, sí... Es que he bebido más de lo normal y me he mareado un poco.

Cuando Jack la empujó suavemente hacia delante volvió la sensación de vacío en su interior.

—Vamos afuera. —La cogió de la mano y empezó a arrastrarla entre la gente—. Necesitas que te dé el aire.

—¡No! —gritó ella al borde de un ataque de nervios. Él la miró confundido—. ¡Jules! Solo necesito encontrar a Jules.

Jack la llevó a regañadientes con los demás, sin soltar en ningún momento su mano. Mientras tanto, ella se concentró en mantener a raya el pánico que crecía en su interior, con un único pensamiento repitiéndose en su abotargada cabeza:

¿Qué demonios había hecho?

Quería morir.

A poder ser, de forma rápida e indolora.

Tapada hasta la cabeza con el edredón, Samantha se sentía incapaz de acercarse hasta la ventana para bajar la persiana y conseguir algo de oscuridad, así que permaneció tirada en la cama en estado vegetativo mientras sentía miles de agujas clavándose en sus pupilas y el estómago retorciéndose de dolor tras dos visitas al baño durante la noche.

Gimió al recordar el desastre de la noche anterior, y aquel pensamiento, sumado a la tremenda resaca que llevaba sufriendo toda la mañana, provocó que una nueva arcada contrajese su estómago. Se tapó la boca con rapidez, inspiró profundamente y trató de controlar el nuevo acceso de náuseas que trepó por su garganta.

Extendió la mano al otro lado de la cama y comprobó que continuaba frío y vacío.

No recordaba con claridad qué había sido de Jules, o para el caso, nada de lo que había sucedido una vez que Jack la devolvió con sus amigos y se marchó del local con Hannah. Solo sabía que se había quedado a medias entre un ataque de pánico y celos, y que le había sobrecogido una imperiosa necesidad de ingerir alcohol para olvidar la locura que había cometido. También tenía el vago recuerdo de Matt trayéndola a casa, muerto de risa por su lamentable estado, pero tampoco estaba muy segura de ello.

Gruñó derrotada y se llevó una mano a la frente. ¡Qué desastre de noche!

Cerró los ojos, aliviada, cuando escuchó la puerta de entrada. A los pocos

minutos sintió que se hundía el colchón a su lado y de la nada apareció Jules, que asomó su cara sonriente bajo el edredón.

Ella solo gimió y apretó la tela con fuerza sobre su cabeza tratando de evitar que entrase ningún rayo de sol, cual vampiro.

—Es de las fuertes, ¿eh? —preguntó Jules con simpatía.

—¿Hace falta que responda?

—No te preocupes, te voy a preparar mi remedio casero infalible y en media hora estarás como nueva. —La oyó moverse por la habitación, abriendo y cerrando cajones.

—No creo que pueda volver a comer o beber nada en los próximos diez días... —La sola idea le revolvió de nuevo el estómago.

—¡No seas exagerada! Con mi brebaje mágico se te pasará el malestar y al rato me pedirás una hamburguesa doble con extra de patatas chips.

—¡Por Dios, Jules! —gimió ella tapándose los oídos—. ¿Puedes dejar de hablar de comida? Estoy haciendo esfuerzos por mantener la compostura y soy incapaz de levantarme, así que, ¡cierra el pico si no quieres que manche tu precioso edredón!

—¡Vale, vale! Vuelvo en cinco minutos.

* * *

Un paracetamol, una ducha y medio litro de viscoso batido verde después, Samantha se sintió lo suficientemente recuperada y persona como para atreverse a comer algo, así que improvisaron una ligera ensalada con lo poco que tenían en la nevera.

Estaba tirada en el sofá cuando Jules entró en el salón hablando por teléfono.

—Sí, madre, no me olvido...

Se dejó caer a su lado en el sofá y apoyó la cabeza en el respaldo con gesto resignado.

—Que síii, ahora se lo digo.

Otro silencio...

—Vale, yo también te quiero.

Colgó y lanzó el móvil a un lado.

—Estoy por cambiarme el número para que no pueda encontrarme.

—Jules...

—¡En serio! Pensé que después de pasar dos años estudiando en Inglaterra se habría acostumbrado a no saber de mí cada día, pero desde que volví ha ido a peor. Me llama cada día, Sam. Cada puñetero día —puntualizó con frustración—. Por alguna razón cree que me interesa estar al día de los cotilleos de sus amigas de la alta sociedad. ¡Por Dios, no sé cuándo se dará cuenta de que no me interesa en absoluto!

—¿De eso iba la llamada? ¿Algo nuevo en el panorama de la alta sociedad que deba saber? —se burló Sam.

—Muy graciosa. —Jules le lanzó un cojín a la cara—. No, no era nada de eso. Mi madre insiste en que te vengas a pasar Acción de Gracias con nosotros. Al final iremos a Martha's Vineyard; está organizando el gran evento del mes, calentando motores para lo que se avecina en Navidades, y le encantaría que tú también estuvieras.

A menudo olvidaba que la familia de Jules era extremadamente rica y que tener una casa en uno de los lugares más exclusivos de Estados Unidos era de lo más normal para ella.

—Ya le he dicho que prefieres quedarte por aquí esos días —continuó Jules al ver que seguía en silencio—, pero ya sabes cómo es, pesada hasta decir basta, aunque sabe que conmigo no funciona. En fin, ¿alguna posibilidad de que contigo sí funcione su táctica?

Jules la miró esperanzada. Detestaba las fiestas de la alta sociedad y no quería pasar ni un minuto más del necesario bajo el mismo techo que su padre. Sabía que con Samantha a su lado aquellos días serían mucho más llevaderos.

—Me encantaría pasar un tiempo con tus padres, pero esta vez, si no te importa, prefiero quedarme aquí. Desde que he llegado casi no he tenido tiempo de visitar la ciudad, y la verdad es que me apetece mucho. ¿Te importa?

—No, tonta, ¿cómo me va a importar? Aunque me sabe mal que tú estés sola esos días. Ya sabes que aquí los pasamos en familia y me sentiré mal sabiendo que tú estás aquí, sin nadie...

—Para mí no significan lo mismo que para vosotros. Papá nunca ha sido de tradiciones, así que estas fechas pasaban bastante desapercibidas en casa —la tranquilizó—. Es la oportunidad perfecta para disfrutar de algo de tiempo libre. Estoy deseando perderme sin rumbo y comprobar si todas las decoraciones de Halloween que salen en las películas son un reflejo de la realidad o parte del sueño americano que nos vende Hollywood.

—¡Uf! Te vas a hartar de ver esqueletos, telarañas y pastel de calabaza. — Se inclinó, cogió el bote de helado que había dejado minutos antes sobre la mesa y clavó su cuchara. Según decía, era el remedio definitivo contra la resaca—. ¡Pues nada! Un año más soportando a toda mi familia y sus amigos esnobs mientras me hincho a comer pavo a escondidas de mi madre.

Ella le sonrió con empatía y durante unos minutos ambas saborearon el helado de vainilla y cookies en silencio, cada una perdida en sus pensamientos.

—Ayer desapareciste sin despedirte...

La sonrisa devorahombres de Jules hizo aparición en todo su esplendor.

—Adam quería aprovechar al máximo sus últimas horas en el país... —

suspiró con una tonta sonrisa en la cara—. ¡Y vaya si las aprovechamos!

—¡Vale, vale! No sé quién es Adam, pero puedo imaginarme cómo aprovechasteis el tiempo. —Sam se tapó los oídos—. No necesito más detalles...

Jules se encogió de hombros y le guiñó un ojo con picardía.

—Por cierto..., hablando de hombres. ¿Le viste la cara al tipo con el que bailé ayer antes de que llegase Matt?

—¿Cómo que si le vi la cara? —preguntó, confusa—. ¿A Jack?

Samantha se puso lívida y su estómago dio un vuelco brusco, trayendo de vuelta las náuseas.

—¡Ay, madre! —exclamó Jules al ver su expresión descompuesta—. ¿Me estás diciendo que no sabías que era él?

—¡No! —gimió—. Jamás habría bailado así si hubiese sabido que era él...

—No me lo puedo creer... Cuando te vi con él di por supuesto que habías decidido lanzarte a por lo que querías, sin importar las consecuencias.

—Nunca más voy a volver a beber —dijo mientras oía cómo Jules se desternillaba de la risa a su lado. Se tapó la cara con las manos, roja de vergüenza al recordar cómo se había restregado contra él. Solo deseaba que se abriese la tierra y se la tragase enterita—. ¿Crees que me reconoció?

—Sam... —dijo Jules mordiéndose el labio para que no se le escapase la risa—. Jack y yo cruzamos la mirada antes de que yo me marchase. Él sabía perfectamente con quién estaba bailando.

El corazón se le detuvo en el pecho y un intenso calor le subió por el cuello y hasta la raíz del pelo.

¡Por Dios! ¡No iba a poder mirarle a la cara de nuevo!

Lo que habían hecho... aquello no se podía definir como un simple baile. Flashes del momento pasaron por su embotada mente; aquellas fuertes manos

en su cintura, sujetándola de las caderas con posesividad, su erección contra su vientre y sus pechos pegados a su torso.

—¿Por qué no me dijo nada después? Cuando acabamos de bailar se marchó sin darme tiempo de verle la cara. ¿Por qué?

Aquello no tenía ningún sentido.

—Ni idea. —Jules continuó saboreando el helado con toda tranquilidad, ajena a su crisis nerviosa—. Bueno, ¿y qué vas a hacer al respecto?

—Fingiré pérdida temporal de memoria —respondió muy seria.

—¿Perdona? —dijo riendo—. No estabas tan borracha...

—Ya lo creo que sí —le aseguró, desesperada—. Si no hubiera bebido tanto alcohol no habría bailado con él de aquella manera.

—¿De qué manera? —Dejó el helado a un lado y se sentó sobre sus piernas mirándola con atención—. ¡Quiero detalles! ¡Ese hombre está como un queso y le tenías comiendo de tu mano!

—Mierda, Jules, ¡no bromees con esto! Estamos hablando de mi jefe.

—No creo que a él le importase ese detalle mientras se pegaba a tu culo...

—A pesar de lo nerviosa que estaba no pudo contener la risa—. Lo que pasó durante aquel baile lo decidisteis los dos, que no se te olvide.

—Tienes razón. Y actuar como si en realidad no hubiera pasado también es decisión de los dos; él no mencionó nada cuando nos encontramos más tarde, y yo voy a hacer lo mismo.

—Lo que tú digas —aceptó Jules, poco convencida, reclinándose de nuevo en el sofá—, pero algo me dice que Jack no se va a tragar el cuento del coma etílico y que, tarde o temprano, este tema os acabará explotando en las narices.

* * *

El sudor le corría por las sienes y los músculos le ardían por el sobreesfuerzo, pero aun así no bajó el ritmo. La música retumbaba con fuerza a través de los auriculares, acompañada con los fuertes latidos de su corazón.

Había amanecido lloviendo, así que a Jack no le había quedado más remedio que hacer su carrera matutina en la cinta de correr que tenía en su apartamento; llevaba cuarenta minutos corriendo como si le fuera la vida en ello y seguía sin quemar la energía que acumulaba desde la madrugada anterior.

Era pensar en Samantha y aquel baile y volver a ponerse a mil. No recordaba haberse excitado tanto con ninguna mujer en su vida, dentro o fuera de la cama.

No había tenido intención de llegar tan lejos, solo se había acercado a saludar, pero la imagen de su espalda desnuda y su menudo cuerpo balanceándose al ritmo de la música le distrajeron demasiado, y cuando ella le cogió de las manos y se restregó contra su entrepierna estuvo perdido.

Tuvo suerte de que su móvil vibrase justo a tiempo de impedir que cometiera una locura, como cargarse a Samantha al hombro y arrastrarla fuera de aquel local e ir directo a su cama. Los minutos que estuvo esperando a Hannah a la intemperie le sirvieron para enfriar su mente y controlar la dolorosa erección que le había provocado el maldito bailecito y que parecía negarse a desaparecer. Sabía que estaba jugando con fuego y no podía permitírselo. No solo porque debía mantener las apariencias con Danielle, sino porque a aquellas alturas sabía que su atracción por Samantha iba más allá del deseo físico.

La deseaba; ansiaba desesperadamente hundirse en ella y explorar la química que estallaba entre ellos cada vez que se encontraban a solas; y si solo se hubiese tratado de eso, quizá estaría dispuesto a asumir el riesgo y buscarla. El problema era que Samantha despertaba en él emociones que no

quería volver a experimentar. No quería preocuparse por ella de la forma que lo hacía, y le asustaba el instinto protector que provocaba en él.

Pensaba demasiado en ella. «Demasiado para tratarse de un simple polvo», reconoció con incomodidad y aprensión.

El timbre de la entrada atravesó la música en sus oídos y se hizo paso entre sus pensamientos. ¿Quién demonios se presentaba en su casa un domingo?

Indiferente a quien estuviese esperando al otro lado de la puerta, redujo la velocidad de la cinta y tomó un trago de bebida isotónica con calma.

—¡Abre, capullo! —La voz de Matt le llegó acompañada de un golpeteo constante de nudillos contra la puerta.

Jack abrió sin mirarle y se secó el sudor de la frente mientras se dirigía al baño.

—Voy a ducharme. Ya que estás aquí haz algo útil y prepara café.

—Menudo humor llevas. ¿Por qué no dejas que Danielle se meta por fin en tu cama y te relajas un poco?

—Vete a la mierda. —Una toalla húmeda salió disparada desde el baño. Matt la esquivó por poco, riéndose de su propia gracia.

Un rato después los dos hermanos estaban cómodamente sentados en el amplio sofá del salón, rodeados por el intenso aroma del café recién hecho.

—¿Algún avance con Charlton? Se nos acaba el tiempo, Jack.

—Lo sé, y que me lo recuerdes cada semana no va a cambiar nada —le recriminó frustrado mientras se ponía de pie y se acercaba al ventanal—. Ayer cené con Danielle...

—¿Y?

Jack resopló y se masajó los tendones de la nuca en un intento por relajarse.

—Le dije que la acompañaría a los Hamptons para Acción de Gracias —dijo en tono quedo.

Era lo que menos le apetecía hacer, pero no veía otra salida y Matt también era consciente de ello. Se acercó hasta él y le apretó el hombro con comprensión.

—Con un poco de suerte solo tendrás que seguir con la farsa unas semanas más. Si su padre pica el anzuelo y Storm pasa a la fase final podrás poner algo de distancia con ella.

—Eso espero. —Se dejó caer en el sofá y estiró las piernas sobre el puf a su izquierda.

—Ayer te marchaste pronto —comentó Matt zanjando el tema anterior.

—Hannah quería volver pronto a casa. Hoy comía con sus padres.

—¿Con los dos juntos? —preguntó Matt sorprendido. Jack asintió—. ¿Desde cuándo se llevan tan bien sus padres?

—Tampoco es que se lleven bien; se soportan, que es más de lo que habían hecho hasta hace pocos meses. —Jack le miró perspicaz—. Pero todo eso lo sabrías si mantuvieras el contacto con Hannah.

Matt dio un sorbo a su café y continuó en silencio.

—Me ha dicho que hace meses que no habláis ni por teléfono —añadió Jack, presionando un poco más—. ¿Algo que deba saber?

—Por mi parte no. ¿Y tú? Últimamente os veo siempre juntos. ¿Reavivando las llamas del pasado?

Jack y Hannah habían salido juntos durante unos meses antes de que él se marchase a la universidad. Habiendo sido vecinos y amigos desde la infancia, ambos confundieron la melancolía por la inminente separación con el amor romántico, pero bastaron un par de meses como pareja para que ambos entendieran que lo suyo era solo amistad, amor fraternal.

Resopló divertido por la ocurrencia de su hermano.

—Menuda gilipollez, Matt. Hannah es como una hermana para mí.

—Ya... —dijo escéptico, sin demasiado interés en insistir.

—¿Os quedasteis hasta muy tarde Samantha y tú? —indagó con fingida indiferencia, ajeno al malestar de su hermano.

Matt soltó una risita divertida.

—Samantha tiene más marcha de lo que pensaba. —Jack se tensó. Continuaba sin tener clara la relación entre ellos; solo sabía que tenían demasiada confianza, demasiada intimidad—. Al final la tuve que sacar del local a rastras. Parecía dispuesta a llegar al coma etílico.

—¿Está bien? —preguntó con el ceño fruncido—. Joder, ¿por qué la dejaste beber tanto?

—¿En serio? ¿Qué soy? ¿Su padre?

—Supongo que al menos la llevaste a casa, ¿no?

—¿Por quién me tomas? —replicó fastidiado—. No solo la llevé a su apartamento, sino que la metí en la cama. Samantha borracha es de lo más graciosa —añadió Matt con una risita, sin ser consciente de la mirada asesina de su hermano—. No paraba de balbucear no sé qué sobre que los hombres éramos demasiado difíciles e imposibles, y de decirme cuánto me quería.

Jack rechinó los dientes al sentir algo parecido a los celos. Recogió su taza de café y se fue hacia la cocina. No quería escuchar más detalles sobre cómo habían acabado la noche su hermano y Samantha.

—Pienso chantajearla con explicárselo todo a Alan —dijo Matt a su espalda.

—¿Alan? —Le miró confundido. ¿Quién coño era Alan?

—Su novio. Empezaban a salir cuando estuve allí hace dos años. El tipo parecía ir en serio con ella, no me extrañaría que ya estuvieran prometidos.

Jack sintió un crujido entre sus manos, y cuando bajó la vista se encontró con la taza resquebrajada.

De pronto, su móvil empezó a sonar con insistencia.

Todavía noqueado por lo que su hermano le acababa de decir, se acercó a

la cómoda secándose las manos y miró la pantalla.

Danielle.

Soltó un suspiro y dejó caer la cabeza entre los hombros.

Que le matasen si aquel no estaba siendo el peor domingo que había tenido en mucho tiempo.

El lunes por la mañana Samantha era incapaz de concentrarse en su trabajo. Estaba demasiado nerviosa y pendiente de la puerta en todo momento, a la espera de que Jack apareciese, casco en mano, con aquella actitud arrogante y despreocupada que la cabreaba y fascinaba a partes iguales.

Había pasado la noche en vela, envuelta en una maraña de pensamientos e indecisiones, maldiciéndose por su estupidez y cabeza loca. Debería haber sospechado que algo no encajaba, o que encajaba demasiado bien, con su misterioso compañero de baile.

Lo de la pérdida de memoria, por otro lado, había comenzado a hacer aguas a altas horas de la madrugada. La realidad era que no tenía ni idea de cómo iba a reaccionar cuando le tuviese enfrente, pero el mero hecho de pensar que él había sabido quién era ella y no la había avisado en ningún momento le producía una aprensión asfixiante.

Supo el momento exacto en el que Jack se detuvo a su espalda porque el vello de su nuca se erizó y su particular olor almizclado inundó sus sentidos.

—Vaya, vaya, me alegra comprobar que has sobrevivido al fin de semana.

Sorprendida por su tono, se volvió en la silla y le observó mientras se aproximaba, dejaba el casco a un lado y se apoyaba contra el borde de la mesa a escasos centímetros de ella. Lo ejecutó todo en silencio; con gestos pausados y contenidos, pero con una agresividad tan palpable que ella sintió la urgente necesidad de recuperar algo de su espacio personal.

—Por supuesto que sí —dijo ella mientras se reclinaba con sutileza contra

su asiento, poniendo distancia entre ellos—, ¿por qué no iba a hacerlo?

—Según me dijo ayer Matt, el sábado tuvo que acompañarte a casa porque casi no te mantenías en pie. ¿También te ayudó a ponerte el pijama?

Samantha frunció el ceño. No recordaba nada de lo que Jack le estaba diciendo. ¿Matt la había ayudado a ponerse el pijama? Cada hora que pasaba descubría cosas nuevas sobre aquella noche. Entonces se fijó en la actitud de Jack. Tenía la mandíbula tan apretada que temía por sus dientes, y los músculos de sus brazos, cruzados sobre su pecho, se marcaban con fuerza contra las mangas de su chaqueta de cuero. ¿Por qué estaba de tan mal humor?

—No que yo recuerde. ¿Por qué? ¿Hay algo que te preocupe?

—¿A mí? Para nada... —dijo él con indiferencia mientras recogía una pelusa inexistente de sus pantalones de vestir—. Tú sabrás si hay alguien más que deba preocuparse...

—¿Y eso qué significa? —exclamó cabreada y harta de tanto mensaje velado.

Se levantó de la silla, incapaz de permanecer un minuto más en aquella posición de inferioridad. No entendía qué mosca le había picado, pero no iba a permitir que la intimidase y la tratase de aquella forma.

—Significa que quizá a alguien no le gustaría ver la facilidad con la que coqueteas con el primero que se te pone a tiro. —Jack se incorporó y se acercó a ella con las manos en las caderas, invadiendo de nuevo su espacio personal—. ¿No tienes un novio esperándote en España?

Aquel golpe no lo vio venir. Las palabras que aclararían todo aquel desastre se precipitaron hasta la punta de su lengua, pero no las dejó salir. Ni muerta le iba a dar explicaciones ante semejante tono.

—Quien me esté o no esperando en casa no es de tu incumbencia —masculló.

—Tienes razón, no lo es. —Se encogió de hombros y recogió su casco. Su actitud relajada se contradecía con la tensión en sus hombros y los nudillos blancos de la mano con la que sujetaba el casco—. Pero no quiero líos de faldas durante el proyecto. No quiero a nadie del equipo desconcentrado porque no se pueden quitar las manos de encima; ¡o lo que es peor! Problemas con un cornudo.

Apretó los puños.

La sangre le hervía en las venas de las ganas que tenía de abofetearle.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? —le exigió, indignada—. Si el sábado bebí más de la cuenta no es tu problema. Y, para tu información, no recuerdo casi nada de lo que sucedió aquella noche. —Jack se mantuvo impasible—. Solo sé que me lo pasé bien con mis amigos, nada más. Además, tú mejor que nadie... —Se detuvo a tiempo, mordiéndose la lengua para no decir más de la cuenta—. Mira, ¿sabes qué?, que no tengo por qué darte ninguna explicación sobre con quién me acuesto y con quién no — exclamó frustrada consigo misma por haber caído en su provocación.

Jack soltó el casco con un golpe seco sobre la mesa y caminó lentamente hacia ella. Sus rasgos parecían esculpidos a fuego y su acerada mirada, mezcla de ira y deseo, la retuvieron quieta en el sitio.

—Por mí como si te acostaste con todo el local —siseó entre dientes, furioso—. Pero si te acuestas con alguien del equipo, especialmente con mi hermano, afecta a nuestro trabajo, así que eso sí que es de mi incumbencia.

—¿Así que con tu hermano no puedo tener nada pero tú sí que puedes manosearme a tu antojo? —le espetó dejando finalmente que el dolor y la rabia la dominasen—. ¡No recuerdo que tuvieras ningún reparo cuando me apretaste contra tu cuerpo y marcaste mi piel a besos! ¿Me puedes decir dónde quedó Danielle en aquel momento, eh? ¿Dónde? —le reprochó a voz en grito.

Antes de que pudiese darse cuenta tenía a Jack enfrente de ella; la agarró de las caderas y la empujó contra una de las columnas de la sala, manteniéndola presa con su enorme cuerpo.

El silencio entre ellos solo era perturbado por el eco de su discusión y la respiración entrecortada de ambos.

Temblorosa y casi sin respiración, trató de apartarle al sentir el calor de sus dedos a través de la tela de su falda, pero él la inmovilizó con más fuerza entre sus piernas. Siguió forcejeando unos segundos más sin éxito hasta que, cansada de luchar, se apoyó contra la pared y se rindió a él. Las manos de Jack la abrasaban mientras dibujaban el contorno de su cuerpo con ansia y desesperación. Ella gimió bajito cuando notó la humedad de su lengua a lo largo del cuello, y después una punzada de doloroso placer cuando la mordió con ansia, como si quisiera devorarla entera.

No tenía ningún sentido seguir negándolo. Le deseaba tanto que todos sus miedos y prejuicios saltaron por los aires en aquel preciso instante. Enredó los dedos en su cabello y se arqueó cuando la agarró del culo y la apretó contra él.

—Tienes razón —susurró él con voz ronca en su oído—. ¿Por qué conformarte con un hermano si puedes tener a los dos?

Samantha se quedó helada. Un oscuro y denso silencio se extendió entre ellos, haciendo crepitar el aire con incredulidad, dolor y reproche.

Un fuerte sonido rompió la tensión y puso la escena de nuevo en movimiento.

El pecho de Samantha subía y bajaba acelerado y la palma de su mano picaba y palpitaba con fuerza junto a su cadera. Fascinada y algo confundida, vio cómo una rojez se iba extendiendo por la mejilla de Jack, que tenía el rostro ligeramente vuelto hacia un lado y también respiraba con dificultad.

Había retrocedido varios pasos y la miraba con los ojos vidriosos repletos de rabia, deseo y consternación.

Ella abrió mucho los ojos y se llevó las manos a la boca, atónita al comprender que acababa de abofetearle.

—Lo siento, yo...

—No, no te disculpes —la interrumpió, se volvió y recogió su casco—. Era justo lo que necesitaba.

Samantha sintió que sus ojos se anegaban de lágrimas mientras le observaba subir las escaleras de dos en dos hasta desaparecer.

* * *

Jack lanzó la chaqueta sobre la silla y se pasó los dedos por el cabello con frustración... y con un calentón de tres pares de narices. Después se frotó la mejilla y se le escapó la risa.

Menudo temperamento. Samantha había conseguido, de un solo golpe, que recuperase el sentido.

Convencido de que un café no le ayudaría en nada, se sirvió un whisky y se lo bebió de un trago. El ardor en su garganta se llevó los últimos vestigios de celos y frustración, y dio paso a la lucidez.

Joder, la situación se le había ido completamente de las manos. Se había comportado como un auténtico hijo de puta y se tenía bien merecido el bofetón. ¿Cómo se le había ocurrido exigirle explicaciones?

No entendía qué le pasaba con ella. Había llegado al despacho con el firme propósito de ignorarla y un poco más y se la come viva. Era acercarse a ella y sus instintos tomaban el control. Con un poco de suerte la había cabreado lo suficiente como para que no quisiese volver a saber nada más de él, y mucho menos encontrarse con él a solas. A aquellas alturas sabía que, si volvía a

surgir la ocasión, su autocontrol se haría añicos y no se lo podía permitir. Danielle era su prioridad y no podía poner en riesgo el concurso.

«Quien evita la ocasión, evita el peligro.»

Y Samantha representaba el mayor peligro al que se había enfrentado nunca.

* * *

Las semanas pasaron con rapidez.

A medida que se acercaba la fecha límite el equipo comenzó a acusar de forma grave la falta de sueño y el desajuste de las comidas. Jack empezó a mostrar claros signos de estrés que no pasaron desapercibidos a nadie. Pasaba la mayor parte del tiempo reunido fuera del despacho, mientras Matt centraba su atención en Storm y en asegurarse de que todo estaba listo para la entrega del documento final.

Samantha se mantuvo productiva y despierta a base de cafés y fuerza de voluntad; el ritmo que se había autoimpuesto era agotador pero necesario. Desde que habían consensuado los ajustes se había dedicado día y noche a avanzar con el diseño de la domótica, revisar de nuevo la sostenibilidad de la propuesta y, en general, asegurarse de que todo el trabajo cumplía con los estándares que Matt y Jack les habían impuesto.

Y por fin el famoso *Black Friday* llegó y con él la presentación del anteproyecto y las tan ansiadas vacaciones de Acción de Gracias.

Los primeros dos días de descanso Samantha se sentía tan agotada que no tuvo fuerzas para hacer ningún plan ni visitar la ciudad. Hacía días que Jules se había marchado con sus padres a Martha's Vineyard, así que, aprovechando que tenía el piso para ella sola, se dedicó a holgazanear, hablar con su familia y ponerse al día con los últimos capítulos publicados de su

hermana en Wattpad. El tercer día, sin embargo, luchó contra la tentación de quedarse arropada bajo las sábanas y continuar haciendo el vago. Pese a las temperaturas invernales, el sol brillaba con fuerza y no quiso desperdiciar aquella tregua, así que se calzó sus deportivas y se vistió, decidida a retomar uno de sus pasatiempos favoritos.

Cogió el metro y se fue directa a Central Park; había querido volver desde el día que estuvo con Jules, pero esta vez para unirse al resto de los corredores que atravesaban el parque y disfrutar de una buena carrera mientras respiraba el aire limpio y fresco del pulmón de la ciudad.

Se fue directa al lago de Jacqueline Kennedy y, una vez allí, comenzó a calentar los músculos antes de iniciar el trote a un ritmo suave. Se cruzó con decenas de turistas que acarreaban palos de *selfie* y admiraban con asombro y admiración el maravilloso *skyline* de Manhattan, y sonrió al pensar que, de no haber decidido aprovechar el día para correr, ella también estaría entre ellos.

Cincuenta minutos más tarde sus pulsaciones estaban por las nubes, tenía todo el cuerpo cubierto de sudor y sus gemelos empezaban a lamentarse del esfuerzo que les estaba exigiendo. Sacudió la cabeza y se recriminó no haber mantenido sus rutinas una vez que llegó a Nueva York; en Barcelona podía recorrer hasta veinte kilómetros sin que su respiración se alterase lo más mínimo, en cambio ahora estaba sin aliento, exhausta, y comenzaba a sentir las punzadas del flato en un costado. Aun así no se detuvo. No pensaba parar hasta haber acabado una vuelta completa al parque, que supondría aproximadamente diez kilómetros de recorrido.

—¡Samantha!

Frenó en seco, sobresaltada, y de inmediato sintió un fuerte tirón en la pantorrilla. Se dobló hacia delante y lanzó un agudo gemido mientras se agarraba el músculo agarrotado.

—¡Samantha! —Jack llegó a su altura y se arrodilló a su lado con el ceño

fruncido—. ¿Estás bien? Joder, lo siento.

Ella respondió con una mueca. Se había quedado sin respiración por el dolor.

—¿Dónde te duele? —insistió.

—Se me ha contraído el gemelo —dijo con voz estrangulada señalando su pierna derecha.

—Vamos a ver. —Puso un brazo bajo sus rodillas y la alzó en brazos, buscando con la mirada a su alrededor.

—Jack —susurró ella contrariada—, bájame, por favor, puedo caminar yo sola.

—No digas tonterías, es solo un momento.

La sentó en el banco más cercano y se arrodilló frente a ella. Con rapidez, le quitó la zapatilla deportiva y le sujetó la pierna con destreza.

—¿Aquí? —Le hundió el pulgar en el músculo y ella siseó y asintió con una mueca de dolor.

Con gesto concentrado, le masajéó la zona lastimada con una mano mientras con la otra le movió el pie para que circulase la sangre por toda la pantorrilla, de modo que el oxígeno alcanzase al músculo. Samantha se mordió el labio inferior para no emitir el gemido de dolor que sentía vibrar en su garganta, y justo en ese instante Jack levantó la cabeza para comprobar cómo se sentía. Al ver su gesto contraído, aflojó los dedos de inmediato y el masaje se tornó más superficial, con sus dedos realizando movimientos cada vez más extensos, arriba y abajo a lo largo del músculo.

Se mantuvieron la mirada todo el tiempo; él la observaba con concentración, buscando el menor signo de dolor o alivio, y ella, olvidado todo dolor, escudriñó el azul de sus ojos intentando averiguar qué le pasaba por la cabeza. La última vez que habían estado a solas ella había acabado cruzándole la cara y, desde entonces, habían mantenido una prudente

distancia que les había permitido concentrarse en el esprint final del anteproyecto. Ahora que ya habían dejado todo ese estrés atrás, se preguntó si él sacaría el tema.

La suave y constante presión de sus dedos y el calor que se reflejaba en su mirada provocaron que el cuerpo de Samantha entrase en un dulce letargo. La rigidez del músculo fue disminuyendo hasta casi desaparecer, y en su lugar solo quedó la cruda y sensual consciencia de su contacto a través de la tela de los pantalones.

—Ya estoy mucho mejor —dijo nerviosa mientras retiraba suavemente la pierna de entre sus manos—. Muchas gracias.

Jack la observó en silencio, calibrando sus palabras.

—De nada. —Se sentó a su lado y rebuscó en la pequeña mochila que llevaba a su espalda—. Ha sido culpa mía, no debería haberte llamado de esa manera. —Sacó una botella de bebida isotónica y se la ofreció.

Mientras bebía, le observó con disimulo. Él también llevaba ropa de deporte; tenía las sienes ligeramente húmedas y la ropa algo mojada, pero por lo demás parecía perfectamente relajado. Incluso en aquellas circunstancias parecía salido de una revista. Sintió la absurda necesidad de pasarse las manos por el pelo y arreglárselo, como si aquello hiciese que, por arte de magia, el resto de su aspecto dejara de ser desaliñado y sudoroso.

—No te preocupes. Me estaba forzando demasiado. —Se volvió a colocar la zapatilla y vio que Jack se ponía de pie.

—Vamos a andar —le propuso, y ella se tensó—. Aunque he deshecho el calambre es importante que el resto de los músculos se vayan enfriando lentamente. Si nos quedamos sentados ahora, ya no nos podremos levantar.

—Parece que sabes mucho sobre el tema. —Se levantó y apoyó con cuidado la pierna dolorida en el suelo. Tenía el músculo resentido pero podía caminar sin problemas—. ¿Sueles correr a menudo?

Él se frotó la cara.

—Creo que es lo único que hago cuando no estoy trabajando.

—¿Lo único?—preguntó incrédula—. No sé por qué pero lo dudo...

—Bueno, si consideras el sexo como un deporte... —Su sonrisa traviesa la desarmó y no pudo más que lanzar una carcajada. Esa capacidad de ser arrogante y encantador a la vez le hacía muy peligroso, y él lo sabía y utilizaba a conciencia.

—Que no te oiga Danielle, no creo que le guste saber que la consideras un deporte.

Jack la miró, repentinamente serio, y unas profundas arrugas se marcaron en su frente y entrecejo.

—¿Qué te hace pensar que ella tiene algo que decir al respecto?

Samantha tragó saliva y se maldijo en silencio. La conversación se había desviado muy rápido a un terreno que prefería no volver a explorar.

—En realidad no es de mi incumbencia.

Sus miradas se cruzaron un instante y ella enseguida desvió la vista, asustada de lo que él pudiese encontrar en sus ojos si se fijaba bien. No le apetecía discutir o romper aquella frágil complicidad que se había creado entre ellos.

Sonrió al descubrir las miradas de admiración y deseo de las mujeres con las que se cruzaban. Era inevitable, Jack era guapo a rabiar y tenía un cuerpo grande y musculoso que, con la ropa que llevaba ahora, todavía quedaba más a la vista, para placer de cualquiera con ojos en la cara. Para ella, sin embargo, su atractivo trascendía lo físico. Era la seguridad en sí mismo, su agudeza y ese aire arrogante que transmitía en cada uno de sus movimientos lo que más enganchada la tenía.

—¿Cómo es que no has vuelto a casa esta semana?

—Son pocos días de vacaciones y el viaje hasta Barcelona es bastante

largo. Prefiero esperarme a Navidad y tener tiempo para ver a todos con calma, disfrutar de ellos.

Él asintió, pensativo.

—¿Les echas mucho de menos?

—Mucho —respondió con una sonrisa melancólica en los labios.

Jack inspiró hondo y apretó la mandíbula mientras miraba su reloj de forma distraída.

—Si tienes que irte dímelo, ¿eh?

—Todavía tengo tiempo, tranquila. Entonces... ¿qué vas a hacer estos días? ¿Los pasarás con Jules?

—No, se ha ido con sus padres a pasar la semana fuera. —Jack la miró con el ceño fruncido—. Voy a hacer algo de turismo, ya sabes que no he tenido mucho tiempo hasta ahora.

—Sí, y también que yo he tenido buena parte de culpa. —Sonrió divertido—. ¿Ni siquiera vas a pasar con ellos el día de Acción de Gracias?

—Yo no celebro estos días como vosotros, para mí es un día más.

Jack dejó de andar y la sujetó del brazo obligándola a detenerse. Se puso las manos sobre las caderas y la miró con resolución.

—Yo tampoco soy de tradiciones, pero el día de Acción de Gracias no lo puedes pasar deambulando sola por la ciudad. No cuando tienes amigos con quien pasar el día. Mañana te vienes conmigo a casa de mis padres.

Samantha abrió los ojos como platos.

—¿Cómo? No... ¡No! En serio, Jack, no es necesario.

—Sé que no es necesario, pero no quiero que pases ese día tú sola —musitó dando un paso hacia ella.

—No estaré sola, estaré rodeada de miles de turistas. —Bromeó en un intento de aligerar la repentina intimidad que se había creado entre ellos.

Le encantaba aquello de él; cómo, a su pesar, se preocupaba por ella y

trataba de protegerla de todo y de todos. Una cálida sensación de bienestar la recorrió de arriba abajo, y cayó un poco más en su hechizo.

Frustrado, Jack paseó la mirada por el parque, y cuando estuvo seguro de que se encontraban en un lugar apartado y ajeno a miradas inoportunas, le rodeó las mejillas y la acercó un poco más a él.

Ella contuvo el aliento.

—¿Y si quiero que sí sea de tu incumbencia? —le preguntó con voz ronca.

—¿Cómo dices? —preguntó paralizada, incapaz de decidir si debía dejarse llevar o apartarse.

Los dedos de Jack se recrearon en la suavidad de su piel y sus ojos recorrieron la voluptuosidad de sus labios, ligeramente abiertos y jadeantes debido a su cercanía. Desconcertado por las emociones que cada día crecían con más intensidad en su interior, tuvo que echar mano de todo su control para no besarla al verla humedecerse el labio inferior con nerviosismo. Ansiaba probarla como no había deseado nada en toda su vida. En su lugar, inclinó la cabeza y apoyó su frente en la de ella, permitiendo que sus entrecortados alientos se fusionasen en un pobre intento de sustituir lo que su cuerpo reclamaba a gritos.

—Hagamos una cosa —murmuró él cerca de sus labios, tomando una decisión que sabía que le acarrearía muchos problemas—. El viernes te llevo a conocer la ciudad y hablamos con calma.

El corazón de Samantha retumbaba contra sus costillas a mil por hora.

—Está bien —aceptó ella con un hilo de voz. A aquellas alturas no tenía ningún sentido negar lo que sentía por él. La idea de pasar un día a su lado era demasiado tentadora como para rechazarla.

Con una enorme sonrisa, Jack alargó el brazo tras ella y recogió una preciosa flor blanca.

—Tenemos una cita. —Con una mirada hambrienta que no trató de

disimular, recogió un mechón de su desordenado cabello y se lo colocó tras la oreja, junto a la flor. Sus dedos rozaron sutilmente la piel sensible de aquella zona, y Samantha sintió réplicas de aquella caricia por toda la piel.

—Hasta el viernes. —Le dio un casto beso en la frente y se despidió con una sonrisa diabólica en los labios—. Ponte ropa cómoda, iremos en moto.

Llegaba tarde.

Samantha corrió sobre sus tacones los últimos metros hasta la oficina, y su mal humor aumentó cuando cayó en la cuenta de que no podría ir a tomar un café decente hasta mediodía. Resopló cabreada y abrió la puerta. Empezaba bien la semana.

Mathilda la saludó con su sonrisa habitual, pero se guardó cualquier pregunta sobre las vacaciones de Acción de Gracias al percibir que no estaba de humor.

Se fue directa a su mesa y se detuvo en seco al descubrir, justo al lado de su teclado, un vaso para llevar con el logo de la cafetería de la esquina. Lo cogió y frunció el ceño al comprobar que estaba lleno y todavía estaba caliente. Miró a su alrededor para preguntar si aquel café era de alguien, y su confusión aumentó al comprobar que estaba sola en la oficina.

Vaya, al final no había llegado tan tarde como creía.

Dio la vuelta al vaso entre sus manos y se quedó helada cuando leyó las palabras «desnatado», «caramelo» y «doble de café». Exactamente como ella se lo tomaba.

Con el corazón retumbando en sus oídos leyó la frase que había debajo, con distinto rotulador y caligrafía: «Lo siento».

—¿Está como a ti te gusta?

Sobresaltada, volvió la vista y se encontró con Jack, que la esperaba apoyado contra la barandilla de la escalera, con una sonrisa en los labios y una disculpa en los ojos.

—¿Lo has comprado tú?

Él asintió, y un mechón de cabello cayó sobre su frente. Llevaba un traje chaqueta oscuro, con la corbata azul eléctrico y una prístina camisa blanca que realzaba el bronceado natural de su piel. Samantha apretó los dientes y se maldijo en silencio. No quería fijarse en aquellos detalles, ni tampoco que tuviese aquellos gestos con ella.

—Me ha sorprendido no encontrarte cuando he llegado esta mañana, así que he ido a buscarte a la cafetería, pero tampoco estabas allí. Sé que odias el café de filtro y la chica que servía los cafés me ha dicho cómo te lo sueles tomar... —Se encogió de hombros y empezó a caminar hacia ella con la cautela pintada en el rostro—. He pensado que sería una buena ofrenda de paz.

Samantha se tragó el regusto amargo que arrastraba desde que Jack había cancelado sus planes para el viernes a última hora del jueves. Desde entonces no se había deshecho de aquella sensación de tristeza y malestar. Su mente no se lo había permitido, empeñada en especular sobre las razones que le habían hecho cambiar de opinión. Ninguna le gustaba demasiado.

—No tenías por qué hacerlo.

—Me jodió muchísimo cancelar nuestros planes —le dijo en voz baja acercándose más a ella.

El sonido del timbre rompió el silencio a su espalda.

—Sin problemas —le aseguró ella, decidida a no mostrarle su desilusión—. Seguro que tenías cosas más importantes que hacer, y yo lo pasé genial yendo por mi cuenta.

Jack asintió con brusquedad.

—Busquemos otro día. —La cogió suavemente del brazo, ansioso por volver a tocarla, pero ella lo retiró con aprensión y lanzó una mirada nerviosa

a su derecha. Confuso, siguió su mirada y se encontró con la responsable de que no hubiese podido pasar el viernes con ella. Inspiró hondo.

—¿Interrumpo algo? —Danielle se acercó a él y le plantó un beso en los labios.

—¿Qué haces aquí? —inquirió él con frialdad, molesto por la interrupción, por la muestra de afecto, y lo peor de todo, por hacerlo delante de Samantha.

—He pensado que podríamos ir a desayunar al nuevo local que acaban de inaugurar cerca de mi estudio.

—Acabamos de empezar el día, Dani, y tenemos muchas cosas pendientes —le dijo con fastidio. Estaba harto de su actitud absorbente y obsesiva, la misma que le impulsó a romper su relación con ella años atrás.

—Ay, disculpa, cariño —respondió mirando de reojo a Samantha, que se había puesto a trabajar en cuanto ella había aparecido en escena—. Después de pasar todas las vacaciones juntos me he acostumbrado a tenerte para mí sola y ya te echaba de menos.

Los dedos de Samantha se congelaron sobre el teclado al escuchar sus palabras, y un dolor sordo se instaló en el centro de su pecho. De inmediato, la adrenalina fluyó por sus venas a toda velocidad y su cerebro comenzó a unir las piezas, comprendiendo por fin qué razón «más importante» le había obligado a cancelar sus planes la semana anterior. Apenas fue consciente del momento en el que Jack agarró a Danielle del brazo sin contemplaciones y se la llevó fuera del despacho.

«Qué estúpida he sido», se recriminó en cuanto estuvo a solas.

Sintió un escozor en los ojos y se tapó la cara, enfadada consigo misma. Desde el principio había sospechado que Jack estaba saliendo con Danielle; no entendía cómo había llegado a creer que significaba para él algo más que un capricho con el que distraerse. Tenía todas las señales delante, pero no había querido verlas.

Descubrirlo de aquel modo había sido humillante, pero también una necesaria bajada a la realidad, y había llegado justo a tiempo.

Más le valía no volver a olvidarlo.

* * *

El día de la gala finalmente llegó y Samantha aprovechó que tenía la mañana libre para preparar su maleta.

Al día siguiente cogía un avión de vuelta a casa; no veía el momento de poner distancia con la gran manzana, sentirse rodeada por el calor y el cariño de los suyos, y poner orden a su cabeza y su corazón. Pero primero debía pasar una última prueba de fuego y asistir a la gala de la Fundación Hyatt de aquella noche, donde se anunciarían los tres proyectos finalistas.

Rozó con reverencia el precioso vestido que Jules le había dejado colgado en la puerta de la habitación. A primera vista era un diseño sobrio y elegante; de raso negro, corte sirena y manga larga que se ajustaba perfectamente a sus brazos, pero si le dabas la vuelta descubrías que tenía la espalda al aire, solo cubierta por una fina tela transparente con adornos de delicada pedrería. Era uno de los mejores diseños de la siguiente colección de Jules y había insistido en que lo llevase para la gala.

La mejor promoción que podía pedir, le había dicho.

Se había pasado semanas tomándole medidas, haciéndole pruebas y más pruebas hasta dejarlo perfectamente ajustado a su silueta, hasta hacía solo dos días, cuando la amenazó con torturas inimaginables si perdía un solo gramo más.

Las últimas semanas habían sido especialmente duras. Quitarse a Jack de la cabeza y centrarse en su trabajo le estaba costando cada gramo de energía

que tenía, y al final tanto esfuerzo le había acabado pasando factura también a nivel físico.

—Veo humo saliendo por esas orejitas.

Se volvió con una sonrisa triste en los labios y se tragó el nudo que amenazaba con asfixiarla cuando su amiga se acercó y la abrazó en mudo consuelo. Permanecieron en silencio unos minutos y después Jules, dándole un último achuchón, se puso en movimiento.

—Bueno, basta ya de melodramas. Vamos a ponerte más impresionante de lo que ya eres para que alguno se muera de hambre y otras, de envidia. —Le guiñó un ojo y desapareció en el baño.

Inspiró hondo y trató de prepararse para lo que estaba por venir. Sabía que Jack acudiría a la fiesta con Danielle, y estaba decidida a que aquello no la afectase y pasarlo bien. Al fin y al cabo había tenido un mes para hacerse a la idea y olvidarse de él.

Media hora después Samantha llevaba el pelo recogido en un sencillo moño a media altura y el rostro maquillado de forma muy natural, enfatizando sus ojos con sombras ahumadas en negro, y solo un toque de brillo en los labios. Con el vestido puesto y las sandalias plateadas haciendo estragos en sus pies, se echó un vistazo en el espejo de cuerpo entero de la habitación y abrió los ojos asombrada. Apenas reconocía la imagen sofisticada y femenina que veía reflejada; el escote cuadrado del vestido realzaba la elegancia de su cuello, y la pedrería que bajaba a ambos lados de sus costillas abrazaba su cintura y enfatizaba cada una de sus curvas.

—Estás impresionante. —Jules le entregó un *clutch* de raso negro y le colocó unos sencillos y carísimos pendientes de diamantes. Los reconoció de inmediato.

—¿Estás loca? ¡Ni se te ocurra prestarme tus pendientes!

—Chsss... a callar. Te quedan preciosos y me hace mucha ilusión que los

lleves hoy. Te darán buena suerte.

—Pero valen una fortuna... —gimió Sam con ansiedad.

—Deja de decir estupideces y céntrate. —La cogió por los hombros y la miró de frente—. Estás preciosa, vales más que mil pendientes de diamantes juntos, y el hombre que no lo vea no merece ni un segundo pensamiento por tu parte. ¿Te queda claro?

Asintió con los ojos anegados en lágrimas. Odiaba sentirse así; últimamente tenía los sentimientos a flor de piel y cualquier muestra de afecto la hacía llorar.

—¡Ahora a mover ese culito y a dejar a mi firma por todo lo alto!

Samantha soltó una profunda carcajada y la abrazó. Era incorregible, pero no la quería de ninguna otra manera.

*Museo Metropolitano de Arte, Central Park,
Nueva York*

La gala se celebraba en el ala americana del museo, que aquella noche resplandecía como nunca. La belleza arquitectónica del edificio y las esculturas diseminadas a lo largo del salón eran el escenario perfecto para la celebración organizada por la Fundación Hyatt. Se habían colocado ostentosos adornos navideños a lo largo de la sala de forma estratégica y elegante, aportando calidez a un escenario repleto de historia, sin eclipsar en ningún momento el arte que les rodeaba.

El impresionante techo acristalado, que se extendía hasta el amplio lateral de la sala, permitía disfrutar a los asistentes de una panorámica privilegiada del Central Park. Aquella noche, además, los invitados estaban disfrutando de una vista hipnótica y poco habitual: la suave caída de los copos de nieve sobre sus cabezas.

Hacía doce horas que una fuerte tormenta de nieve había comenzado a cubrir Nueva York de blanco; el temporal, inclemente para quienes no pudiesen estar a cubierto, representaba, sin embargo, un marco incomparable para los pocos privilegiados que se encontraban reunidos aquella noche.

La recaudación de fondos en ayuda a las comunidades locales estaba siendo todo un éxito, y prueba de ello era el gran número de celebridades y personajes de la vida pública que habían asistido; políticos, artistas y empresarios, todos se habían congregado por una buena causa. Al parecer, ni

el mal tiempo había sido capaz de disuadirles de acudir al encuentro, no tanto por la causa filantrópica que les había reunido, sino porque era el mejor momento para establecer contactos, cerrar negocios y hacerse ver. Cada una de aquellas personas tenía más de un propósito para estar allí.

Jack miró su reloj con disimulo y comprobó que eran casi las diez de la noche. Todavía quedaba una hora para que se anunciase los finalistas del Pritzker, pero él ya había hecho su parte y ahora solo quedaba esperar. Rastreó la sala por enésima vez y buscó entre los asistentes a la única persona con la que no había podido hablar aquella noche. No tenía ninguna duda de que Samantha se encontraba por allí, tratando de pasar desapercibida entre la multitud, tan alejada de él como le fuera posible.

En cuanto la había visto llegar, hacía poco menos de una hora, había intentado acercarse a ella para hablar en privado; tan en privado como permitía un evento de aquella magnitud y la molesta presencia de Danielle, que no le había soltado el brazo en toda la noche.

Frustrado, paseó la mirada en busca de una salida y sonrió satisfecho cuando vio a la encantadora señora Winchester a pocos metros de ellos. La anciana era viuda del reconocido y ya fallecido multimillonario Ernest Winchester, y una de las principales benefactoras de la sociedad neoyorquina. Jack sabía que el trato cercano y el carácter generoso y altruista de la bella dama sería el revulsivo perfecto para que Danielle se alejase de él, y no se equivocó, pues no pasaron ni cinco minutos cuando se alejó de ellos con una pobre excusa, dejándole solo por fin.

Si bien Jack disfrutaba de la conversación con la amable dama, su objetivo al acercarse a ella había sido deshacerse de su posesiva acompañante, así que, tan pronto consideró que no era de mala educación cortar la conversación, desplegó todo su encanto en una enorme sonrisa y se excusó con elegancia.

Con paso decidido, se dirigió hacia el otro extremo del salón, convencido

de que allí es donde encontraría a Samantha; en el lugar más alejado posible de él. Desde aquel desastroso día en el despacho había intentado encontrar un momento para hablar a solas con ella, pero en cada ocasión se había encontrado con evasivas y una cordial pero fría actitud por su parte.

Decidido a cambiar la situación, recogió dos copas de champán de la bandeja de uno de los camareros que recorrían la sala y rastreó el lugar en su busca. El corazón le dio un vuelco al localizarla cerca de la cafetería. Era imposible no fijarse en ella; estaba espectacular con aquel vestido que acentuaba no solo su clase y gracia innatas, sino también su sensualidad debido al pronunciado escote que transparentaba toda la piel de su espalda.

Sintió una ternura inexplicable al observarla desde la distancia; empezaba a conocerla y, por su expresión, sabía que se sentía totalmente fuera de lugar e incómoda con la atención no deseada que estaba recibiendo. Todavía le maravillaba lo poco consciente que era de su belleza. Contuvo el instinto de acercarse a rescatarla, sabedor de que su ayuda no sería bienvenida, y recorrió resuelto los últimos metros que les separaban.

De pie junto a ella se encontraba su hermano, que charlaba animadamente con alguien a quien Jack no reconoció pero que no le quitaba el ojo de encima a Samantha en ningún momento. El hombre debía de rondar los setenta y era evidente que se cuidaba; de rostro muy moreno y cabello más cano que rubio, era alto como una torre y de complexión ancha y fuerte.

—Buenas noches —dijo interrumpiendo la conversación.

Samantha se tensó.

—¡Jack! Por fin te veo. —Matt le dio una palmada en el hombro—. Acércate, que quiero que conozcas a alguien. Te presento a Thomas Anderson, propietario de la cadena australiana de hoteles A&A.

—Jack Sullivan. —Estrechó su mano con rapidez y de inmediato desvió la atención a la preciosa mujer a su lado—. Hola, Samantha...

Extendió el brazo y le ofreció una de las copas de champán que llevaba en las manos.

—Hola, Jack... —Elevó la comisura de sus labios, pero la sonrisa no llegó a sus ojos. Reacia, aceptó la copa y le dio un pequeño sorbo dirigiendo la mirada a algún punto indefinido, lejos de su rostro.

No, no se lo iba a poner nada fácil.

—Jack. —Matt reclamó su atención y le lanzó una elocuente mirada—. El señor Anderson es amigo íntimo y socio de Richard Charlton.

Reprimiendo un suspiro de pura frustración al ver que los negocios volvían a interponerse en su camino, se volvió con renovado interés al empresario, aunque lo que de verdad deseaba era cargarse a Samantha al hombro y salir de allí de inmediato.

—¿De veras? ¿Tiene usted algo que ver con los planes del señor Charlton de expandir su negocio en Australia? Tengo entendido que su interés en aquella zona es considerable.

El australiano soltó una sonora carcajada.

—¡Para nada! No hay nadie que pueda influir en el viejo zorro de Rick. Es demasiado astuto y desconfiado como para dejarse llevar por recomendaciones de otros. Más bien es lo contrario. Soy yo quien está valorando cómo meterse en el mercado americano.

—¡Vaya, suena fantástico! ¿Alguna idea en particular?

Anderson se encogió de hombros.

—Todavía no, de momento solo estoy explorando opciones.

—El señor Charlton es bien conocido por su sagacidad en los negocios, estoy seguro de que le será de gran ayuda. —Volvió la cabeza cuando detectó un movimiento a su espalda y descubrió que Samantha se marchaba con paso precipitado hacia la salida—. Disculpen, caballeros, pero debo dejarles. Señor

Anderson, no dude en contactarme si finalmente se decide a invertir en nuestro país. Estaré encantado de ayudarle en lo que haga falta.

Le dio un fuerte apretón de manos y saludó a su hermano con la cabeza. Dependía de él sacar algo más de aquel inesperado encuentro.

Furioso por aquel juego del gato y el ratón con Samantha, cruzó la sala tras ella con paso apresurado mientras se aseguraba de que Danielle continuaba entretenida.

—¡Samantha! —La alcanzó en el *hall* de la entrada—. ¿Se puede saber adónde demonios vas? —rugió con impotencia sujetándola del brazo.

—¡Suéltame! —Tiró del brazo al sentir la familiar corriente de electricidad siempre que la tocaba.

—Maldita sea. —Se revolvió el pelo con frustración e inspiró con fuerza—. ¿Podemos hablar como personas normales?

—Podemos. —Sonrió nerviosa y se colocó un mechón suelto tras la oreja—. Pero no creo que tengamos nada de que hablar.

—Basta de fingir —masculló. Miró a su alrededor buscando algo de privacidad. Aunque en el *hall* solo estaba el personal encargado de controlar los accesos y el guardarropía, seguía siendo un lugar demasiado público—. Necesito hablar contigo. Lo que pasó el viernes de Acción de Gracias...

Samantha alzó la mano.

—No tienes que darme ninguna explicación. —Su rostro estaba tenso, sus facciones, contenidas.

—Pero quiero dártela, joder —susurró furioso por el hermetismo en el que ella se había resguardado.

—Pero yo no quiero escucharla —musitó negando con la cabeza, asustada de la rapidez con la que estaba perdiendo el control de sus emociones—. Por favor, Jack, suéltame...

—De acuerdo —aceptó él, desarmado por la súplica en su voz—. Esta

noche no, mañana.

—No puedo. Mañana a primera hora tengo el vuelo a casa. —Hizo una mueca y miró hacia el exterior—. O eso espero, porque con esta tormenta...

—¿Viajas mañana? —preguntó él con un repentino nudo de aprensión en el pecho.

Joder, no podía retrasarlo más. Era ahora o nunca.

La cogió de la mano y la arrastró escaleras arriba hasta el segundo piso donde, además de los baños y el acceso a otras salas del museo, se encontraba la zona del personal administrativo. Fue recorriendo el pasillo y probó suerte hasta que encontró una puerta que no estaba cerrada con llave. Sin dudar, tiró de Samantha hacia el interior de la habitación y cerró la puerta tras de sí.

El despacho estaba en penumbra, iluminado solo por las luces provenientes de la fiesta que tenía lugar en la planta baja y que se filtraban a través de un ventanal a su izquierda.

Jack echó un rápido vistazo y se dio cuenta de que habían entrado en la oficina del director del museo. Al fondo de la oficina, sobre un antiguo y seguramente valioso escritorio, había una urna cuadrada y transparente coronada por el distintivo medallón bronceado de los Premios Pritzker. Mierda, allí estaban los nombres de los tres finalistas. Tragó saliva y rezó por no estar poniendo en riesgo la plaza de Storm en la final del concurso.

Samantha siguió su mirada y enseguida comprendió la situación. Se frotó las manos con nerviosismo contra el vestido. No debían estar allí; si alguien les encontraba se meterían en un buen lío.

—No deberíamos estar aquí, Jack, será mejor que salgamos.

—Tú y yo no saldremos de aquí hasta que hablemos —dijo con determinación.

Se sostuvieron la mirada en una silenciosa batalla de voluntades en la que ella sabía que tenía todas las de perder. Estaba agotada de fingir que todo

estaba bien; que el plantón de Jack no la había afectado y que no le importaba verle con otra mujer.

—Está bien, ¿de qué quieres hablar?

Él ladeó la cabeza y la observó en silencio.

—Primero respóndeme una cosa: ¿por qué me has evitado todas estas semanas?

Su corazón comenzó a latir desbocado. Como siempre, Jack iba directo al grano. Sin rodeos. ¿De verdad estaba preparada para aquella conversación? Empezaba a dudar.

—No entiendo a qué te refieres. Nos hemos visto casi cada día. —Era una cobarde, lo sabía, pero no podía decirle la verdad, simplemente no podía. Hacerlo la dejaría expuesta y vulnerable de un modo que no se podía volver a permitir.

—No me lo vas a poner fácil, ¿verdad?

Ella no respondió. El retumbar en su pecho era ensordecedor, el sudor en sus manos, incómodo y prueba evidente de su estado de ansiedad.

—De acuerdo. —Jack asintió, como si hubiese tomado una decisión—. Aquel viernes cancelé nuestros planes porque tuve que quedar con Danielle y su familia. Pasé todo el fin de semana con ellos en su residencia en los Hamptons.

Aunque ya lo sabía, escuchar las palabras de su boca escoció como el corte de una afilada navaja. Se esforzó por retener las traicioneras lágrimas que comenzaron a inundar sus ojos y desvió la mirada. Bajo ningún concepto podía demostrarle cuánto le dolía aquello. Sería demasiado humillante.

Jack examinó su reacción con atención, buscando algún gesto, el más leve cambio en su expresión que le convenciese de que no le era indiferente, que valía la pena asumir el riesgo y explicarle la verdad. Sus preciosos ojos estaban repletos de lágrimas no derramadas, y la mezcla de dolor y dignidad

que brillaba en sus pupilas le revelaron más de lo que esperaba. Se sentía incapaz de continuar con aquella mentira ni un minuto más. No soportaba ver la decepción en sus ojos.

Tomó una profunda bocanada de aire y se rindió. Ya no tenía alternativa.

—Danielle es la hija de Richard Charlton.

La mirada de Samantha, todavía borrosa por las lágrimas, mostró una clara confusión. Desde donde se encontraba, y aun en la semioscuridad, Jack pudo ver cómo su mente ataba cabos y llegaba a una conclusión.

Una conclusión equivocada.

—¿Estás con ella para conseguir el favor de su padre en el concurso? —susurró Samantha con furia e incredulidad. Siempre se había preguntado qué tenía aquella mujer para atraer a Jack, pero jamás se le ocurrió que fuese una razón tan... miserable.

—Sí... —admitió, y ella sintió que el corazón se le caía a los pies—, pero no con el propósito que tú crees...

Comenzó a pasearse nerviosa, sin saber qué hacer o decir a continuación. De todas las razones que podía haber esperado de él, aquella era de lejos la que jamás hubiese pensado. Cuando vio que él se le acercaba tomó una decisión. No podía seguir escuchando. Aquello era demasiado retorcido y no quería formar parte de la mentira en la que se había convertido Jack. Se volvió hacia la puerta y buscó la manilla en la oscuridad, dispuesta a huir de allí, pero Jack reaccionó con rapidez y estuvo a su lado en dos zancadas; se apretó contra su espalda e impidió que saliese del despacho empujando la puerta con fuerza.

El golpe seco que se produjo les dejó a ambos helados. No podían ser descubiertos en aquella zona bajo ningún concepto.

El cuerpo de Samantha tembló con fuerza al sentir a Jack pegado a su espalda, sujetando la puerta con una mano mientras la mantenía inmovilizada

con la fuerza y el calor de su cuerpo. Su aliento entrecortado rozó su nuca despejada y le produjo un intenso estremecimiento; cerró los ojos, apoyó la frente contra la puerta y gimió buscando fuerzas. Lo que aquel hombre le provocaba era peligroso y aterrador, pero no pensaba ceder de ninguna manera. No después de haber descubierto su sucio secreto.

—Basta ya de huir, Samantha. Me vas a escuchar hasta el final. —Su voz ronca rozó todas sus terminaciones nerviosas, despertándolas de un largo letargo—. No tengo ninguna relación con Danielle. No significa nada para mí.

—Nada de lo que dices tiene sentido... —Furiosa, se dio la vuelta entre sus brazos y le apartó de un empujón. No podía permitirse tenerle tan cerca, le costaba pensar con claridad—. ¿Pretendes que me crea semejante estupidez?

Él se mantuvo cerca de ella, lo suficiente como para retenerla si trataba de huir de nuevo.

—Es largo de explicar. —Un músculo temblaba con fuerza en su mandíbula y sus ojos transmitían un conflicto interno que ella no supo interpretar. De pronto, Jack tomó un mechón de su cabello entre los dedos y lo acarició. Tras varios segundos disfrutando de su textura se lo colocó con delicadeza tras la oreja y la observó con intensidad—. Eres preciosa...

—¡Basta ya! —exclamó apartándole la mano, enfadada por dejar que volviese a jugar con ella de aquella manera—. No sé qué te traes entre manos con Danielle, pero no pienso permitir que sigas jugando conmigo.

Jack se paseó nervioso, valorando hasta dónde explicarle mientras se frotaba la nuca con inquietud.

—Richard Charlton está siendo investigado por la fiscalía del distrito de Nueva York. Creen que va a intentar manipular al jurado para que salga ganador el proyecto que a él le interese. —Ella tomó aire con brusquedad—. Matt y yo aceptamos colaborar con el fiscal y ser el anzuelo de ese cabrón.

Perpleja, Samantha apenas era capaz de poner orden a sus pensamientos y conjeturas.

—Dios mío... Pero entonces... todo el trabajo que hemos hecho... ¿no va a servir de nada? —preguntó ella con preocupación.

—Por supuesto que sí, sigo queriendo ganar ese puto concurso —la tranquilizó, divertido al comprobar que, de todo lo que le podía preocupar, el trabajo fuese su prioridad. Ella le miró sin entender nada—. El plan es conseguir las pruebas antes de llegar al veredicto final del concurso; atraparle antes de las votaciones finales. Por eso le resulté tan conveniente al fiscal. —Hizo una mueca, incómodo por sus siguientes palabras—. En el pasado mantuve una relación con Danielle y me pidieron que retomase el contacto y me ganase la confianza de su padre a través de ella.

Samantha tragó saliva, desbordada con toda la información que estaba descubriendo, ahogada por todos los sentimientos contradictorios de aquella noche..., de los últimos meses. Se acercó al ventanal y se quedó mirando la fiesta que tenía lugar a pocos metros de ellos.

—¿Y has conseguido que su padre confíe en ti? —preguntó con voz estrangulada.

—El día que cancelé nuestra cita... Sin saberlo Danielle me ofreció la oportunidad que había estado esperando para pasar algún tiempo a solas con Charlton. Aquel fin de semana conseguí llamar su atención. —No tenía ninguna duda de que así había sido; las preguntas sobre el éxito de su negocio, el interés del magnate en sus proyectos anteriores... Sí, sabía que había picado el anzuelo—. Pero no actuará hasta que no salgamos elegidos para la fase final.

Samantha se abrazó el cuerpo y asintió, incapaz de hablar, con las lágrimas que había estado conteniendo durante tanto tiempo por fin rodando libremente por sus mejillas.

Aquel fin de semana... Había estado con aquella mujer durante tres días enteros, con sus noches. Daba igual el motivo.

—Samantha... —le susurró él al oído, sobresaltándola. Sintió el roce de su dedo contra la sensible piel de la nuca y de inmediato se le erizó hasta el último milímetro de piel. Estremecida por la intensidad de la sensación, se mantuvo quieta, reteniendo el aliento en sus pulmones—. No pasó nada entre Danielle y yo aquel fin de semana... ni ningún otro.

Ella lanzó una carcajada incrédula, llena de tristeza.

—Por favor, Jack... He visto cómo te mira. Está loca por ti.

Él la tomó con suavidad de los hombros y la obligó a darse la vuelta. Frunció el ceño al ver restos de lágrimas en su rostro; lo enmarcó entre sus manos y pasó los pulgares con suavidad por sus mejillas.

—Quizá a ella yo todavía le interese, pero a mí ella no. Hace mucho tiempo que lo nuestro acabó.

—Pero entonces...

—Pero entonces nada —la regañó él con dulzura—. Basta ya de hablar de Danielle o de Charlton. Esta noche no me interesan en absoluto. Solo me importas tú.

Samantha sintió que mil preguntas y emociones se arremolinaban en su interior, pero estaba demasiado confusa para decidir a cuál escuchar primero. Necesitaba pensar y analizar todo lo que le había explicado, pero su corazón galopaba descontrolado en el pecho y su cabeza parecía haber desconectado del resto de su cuerpo.

Sus mejillas ardieron cuando sintió el pulgar de Jack rozando sus labios y se vio reflejada en sus maravillosos ojos azules que, oscurecidos de deseo, estudiaban su boca con intensidad.

—He deseado hacer esto desde que te vi en aquella barra del Provocateur... Hipnotizada por su voz, se quedó quieta mientras él la acariciaba con la

nariz y los labios a lo largo de la garganta. Ella jadeó en su oído y él la agarró con más firmeza de las caderas y la acercó a su entrepierna, mostrándole con claridad el alcance de su deseo. Samantha le rodeó la nuca con las manos y enredó los dedos en su cabello mientras él continuaba dejando un reguero de besos a lo largo de su clavícula, tras la oreja y por su mejilla hasta alcanzar la comisura de sus labios.

Cada célula del cuerpo de Jack le instaba a tomarla en aquel mismo instante, a hacer suyo todo lo que tenía al alcance de un suspiro, pero aun así se demoró en su exploración, tentándola con malicia, prolongando la intensa agonía en la que ambos estaban inmersos. Lamió la comisura de sus labios y ella se removió inquieta entre sus brazos, pegándose más a él y rozando con tentadora exactitud las partes de su cuerpo que más clamaban por ella.

Excitada hasta la locura al sentirle duro contra su estómago, Samantha intentó acercarse a su boca, pero él tiró la cabeza hacia atrás y la miró con un brillo extraviado en las pupilas.

—¿Ansiosa? —Su respiración entrecortada mostraba su propia agitación.

Ella se humedeció los labios con la punta de la lengua y asintió sin pudor, y de inmediato los ojos de Jack se oscurecieron.

—A la mierda —susurró con ferocidad.

Jack aplastó los labios sobre su boca y no se detuvo hasta alcanzar su lengua, que acarició y saboreó con toda el ansia reprimida de los últimos meses; se devoraron la boca con una mezcla de deseo, hambre y necesidad desatada que les lanzó a otro nivel de consciencia. El primer roce de sus lenguas fue eléctrico, y a partir de aquel momento el beso se convirtió en pura adicción. Durante minutos sus labios, dientes y lengua se enzarzaron en una deliciosa batalla mientras sus manos recorrían cada curva y ángulo duro con frenética pasión.

Temblando sin control y con la adrenalina corriendo con furia por sus

venas, Samantha interrumpió el beso en busca de aire y de un poco de cordura. Jamás se había sentido tan viva y excitada, con todos los nervios a flor de piel y el deseo dominando todo su cuerpo.

Antes de poder recuperarse, Jack volvió a apoderarse de su boca y la exploró todavía con más profundidad; la acariciaba en el paladar, tentaba sus labios con pequeños mordiscos y volvía a sumergirse en una danza sin fin con su lengua. Se sentía abrumada e indefensa ante su sensual ataque; le estaba haciendo el amor con las manos y con la boca. Subyugada, sintió que él le mordisqueaba con suavidad el lóbulo y sus pezones se endurecieron contra la tela de su vestido en respuesta.

Se arqueó contra él, desesperada por sentirle dentro, y él gimió y tomó aire con brusquedad.

—Dios... me vuelves loco.

Borracha de deseo, recorrió su fuerte espalda, cubierta por la elegante chaqueta de esmoquin, hasta alcanzar los duros músculos de sus glúteos; los acarició con avidez y le apretó contra sí, y sonrió encantada al escuchar cómo él gruñía en su oído.

—Me matas...

Unos golpes secos en la puerta rompieron el momento sobresaltándoles a ambos. Ella hizo el amago de separarse, pero Jack la mantuvo firme entre sus brazos.

—Chsss, estate quieta.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —La voz masculina al otro lado de la puerta hablaba con autoridad.

Samantha se tensó y apoyó la frente en su pecho al tiempo que las manos de Jack se crispaban en su cintura y se aclaraba la garganta.

—Sí, está ocupado —respondió mientras ella le miraba con los ojos desorbitados. Pero ¿qué hacía? ¿Quería que les descubrieran?

La puerta se abrió y segundos después el despacho quedó iluminado. A pesar de ello, Jack no se movió del sitio ni permitió que ella lo hiciese tampoco.

Un guardia de seguridad les miraba con censura y con una mano en el cinturón, donde llevaba el arma, pero relajó la mano tan pronto entendió la situación.

—Disculpen, señor, señora —carraspeó—, pero esta zona está restringida al público.

Con total naturalidad, Jack se separó de ella y la cogió de la mano.

—Por supuesto, siento las molestias. Solo buscábamos algo de intimidad. —Le guiñó un ojo, para mayor bochorno de ella.

El guardia le devolvió una sonrisa cómplice y después paseó la mirada por el despacho, volviendo a ponerse alerta, cuando vio la urna con los votos sobre la mesa.

—No pueden estar aquí —repitió con renovado empeño.

—Claro, ya nos vamos.

Jack puso una mano en su espalda, invitándola a salir, y ella no dudó un instante en abrir la marcha; estaba deseando largarse de allí.

Tras cerrar el despacho con llave, el guardia marcó el camino y les acompañó hasta la planta baja, decidido a no volver a perderles de vista.

Se mantuvieron en silencio durante todo el recorrido, ni siquiera cruzaron una mirada, pero tan pronto el guardia se alejó hacia su puesto, Jack se volvió hacia ella y la tomó suavemente del hombro, acariciando la piel de su clavícula que el escote dejaba al descubierto. No podía dejar de tocarla. Maldita sea, estaba ansioso por volver a estar a solas con ella...

—¡Jack... querido...! —Los ojos de Samantha se apagaron con inquietante rapidez al escuchar aquella voz—. Querido..., te he estado buscando por todas partes. ¿Dónde te habías metido?

Jack suspiró y miró a Samantha con una expresión de impotencia y disculpa antes de darse la vuelta.

—Danielle... Había ido al baño.

—¡Oh! Yo también debería ir. —Soltó una risita aguda y Jack se adelantó para sujetarla cuando vio que se daba un traspie con su propio vestido.

En ese momento escuchó el sonido de unos tacones a su espalda y supo que de nuevo Samantha se había escapado. Haciendo acopio de todo su control, la observó en silencio mientras se recogía el vestido y bajaba las escaleras de la entrada hasta desaparecer de su vista. Furioso por no poder hacer lo que realmente deseaba y correr tras ella, apretó los puños y compuso su mejor cara antes de volverse a Danielle.

—¿Algún problema? —inquirió ella con voz turbia.

—Ninguno, ninguno en absoluto. Vamos, te acompaño hasta el baño.

Miró atrás una última vez y maldijo en voz baja. Aquellas Navidades iban a ser las más largas de su vida.

31 de diciembre, Barcelona

Como cada año, Samantha tenía las doce uvas listas, peladas y sin pepitas minutos antes de la medianoche; colocadas en forma de reloj para seguir las doce campanadas que darían la bienvenida al nuevo año, esperaba pacientemente que llegase la hora mientras se preguntaba qué le depararía el 2018.

Por lo pronto, volver a Nueva York. La embargó la emoción al pensar que pronto estaría de vuelta en aquella ciudad y de nuevo vería al hombre que le había robado el sueño.

La noche de la gala Jack había intentado localizarla varias veces, pero ella no estaba preparada para lidiar con él, así que no respondió a ninguna de sus llamadas. Sí que leyó el mensaje que le llegó poco después de la medianoche:

Storm finalista. Esta vez no te vas a escapar.

Nos vemos en dos semanas... Un beso.

Aquel mensaje le produjo tal maremoto de sensaciones que no pudo pegar ojo en toda la noche. ¡Habían pasado a la final! Se sentía eufórica y feliz por todo el equipo; habían trabajado muy duro y se lo merecían. Pero que Storm se hubiese clasificado también significaba que su trabajo en Nueva York todavía no había finalizado y que tendría que volver. Y con aquel pensamiento la emoción que sentía se multiplicó por diez.

Ahora, tras pasar más de una semana en Barcelona, no veía el momento de regresar.

Aunque reencontrarse con su familia había sido maravilloso, en especial pasar tiempo junto a Allison, la realidad era que se había acostumbrado a vivir con Jules.

Aquellos días de vuelta a casa le habían hecho darse cuenta de que algo estaba cambiando en su interior.

Antes, la idea de alejarse de su familia le suponía un gran sacrificio, por eso había seguido viviendo bajo su techo todos aquellos años; mientras que ahora ansiaba volver a tener la libertad de la que disfrutaba en Nueva York. En los últimos meses había descubierto cuánto le gustaba su independencia, y en aquel momento, una vez saciado su mono de contacto familiar, la necesidad de su propio espacio empezaba a hacer mella en ella.

—¡Treinta segundos! —gritó Allison histérica. Siempre se liaba con los cuartos y las campanadas y sumía al resto de la familia en un auténtico caos los últimos segundos de cada año.

Por milésima vez Samantha atendió a la explicación de su padre sobre la diferencia entre cuartos y campanadas, y sonrió con melancolía. Se sabía aquel discurso de memoria, pero también sabía que el día que no lo escuchase lo echaría profundamente de menos.

—¡Todavía no! —exclamó su padre con una carcajada ante el sonido de la campanada doble del primer cuarto.

Y así, como cada año desde que tenía uso de razón, entraron en el nuevo año con la boca llena de uvas no masticadas y ambas hermanas tronchándose de risa mientras su madre las observaba con lágrimas en los ojos, agradecida por tenerlas allí un año más y deseando que en 2018 ambas encontrasen por fin su felicidad.

* * *

—Venga, no seas tonta y vente con nosotros.

Allison revolvía su armario en busca del par de zapatos que se había comprado expresamente para aquella noche. Tenía el vestido preparado sobre la cama, al lado de Samantha, que estaba tumbada con una sonrisa adormilada en el rostro.

—No me apetece en absoluto, es tardísimo.

—¡Solo es la una de la mañana! —Allison se embutió en su cortísimo vestido de lentejuelas color verde botella. Le quedaba como un guante.

—¿Solo? —Soltó una carcajada.

—No me seas viejuna. En nochevieja la una de la mañana son como las nueve de la noche. —Allie dejó de colocarse el vestido unos instantes y la miró con sospecha—. ¿No me estarás dando largas para quedar con Alan, verdad? Ya sabes que no es mi persona favorita en el mundo, pero hace meses que entendí que no tengo derecho a meterme en tu vida, y si Alan es la persona con la que quieres estar, pues adelante. No tienes por qué ocultarme nada.

Samantha jugueteó de forma distraída con su jersey y sintió un nudo en el estómago al pensar en Alan.

Había esperado poder hablar con él, aprovechando que estaba en Barcelona, y cerrar las cosas como adultos, pero al parecer aquello no iba a ocurrir.

Según le habían dicho en la universidad, se había marchado de vacaciones y no esperaban que volviese hasta el reinicio de las clases en enero.

La noticia no la afectó demasiado, para ella aquella historia era agua pasada, pero tampoco se sentía preparada para darle explicaciones a su

familia sobre lo que estaba pasando con su vida amorosa porque ni ella misma lo sabía.

Hizo un gesto con la mano y desechó la sospecha de su hermana.

—No es nada de eso, no he quedado con nadie, solo es que estoy cansada y he bebido más que suficiente esta noche.

Allie la observó unos segundos y después se encogió de hombros, al parecer satisfecha con su respuesta, y acabó de colocarse las mangas del vestido. Se miró en el espejo y asintió satisfecha; el escote era de infarto, justo como ella quería. Recogió su bolso y el abrigo y le lanzó un beso en el aire a su hermana.

—Pues mi noche no ha hecho más que empezar. —Le guiñó un ojo—. Nos vemos, hermanita.

—¡Ten cuidado! —le gritó ella desde la habitación cuando Allie ya bajaba las escaleras.

—¡Sí, mamááá!

Samantha controló el brote de ansiedad que sentía cada vez que su hermana salía y resopló divertida. Le encantaba verla así.

Se fue a su habitación, se puso el pijama y se cubrió con el nórdico, dispuesta a disfrutar de un plácido sueño gracias a las copas de cava que había tomado durante la cena. Estaba a punto de caer dormida cuando escuchó su móvil vibrar sobre la mesita. Asustada, se incorporó con el corazón a mil y lo cogió pensando que algo le había sucedido a Allison.

Su corazón se paró unos instantes y volvió a bombear sangre a una velocidad de vértigo cuando vio el remitente. Era Jack.

Estoy deseando volver a verte.

Feliz 2018.

Se tiró sobre la cama con el móvil apretado contra el pecho y sonrió de

oreja a oreja. Por Dios, se sentía como una adolescente, pero no lo podía evitar, no había dejado de pensar en él ni un solo minuto desde que se marchara de Nueva York. Su cabeza no paraba de darle vueltas a todo lo que le había explicado la noche de la fiesta; seguía sin comprender su relación con Danielle y temía haber malinterpretado sus palabras. Cualesquiera que fueran las razones, la realidad era que Jack estaba con la hija de Charlton a los ojos de cualquiera, y ella no se sentía nada cómoda interponiéndose entre ellos dos.

Pero por más que su mente le exigía prudencia, su corazón y su cuerpo solo recordaban sus besos y caricias; la intensidad de las emociones que había despertado en ella en aquel despacho a oscuras. Se mordió el labio y reprimió un gemido; el recuerdo de aquellos minutos a solas con él todavía tenía el poder de excitar su cuerpo y humedecerla hasta un extremo vergonzoso.

Aturdida, miró la pantalla del móvil y pensó en su respuesta. ¿Qué esperaba de ella? La atracción entre ellos era apabullante y a aquellas alturas imposible de ignorar, pero, ¿estaba dispuesta a entrar en una relación de aquel tipo, puramente sexual, estando todavía Danielle en escena? Se encontraba en terreno desconocido y no tenía ni idea de qué hacer; ni siquiera sabía cómo actuaría cuando volviese a encontrarse con él. Todo había pasado demasiado rápido; no habían tenido tiempo para hablar de nada.

Gimió frustrada y se puso un brazo sobre los ojos.

Estaba harta de pensar, así que, dejándose llevar por su instinto, sonrió traviesa y tecleó su respuesta.

* * *

Jack jamás había estado tan pendiente de su móvil como aquella noche.

Se sentía como un puñetero crío, con un exceso de hormonas y confuso con sus sentimientos. Se revolvió el pelo y entró en la cocina de sus padres en busca de algo de tranquilidad.

Como cada año, sus padres organizaban una cena con sus amigos más íntimos para celebrar el nuevo año, y él, tras mucho tiempo sin asistir, había decidido aceptar la invitación y así tener la excusa perfecta para no pasar el fin de año con Danielle. Lo cierto era que tenía bastante buena relación con las amistades de sus padres, inclusive los padres divorciados de Hannah que, tras recuperar la cordialidad de su relación, habían decidido asistir a la fiesta con sus respectivas parejas. Además, Matt y Hannah también estaban allí, así que la cena había sido todavía mejor.

Volvió a echar un vistazo al móvil. Ningún mensaje.

—¿Sigues sin responder? —le preguntó Matt con una expresión divertida desde la puerta de la cocina.

Jack arqueó una ceja y le miró con atención. No le había mencionado a su hermano nada de lo que estaba pasando con Samantha, pero siempre olvidaba que Matt era muy observador. No tenía ningún sentido fingir que no sabía a qué se refería, así que asintió y le dio un sorbo a su copa mientras le sostenía la mirada.

—¿Sabes lo que estás haciendo?

Jack ladeó la cabeza y le miró con los ojos entrecerrados.

—¿Hace falta que lo preguntes?

Matt lanzó un suspiro y entró en la cocina, se sirvió una copa y le dio un largo sorbo. Le miró con gesto serio.

—Es mi amiga, Jack. Si solo quieres divertirte, es justo que ella también lo sepa. No quiero que sufra cuando te canses de ella.

Se tensó y contuvo las ganas de mandarle a la mierda y decirle que se

metiese en sus asuntos. Después respiró hondo, apoyó las manos sobre la encimera y dejó caer la cabeza entre los hombros.

¿Era Samantha una más? ¿La deseaba solo para pasar un rato? La respuesta era un rotundo no, pero no se atrevía a explorar más allá.

—No sé lo que tiene, pero... me vuelve loco —confesó con un suspiro.

—Así que se trata de eso... No creí que viviría lo suficiente para verte así.

—Matt se frotó las palmas de las manos, divertido por la mirada cabreada que le lanzó Jack—. Ve a por ella, tío, es una mujer muy especial.

Negó con la cabeza.

—No te confundas. Me gusta, y lo que tenga que pasar, pasará porque los dos lo deseamos, pero no estoy enamorado. El amor es para los imprudentes, y ya sabes que yo no lo soy.

Le guiñó un ojo y dio otro sorbo a su copa.

—No me lo puedo creer... ¿Todavía sigues con eso? —le preguntó, frustrado—. Algún día me tendrás que explicar qué te hizo estar tan desencantado de la vida...

Jack arrugó la frente y miró con concentración el líquido en su vaso. ¿Estaba dispuesto a compartir con Matt lo que había vivido tantos años atrás? Nunca lo había hecho antes, pero aquella noche necesitaba reafirmarse en la decisión que había tomado en su día; recordarse las razones por las que entregarse a otra persona era una mala idea.

—¿Recuerdas los meses que me marché a hacer las prácticas a Río de Janeiro? ¿El último verano antes de acabar la universidad?

Matt asintió con suavidad. Siempre pensó que había perdido una parte de su hermano aquel verano. Aunque siempre habían sido muy buenos amigos, jamás volvieron a tener la misma complicidad que habían compartido antes de su marcha.

—Sí, no sé qué fue lo que pasó allí, pero volviste muy distinto.

—Mi vida cambió aquellos meses —reconoció, y tomó una profunda inspiración—. Trabajar para Jáuregui en la reconstrucción de las favelas de Río fue la experiencia más enriquecedora de toda mi vida. —Sacudió la cabeza y sonrió con pesar—. En aquella época yo era un gilipollas arrogante...

—¿Solo en aquella época? —bromeó Matt, arrancándole una sonrisa.

—El muy cabrón se dio cuenta enseguida —continuó—, así que al tercer día me cogió y me dijo que si quería quedarme en su proyecto el resto del verano debía mezclarme con la gente de allí, empaparme de sus vidas, sus historias y su cultura. Me aseguró que era la única forma de que hiciese un buen trabajo, y que si no estaba dispuesto mejor hacía mis maletas y volvía por donde había venido.

»Así que durante semanas visité a diario una pequeña favela donde vivía una mujer con su madre de casi noventa años y su hija pequeña, Dulce, una preciosa niña de diez años que acabó robándome el corazón.

»Vivían rodeadas de miseria, violencia y muerte, pero cada mañana me daban la bienvenida con una enorme sonrisa en los labios y me ofrecían lo poco que tenían con generosidad. Gracias a Dulce pude acceder a otras familias y pronto comprendí las palabras de Jáuregui... Solo viviendo con aquella gente podía entender sus necesidades.

»Dulce estaba empeñada en aprender inglés; cuando aparecí allí por primera vez creyó que había sido Dios quien me había enviado para cumplir su deseo —dijo con una sonrisa divertida al recordar su efervescente imaginación—, así que volví día tras día a practicar portugués mientras ella aprendía inglés. Tenía una energía inagotable y unas ganas de vivir que me admiraron. Su padre las había abandonado a ella y a su madre en cuanto Dulce nació, y vivían en condiciones verdaderamente lamentables, pero ella era feliz...

Jack suspiró y trató de deshacer el nudo en el pecho que siempre sentía cuando recordaba aquella etapa de su vida.

—Algunas semanas antes de que acabasen mis prácticas había decidido quedarme a vivir allí. Estaba resuelto a colaborar con Jáuregui hasta conseguir que Dulce y muchos otros niños como ella tuviesen una oportunidad de vivir mejor...

—Nunca nos dijiste nada... ¿Qué ocurrió para que cambiases de planes?

—Dulce murió —dijo con voz inexpresiva—. Tuvo la mala suerte de encontrarse en medio de un fuego cruzado entre dos bandas de narcotraficantes.

—Joder... —susurró Matt.

—Me destrozó... Perder a aquella niña de diez años a la que solo conocía desde hacía dos meses destruyó algo dentro de mí. Con ella se fueron mi pasión por la arquitectura y mis deseos de amar a otra persona. Jamás antes había sentido un dolor parecido, y aquel verano me juré que jamás volvería a sentirlo.

Matt asintió en silencio, comprendiendo al fin la razón de que su hermano hubiese cambiado tanto.

—Aquello sucedió hace mucho tiempo, Jack. Lo que le pasó a aquella chiquilla fue una tragedia, pero negarte a ti mismo la posibilidad de ser feliz por esa razón... —Movié la cabeza con gesto resignado—. Samantha es una mujer muy especial y no creo que espere eternamente a que tú te decidas.

Sonrió sin humor y se encogió de hombros antes de volver a beber de su copa. A ese ritmo llegaría como una cuba a final de año.

—Por todo lo que sé podría estar revolcándose en los brazos de ese novio suyo en estos momentos y pensando que soy un gilipollas acosador.

—¿Con su novio? —Matt levantó las cejas, sorprendido—. ¿No lo sabes? Ya no están juntos.

Jack entrecerró los ojos e ignoró el vuelco que dio su estómago.

—¿Desde cuándo?

—Creo que lo dejaron antes de que ella viniese aquí, en septiembre. — Matt se rascó la cabeza tratando de recordar—. En realidad no me quedó muy claro el tema. Sam me lo explicó la noche de la gala, pero estaba tan agobiado que quizá me perdí algo.

Incrédulo, Jack se burlaba de sí mismo por sus estúpidos celos cuando el aviso de un mensaje en su móvil rompió el silencio. Lanzó una carcajada al leerlo:

Tú todavía sigues en 2017.

Lo siento, tendrás que esperar un poco más.

XX

Dios, cómo le gustaba aquella mujer.

SEGUNDA PARTE

Enero de 2018, Nueva York

La Torre Charlton estaba situada en plena Quinta Avenida y continuaba siendo uno de los rascacielos más altos y ostentosos de Nueva York. La habían construido hacía más de treinta años bajo las órdenes de Richard Charlton, y su edificación no había estado exenta de polémicas.

En el terreno donde ahora se erigía aquel monstruo de cristal y hierro había estado ubicado uno de los edificios más bellos de Manhattan, considerado un icono del estilo *art déco* de la época, que había albergado algunas de las tiendas más lujosas de la ciudad, además de piezas de arte de valor incalculable. Como parte de los términos de su compra, Charlton se comprometió a donar al Museo Metropolitano de Arte las estatuas de las diosas semidesnudas que habían adornado el antiguo inmueble durante más de medio siglo; sin embargo, con la excusa de que resultaba muy costoso su traslado, una vez que el terreno fue suyo, decidió destruirlas, eliminando así parte de la historia de la ciudad. Aquella solo fue la primera polémica.

Más tarde, durante la construcción de la actual Torre Charlton, surgieron muchos rumores sobre la conexión de la constructora con el crimen organizado. Se llegó a decir que las paredes del edificio las estaban levantando doscientos inmigrantes polacos indocumentados, que vivían la mayor parte del tiempo en el lugar de la construcción, trabajando turnos de todo el día y cobrando en negro. Sin embargo, Richard Charlton no solo se

las apañó para salir airoso de todas aquellas denuncias ante los tribunales sino que, además, consiguió acuerdos ventajosos para su nueva obra.

Se aprovechó de las normativas locales de los años ochenta, que premiaban a los edificios que mezclaran su uso con locales, oficinas y residencias, y ajustó su proyecto de manera que la planta baja del edificio se convirtiera en una vía abierta al público que permitiera caminar a los ciudadanos a través de la manzana, cortando camino entre calles. A continuación, el astuto magnate cedió aquel espacio a la ciudad de Nueva York, y a cambio obtuvo los permisos necesarios para construir veinte pisos más de los reglamentarios.

Aquella mañana de enero, Jack se adentró en el polémico edificio de hormigón reforzado con determinación y cierto desasosiego, pero de inmediato se vio distraído por la exagerada decoración que le rodeaba.

La obsesión de su propietario por el color oro quedaba manifiesta en cualquier rincón donde mirase, empezando por las grandes letras doradas de la entrada con su nombre. Los espacios públicos estaban cubiertos de un exclusivo mármol italiano color rosa con betas blancas; había zonas decoradas con espejos dorados y bronce, y una cascada creaba un ambiente sofisticado en el atrio de tres pisos de la planta baja.

Todo destilaba ostentación y decadencia, y a Jack no podía gustarle menos.

Se dirigió con paso decidido hasta la recepción del edificio, flanqueada por dos jóvenes mujeres vestidas con un elegante, y demasiado escotado, uniforme. Con un brillo de interés en los ojos y en su blanca sonrisa, la recepcionista rubia le pidió su identificación antes de hacer la llamada de comprobación correspondiente; entonces le indicó qué ascensor utilizar y le entregó un pequeño sobre con un código de acceso de un solo uso que le llevaría hasta el ático del edificio.

Una vez en el interior del ascensor Jack soltó el aire que había estado conteniendo en los pulmones. Los finalistas del concurso tenían prohibido

todo contacto con el jurado, así que su presencia en aquel edificio le ponía de lo más nervioso; al contrario que Charlton que, en una muestra más de su absoluta arrogancia, le propuso que su encuentro se produjese en un edificio de su propiedad, que además era de uso público, poniendo así en riesgo la permanencia del proyecto en el concurso.

Tan pronto Storm fue proclamado finalista en la gala del MET, Charlton se acercó para darle la enhorabuena y deslizó un pequeño papel en su mano al estrechársela. Sorprendido de su atrevimiento ante tantas personas, Jack reaccionó con rapidez y se guardó la nota en el bolsillo, donde le citaba para una reunión privada en su residencia de la Torre Charlton a principios de enero, una vez pasadas las fiestas de Navidad.

Sabía por Danielle que su padre pasaría las vacaciones en el extranjero, así que no le extrañó ser convocado tan tarde; a decir verdad, aquella cita tardía había permitido a Robinson, el fiscal del distrito, y sus colegas del FBI, establecer una estrategia y asesorarle sobre cómo actuar con el magnate y qué información debía sonsacarle.

No estaba preocupado por aquella reunión; como hombre de negocios había tenido que lidiar con mucho megalómano y sabía cómo tratarles. Cuando se lo proponía, él podía ser tan déspota como el que más y, tras la barbacoa aquel dichoso viernes de Acción de Gracias, sabía que aquella actitud era la mejor para entrarle al padre de Danielle.

Aquel día había tenido la oportunidad de ver a Richard Charlton en acción y comprobar que, si bien sus invitados eran de lo más variopinto, todos tenían dos cosas en común: eran todos hombres y tenían una relación profesional o de negocios con el magnate. Las mujeres presentes, a excepción de Danielle, o bien eran las acompañantes de los socios de Charlton o pertenecían al servicio de catering, que era enteramente femenino.

Jack se mantuvo en un segundo plano tanto como le fue posible,

observando de lejos la interacción de Charlton con los demás invitados y llegando a la conclusión de que, para que este le respetase y se atreviese a hacerle una propuesta tan arriesgada, debía ser igual de arrogante y despiadado que él; no mostrar ningún escrúpulo y dejar clara su ansia de poder. Si actuaba como todos los lameculos que se encontraban aquel día en la barbacoa, Charlton le descartaría automáticamente como potencial socio en su plan de hacerse con el Pritzker.

Charlton no le prestó atención en todo el día. Conocido por su carácter manipulador y prepotente, Jack no dudó que su presencia allí no respondía solo a la curiosidad de un padre por el hombre que salía con su hija, sino también para comprobar de qué pasta estaba hecho y si tenía lo que había que tener para ganarse su confianza y hacer negocios con él.

Casi dos meses después Jack se encontraba frente a la puerta de su ático con gesto satisfecho. El pez gordo había mordido el anzuelo y había llegado el momento de tirar del hilo.

* * *

Le recibió una atractiva joven que se presentó como la asistente personal de Charlton. Ya en pleno papel, Jack no le dedicó ni un segundo más del necesario, y le pidió con sequedad que le llevase con su jefe.

El ático seguía el patrón del resto del edificio: una oda al mal gusto y al derroche. Los asfixiantes tapices colgando de amplias paredes, los ornamentos dorados, bronces y en pan de oro, y las valiosas antigüedades colocadas en cualquier rincón, sobrecargaron los sentidos de Jack, acostumbrados a un estilo minimalista, sencillo y de colores monocromáticos, que se resintieron ante semejante visión.

En cuanto entró en el despacho vio a Richard Charlton hablando por

teléfono, sentado en un alto sillón de cuero, tras el escritorio más grande que jamás había visto. La pedantería de aquel hombre no tenía límites. Durante los siguientes diez minutos el magnate no acusó su presencia, y continuó con su conversación como si nadie estuviese esperándole, pero Jack no cayó en la tentación de mostrar su enfado. Aunque estaba deseando marcharse de allí, no iba a concederle el placer de que lo viese.

Cinco minutos después colgó y por fin extendió la mano para saludarle.

—¡Jack, muchacho, qué alegría verte!

—Señor —dijo de forma escueta, apoyando un tobillo sobre su rodilla con gesto relajado.

—Me alegro de que hayas decidido venir. No estaba seguro de si te atreverías.

—Me sorprendió su nota y también me picó la curiosidad. —Se encogió de hombros—. Pensé que, si por casualidad me encontraban con usted, mi relación con su hija podía tomarse como un buen salvoconducto.

Charlton soltó una carcajada que mostró toda su dentadura, tan blanca que resaltaba de forma artificial en su piel morena.

—Me gustas, muchacho, tienes cojones. Últimamente es difícil encontrar a tipos que los tengan bien puestos.

Jack elevó las comisuras de sus labios.

—Gracias, señor Charlton...

—Richard, por favor. —Jack asintió, satisfecho del nuevo tanto que se acababa de anotar.

—De acuerdo, Richard... Verá, no me gusta andarme con rodeos. Sé que es un hombre muy ocupado y yo también tengo un concurso que ganar. —Sonrió con suficiencia—. Así que me gustaría saber por qué me ha pedido que viniese hoy aquí.

Los ojos de Charlton brillaron divertidos.

—Ah, la impaciencia de la juventud... Me recuerdas mucho a mí cuando era joven.

Se levantó e invitó a Jack a acompañarle a una sala anexa del despacho, donde dos amplios sofás de cuero en color chocolate ocupaban la mayor parte del espacio. Colocados en forma de V, estaban orientados hacia el gran ventanal para disfrutar de las vistas privilegiadas de Central Park. Jack declinó la copa de licor que le ofreció y esperó en silencio a que él se sirviese la suya.

—¿Qué tal con mi niña?

—Danielle es una mujer muy... especial.

—Espero que la sepas tratar como se merece. —Charlton no perdió la sonrisa en ningún momento, pero sus ojos le observaban con intensidad—. Como perdió a su madre cuando era muy pequeña siempre he procurado compensarla y darle todo lo que quería, así que no se conformará con menos.

—Con todos mis respetos, Richard... Danielle es una malcriada... Muy guapa, sí, pero cuanto antes entienda que no me va a manipular con esas tretas, mejor nos irá a los dos.

Era consciente de que estaba apostando fuerte al hablar así de la niña de sus ojos, pero no podía mostrar ningún signo de debilidad, en especial en lo concerniente a una mujer, aunque esta fuera su hija, pues el magnate era el hombre más misógino que había conocido.

Charlton le observó en silencio, evaluando al joven hombre de negocios que tenía frente a sí, midiendo sus palabras y también lo que no decía, y al cabo de unos segundos una lenta y ladina sonrisa fue apareciendo en su ajado rostro.

—Mi hija puede ser bastante irracional, pero ¿qué esperabas? No deja de ser una mujer, bella y rica, pero mujer al fin y al cabo. —Le apuntó con el

dedo—. Aun así, cuídala bien, como le hagas daño te partiré las rodillas y no volverás a trabajar en todo el estado de Nueva York.

Jack no menospreció su amenaza. Sabía que llegado el caso, cumpliría su promesa.

—Bien, ¿eso era todo? —Se levantó del sofá y le provocó dando muestras de dar por concluida la reunión. Sabía que Charlton no estaba acostumbrado a que nadie diese por finalizado un encuentro con él excepto él mismo.

—¿Se puede saber adónde vas?

Jack se detuvo y volvió a tomar asiento.

—¿Qué tal va Storm? —Por fin...

—Sobre ruedas —contestó con seguridad. Era cierto, tenían un proyecto espectacular entre manos.

—¿Te interesa que le dé un vistazo? Quizá podría echarle una mano con el enfoque.

Jack permaneció en silencio. Aunque era lo que había estado esperando, debía ser prudente y actuar como si aquella oferta le pillase desprevenido. Cualquiera con dos dedos de frente debía valorar detenidamente la magnitud de lo que implicaba su propuesta, que traspasaba todas las líneas rojas establecidas por las bases del concurso.

—¿Qué ganaría usted con eso?

Charlton prorrumpió en carcajadas.

—Definitivamente, me gustas. —Entornó los ojos y se puso serio—. De momento no espero nada a cambio, solo echarle un cable al novio de mi hija.

Tras varios segundos Jack asintió con brusquedad.

—Storm es un gran proyecto y estoy convencido de que vamos a ganar, pero no voy a despreciar la oportunidad de asegurarme el tiro. Conseguir este premio significará el lanzamiento definitivo que necesita mi despacho y que nuestra facturación crezca exponencialmente. Si usted puede ayudarme con

su opinión, le estaré muy agradecido. —Jack se aseguró de pronunciar aquellas últimas palabras con la entonación adecuada. No necesitaba decir más para que el otro captase el mensaje.

—Perfecto. —Los cubitos de hielo tintinearos cuando Charlton dejó su vaso con brusquedad sobre la mesa—. Te haré saber cuándo nos volveremos a reunir. —Se dirigió de nuevo a su despacho y apretó el botón del intercomunicador para avisar a su asistente.

Tan pronto esta llegó, Jack se despidió de Charlton con un gesto de cabeza y se fue directo al ascensor.

Estaba impaciente por llegar al despacho.

* * *

Philip aguzó el oído cuando escuchó a Matt bajar las escaleras, acompañado de los dos hombres trajeados con los que él y Jack habían estado reunidos la última hora. Les siguió con la mirada y se preguntó qué se traerían aquellos dos entre manos. Frustrado, empezó a tamborilear con los dedos sobre su mesa; odiaba sentirse excluido, y desde que aquella estúpida mujer se había unido al equipo le habían ido apartando cada vez más del centro de decisiones, alejándole también del círculo de confianza del que gozaba antes de su llegada.

Era un hombre ambicioso; durante los últimos cinco años se había dejado la piel para demostrar su valía en el negocio y exigirle a Matt una merecida posición como socio. Consciente de que Jack también tendría que aprobar la decisión, sabía que Storm era la oportunidad perfecta para convencerle a él también de que estaba preparado. El problema era que aquella fulana estaba suponiendo un grano en el culo más molesto de lo que había creído en un principio, y le estaba haciendo perder puntos ante los jefes.

Le lanzó una mirada envenenada a la culpable de todos sus males y entornó los ojos cuando la vio colgar el teléfono, levantarse de su mesa y subir las escaleras con gesto nervioso. La repasó de arriba abajo. Estaba bastante buena. No le extrañaría que los hermanos se la estuvieran beneficiando, era la única explicación lógica para el favoritismo del que había gozado desde que llegó.

* * *

Samantha estaba hecha un manojo de nervios.

Parada frente a la puerta de Jack, trató de calmar sus erráticas pulsaciones e infundirse valor relativizando la situación; al fin y al cabo, solo se habían besado una vez.

Se atragantó con su propia carcajada.

¡No se lo creía ni ella!

Ningún hombre la había hecho sentir como Jack aquella noche. Había tenido tiempo más que suficiente para recrearse con aquel recuerdo y saber que el temblor de sus rodillas, en aquel momento y también ahora, no lo provocaba un simple beso.

Dio un brinco cuando la puerta se abrió con brusquedad y una mano la agarró del brazo, arrastrándola sin delicadeza al interior del despacho. Al instante se encontró con la espalda apoyada contra la madera y unos fuertes brazos a cada lado su cuerpo. Alzó la vista y se encontró con dos ojos de color azul observándola con intensidad.

—Hola... —susurró él con voz ronca mientras se inclinaba sobre sus labios.

—Hola... —consiguió decir ella a través del enorme nudo en su garganta.

Samantha inspiró y el sabor mentolado de su aliento inundó sus sentidos.

Sin pensárselo dos veces acortó los escasos milímetros que les separaban y le besó.

Ambos gimieron al sentir el sabor del otro, adictivo y embriagador. Jack pegó su cuerpo contra ella y lanzó un gruñido a la vez que se hundía más en su boca. Con un estremecimiento de placer, ella se rindió a las sensaciones. Jack la hacía sentirse viva, llenaba su alma de intensas y confusas emociones: felicidad, pavor, deseo, admiración, ternura... Estar entre sus brazos era la sensación más sublime que había experimentado en toda su vida, pero también la más aterradora.

Las rodillas le fallaron cuando entendió lo que su mente se había negado a ver hasta ahora: se estaba enamorando de él. No había otra forma de definir aquella locura que sentía en su interior.

Lejos de aceptar aquel sentimiento con alegría, una punzada de pánico atravesó su mente; todo estaba sucediendo demasiado deprisa, se sentía fuera de control y muy vulnerable ahora que por fin había puesto nombre a lo que sentía.

Aquello no podía acabar bien de ninguna manera.

Con el corazón acelerado y una creciente sensación de ahogo, tiró con fuerza de su pelo decidida a apartarle. Sabía que no sería capaz de hilar dos pensamientos coherentes si él no paraba de acariciarla; y necesitaban hablar.

—Jack... —consiguió decir entre jadeos.

Ajeno a todo, él siguió acariciando su garganta con devoción, besando el punto exacto donde su pulso latía desbocado. Hundió la cara en su cabello y la abrazó con fuerza mientras aspiraba su aroma en un gesto que ella ya empezaba a reconocer como muy suyo y que lanzaba miles de escalofríos por todo su cuerpo.

—Jack, por favor... Para... —insistió ella imprimiendo firmeza a su voz.

—Llevo semanas soñando con esto —dijo con voz ronca en su oído. Su

cuerpo tembló al sentir su cálido aliento—. Dime que tú también...

Ella gimió al escuchar sus palabras; el deseo en su voz era un afrodisíaco difícil de ignorar, pero necesitaba espacio para respirar, para poner sus pensamientos en orden. Apretó los puños contra su espalda y trató de normalizar su respiración. Estaba tan alterada que ya no sabía distinguir si estaba al borde de un ataque de ansiedad o sobrepasada por todas las emociones que despertaba en ella.

Jack captó la tensión en su cuerpo y redujo la presión hasta separarse de ella. Sus ojos, oscurecidos por un hambriento deseo, mostraban desconcierto cuando se clavaron en su pálido rostro.

—¿Qué te pasa? —Ella aprovechó aquel momento para escabullirse de entre sus brazos, apartándole la mano cuando él intentó retenerla a su lado.

Inspiró hondo y se pasó una mano temblorosa por la frente. Tenía todos los músculos del cuerpo entumecidos.

—Samantha, ¿estás bien? —Él volvió a acercarla a su cuerpo.

Agotada y sin fuerzas para luchar, se dejó arrastrar por su calor, y se apoyó contra su pecho, acunada entre sus brazos. Su enorme mano le acariciaba la espalda con gesto hipnotizador, mientras balanceaba ambos cuerpos con suavidad. Permanecieron en silencio durante varios minutos en los que solo se escucharon sus respiraciones. La intimidad de aquel abrazo les pareció lo más natural del mundo, algo inevitable, como si sus cuerpos hubieran cedido por fin a lo que sus almas llevaban meses anhelando. El corazón de Samantha se fue calmando hasta sincronizarse con el de Jack, que latía fuerte y constante contra su oído.

—¿Y ahora qué? —susurró ella.

—Ahora nada —respondió él abrazándola más fuerte. Ella se separó un poco y le miró con el ceño fruncido—. ¿Qué es lo que te preocupa tanto?

—Pues, para empezar, que eres mi jefe. Mantenemos una relación

profesional y esto —subrayó ella señalando su íntimo abrazo— está totalmente fuera de lugar.

—Tú y yo nunca hemos tenido solo una relación profesional. —Jack sonrió con arrogancia y le dio un pequeño beso en la punta de la nariz—. Y los dos somos demasiado responsables como para que lo que pase entre nosotros afecte en algún sentido a nuestro trabajo.

Samantha se mordió el labio inferior, con la cabeza bullendo con miles de preguntas que no se atrevía a verbalizar. Jack la observó inquisitivo y la presionó suavemente con las manos en la parte baja de la espalda, animándola a preguntar.

Durante las vacaciones había tenido mucho tiempo para pensar en todo lo que Jack le había explicado sobre Charlton y el Pritzker; el papel de Danielle en todo aquello y, lo más importante, cómo encajaba ella en toda aquella historia. La euforia tras aquel beso robado se fue desvaneciendo con los días y con la cordura llegaron miles de dudas y temores.

Además, la presión de conocer lo que se estaba cocinando alrededor del concurso y el papel que tenían Jack y Matt en todo ello la carcomía por dentro. Su mente estaba repleta de dudas sobre el caso y no veía el momento de poder acribillarle a preguntas.

—Sigue estando el tema que os traéis entre manos con la fiscalía...

Jack se tensó.

—Ese tema no tiene nada que ver con nosotros.

—¿En serio? —le preguntó ella con incredulidad, dando un paso atrás y alejándose de sus brazos—. ¿Acaso no mantienes una relación con Danielle para acercarte a su padre sin levantar sospechas?

—Ya te dije que no siento nada por ella —masculló él—. Todo es pura fachada y acabará tan pronto como atrapemos a ese hijo de puta.

Ella dio un respingo al percibir la agresividad en su tono de voz; la

frustración era evidente en cada una de sus palabras, pero aquello no cambiaba la realidad.

—Y mientras mantienes esa fachada... tendrás que seguir haciéndole creer a ella que sois pareja, ¿no? —Se tragó el nudo en la garganta que amenazaba con asfixiarla.

Un músculo empezó a palpar sin control en la mandíbula de Jack. Ella sabía que la mirada de acero en sus ojos no iba dirigida a ella; o quizá sí, pues acababa de abrirle los ojos obligando a su mente a encajar las piezas.

—No me he acostado con ella —dijo él con firmeza. Hizo una mueca dubitativa cuando ella le lanzó una mirada escéptica—. No desde que volví a contactar con ella por lo del Pritzker. Danielle cree que quiero tomarme las cosas con calma y de momento lo acepta, aunque a veces le cueste recordarlo —añadió con una mueca de incomodidad.

Samantha negó con la cabeza y se rodeó el cuerpo con los brazos; empezaba a sentir mucho frío. No quería seguir escuchando a Jack hablar sobre sus relaciones íntimas con aquella mujer. Imaginárselos, aunque fuese solo besándose, le producía náuseas y unas ganas incontenibles de llorar y gritar de rabia y frustración.

—No puedo estar contigo si sigues con ella... —No quería sentirse culpable ni egoísta por decir aquello; nunca había deseado nada tanto como estar con Jack y explorar lo que estuviese naciendo entre ellos, pero todavía se respetaba lo suficiente como para no ser la otra.

—¡Mierda! —Jack se pasó ambas manos por el cabello al comprender lo que ella le estaba diciendo.

Se paseó nervioso intentando encontrar una solución para aquella encrucijada. Todavía no podía deshacerse de Danielle por mucho que lo deseara, pero ¡maldita sea!, no podía renunciar a Samantha ahora que por fin la había conseguido. Se acercó a ella y rodeó su rostro, inclinando su cabeza

para que le mirase a los ojos. El aire a su alrededor zumbó lleno de tensión de inmediato; la respiración de ella se agitó y Jack apretó los dientes para contener su deseo de besarla de nuevo.

—¿Sientes eso? —murmuró él con voz ronca—. Es más fuerte que tú y que yo, y no va a desaparecer. En realidad, no ha dejado de crecer desde que nos conocimos.

Ella no pudo ocultar la decepción.

—¿A eso se reduce todo? —Él la miró confundido—. ¿A deseo sexual?

La nuez de su garganta se movió con rapidez.

—No lo sé... —admitió él, decidido a ser del todo sincero con ella—. Solo sé que lo que siento aquí dentro —dijo señalándose el pecho— es más complejo que solo sexo, y sé que tú sientes lo mismo.

Por mucho que doliese, ella aceptó su franqueza, y la utilizó para convencerse de que la decisión que había tomado era la mejor. No estaba dispuesta a ir en contra de sus valores solo por aplacar una atracción sexual no resuelta, por muy intensa que esta fuese.

—Tienes que respetar mi decisión —le pidió ella con renovada determinación, pues sabía que no podría mantener las distancias si Jack no la ayudaba.

—Y la voy a respetar... —Ella lanzó un suspiro de alivio—. De momento...

—Jack...

Una peligrosa sonrisa apareció en sus labios y la puso de inmediato en alerta.

—He aceptado tus condiciones, pero ahora tú vas a aceptar las mías. — Aquella arrogancia suya la sacaba de sus casillas... y también la ponía a cien—. No hay nada que me impida pasar tiempo contigo... como compañera de trabajo, y no hay nadie que me obligue a jugar limpio. —Ella le miró boquiabierta—. Quedas advertida.

Samantha no tuvo que esperar demasiado para descubrir a qué se refería Jack.

Tan pronto llegó al despacho al día siguiente, lo primero que se encontró fue su café favorito sobre la mesa. Sonrió, sabiendo que había sido cosa suya, encantada por el detalle a pesar de haberle pedido distancia.

Saboreaba con placer la bebida, todavía muy caliente, cuando unos pasos a su espalda la alertaron de que alguien bajaba las escaleras. Su corazón se saltó un latido al reconocer a Jack. Llevaba el pelo húmedo y vestía unos vaqueros y un grueso jersey de lana en tonos azul cielo y blanco que resaltaban todavía más la belleza de sus rasgos. Con una taza en la mano, se acercó en silencio hasta su mesa y se sentó a su lado, dispuesto a tomarse el primer café de la mañana con ella.

Ninguno de los dos dijo nada durante algunos minutos, solo se midieron con las miradas: él la retaba a rechazar su compañía y ella le rogaba que no se lo pusiese todavía más difícil.

—Si sigues estrujando así el vaso vas a acabar quemándote...

Confusa, miró hacia abajo y descubrió que estaba aferrando el vaso de papel con demasiada fuerza, como si aquel café fuera lo único que la protegería de sus avances. Aflojó los dedos y sonrió, algo avergonzada por ser tan transparente. Estaba de los nervios y a la expectativa de su próximo movimiento.

Jack apretó los labios y sus ojos brillaron divertidos.

—¿Qué tal todo por casa durante las vacaciones? Matt me dijo que tienes

una hermana más pequeña. ¿Has podido pasar algún tiempo con ella?

Ella suspiró, aliviada de que él le echase un cable y rebajase la tensión, y sus ojos se iluminaron con alegría al pensar en su familia.

—Sí, se llama Allison. Empezó la universidad el otoño pasado, así que casi no tuvimos tiempo para vernos estos días. Demasiados exámenes y todavía más vida social.

—¿Cuántos años tiene?

—Cumplirá veinte en marzo.

Él la miró confuso.

—Ha empezado la universidad más tarde de lo normal, ¿no?

Ella asintió despacio. Recordar las razones del retraso escolar de Allison siempre le provocaba una punzada de tristeza y hacía resurgir un profundo sentimiento de culpabilidad.

—Sufrió un accidente cuando era muy pequeña. —Una profunda arruga apareció en el entrecejo de Jack—. Íbamos todos en el coche aquel día, pero ella fue la que salió peor parada... Durante unas horas pensamos que la habíamos perdido...

—Vaya... no lo sabía. ¿Qué edad tenía? —preguntó él con repentina tensión.

—Cuatro años... —Sus ojos se empañaron al recordar lo difíciles que habían sido aquellos años tras el accidente. De la noche a la mañana sus problemas en la escuela se convirtieron en algo intrascendente en comparación con lo que estaba sufriendo su hermana—. Allison tuvo que pasar por quirófano varias veces y hacer rehabilitación intensiva durante mucho tiempo más para poder volver a caminar; tardó años en poder sostenerse por sí sola, pero lo logró. —La fuerza de voluntad de su hermana y su pasión por la vida les sorprendió a todos, y gracias a ella, Samantha encontró sus propias ganas de luchar y superar su particular infierno.

Su mirada, perdida en el pasado, contenía tal cantidad de dolor y tormento que Jack se preguntó qué no le estaba contando. La congoja en sus ojos le decía que tras aquella historia había una herida que todavía parecía supurar.

Mientras la escuchaba en silencio, con el cuerpo tenso y los puños apretados, luchó contra la necesidad de cogerla entre sus brazos para consolarla... y también ser consolado. Las similitudes entre aquella historia y su propio pasado eran mínimas, pero algo en su interior se había removido con su relato, tirando de hilos que hacía años se esforzaba por ignorar. Se preguntó qué pensaría Samantha de su propia historia, pero desechó la idea de explicársela de inmediato.

No se sentía preparado para dar ese paso todavía.

—Lo siento mucho. —Cogió su mano con suavidad y ella entrelazó los dedos con los suyos en respuesta.

Fascinada, observó sus manos unidas y durante unos instantes se permitió disfrutar de la deliciosa sensación de su áspero pulgar acariciando la palma de su mano. Aquello no la ayudaba a mantener su propósito, no la ayudaba en absoluto.

—No te preocupes, mi hermanita ha sabido aprovechar el tiempo perdido y ahora no hay quien la pare —añadió Samantha, sonriente, mientras retiraba su mano y se acariciaba las yemas de los dedos con disimulo.

—No tengo ninguna duda... —Jack sonrió de medio lado y se inclinó hacia delante, con los antebrazos apoyados en sus rodillas, acercándose peligrosamente a ella. Su almizclado aroma masculino se coló por sus fosas nasales y le emborrachó los sentidos—. ¿Y tú? ¿Ya has pensado cómo vamos a aprovechar el tiempo una vez se aclare todo este lío?

Ella apartó la mirada y tragó saliva con inquietud.

—Jack, por favor...

—¿Qué? —Levantó las manos en señal de rendición, con la expresión de

inocencia más falsa que había visto en su vida—. No he hecho nada que rompa nuestro trato.

El maldito sabía muy bien lo que estaba haciendo y estaba disfrutando de lo lindo. Se mordió el labio tratando de contener la risa ante su descarado atrevimiento.

—Eres incorregible.

Jack se puso en pie y miró hacia recepción al escuchar la puerta de la entrada. Sin pensárselo dos veces se inclinó sobre ella, apoyó las manos sobre los reposabrazos a cada lado de su cuerpo y posó los labios sobre su sedosa y cálida mejilla. Ella contuvo la respiración al sentir su tibio aliento acariciándole la piel.

—Piénsalo bien —le susurró con voz ronca—, porque cuando seas mía yo también me voy a asegurar de recuperar el tiempo perdido.

Antes de poder reaccionar, él acunó su cara entre las manos, le dio un rápido e intenso beso en los labios y desapareció escaleras arriba.

Samantha le siguió con la mirada, con una opresión tan fuerte en el pecho que apenas podía respirar.

Estaba convencida de que acababa de sufrir un microinfarto.

* * *

Los encuentros matutinos muy pronto se convirtieron en su nueva rutina, y en el momento más esperado del día: cuando se encontraba con su café recién hecho sobre la mesa y compartía la primera hora del día con él. Charlaban de cualquier tema intrascendental aunque, ella no sabía cómo, Jack siempre encontraba la forma de dar a sus conversaciones un doble significado que cada día la dejaba con las defensas más debilitadas.

Un mero espectador pensaría que lo que sucedía en aquel despacho cada

mañana era del todo profesional: dos simples compañeros de trabajo compartiendo un café en su lugar de trabajo; pero cualquiera que prestara la suficiente atención advertiría la forma como ella contenía el aliento cada vez que él sonreía, y que era incapaz de mantenerle la mirada durante mucho tiempo cuando él la observaba con un crudo deseo reflejado en sus ojos.

O el modo en que él, cada vez más audaz al ver cómo ella reaccionaba a sus avances, acariciaba su rostro de forma distraída mientras hablaban, le colocaba un mechón de cabello tras la oreja o entrelazaba sus dedos con los de ella por el simple placer de sentirla piel con piel.

Durante aquellos momentos robados ninguno hablaba de lo que estaba sucediendo con los Pritzker, o cómo avanzaba la investigación y, por encima de todo, evitaban hablar del principal motivo por el que seguían conteniéndose: la relación que Jack todavía mantenía con Danielle.

Con el paso de los días Samantha empezó a comprender que sufriría como nunca si continuaba permitiendo aquel juego con él. Con cada palabra, cada roce o cada momento de complicidad compartido, su amor por él crecía sin remedio, y aquello era precisamente lo que había querido evitar cuando le había pedido distancia. No obstante, a aquellas alturas, y una vez probadas las mieles de su compañía, aunque fuesen minutos robados a la realidad, sabía que ya no iba a ser capaz de renunciar a él.

Solo era cuestión de tiempo que Jack derrumbase hasta la última de sus defensas y, cuando aquello sucediera, ni Danielle ni sus valores y prejuicios serían suficientes para detener la inmensa y cada vez más incontrolable necesidad que sentía por él.

* * *

—Es un cabrón muy precavido. A veces pienso que me está mareando a

propósito. —Jack hablaba en susurros por el móvil a pesar de tener cerrada la puerta de su despacho.

Aquel día era él quien había iniciado la llamada diaria con Robinson. Estaba harto de esperar a que Charlton hiciese un movimiento en falso; necesitaba deshacerse de él para poder retomar su vida; quería centrarse en ganar el concurso y, sobre todo, necesitaba poder avanzar con Samantha. Sus encuentros cada mañana no solo se habían convertido en insuficientes, sino que estaban empezando a ser una tortura.

Cada día que pasaba descubría algo nuevo de ella. Era una mujer compleja y fascinante, con unas convicciones y valores fuertemente arraigados que decían mucho de su forma de ser. Tenía un peculiar y afilado sentido del humor que contrastaba con su ingenuidad, y una inseguridad subyacente que a él no le había pasado desapercibida. Aquello, lejos de disgustarle, solo provocaba que esperase con más ansia el día siguiente.

El deseo que sentía por ella se estaba convirtiendo rápidamente en algo más complejo. Sin darse apenas cuenta ella estaba tejiendo una tela de araña a su alrededor, repleta de sensaciones y emociones, de las que, por primera vez en su vida y para su propia sorpresa, no quería desenredarse. Pero aquellos momentos robados se veían empañados por la realidad del resto del día. Odiaba no poder acercarse a ella con naturalidad, tener que fingir que no era consciente de su presencia cuando estaban en la misma sala, o quedar con Danielle cuando lo que de verdad le apetecía era llevarse a Samantha a la cama, a cenar, a enseñarle su ciudad, o a ver una película con ella en el sofá de su casa, cualquiera que fuese el orden.

Aunque le permitía acercarse cada día un poco más, sabía que ella continuaba firme en su decisión de mantener las distancias; seguía apartando la mirada cuando la buscaba con los ojos en alguna reunión. Cada vez que

intentaba conectar con ella veía que se tensaba como la cuerda de un violín y miraba a su alrededor en busca de alguien que les hubiese pillado.

—Jack, ¿me estás escuchando? —La voz exasperada de Robinson le sacó de su ensoñación.

—Sí, sí, estoy aquí.

—Caramba, muchacho, últimamente me estás poniendo las cosas muy difíciles. Bastante tengo con lidiar con el FBI. —Jack no sintió ninguna pena por la situación del fiscal—. ¿Qué ha pasado para que estés tan nervioso?

—Ese es el problema, que no ha pasado nada. Desde la última vez que me encontré con Charlton, cuando me dio su opinión sobre Storm, no he tenido más noticias de él. ¿Y si ha decidido que no soy de confianza? Me siento como un gilipollas manteniendo este papelón para nada.

—No te precipites, Jack. Charlton no ha llegado donde está siendo un chapucero. Debe de tener sus razones para no haberte contactado aún, pero no tengas duda de que lo hará. Está en bancarrota y los bancos no le están dando crédito; la única manera que tiene de revitalizar su negocio es moviendo los terrenos que tiene en la ciudad, pero para hacerlo necesitará un socio dispuesto a aportar el capital. Son operaciones delicadas que implican a mucha gente, es probable que esté cerrando tratos antes de proponerte cualquier acuerdo...

Iba a responder cuando escuchó que llamaban a la puerta.

—Adelante —dijo con voz seca.

Samantha asomó la cabeza y se detuvo al ver que él tenía el móvil pegado al oído.

—Vuelvo más tarde.

—¡No! No... —suavizó el tono al darse cuenta de la ansiedad de su voz—, acabo en dos minutos. Pasa, por favor, pero cierra la puerta.

Ella asintió y tomó asiento frente a él.

—Robinson... El tiempo corre y necesito centrarme en otras cosas —dijo Jack con la vista fija en ella. Samantha simulaba estar concentrada en los papeles que tenía sobre su regazo, pero la tensión en sus hombros y la falta de movimiento de las páginas la delataban—. Quedan menos de tres meses para presentar el proyecto y seguimos igual. A estas alturas ya debería haber habido algún avance significativo, ¿no le parece?

Ella levantó la cabeza de golpe al comprender sobre qué estaba hablando, asombrada de que estuviese manteniendo aquel tipo de conversación delante de ella. Tragó saliva. No quería saber nada de todo aquello, cuanta menos información tuviese mejor.

Se hizo un silencio mientras Jack escuchaba a su interlocutor.

—Una semana más —exigió de pronto Jack con determinación—, no le doy más tiempo. Si para entonces no ha habido algún cambio, me retiro.

Unos gritos ininteligibles atravesaron el altavoz del móvil, pero Jack se mantuvo impertérrito, miró la pantalla y colgó. Tras lanzar el teléfono con descuido, rodeó la mesa y se sentó frente a ella.

—Siento haberte hecho esperar —dijo con voz ronca.

Como cada vez que le hablaba con aquel tono, Samantha sintió una oleada de calor ascendiéndole por la garganta y un punto en su bajo vientre se contrajo de placer. Abrumada por las sensaciones, arrastró hacia atrás su silla para poner algo de distancia entre ellos. Cada vez se fiaba menos de sí misma.

—No deberías haber hecho eso, Jack. El asunto es muy grave y seguro que necesitan tu ayuda para atrapar a Charlton —le reprendió ella con voz temblorosa, permitiéndose por primera vez opinar sobre aquel tema.

También le iría bien recordárselo a sí misma, especialmente en momentos como aquel, cuando sentía las piernas temblorosas, el corazón amenazaba

con salirse del pecho y su cerebro había olvidado las razones por las que supuestamente debía mantenerse alejada de él.

—Todo esto no está yendo a ninguna parte, excepto al puto infierno donde nos mantiene a nosotros dos.

El cuerpo de Jack irradiaba furia y frustración a partes iguales. Todavía reclinado contra su mesa, estaba cruzado de brazos y con todo el cuerpo en tensión. Llevaba las mangas de la camisa remangadas, así que pudo apreciar con toda claridad cómo se marcaban los tendones en sus antebrazos, cubiertos por una ligera capa de vello oscuro. Le observó fascinada y se acaloró al pensar en aquellos musculosos brazos sujetándola contra su pecho con fuerza y pasión.

—Si continúas mirándome así voy a olvidar nuestro trato y saciaré la sed que tengo de ti en este mismo momento.

No supo qué la asustó más: que él cumpliera su amenaza o las ganas que tenía de que lo hiciera. Se puso de pie con rapidez y desvió la mirada para ocultar lo que sus traicioneros ojos pudiesen estar mostrando, pero él no se lo permitió. La sujetó de la mandíbula con suavidad y la obligó a mirarle de nuevo.

—No se te ocurra privarme de tus ojos —le exigió él con fiereza—, son lo único que me mantiene cuerdo y con esperanza.

—Por Dios, Jack... —gimió ella, rendida ante la avalancha de sentimientos que le provocaron sus palabras.

Cogió la mano con la que acunaba su mejilla, se apretó contra ella y después giró la cara para dejarle un dulce beso en la tosca palma de su mano. Él permaneció en silencio, con la respiración muy agitada y una tormentosa mirada en sus ojos azules.

—Necesito besarte... —Apoyó su frente en la de ella, inspiró con fuerza mientras deslizaba una mano hacia su nuca y después hundió sus dedos en la

sedosa melena. Una mueca de dolor atravesó su rostro al sentir la impotencia e intensidad de sus emociones—. Esto es una puta tortura...

Unos fuertes golpes en la puerta les trajeron de vuelta a la realidad y les obligó a separarse, dejándoles con una sensación de pérdida devastadora.

Jack miró hacia la puerta con gesto furioso y después volvió a centrarse en ella, sin dar ninguna muestra de querer atender a quien estuviera al otro lado. Tras varios segundos en los que se dijeron todo sin palabras, ella miró hacia la entrada, alarmada al escuchar que abrían la puerta sin esperar permiso. De inmediato Jack se volvió también, cabreado por la interrupción y dispuesto a echar a quien fuese.

Philip les observaba desde la entrada con una expresión de curiosidad que se transformó en maliciosa comprensión cuando procesó toda la escena: ambos de pie, muy cerca el uno del otro, el rostro sonrojado y desencajado de ella y la mirada asesina que Jack le lanzaba en aquel momento.

No había que ser un genio para entender qué estaba pasando; ahora ya tenía la confirmación a sus sospechas. La muy puta se estaba follando al jefe para obtener sus favores.

—Lo siento, no sabía que estabais... reunidos.

—¿No te han enseñado que hay que esperar a que te den permiso antes de abrir una puerta cerrada? —espetó Jack de malas formas.

—Pensé que no había nadie. —Se encogió de hombros—. Iba a dejarte unos papeles para que te los leyese cuando volvieras. —Le mostró la documentación que llevaba en la mano mientras se acercaba con toda tranquilidad hasta su escritorio.

Tras dejar los papeles se volvió hacia ellos y, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón, les preguntó con descaro:

—¿Todo bien?

Samantha salió de su estupor y se dio cuenta de que continuaba teniendo

fuertemente agarrados contra su pecho los planos que había querido enseñarle a Jack y que habían motivado su visita en primer lugar.

—Sí, yo ya he acabado. —Jack le dirigió una mirada furibunda—. Te puedes quedar sin problemas, Philip.

Se fue con paso apresurado hasta la puerta y, sin poder evitarlo, echó un último vistazo a Jack antes de salir. Seguía de pie en el mismo sitio, con un músculo temblando sin control en su mandíbula y los ojos, cargados de deseo y desesperación, clavados en su rostro.

Una vez que salió, se apoyó temblorosa contra la puerta cerrada.

Si Philip no había sumado dos más dos al encontrarles juntos cuando entró en el despacho, la forma en que acababa de mirarla Jack sin importarle quién estuviera presente seguro que acababa de despejarle cualquier duda.

—Te lo digo en serio, o pegas un polvo o voy a acabar en el psiquiátrico —dijo Jules mientras continuaba embutiendo prendas y más prendas en la Samsonite desplegada sobre la cama.

Samantha la observaba en silencio, admirada de su habilidad para meter la mitad del armario en un espacio tan reducido; considerando lo desorganizada que era, estaba aprovechando hasta el último milímetro de la maleta.

—Menos mal que voy a estar fuera esta semana... —continuó, perdida en sus pensamientos.

Antes de Navidad, Jules había recibido una sorprendente invitación para participar en la pasarela de nuevos talentos de la Mercedes-Benz Fashion Week Madrid, que se celebraba cada año durante el mes de enero. En un principio sospechó que sus padres estaban detrás de aquello. Aunque creía en sí misma y en la calidad de su trabajo, sabía que todavía era demasiado desconocida en aquel mundo como para haber sido incluida en aquel evento por méritos propios; pero ellos habían negado rotundamente cualquier intervención, así que no había podido más que aceptar la invitación, aun sin saber quién había sido su benefactor.

—Ja, ja, qué graciosa estás hoy —respondió ella, pero Jules continuó con la cabeza metida en el cajón de la ropa interior.

¿Cuánta ropa podía necesitar alguien para un viaje de siete días?

Cabreada porque no le hacía ni caso, Samantha agarró uno de los cojines tirados en el suelo y se lo lanzó a la espalda con ganas.

—¡Eh! —Jules se levantó y la miró con cara de pocos amigos—. ¿Ves a lo

que me refiero? ¡No hay quien te aguante!

—¡Pero si apenas nos hemos visto desde que he vuelto! —exclamó indignada.

—¿Y todavía te preguntas por qué? —preguntó con gesto distraído mientras revisaba uno a uno los tangas de encaje de su cajón. A juzgar por la cantidad de prendas que iba sacando debía tener la tienda entera de Victoria's Secret allí dentro.

—No me puedo creer que acabes de decir eso. —Sam la miró boquiabierta—. ¿Insinúas que has estado evitándome todas estas semanas? ¡Pensaba que estabas agotada y por eso te ibas a dormir en cuanto llegabas!

Jules lanzó un suspiro exasperado y dejó de lado la criba indiscriminada de lencería.

—No te he estado evitando, es verdad que voy con la lengua fuera con toda esta movida de la Fashion Week y acabo el día muerta; pero no te voy a engañar, no has sido la mejor de las compañías cuando necesitaba desconectar. —Su expresión dolida no la hizo sentir ni un poquito mal—. ¡Va, no te pongas dramática! Sabes que tengo razón, últimamente no te aguantas ni tú...

Samantha resopló y se llevó las manos a la cara.

—Mierda, tienes razón, me paso el día gruñendo.

—Ajá... —Jules se había desplazado al baño y rebuscaba en el cajón del maquillaje. Aquello llevaría otro buen rato—. ¿Y qué vas a hacer al respecto?

Jules conocía al detalle toda su historia con Jack, inclusive la parte que en realidad no debería saber. Samantha tenía confianza ciega en ella y, tras volver de España, había necesitado desahogarse con alguien.

—No lo sé. Siento que estamos en un punto muerto. Desde la semana pasada estoy evitando pasar tiempo a solas con él. —Lanzó un suspiro entrecortado. La añoranza que sentía en el pecho crecía día tras día—.

Rechazarle es demasiado doloroso y no creo que hubiese aguantado mucho más si seguíamos viéndonos...

—Ya sabes lo que opino al respecto. —Se acercó a la mesita de noche y recogió su copa de vino. Le dio un sorbo mientras observaba la cara descompuesta de su amiga—. Te juro que no entiendo tus escrúpulos y, sinceramente, empiezan a cabrearme. Te pasas el día como si estuvieras enjaulada, ansiosa e irascible, pero no haces nada al respecto. Tienes un pedazo de hombre loco por tus huesos que solo está esperando que chasquees los dedos para ponerse a tus pies, y tú te preocupas por una bruja carente de consciencia.

Ella le lanzó una mirada asesina.

—No se trata de ella, sino de mí —dijo entre dientes, cabreada—. Disculpa si no me apetece ser la otra.

—¡Pero si Jack te ha dicho y repetido mil veces que no tiene nada con ella! —exclamó frustrada—. ¡Y tú erre que erre!

—Tú conoces a Danielle mejor que yo. No me creo que esté pasando tanto tiempo con él y que no haya pasado nada entre ellos —insistió obstinada.

—A ti te conozco todavía mejor —dijo dejando la copa con un golpe seco sobre la mesita. Se había cansado de andar con paños calientes—. Y no me trago que estés dejando pasar la mejor oportunidad de tu vida por esa estúpida razón.

—Pero ¿qué dices? —Soltó una carcajada incrédula—. ¿Qué otra razón podría tener?

—Que tienes miedo. Estás acojonada por lo que Jack te hace sentir y prefieres buscar excusas baratas que enfrentarte a lo que sientes por él. Ahora es Danielle, y antes, cuando no sabías nada de toda esa movida, el problema era que Jack es tu jefe. Dime, cuando Danielle desaparezca, ¿cuál será la excusa?

Ella cerró los ojos y se dejó caer sobre la cama con un suspiro.

Mierda, Jules tenía razón.

—Siempre has sido una mujer valiente. Recupera esa fuerza y lucha por lo que quieres —le dijo con ojos vidriosos—. La vida en raras ocasiones te da una segunda oportunidad.

Sin decir nada más, Jules cogió su chaqueta y su bolso y se marchó del apartamento dejándola a ella desconcertada y con el alma en vilo.

¿Qué demonios acababa de pasar?

* * *

Tras pasar la noche en vela, Samantha decidió recuperar su costumbre y llegar la primera al despacho con la esperanza, quizá, de volver a compartir un rato a solas con Jack.

Durante la última semana había aparecido por la oficina pasadas las nueve de la mañana, cuando sabía que ya encontraría a más gente trabajando. Para su sorpresa, Jack respetó su necesidad de espacio y no la presionó en ningún sentido, si bien el café continuó apareciendo en su mesa cada día, aunque cuando ella lo encontraba ya estaba frío.

Por eso aquel día se sorprendió al no ver el vaso de cartón sobre su mesa. Extrañada, echó un vistazo a la primera planta, pero no percibió ningún movimiento que le indicase que Jack estaba arriba. Enfadada consigo misma por ser tan incongruente y caprichosa, se deshizo de su abrigo y su bolso y se dispuso a trabajar sin su dosis habitual de café. Ya no le apetecía si no se lo tomaba con él.

Pasó toda la mañana y parte de la tarde sumergida en su trabajo, ajena al ajetreo a su alrededor, pues se había colocado los auriculares para mantener la concentración. La música clásica siempre la ayudaba a relajarse y ser más

productiva. Estaba tan abstraída en su trabajo que lanzó un pequeño grito cuando sintió que alguien la golpeaba suavemente en el hombro. Se volvió y se quitó los auriculares con rapidez al ver el rostro desencajado de Jack, que la miraba con unas profundas arrugas de preocupación en la frente y sus ojos lanzando chispas de impaciencia.

¿Cuándo había llegado?

—Llevo diez minutos llamándote al teléfono —murmuró pasándose una mano por el pelo—. Necesito hablar contigo. En mi despacho. Ahora.

Ella tragó saliva y asintió. Jack esperó a que ella pasara primero y subieron las escaleras en silencio, con la tensión irradiando de sus cuerpos.

—Acabo de volver de una reunión con el fiscal —espetó Jack, nervioso, sin esperar siquiera a que ella acabase de cerrar la puerta. Sintió un hormigueo en el estómago al pensar que por fin había acabado todo—. Charlton volvió a contactar conmigo ayer por la noche. Mañana tengo otra reunión con él.

Samantha se quedó petrificada, desconcertada y sin saber qué decir. Un doloroso sentimiento de pérdida creció en su interior hasta ocupar la última célula de su cuerpo, consciente de cuánta esperanza había depositado en el plazo de una semana que Jack había establecido.

—Voy a decirle a Danielle que quiero que dejemos de vernos —añadió Jack con determinación. La miraba fijamente y con los brazos en jarras.

—No —respondió ella de inmediato, y se mordió el labio inferior con nerviosismo—. No puedes hacer eso.

—Claro que puedo. Lo he estado pensando, Samantha —añadió con un deje de urgencia en la voz—. Si Charlton ha vuelto a buscarme es porque le interesa tenerme como aliado; que esté con su hija o no es secundario.

La amenaza del magnate si llegaba a hacerle daño a su hija cruzó por la

mente de Jack, pero la desechó enseguida. Ya encontraría la manera de que Danielle no sufriera demasiado.

Ella captó el fugaz gesto de duda en su rostro.

—Eso tú no lo sabes... No puedes arriesgarte, Jack —murmuró ella con una sonrisa apesadumbrada en los labios.

Que él estuviera dispuesto a romper con Danielle la conmovió hasta el alma, pues era lo que ella había querido desde un principio; pero no podía permitir que lo hiciera. Había necesitado que él tomara una decisión al respecto para abrir los ojos y entender la complejidad de la situación.

Por fin se daba cuenta.

—Hay mucho en juego y habéis llegado demasiado lejos como para ahora ponerlo todo en riesgo solo para estar conmigo.

Él no pudo contradecirla, pues temía que podía tener razón. En su lugar, solo recorrió su rostro con los ojos colmados de anhelo y frustración. Ella sintió aquella mirada como la más dulce y triste de las caricias, y deseó caminar los pasos que la separaban de él para borrar con los dedos su ceño fruncido y asegurarle que todo iría bien.

—¿Y ahora qué? —preguntó él con voz ronca.

Todavía apoyada contra la puerta, Samantha se sorprendió al sentir que la inundaba una profunda quietud, una certeza irrefutable en su corazón que eliminó hasta el último vestigio de incertidumbre de su cuerpo. Por fin sabía lo que quería hacer, y al demonio con todo lo demás.

El timbre del teléfono rompió el silencio, sonando de forma insistente hasta que a Jack no le quedó más remedio que atenderlo. Le dirigió una mirada de disculpa y descolgó.

—Estoy ocupado —masculló.

El rostro de Jack pasó del enfado al desconcierto a medida que escuchaba a través de la línea, hasta convertirse en un bloque de hielo.

—¿Quién es? —preguntó ella con curiosidad cuando colgó.

—Alguien llamado Alan, y que se presenta como tu prometido, te está esperando en recepción —dijo con tono glacial.

—¿Alan? —dijo perpleja.

Le costó imaginarse a Alan en Nueva York, en aquellas oficinas y en la nueva vida que tenía allí; parecía que hubiese pasado una vida entera desde la última vez que se vieron, días antes de que ella volase a Estados Unidos por primera vez.

Después de haber intentado tantas veces hablar con él sin éxito, se preguntó con inquietud qué le había llevado a presentarse allí. ¿Había pasado algo grave de lo que ella no se había enterado? No se le ocurría ninguna otra explicación.

Asustada, abrió la puerta y corrió escaleras abajo, olvidándose de Jack, que durante unos instantes contempló con pánico cómo ella se marchaba en busca de otro. Tardó un instante en reaccionar y salir tras ella con pasos apresurados, hasta alcanzarla al final de las escaleras, cerca de donde gran parte del equipo estaba trabajando. La sujetó del brazo con fuerza y le impidió que siguiese su camino hasta recepción.

—No —exigió con dureza.

Ella se giró y le miró con confusión; después dirigió su mirada a la mano que la agarraba con demasiada fuerza y tiró del brazo sin éxito.

—Déjame ir, Jack.

—¿Qué hace aquí? —siseó entre dientes, cuidando que nadie le escuchase.

—No lo sabré hasta que hable con él. Jack, por favor, suéltame.

—Creía que ya no estabais juntos. —Seguía sin soltarla.

Inquieta por el espectáculo que estaban dando, miró de reojo y encontró a Philip observándoles con gran interés mientras otros les lanzaban miradas disimuladas. Maldijo en voz baja y tiró de nuevo intentando recuperar su

brazo, pero Jack respondió sujetándola con tanta fuerza que se le escapó una mueca de dolor.

—Basta ya, Jack, me estás haciendo daño. —Él abrió mucho los ojos, asombrado de su violenta reacción, y aflojó su agarre de inmediato. Ella se frotó la zona dolorida y le dirigió una mirada furiosa.

—Samantha...

—Ahora no —le cortó ella. Estaba molesta por su imprudencia, pero la ansiedad por lo que tuviera que decirle Alan era todavía mayor—. Necesito ir a hablar con él.

Cruzó la planta baja con pasos precipitados.

Alan se abalanzó sobre ella tan pronto la vio aparecer en recepción. La efusividad de su abrazo y el beso que le dio, demasiado cerca de la boca para su gusto, la sorprendió e incomodó sobremanera. Nunca había sido un hombre cariñoso, y que se comportase así, especialmente ahora que ya no estaban juntos, la dejó bastante descolocada.

—¿Qué haces aquí, Alan? ¿Ha pasado algo?

—Cielo —sonrió indulgente—, ¿tiene que pasar algo malo para que venga a verte?

—Maldita sea, Alan, deja de decir tonterías y dime por qué estás aquí —susurró exasperada y nerviosa, consciente de la presencia de Jack, que les observaba sin disimulo desde el otro lado de la sala.

—Hay cosas que nunca cambian..., siempre preocupándote por todo. —Alan le colocó un mechón tras la oreja y ella retiró la cara con desagrado—. Relájate, solo he venido a hacerte una visita y ponernos al día.

Ella frunció el ceño. ¿Ponerse al día? Algo en todo aquello no le cuadraba, así que decidió que lo mejor que podía hacer era llevárselo fuera del despacho para charlar con tranquilidad y entender las verdaderas razones de su presencia tan lejos de casa.

* * *

—Estás muy guapa —dijo Alan con tono meloso mientras daba cuenta de las últimas patatas fritas de su plato—. Tenía muchas ganas de verte.

Samantha reprimió una carcajada, divertida por su desfachatez.

—No he sabido nada de ti desde que me fui. ¿Recibiste mis mensajes? — Por supuesto que los había recibido, tendría que haber vivido en otra galaxia para no haber visto alguno de sus mensajes de texto, de Skype o las llamadas perdidas a su móvil personal.

—He estado bastante liado preparando mi candidatura para el puesto de rector.

El tono arrepentido de su voz no la engañó. ¿A qué estaba jugando? ¿Desde cuándo era Alan tan falso?

La indignación sonrojó sus mejillas.

—¿Me tomas por idiota?

—Sam, cielo... ¿qué dices? —dijo Alan con una genuina expresión de perplejidad en la cara. Su reacción le había cogido desprevenido.

—Alan, basta ya de fingir —masculló en voz baja inclinándose sobre la mesa para que solo él la escuchase—. Fuiste muy claro sobre qué pasaría con nuestra relación si venía aquí, no me vengas ahora con excusas baratas sobre que has estado muy ocupado; no insultes mi inteligencia.

Samantha observó con asombro cómo la expresión de Alan se iba descomponiendo y sus hombros se encogían hasta hacer desaparecer al hombre seguro de sí mismo que ella creía conocer. ¿Aquel era el mismo hombre del que una vez creyó estar enamorada? ¿Cómo podía ser que hubiese cambiado tanto? ¿O era ella la que había cambiado y por fin le veía tal cual era?

—Tienes razón —aceptó él con falsa humildad—. Me sentí rechazado

cuando te marchaste y durante un tiempo estuve enfadado contigo, por eso no respondí a tus mensajes.

Muy a su pesar, ella sintió una punzada de culpabilidad y Alan interpretó aquel signo de debilidad como la ocasión que había estado esperando.

—Pero te echo de menos y quiero que retomemos nuestra relación donde la dejamos. ¿Me perdonas? —Alargó una mano sobre la mesa y tomó la de ella, que estaba fría y algo temblorosa—. No te preocupes, te esperaré en Barcelona hasta que acabes tu trabajo aquí.

Las palabras de Alan rebotaron en su mente y la dejaron aturdida. El brusco giro de aquella conversación le estaba revolviendo las entrañas. Hasta hacía poco más de tres meses creía que aquel hombre era lo que más le convenía; su relación había sido cómoda y fácil, sin sobresaltos o peleas de ningún tipo... Mirándolo en perspectiva, y como diría Jules, su relación había sido un asco.

Contuvo una sonrisa y recordó todas las veces que había discutido con Jack desde que se conocían; lo estimulada y viva que se había sentido en cada una de aquellas ocasiones. Él la respetaba a un nivel que Alan ni siquiera sería capaz de comprender; la trataba como su igual y la provocaba para que fuera ella misma, negándose a aceptar menos. Su fuerte y apasionada personalidad había sacudido los cimientos de su mundo perfecto y estable; lo había puesto patas arriba despertando su lado más guerrero, y ahora ya no había vuelta atrás.

Samantha se deshizo de sus manos, dispuesta a poner punto y final a aquella conversación, pero como era habitual en él, Alan prosiguió con su discurso sin atender a la expresión de rechazo en su rostro.

—En cuanto a la boda, he estado pensando y... Sé que me precipité al querer zanjar ese tema con tanta rapidez en septiembre. —Sonrió confiado, de nuevo perdido en sus planes—. Lo mejor es que lo dejemos por el

momento; siempre habrá tiempo para eso y mi candidatura tendrá el mismo valor si indico que estoy prometido que si ya estoy casado. Hoy en día firmar un papel ha dejado de tener tanta importancia, mientras demuestre que soy una persona asentada y responsable...

—De eso se trata, ¿verdad? —Samantha soltó una carcajada. ¡Por fin todo tenía sentido!

Él la miró con gesto interrogante.

—Que hayas venido hasta aquí —continuó ella con una sonrisa atónita—, todas tus disculpas y excusas... Te has enterado de que tener pareja estable tiene un peso relevante en los criterios de selección para el puesto de rector y por eso has vuelto a buscarme. ¿Qué pasa, Alan? ¿Tu encanto no ha funcionado con ninguna otra ilusa?

El enjuto rostro masculino se tiñó de un intenso y desagradable color rojo, y ella se preguntó si era debido a la indignación o a la vergüenza por haber sido pillado *in fraganti*.

—Sigo pensando que hacemos una buena pareja —dijo él sin negar nada de lo que ella le acusaba.

Samantha observó de nuevo al hombre frente a ella y se dio cuenta de que era un extraño por el que no sentía absolutamente nada.

Durante el tiempo que había estado con él había estado sumergida en una burbuja de irrealidad; comportándose de forma casi sumisa, ciega a su cruda ambición y al papel que él esperaba que ella tuviera en su futuro, engañándose a sí misma al pensar que de aquel modo no sufriría.

Ahora, libre del velo que había distorsionado su percepción en el pasado, sintió que se quitaba un enorme peso de encima al deshacerse de él definitivamente. Quizá su vida de ahora en adelante no sería tan tranquila y segura, y sin duda se expondría a sufrir como nunca antes, pero también se abría ante sí un abanico de infinitas posibilidades para ser feliz de verdad.

Con Jack.

La sonrisa se congeló en su rostro al recordar cómo se habían despedido aquella tarde; había estado tan preocupada por lo que Alan tuviera que decirle que no se había parado a pensar en cómo se sentiría Jack al verla marcharse con su exnovio.

Se levantó de golpe y lanzó la servilleta sobre la mesa ante la mirada atónita de Alan.

—¿Adónde vas?

Una enorme sonrisa se dibujó en el rostro de Samantha y sus ojos brillaron ante la perspectiva de lo que podía tener si se atrevía a cogerlo.

—A ser feliz —declaró permitiéndose al fin la libertad de sentir, sin que sus miedos la condicionasen.

Salió del restaurante sin mirar atrás ni preocuparse de los gritos de Alan preguntándole dónde iba a dormir aquella noche.

Los nervios y la excitación bullían en su interior mientras avanzaba por la calle de vuelta a la oficina. Caminó con el paso cada vez más acelerado hasta recorrer los últimos metros corriendo, con una perenne sonrisa en la boca; ahora que por fin había tomado una decisión, se moría de ganas de ver a Jack.

Entró en las oficinas como una exhalación, casi sin aliento, y se paró en seco al ver que la mayoría de las luces estaban apagadas. No se había dado cuenta de lo tarde que era. Acelerada, subió las escaleras de dos en dos, rezando para que todavía no se hubiese marchado. Con el corazón en la boca y un intenso temblor recorriéndole todo el cuerpo abrió la puerta de su despacho sin llamar.

Las lágrimas se agolparon en sus ojos tan pronto entró y comprobó que estaba vacío. Necesitaba verle, hablar con él, estar con él... ¿Dónde estaba?

Frenética, buscó su móvil con las manos temblando de forma

descontrolada y le llamó; cuando saltó el buzón de voz por tercera vez dejó de insistir.

¿Dónde estaba? ¿Por qué no le cogía el teléfono? ¿Podía ser que se hubiese rendido al ver que ella seguía rechazándole?

Durante unos instantes el pánico reemplazó a la excitación, pero no permitió que el miedo ganase la batalla. Aunque no le había hecho promesas ni ofrecido un «para siempre», Jack le había demostrado mil veces y de mil maneras distintas que quería estar con ella, la última vez esa misma mañana. Desde el principio él le había cedido el poder; lo que pasara entre ellos siempre había dependido de ella.

«¿Qué vas a hacer al respecto?», la voz incisiva de Jules resonó en su cabeza, dándole el último empujón que necesitaba para ponerse en acción.

¿No acababa de decirle a Alan que iba a ser feliz? Entonces, ¿qué demonios estaba esperando?

Sin pararse a pensar en lo que estaba a punto de hacer volvió a coger su móvil y marcó otro número de teléfono. Cuando Matt descolgó al segundo tono no le dejó hablar.

—Necesito la dirección de Jack.

El cuerpo de Samantha se sacudía sin control mientras esperaba sentada en las escaleras frente al apartamento de Jack. La falta de aislamiento del viejo edificio la tenía calada hasta los huesos, pero eran la ansiedad y los nervios por estar allí los que la tenían realmente descompuesta. Llevaba más de cuarenta y cinco minutos esperando y empezaba a preguntarse si lo mejor no sería marcharse a casa.

«Cinco minutos más», se dijo por enésima vez.

Se abrazó las rodillas y volvió a arrojarse con el abrigo, tratando de no moverse demasiado para no malgastar el calor que generaba su cuerpo.

Volvió a pasear la vista por el pasillo y la fijó en la única puerta de aquella planta. El edificio donde vivía Jack no era para nada como se lo había imaginado. Su apartamento ocupaba el último piso de un viejo edificio de tres plantas en Greenwich Village, un barrio residencial lleno de rincones pintorescos, con un aire bohemio e intelectual que rezumaba vida y contrastes. Cuando salió del metro tuvo la impresión de haber viajado a alguna bonita ciudad europea en lugar de estar en la ciudad más bulliciosa y cosmopolita del mundo, y pensó que no le importaría nada vivir allí; le gustaba la paz que se respiraba en sus calles.

Se tensó cuando escuchó que se abría la puerta del edificio, igual que las dos veces anteriores, cuando había entrado algún otro vecino, pero aquella vez los pasos no se detuvieron en los pisos inferiores sino que siguieron subiendo...

Sus sentidos se pusieron de inmediato en alerta, se le erizó la piel y su

corazón empezó a bombear sangre a furiosa velocidad.

Jack apareció frente a ella con una bolsa de deporte al hombro y el pelo mojado y revuelto; subía los escalones de dos en dos, pero se detuvo en seco al verla sentada en el último peldaño.

—¿Samantha? —Su ceño fruncido enmarcaba una mirada de puro asombro.

—Hola... —musitó ella con una sonrisa temblorosa. No tenía ni idea de qué humor estaba Jack.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él con tono receloso y distante.

Buena pregunta. Sabía por qué había ido hasta allí, pero ¿tendría el coraje de ponerlo en palabras?

Su cuerpo se estremeció cuando un nuevo escalofrío la recorrió de arriba abajo; tener los músculos entumecidos y el culo helado no ayudaba a pensar con claridad; estar frente al hombre que había puesto su vida del revés, directamente la inhabilitaba para hilar un solo pensamiento coherente.

Jack maldijo en voz baja.

—Vamos, será mejor que entres en casa —dijo subiendo los últimos escalones y cogiéndola del codo para ayudarla a levantarse—. No sé cuánto tiempo llevas aquí, pero a juzgar por el color morado de tus labios debe de ser un buen rato...

Samantha le siguió en silencio, enternecida por su afán protector, que no desaparecía incluso estando enfadado con ella.

El cambio de temperatura una vez que entraron al interior de su apartamento fue más que notable, pero ella no hizo ningún gesto para deshacerse de su abrigo. De pie a solo unos pasos de la entrada, se restregó las manos con gesto nervioso y observó el espacio a su alrededor con curiosidad mientras Jack encendía algunas luces y dejaba su bolsa de deporte sobre un baúl que había visto tiempos mejores.

El lugar era espacioso y estaba pulcramente ordenado; la decoración era muy del estilo de Jack: austera y exenta de adornos innecesarios, pero con una fuerte y atrayente personalidad. Detuvo su inspección cuando él se plantó frente a ella con los brazos cruzados y un gesto adusto en el rostro.

—¿Dónde está Alan? —Como siempre, no se andaba con rodeos.

—No lo sé —respondió ella encogiéndose de hombros.

Se le escapó una sonrisa traviesa al recordar los berridos de Alan cuando le dejó en el restaurante.

—¿Que no lo sabes? —preguntó escéptico. Apretó la mandíbula y sus fosas nasales se abrieron al tomar una fuerte inspiración—. ¿Por qué ha venido?

Cuando ella desvió la mirada, incómoda, Jack sintió ganas de volver al gimnasio y seguir dándole puñetazos al saco de boxeo.

—Samantha, responde —masculló él entre dientes dando un paso hacia ella.

—Quiere que volvamos a estar juntos.

El rostro de Jack se descompuso al malinterpretar el inoportuno sonrojo de indignación que apareció en sus mejillas.

—Entiendo.

—No, no lo entiendes... —Tragó saliva—. Le he dicho que no.

El tiempo se detuvo mientras aquella declaración se asentaba entre ellos.

Samantha ya no temblaba de frío sino de expectación y deseo; sentía oleadas de calor recorriendo sus venas, y su corazón estaba a punto de explotar en el pecho de pura ansiedad.

—¿Por qué? —preguntó él con voz ronca.

—Tú sabes por qué...

Él asintió y se acercó lentamente a ella, con todo el cuerpo en tensión y una expresión feroz en su rostro.

—Sigo hasta el cuello con la fiscalía... Nada ha cambiado respecto a esta mañana.

—Lo sé... —alcanzó a decir ella con un hilo de voz. La emoción le atenazaba la garganta y tensaba su vientre con una deliciosa ola de deseo—. No me importa.

—Samantha... —Jack cerró los ojos e inspiró hondo tratando de recuperar la calma que había perdido en el instante que había puesto sus ojos sobre ella. Necesitaba que no quedase ninguna duda sobre sus actuales circunstancias; no se fiaba de sí mismo y sabía que si la tocaba una vez más ya no habría marcha atrás—. Sabes que no puedo...

—No me importa... —le aseguró ella en un susurro mientras ponía los dedos sobre sus labios para silenciarlo.

Las yemas de sus dedos ardieron al entrar en contacto con el aliento de Jack, que salía entrecortado entre sus cincelados labios. Delineó el contorno de su boca con fascinación, y cuando le miró a los ojos fue testigo de cómo caía su última capa de autocontrol.

De un solo movimiento, él la cogió del rostro y cubrió sus labios de manera posesiva, volcando en aquel beso semanas y semanas de desgarradora frustración y deseo.

Ella gimió con fuerza y dejó caer la cabeza para que pudiera tomarla como deseaba. Le temblaban las manos de pura ansiedad; necesitaba acariciarle, tocar su piel para embeberse de su calor. El intenso y fresco aroma masculino se coló por su nariz mientras sus dedos se enredaban en su cabello, todavía húmedo, convirtiendo aquel beso en toda una experiencia para los sentidos.

Jack no podía parar de besarla; estaba tan descontrolado y sediento de ella que le asustaba, pero en aquel momento no quería pararse a pensar lo que aquello podía significar. La alzó entre sus brazos y la obligó a rodearle con sus piernas mientras la apoyaba contra la puerta a su espalda; la sujetó del

culo y los muslos con una sensual caricia, y se apretó con un movimiento seco y certero contra su pelvis.

—Llevas demasiada ropa... —se quejó con voz ronca mientras le mordisqueaba el labio inferior.

Ella no respondió, ocupada en recorrer con besos húmedos y ardientes su garganta; cada vez más excitada al sentir el roce de su barba contra sus labios y su piel. Le oyó gemir cuando, hambrienta de más, se restregó por su cuerpo con sensualidad, en busca de alivio a pesar de las molestas capas de ropa.

Gruñó frustrada.

—Llevo demasiada ropa... —constató ella mientras se contoneaba entre sus brazos para deshacerse del abrigo.

—Estate quieta —le ordenó él con voz grave y risueña mientras la dejaba en el suelo.

Le apartó las manos, depositó un beso en el dorso de cada una de ellas y después se ocupó de desabotonarle la chaqueta. Su pecho subía y bajaba con respiraciones bruscas, presa de un deseo y frenesí desconocidos, pero él se tomó su tiempo en deshacerse de la prenda. Acarició la piel expuesta de su cuello, recorrió sus facciones con reverencia, y después, por fin, empezó a pasar lentamente cada botón por el ojal.

—Dios, eres tan bonita... —musitó él, extasiado.

Samantha se sintió como un valioso regalo de Navidad; uno que alguien desenvolvía con todo el cariño del mundo, con cuidado de no estropear el envoltorio y saboreando la expectación de lo que encontraría en su interior.

Para cuando Jack le quitó el abrigo ella ya estaba al borde del colapso, algo asustada por el instinto animal que la instaba a abalanzarse sobre él y devorarlo sin piedad, para su único y exclusivo placer.

—Me lo vas a poner difícil hasta el final, ¿verdad? —le preguntó él con divertida frustración, mirando el traje pantalón que llevaba.

—Lo difícil es bueno... —respondió, coqueta y atrevida.

Él asintió, serio.

—Lo mejor...

Se lanzó a por la siguiente capa de ropa mientras ella se deshacía de sus zapatos de tacón con impaciencia. En cuanto quedó descalza la diferencia de altura entre ellos la impactó y le produjo un escalofrío de placer. Se sentía más femenina que nunca frente a su imponente presencia.

Con un rápido movimiento Jack pasó un brazo bajo sus rodillas y la levantó en brazos.

—Veamos si soy capaz de hacerte entrar en calor... —musitó abrazándola fuerte contra él para después volver a besarla.

Atravesó el apartamento saboreando sus labios con urgencia y no paró hasta que estuvieron en su dormitorio, iluminado solo por la pequeña luz indirecta del pasillo. Ella recorrió la habitación durante un instante y tragó saliva al descubrir la enorme cama a su espalda.

Estaba sucediendo. Estaba allí, con Jack, y por fin iba a ser suyo...

Él volvió a reclamar su atención y capturó su boca, que a aquellas alturas ya estaba hinchada y húmeda por sus besos, pero más que lista para el siguiente asalto. Se abrió a él sin pudor, provocándole con rápidos y juguetones lengüetazos que él rápidamente acalló cuando devoró su boca. Perdido cualquier indicio de cordura, ella se agarró a su pelo y después deslizó las manos a lo largo del fuerte cuello masculino, deleitándose con el roce de su cálida y áspera piel, mientras sus lenguas continuaban librando una intensa batalla de la que ambos saldrían ganadores.

—Por Dios, me vuelves completamente loco... —musitó sin aliento mientras la dejaba con suavidad de pie frente a él—. Me está costando la vida no arrancarte la ropa y hundirme en ti de una vez...

—Hazlo... —le provocó ella mientras bajaba con impaciencia la cremallera

de su chaqueta de deporte y se la deslizaba por los hombros.

Jack llevó los brazos hacia atrás y se quitó él mismo la camiseta, dejando expuesto un torso perfecto. Sus músculos parecían esculpidos en piedra, y el color de la piel que los recubrían era cálido, como todo él.

«Vaya...», pensó ella admirada y algo intimidada por la belleza de su cuerpo. Estaba deseando recorrerle con la lengua.

Los labios de Jack se curvaron y ella dudó si había expresado sus pensamientos en voz alta o si la había delatado la mirada voraz con la que le miraba. Decidida a disfrutar de cada centímetro, alzó las manos y se recreó en la fuerza que transmitía cada uno de sus músculos, que temblaban y se contraían bajo el roce de sus caricias. Mientras tanto, él enredó los dedos en su pelo y le masajeó el cuero cabelludo, con tanta sensualidad que ella sintió una punzada de placer entre las piernas. Debilitada por las sensaciones, apoyó la frente sobre su pecho y deslizó los dedos hasta su duro estómago y más abajo, intrigada por descubrir el final de la pequeña línea de vello que le nacía en el ombligo y se perdía bajo la cinturilla de su pantalón.

Él siseó y le agarró el cabello en un puño mientras con la otra mano detenía a la pequeña intrusa que pretendía colarse bajo sus pantalones. Si la dejaba continuar más abajo estaría perdido.

Sin poder contenerse y espoleada por el firme control que ejercía sobre ella, Samantha se puso de puntillas y le mordió con delicadeza la nuez de Adán, que se movía nerviosa cada vez que Jack tragaba saliva. Deslizó la lengua por el hueco entre sus clavículas y se recreó en el intenso sabor de la piel de Jack, ligeramente salado por la leve transpiración que cubría su cuerpo. La explosión de sabor en su lengua le supo a puro pecado y de inmediato quiso más, pero él le impidió seguir con su húmeda exploración al cogerla de las caderas y darle la vuelta con un movimiento brusco.

—Se acabó tu tiempo, pequeño diablillo..., es mi turno... —musitó él con

voz ronca a su espalda.

Sin darle tiempo a reaccionar, tiró de su blusa hacia arriba hasta dejarla solo cubierta por el delicado sujetador de encaje negro. La carne de sus pechos se movió, trémula, y notó que sus pezones se endurecían contra la tela de encaje al sentir la mirada de Jack a su espalda.

—Mira cómo me pones... —Se apretó contra sus glúteos y ella se estremeció al sentir la magnitud de su erección—. Me muero por estar dentro de ti...

Arrastró su melena sobre un hombro y la mordió con fuerza en la nuca a la vez que alzaba las manos y acogía la redondez de sus pechos, masajeándolos con fervor.

Ella se arqueó y se frotó contra su erección a la vez que reclamaba más atención para sus sensibles pechos, que sentía más llenos y pesados que nunca por el contacto de sus manos.

Jack masculló a su espalda y la retuvo presionando una mano sobre su estómago.

—Despacio, nena... No quiero que esto acabe demasiado pronto, y si sigues moviéndote así no aguantaré mucho más...

—Jack... —suplicó ella con los ojos cerrados y todos los sentidos embotados de puro placer.

—Lo sé, cariño, lo sé...

Consciente de lo que necesitaba, Jack le desabrochó el pantalón y acompañó la prenda a lo largo de sus torneadas piernas hasta sacársela por los pies. Agachado detrás de ella, la visión de su perfecto culo cubierto por un culote de encaje negro hizo que casi se corriese; la prenda abrazaba sus redondeados glúteos de forma gloriosa.

Demasiado tentado para dejarlo pasar, se llenó las manos con sus curvas con puro deleite; acercó la boca a una de las nalgas y la mordió con travesura

para después deslizar la lengua por el pliegue con su muslo. Ella dio un respingo y su piel se erizó al sentir la calidez de su aliento tan cerca de su húmedo sexo.

Con suma delicadeza, Jack la instó a abrir ligeramente las piernas, hundió el rostro entre ellas e inspiró el almizclado perfume de su deseo. Ella sintió que se sonrojaba hasta la raíz del cabello, mezcla de bochorno y excitación, al sentir la sutil caricia de su nariz entre los muslos, que indagaba con avaricia sobre la húmeda prenda, y deseó que fuese su lengua la que se adentrase más allá.

Jack se levantó, la sujetó con fuerza de la cadera y recorrió con los dedos su estómago hasta alcanzar la cinturilla del culote. Ella tembló de anticipación y temió alcanzar el clímax en el instante que él la rozase entre sus pliegues.

«Todavía no», pensó ella, y le agarró de la muñeca para detener su avance, pero eso solo sirvió para que él se adentrara con mayor decisión entre sus rizos, tanteando con sus largos y fuertes dedos sobre sus prietos labios y anunciándole lo que estaba por venir.

Ella se rindió a la avalancha de sensaciones y se dejó caer contra su cuerpo, desesperada por que Jack calmase de una vez por todas las intensas palpitations que sentía en lo más profundo de su vientre. Al percibir su muda rendición, los dedos de Jack se abrieron paso entre los pliegues femeninos con un movimiento certero, encontrando una abundante humedad que le invitaba a explorar más y más allá, hasta el rincón más recóndito de su cuerpo.

—Joder, nena... qué mojada estás... —gimió.

Temblando de pura contención y con los labios pegados a su sien, hundió un dedo en su interior, luego dos, y al instante ambos lanzaron un quejido de placer. Samantha trataba de contener la oleada de placer que amenazaba con

arrasar todo a su paso, con sus músculos internos abrazando sus dedos con sorprendente fuerza, ansiosa por sentirle más adentro, llenándola por completo. Sollozó con fuerza cuando él se retiró, dejándola vacía y al borde del precipicio.

Con un movimiento brusco y calculado, Jack la giró entre sus brazos, se la subió a las caderas y la llevó hasta su cama con gestos impacientes. Una vez que la tuvo a su merced, recorrió todas las curvas de su cuerpo, todavía cubiertas por el delicado encaje.

—Sigues llevando demasiada ropa...

—Tú también... —soltó ella en un suspiro entrecortado.

Apoyada sobre sus codos y con la melena descansando sobre la almohada, lanzó una elocuente y ardiente mirada a sus pantalones de deporte, escandalosamente abultados por su erección. Jack no necesitó más palabras para entender su mensaje, de modo que deslizó la prenda por sus estrechas caderas, liberando la prueba de su deseo sin ningún pudor.

Ella se humedeció los labios reseco y recorrió de arriba abajo la perfecta belleza de su cuerpo, expuesto única y exclusivamente a su vista. Estaba asombrada por el tamaño de su pene, pero todavía más sorprendida por las repentinas ansias de pasar la lengua a lo largo de la tersa y fina piel que lo recubría. Jamás había sentido el deseo de saborear íntimamente a su amante y, sin embargo, ahora no veía el momento de llenarse la boca con él.

La erección de Jack se convulsionó bajo su mirada y supo que no aguantaría mucho más. La besó en el vientre y el intenso aroma entre sus muslos inundó su nariz y le endureció un poco más. Estaba más que lista, preparada para recibirle con facilidad, y aquel pensamiento le empujó un paso más cerca del precipicio al imaginarse rodeado por su apretada calidez.

Deslizó el culote por sus piernas, disfrutando como nunca del simple roce de su piel, que se erizó a su paso. Después, desabrochó el cierre frontal del

sujetador y apartó lentamente la última pieza de tela que le privaba de admirarla por completo.

Samantha le miró, insegura sobre qué pensaría él de su cuerpo.

—Eres maravillosa... —musitó él respondiendo a su muda pregunta mientras deslizaba el dedo índice entre sus pechos. Sus pezones se arrugaron todavía más y él sonrió encantado. Le maravillaba la exquisita sensibilidad de su cuerpo.

Jack se inclinó y capturó uno de sus pezones con la boca, lamiéndolo con pasión mientras su mano volvía a prestar atención a su húmedo sexo. Samantha se retorció y sintió que su cuerpo estaba a punto de explotar.

—Por favor, Jack, por favor... —gimoteó con frustración. Quería sentirle dentro pero sabía que en cuanto la penetrase no podría contener el orgasmo, y no quería que aquello acabase tan pronto.

Jack no se compadeció al oír sus súplicas, sino que intensificó su apasionado ataque y volvió a introducirle dos dedos, penetrándola con estocadas certeras mientras con el pulgar estimulaba de forma hipnotizadora su clítoris.

—Vamos, nena... déjate ir... córrete para mí —la incitó él con el rostro cubierto de sudor y los ojos en llamas.

—No... —suplicó ella, al límite—, no quiero que acabe tan pronto...

Jack la besó e interrumpió su súplica.

—La noche no ha hecho más que empezar, preciosa...

Volvió a embestirla profundamente con los dedos, y los curvó sobre la pared interior de su vagina hasta encontrar la rugosidad que buscaba. Ella hundió las uñas en su espalda y se tensó al percibir que todo su cuerpo comenzaba a convulsionarse alrededor de sus hábiles dedos, que no dejaron de moverse con maestría, adentro y afuera, hasta que ella cayó desmadejada sobre la cama.

—Ver cómo te corres es la experiencia más erótica que he tenido en la vida —musitó él, y le apartó algunos mechones mojados de la frente mientras con la otra mano continuaba acariciándola con intimidad.

Ella hundió el rostro en su cuello y gimió al percibir las réplicas del orgasmo, que él se ocupaba en no dejar marchar del todo, extendiéndose a lo largo de sus extremidades y anegándola de un infinito placer. Se sentía deliciosamente saciada pero continuaba sintiendo un dolor sordo en lo más profundo de su vientre, así que alargó el brazo y rodeó a Jack con una mano, acariciando arriba y abajo la gruesa erección que ardía entre sus dedos.

—Nena... —gruñó él apoyando la sudorosa frente sobre sus pechos. Su respiración era superficial y apretaba los dientes como si estuviese sufriendo el peor de los dolores en lugar del más exquisito de los placeres.

Ella se recolocó bajo su cuerpo, abriendo las piernas para acogerle en su interior.

—Te necesito, Jack... Necesito... —Las palabras se precipitaron de su boca cuando notó que él se colocaba rápidamente un preservativo y se situaba contra su prieta entrada, más que dispuesto a satisfacer su necesidad.

Sus miradas se cruzaron un instante. Ella se arqueó y él se introdujo en su interior de un solo movimiento, llenándola hasta el último rincón de su vientre. Jadeó al sentir un fuego abrasador entre sus muslos y le rodeó con brazos y piernas. Necesitaba sentirle más cerca, piel con piel.

Jack le dio unos segundos para acostumbrarse a su invasión y se sostuvo sobre los codos, con el cuerpo sudado y estremecido de pura contención. Llevaba demasiado tiempo esperando aquel momento, pero quería que ella volviese a correrse antes de dejarse ir. Empezó a moverse con lentitud y siseó de puro éxtasis al sentir el prieto y sedoso abrazo de sus músculos, que le oprimían y absorbían hacia su interior con posesividad.

—Dios, Jack...

Ella apretó sus glúteos, que se contraían cada vez más rápido, y se restregó contra él con movimientos voluptuosos y atrevidos, incitándole a bombear con más violencia en su interior. Los jadeos de Jack en su oreja y la forma como se movía entre sus piernas la volvieron loca; sus envites se volvieron cada vez más rápidos y profundos hasta que Samantha sintió que él se tensaba y se hundía en ella con un profundo quejido, que la impulsó a seguirle en el orgasmo más demoledor que jamás hubiesen tenido.

* * *

«Menudo desperdicio», pensó Philip con la vista clavada en el escote de Danielle.

Apoyado contra la barra, la llevaba observando desde hacía un buen rato, cuando la había reconocido entre el grupito de cuarentonas que gritaban descontroladas y bebían un cosmopolitan tras otro como si fuera agua.

La vio coger su bolso y dirigirse a los aseos, y supo que era su oportunidad. Sin dudarle ni un momento cogió su copa y fue en su dirección. Cuando la tuvo a escasos metros se cruzó en su camino y la golpeó en el hombro con suavidad.

—¡Oh, disculpa! —exclamó con su mejor sonrisa.

Ella le dirigió una tensa sonrisa y se desvió con paso descoordinado para continuar su camino, pero él no la retuvo.

—¿Danielle? —preguntó él con fingida sorpresa.

Ella le miró con extrañeza, sorprendida de que aquel tipo supiese su nombre.

—¿Te conozco? —Arrastraba un poco la voz y sus ojos estaban vidriosos y achispados.

—En realidad, sí, nos presentaron durante una cena, pero fue hace mucho

tiempo. Trabajo en el despacho con Jack y Matt.

—¡Ah! —dijo perdiendo el interés de inmediato—. Bien, encantada de saludarte. —Sin prestarle más atención, se despidió con un gesto de la mano y continuó su camino hacia el tocador.

—¡Es una lástima que Jack y tú ya no estéis juntos! —exclamó él a su espalda.

Ella se paró en seco y se volvió hacia él con el cuerpo rígido y una sonrisa tensa en los labios.

—¿Qué te hace pensar eso?

Él elevó las cejas como si su pregunta le hubiese cogido desprevenido.

—Bueno, quizá me he equivocado... —dijo, dubitativo, como si se acabase de dar cuenta de que había hablado de más—. Es solo que últimamente he visto a Jack bastante interesado en alguien del despacho y pensé que habíais roto, pero seguro que lo he malinterpretado.

Los ojos felinos de Danielle se convirtieron en hielo.

—¿Cómo has dicho que te llamabas? —preguntó ella con renovado interés mientras se acercaba otra vez a él.

—Philip.

—Invítame a una copa, Philip —le exigió entrelazando un brazo con el de él.

La tenue luz del amanecer se filtraba entre las rendijas de la persiana y besaba la piel de Samantha que, cobijada entre los brazos de Jack, le observaba dormir con los ojos entrecerrados. Tenía el cabello revuelto, y su rostro, libre de toda arruga o gesto de preocupación, parecía varios años más joven.

Alargó la mano y acarició su áspera mandíbula, estremeciéndose de placer al recordar cómo había disfrutado al sentir el roce de su barba entre sus muslos. Durante varios minutos se deleitó admirando y rozando el cuerpo de Jack con total libertad; si en la penumbra le había parecido guapo, a plena luz del día era simplemente arrebatador...

Jamás había sido una mujer posesiva, pero desde que conocía a Jack todo parecía cobrar un nuevo significado, y la sola idea de que hubiese compartido algo parecido con cualquier otra mujer le hacía desear romper algo.

Se habían devorado durante toda la noche. La primera vez Jack había sido delicado y le había hecho el amor con calma, pero, después, en mitad de la noche, la había tomado con furia y pasión, despertando en ella un ansia desconocida que les llevó a tocarse, lamerse y retorcerse de placer durante horas. No se había considerado una mujer fogosa hasta la noche anterior. Sin duda, el compañero de viaje marcaba la diferencia, y prueba de ello era lo difícil que le estaba resultando no despertarle y suplicarle que la tomase de nuevo.

Levantó la vista cuando la piel de Jack se erizó bajo su inspección. Seguía

con los ojos cerrados y una expresión relajada, así que supuso que continuaba dormido, pero un ligero movimiento en la comisura de sus labios le delató.

Ella sonrió, traviesa.

Apartó el edredón, se inclinó y le besó en la cadera, y su melena cayó en cascada sobre su duro estómago, sumándose a la caricia de sus labios. De inmediato sintió la reacción de Jack, que se abultó muy cerca de sus pechos. Demasiado tentada para dejarlo pasar, se apartó y observó con fascinación cómo crecía su miembro hasta casi alcanzar la altura del ombligo.

Se relamió y alzó la mirada.

Jack ya no jugaba; su pecho subía y bajaba acelerado, y la miraba con ojos soñolientos, llenos de deseo y de otra emoción que no supo descifrar.

—Eres una provocadora... —musitó él con la voz ronca por el sueño.

—Creí que pensabas que era una reprimida...

Él estalló en una profunda carcajada y la puso de espaldas sobre la cama.

—Buenos días, señorita reprimida... —Jack rozó su nariz con la de ella y le dio un suave beso en los labios que rápidamente se convirtió en un lánguido y dulce interludio de lenguas, mordiscos y caricias.

—Buenos días —susurró ella sin aliento varios minutos después.

—¿Has dormido bien?

—Lo que me has dejado... sí, de maravilla.

La risa de Jack retumbó en su pecho.

—No recuerdo que te quejaras.

—Y no lo hago. —Ella sonrió—. Podría acostumbrarme a despertarme así cada mañana.

La expresión de Jack se congeló al contemplar su rostro; jamás se había sentido tan feliz al provocar una sonrisa en otra persona, y ya estaba deseando volver a arrancarle otra. Un arrebató de posesividad le abrasó las entrañas, y sintió vértigo por lo rápido que se estaban precipitando las cosas.

Samantha le gustaba, y mucho, pero no entraba en sus planes ir más allá de una relación entre adultos, donde ambos disfrutaran de la sana atracción que sentían el uno por el otro, sin profundizar en otro tipo de emociones.

De lo contrario, tendría que cortarlas de raíz y alejarse de ella, y no le apetecía en absoluto.

Samantha se fue poniendo más nerviosa a medida que pasaban los segundos y él se mantenía en silencio. Su gesto se había vuelto reservado en cuanto había dicho aquellas estúpidas palabras, y se maldijo en silencio por su impulsiva declaración.

Se deshizo de su abrazo e hizo el amago de salir de la cama.

—Eh, ¿adónde vas?

Jack intentó atraerla de nuevo a su lado, pero ella se escabulló de entre sus manos con habilidad. Consciente de su desnudez, recogió la primera prenda que encontró a mano, que resultó ser la camiseta de deporte de Jack, y se la pasó por la cabeza, arrepintiéndose al instante. Verse inundada por su aroma no la iba a ayudar a tomar distancia de la situación ni de él.

Siguiendo su intuición abrió la puerta situada en el lado izquierdo de la habitación y se encerró en el baño. Inclineda contra la puerta, gimió abochornada.

¿Cómo había podido ser tan estúpida? ¿A quién se le ocurría soltar algo así tras pasar la primera noche juntos?

* * *

Inquieto, Jack se puso unos calzoncillos y una camiseta y esperó sentado a los pies de la cama a que saliese del baño.

¿Qué demonios había pasado?

Se frotó la cara y esperó durante lo que le pareció una eternidad hasta que

por fin oyó abrirse la puerta del baño. Levantó la cabeza y la escrutó fijamente tratando de encontrar alguna respuesta en sus ojos, pero ella miraba a cualquier lugar menos a él.

—Debería irme —susurró ella mientras estiraba la camiseta para cubrirse los muslos.

Jack cerró los ojos y dejó caer la cabeza; estaba frustrado, y sí, también cabreado con ella. No podían volver a la misma dinámica de antes.

—Creí que ya habías dejado atrás la tendencia de huir.

Distinguió un atisbo de dolor en sus ojos antes de que ella se pusiese a recoger toda su ropa del suelo de forma precipitada. Se maldijo en silencio y se acercó hasta ella.

—Lo siento, no quería decirlo así.

Se pasó la mano por el pelo y sintió que su ansiedad crecía al ver que ella no reaccionaba a sus palabras.

—¡Joder, Samantha, deja eso y háblame! ¿Qué cojones ha pasado? Pensaba que estábamos bien. Joder, ¡estábamos más que bien!

Ella se encogió al escucharle.

—Es culpa mía —dijo con voz fría mientras continuaba vistiéndose—. No quería ponerte en una situación incómoda.

—¿De qué hablas?

Un intenso sonrojo cubrió su rostro.

—Antes... —señaló la cama—, cuando he dado a entender que me gustaría tener esto cada mañana; era solo una forma de hablar...

Jack resopló y se acercó a ella, tomó su cara entre las manos y la besó.

—Eres la mujer más complicada que he conocido en mi vida y me vas a volver loco. —La abrazó con fuerza, le arrancó la ropa de las manos y se la volvió a llevar a la cama—. Basta ya de sacar conclusiones precipitadas, ¿de acuerdo? Es demasiado temprano para pensar tanto.

Sintió un nudo en la garganta cuando él comenzó a acariciarle el rostro en silencio y le dio un beso tras otro en la comisura de los labios, las mejillas, los párpados... La ternura de Jack derribó sus últimas defensas, dejando del todo expuesto a su corazón, encogido de miedo y esperanza. Cada vez le costaba más distinguir qué era real y qué era producto de su romántica imaginación, y tenía un pánico terrible a equivocarse.

Jack continuó con su exploración; la acarició con los labios a lo largo de la garganta, coló una mano bajo su camiseta de deporte y ronroneó como un gato satisfecho al sentir cómo se erizaba su piel.

—Yo también podría acostumbrarme a esto cada mañana... —musitó él contra su oído antes de hundirse profundamente en su cálido interior.

* * *

Jack dejó a Samantha en su cama, saciada y adormilada tras hacer el amor por segunda vez aquella mañana, y se marchó al apartamento de Danielle, situado varias plantas por debajo del ático de su padre, donde se reuniría con él tras más de dos semanas de silencio.

Solo un encuentro de aquella magnitud había conseguido que saliese de casa aquel día.

Mientras atravesaba la ciudad en coche, no dejó de darle vueltas a su situación. Tras las últimas horas con Samantha, la idea de volver a ver a Danielle le revolvía el estómago. Necesitaba encontrar la manera de distanciarse de ella, pero, por el momento, no veía cómo podía mantener sus encuentros con Charlton en privado sin la ayuda de su hija.

A lo largo de su vida siempre había procurado no depender de nadie, manteniendo el control de su vida y de su destino, así que, que ahora gran parte de su futuro, no solo profesional, sino también personal, estuviese en

manos de personas tan despreciables como las que estaba a punto de ver hacía que se quisiera arrancar el pelo de pura frustración.

Danielle le recibió con un camisón y una bata de seda color rosa, el cabello suelto y el rostro perfectamente maquillado, y Jack no pudo evitar compararla con la preciosa mujer que había dejado durmiendo en su cama, infinitamente más sexy y atractiva sin necesidad de maquillaje o lencería fina.

—Jack, querido, no te esperaba tan pronto.

—Me dijiste que viniese a las diez. —Revisó el apartamento y confirmó lo que ya sospechaba: Charlton todavía no había llegado.

—¿Ya son las diez? Se me deben de haber pegado las sábanas, ayer llegué tarde a casa...

—¿Y tu padre? —Le importaba bien poco qué había hecho la noche anterior.

—Tardará un rato en llegar... Quizá me confundí de hora y te pedí que vinieses un poco antes... —Se acercó por detrás y se arrimó a él como una gata en celo.

—Dani, es sábado y tengo cosas que hacer —soltó él, apartándose al sentir que todo su cuerpo rechazaba el contacto de aquella mujer.

—Solo quería pasar algo de tiempo a solas contigo —le reprochó ella, herida al ver cómo se apartaba—. Siempre nos encontramos en restaurantes, o clubs o cualquier sitio público, y me apetece tenerte para mí sola.

Jack puso los brazos en jarras y la miró con gesto serio.

—Cuando nos volvimos a encontrar te dije que quería tomarme las cosas con calma. Todavía no estoy preparado para el tipo de relación que tú quieres tener...

—Lo sé, querido, lo sé, pero una tiene derecho a intentarlo, ¿verdad? —Se arregló el pelo con gesto rígido y se fue a la cocina—. ¿Quieres un café? Yo, desde luego, necesito uno...

Se cerró la bata sobre el pecho y se ató el cinturón con gestos bruscos. Tras preparar la cafetera, abrió un armario y sacó un paquete de cigarrillos. Se lo mostró a Jack, que declinó en silencio, y se encendió uno.

—Así que... vas a hacer negocios con papá...

—Eso parece.

—Y dime... ¿Qué tal va con... cómo se llamaba... Samantha?

Jack se tensó de inmediato y la miró con genuina extrañeza.

—¿Samantha?

—Sí, la amiga de Jules, ¿no es cierto?

—Sí, es ella —confirmó con reticencia. No sabía qué tramaba, pero no le gustaba un pelo que la mencionase, precisamente aquel día—. Ya te dije que trabaja en Storm.

Danielle sirvió dos tazas de café y las dejó sobre la mesa auxiliar frente al sofá donde Jack acababa de sentarse.

—Sí, sí, lo recuerdo. Es que he pensado que podríamos quedar un día para cenar todos; con Jules, Matt y ella también. Me encantaría preparar una cena con tus amigos para celebrar tu cumpleaños.

—No tengo ninguna amistad con ella, Dani, y dudo que le apetezca pasar su tiempo libre con sus jefes. —Si dependía de él, Samantha y ella jamás volverían a coincidir—. Y ya sabes que no me gustan las celebraciones, así que mejor lo dejamos.

Danielle añadió tres cucharadas de azúcar a su café y clavó la mirada en sus inescrutables ojos azules, tratando de adivinar qué le estaba ocultando. Maldito fuera aquel intrigante desgraciado de Philip por generarle dudas.

Jack se puso en pie cuando escuchó la puerta de entrada, y unos segundos después Charlton apareció en el salón. Se sorprendió de la familiaridad con la que entró. Aunque el apartamento era de su propiedad, no dejaba de tratarse

de una invasión de la intimidad de su hija, aunque, a juzgar por su reacción, a ella no le importaba en absoluto.

—¡Papá! —Danielle saltó del sofá y se lanzó a los brazos de su padre como si tuviese cinco años, en lugar de superada la cuarentena.

—¡Por dios, muchacha, tápate un poco! —Charlton sujetó a su hija por los antebrazos y la miró de arriba abajo—. ¿No te da vergüenza andar en paños menores delante de tu padre? ¿Y si hubiera venido con alguien más?

—Ay, papá, ni que tuviese diez años para que sigas regañándome...

—Precisamente, ya no los tienes, así que compórtate como una adulta y ve a vestirse de una vez.

Jack se mantuvo en un prudente segundo plano, estupefacto con la enfermiza dinámica entre ellos y la evidente falta de respeto con la que trataba Charlton a su hija. Sintió cierta compasión por ella y la siguió con la mirada mientras desaparecía por el pasillo, comprendiendo algo mejor su necesidad casi obsesiva de afecto; con su madre fallecida desde que ella tenía solo cinco años, estaba claro que en su casa había recibido muy poca atención emocional.

Un incómodo malestar le hizo removerse inquieto.

—¡Jack, muchacho, qué alegría volver a verte!

—Richard, buenos días. —Se estrecharon la mano antes de sentarse en el enorme sofá—. Me sorprendió que quisiera volver a verme.

—¿Qué te parecieron las notas que te pasé?

Matt y él habían revisado minuciosamente el archivo que Charlton le había hecho llegar a través de su hija. No habían leído ni dos páginas cuando el propósito de sus recomendaciones les quedó claro: Charlton pretendía que Storm se convirtiese en un atractivo conglomerado de viviendas para familias de clase media-alta. Nada más lejos de la idea original de Jack, que consistía

en la reconstrucción de viviendas y mejora de condiciones de vida de los barrios más desfavorecidos de Nueva York.

Para él, Storm era mucho más que un proyecto con el que intentar ganar el concurso; era su oportunidad de enmendar algunos errores del pasado, cumplir con un sueño trágicamente inacabado que, desde hacía muchos años, arrastraba en su memoria y su consciencia.

Pero su negocio con Charlton no tenía nada que ver con la realidad, así que dibujó su mejor sonrisa y le soltó el discurso que previamente habían acordado con Robinson.

—Interesantes, aunque si los aplicásemos estaríamos cambiando el propósito del diseño. —Jack se inclinó hacia delante, lanzó una mirada a la puerta por donde había desaparecido Danielle, y se acercó a él con gesto cómplice—. Le voy a ser muy claro. Su enfoque me gusta..., me gusta mucho, pero debo pensar en cuán realista es implantar el proyecto. No veo claro dónde podría conseguir suelo edificable en Nueva York, a un precio razonable, que el premio nos permita adquirir. Además, está todo el problema de las autorizaciones de urbanismo que, usted debe de saber mejor que yo, podrían ralentizar el inicio de la obra durante años.

Curiosamente, nada de lo que decía Jack era mentira. Todas aquellas consideraciones habían sido tenidas en cuenta a la hora de decidir el enfoque del proyecto.

—No crea que no hemos valorado seriamente sus recomendaciones, pero, si enfocamos Storm como la solución a los problemas de integración de los barrios más desfavorecidos de la ciudad, creemos que tendremos más posibilidades de obtener los permisos en un plazo de tiempo razonable. Con las elecciones cerca, tenemos la confianza de que este tipo de propuestas pase a tener prioridad en el plan de reforma del Departamento de Vivienda y

Desarrollo Urbano; puede que incluso obtengamos algo de financiación pública para su construcción.

Charlton se mantuvo inexpresivo todo el tiempo, sin dejar que ningún gesto delatase la genuina satisfacción que sentía al escuchar los ambiciosos planes de Jack. Le gustaban los hombres seguros de sí mismos, y Jack hablaba sin poner en duda en ningún momento que Storm acabaría ganando el concurso.

Tuvo que admitir que le tenía impresionado. Cada vez que hablaba con él se convencía más de que una alianza entre ellos podría, no solo ser posible, sino muy beneficiosa y quizá duradera en el tiempo. Todavía debía atar muchos cabos antes de poder hacerle la propuesta abiertamente, pero podía regar la semilla de la avaricia que presentía en él; despertar su interés y curiosidad lo suficiente para mantenerle a la espera de su próximo encuentro.

Porque sin duda habría otro encuentro, más pronto que tarde.

—Dime una cosa, ¿hasta dónde estarías dispuesto a llegar para ganar este concurso?

—¿A qué se refiere?

—Lo sabes perfectamente. Respóndeme.

Jack decidió que era el momento de dejar de fingir desconcierto e ignorancia; aquella estrategia podía haberle sido útil al principio, pero si quería ganarse el respeto y confianza de Charlton debía ser rápido y astuto como él. Sin escrúpulos.

—Señor, quizá la pregunta debería formularla al revés... ¿Qué no estaría dispuesto a hacer?

El magnate lanzó una sonora carcajada y se levantó del sofá, esperando que él hiciese lo mismo. Cuando le tuvo enfrente le estrechó la mano y le dio unas fuertes palmadas en la espalda.

—Te lo dije hace tiempo, muchacho: me gustas.

Danielle eligió aquel momento para volver a aparecer, vestida como si fuese a participar en un concurso de belleza.

—Niña, ven aquí. —Le hizo un gesto con la mano para que se aproximase a ellos mientras mantenía abrazado a Jack por los hombros.

—¿Ya te vas, papá?

—Escucha —dijo ignorando a su hija—, a ver si te esfuerzas un poco y consigues cazar a este tipo. Por una vez estás con alguien con cojones y cerebro, así que no la cagues.

Un intenso sonrojo cubrió las tensas mejillas de Danielle.

—Papá... Jack y yo solo somos amigos, ya te lo dije.

Charlton le miró, inquisitivo.

—¿Qué te pasa? ¿No te gusta mi princesita?

—Richard, espero que no le moleste, pero prefiero mantener mis asuntos personales separados de nuestra... relación profesional.

—Bueno, bueno, ya veremos; nadie ha dicho que las relaciones profesionales no sean compatibles con las personales. Tener una mujer como mi hija a tu lado podría reportarte grandes ventajas profesionales, no lo olvides.

Jack asintió, circunspecto, y recogió su chaqueta del respaldo del sofá.

—¿Te marchas? —preguntó Danielle sin poder disimular su decepción.

—Ya te he dicho que tenía cosas que hacer, Dani.

—Yo salgo ya —Charlton interrumpió la conversación, estrechó la mano de Jack por última vez y desapareció tan rápido como había llegado.

Por prudencia, Jack esperó varios minutos antes de salir, de modo que nadie les pudiese relacionar en un mismo lugar a la vez. Estaba deseando volver a su apartamento, meterse en la cama con Samantha y pasar el resto del fin de semana juntos.

* * *

—¿Cómo ha ido? —preguntó una voz masculina con marcado acento australiano tan pronto descolgó.

—El tipo promete. Al final tendré que reconocerle a mi hija su buen gusto con los hombres.

Se escuchó una sonrisa socarrona al otro lado de la línea.

—¿Le has hablado ya de la propuesta?

—No, hoy solo quería tantear el terreno. —Charlton entró en la limusina con lunas tintadas que le esperaba en el callejón tras el edificio de apartamentos y dio un golpe al cristal que le separaba del conductor—. Pero no tengo ninguna duda de que le va a interesar. Es ambicioso e inteligente; no dejará pasar la oportunidad que le vamos a ofrecer.

—¿Podemos confiar en él?

—Tanto como en cualquier otro. —Charlton encendió la *tablet* y accedió a su correo personal encriptado. Tenía un nuevo correo de Donovan con el asunto «Confidencial: Sullivan, Jackson E.». Hizo clic en el archivo adjunto y comenzó a leer. Frunció el ceño—. No te preocupes, me aseguraré de tenerle bien cogido por los huevos.

Acomodada en el sofá de casa, con una novela en la mano a la que apenas prestaba atención y una copa de vino blanco cerca, Samantha luchaba contra la sensación de inquietud que la había acompañado todo el día. Algo la estaba carcomiendo por dentro y no quería ponerle nombre.

Antes de marcharse aquella mañana, Jack le había pedido que se quedase en la cama y le esperase, pero ella no había sido capaz de hacerlo. La nube de ensueño en la que había flotado toda la noche desapareció tan pronto él se marchó, y un agobio asfixiante ocupó su lugar, así que, sin parárselo a pensar, se duchó y volvió a casa para descansar y poner en perspectiva todo lo sucedido durante las últimas veinticuatro horas.

Aunque no se arrepentía de haber pasado la noche con él, a medida que pasaban las horas aquel maldito miedo que siempre estaba al acecho en un rincón de su mente había empezado a enseñar las orejas. Si ya le había dado pánico analizar sus emociones antes de acostarse con él, ahora que le había sentido de la forma más íntima y personal que podía existir, se sentía al borde del colapso.

Todavía con aquellos pensamientos en mente, fue a la cocina y se sirvió una pequeña ración de lasaña deseando que su estómago aceptase por fin algo de alimento. Lo tenía tan cerrado por los nervios que apenas había comido en todo el día.

Se sentó en el sofá con las piernas cruzadas y gimió satisfecha al llevarse el primer bocado a la boca cuando su móvil vibró sobre la mesa. Convencida de que sería Jules —no había tenido noticias suyas tras el mensaje que le envió

nada más aterrizar en España—, su estómago se contrajo con fuerza al ver el remitente en la pantalla.

Jack: ¿Ocupada?

Samantha: No demasiado. Estoy cenando.

Jack: ¿Estás en casa?

Samantha: Sí.

Unos golpes sonaron en la puerta. ¿Podía ser...?

Incrédula, dejó la comida recalentada sobre la mesita, se acercó hasta la mirilla con sigilo y se apartó de un salto al comprobar que era Jack. Se restregó las manos contra la tela de las mallas negras. Todavía no estaba preparada para volver a verle. Necesitaba más tiempo para recomponerse y poner en orden sus sentimientos.

Jack volvió a golpear la madera.

Aquello era absurdo, acababa de decirle que estaba en casa. Abrió y se lo encontró apoyado con una mano a cada lado de la puerta y una expresión indescifrable en sus penetrantes ojos azules. Vestía unos tejanos muy desgastados y llevaba el cuello del abrigo azul marino levantado, enfatizando sus duras y masculinas facciones, y haciéndola todavía más consciente de su propio desaliño.

Tragó saliva y se estremeció de placer al recordar que hacía solo unas horas aquel hombre había sido suyo y la había poseído de todas las maneras posibles.

—¿Qué haces aquí? —preguntó inquieta, y echó un vistazo tras él para comprobar si alguien le había visto llegar, lo cual era absurdo. Dudaba de que sus vecinos tuvieran mucho que decir sobre su visita, más allá de los cotilleos típicos de cualquier comunidad de vecinos—. No deberías haber venido... Si alguien te ha visto entrar en el edificio...

—No tendría que haber venido hasta aquí si cierta señorita que he dejado en mi cama esta mañana no se hubiese escapado de mi apartamento.

La tensión y el cansancio se reflejaban en cada línea de expresión de su cara; se le veía intranquilo y a la expectativa, como si no supiese con qué se iba a encontrar al venir a buscarla.

—Lo siento —dijo ella con una mueca, consciente del reproche velado en sus palabras—. Necesitaba algo de espacio.

Él asintió bruscamente y se pasó los dedos por el pelo. Parecía realmente agotado.

—¿Me vas a dejar mucho rato aquí fuera?

—¡Oh, perdona! —Se apartó y le dejó pasar.

Tan pronto estuvieron dentro, Jack la sujetó con una mano de ambas mejillas y la acercó a sus labios. Se adueñó de su boca con un beso furioso y posesivo que la hizo arder de deseo en cuestión de segundos, obligándola a devolverle las caricias mientras gemía contra sus labios.

Pasados unos minutos, Jack se separó de su boca, apoyó su frente contra la de ella y tomó una fuerte inspiración. Necesitaba calmarse; estaba demasiado ansioso, frustrado y excitado, todo a la vez. Se quitó el abrigo y lo lanzó sin miramientos sobre el sofá. Sin darse la vuelta y con las manos en las caderas, echó un vistazo a su alrededor familiarizándose con el pequeño y acogedor entorno, permitiéndose unos minutos para recuperar el control.

Durante todo ese tiempo la música clásica fue el único sonido que llenó la estancia.

Samantha le observaba, apoyada contra la puerta de entrada, temblorosa tras el beso que acababan de compartir, e insegura de su estado de ánimo. Su hermetismo tras haberla besado con tanta rabia la estaba poniendo nerviosa, pues temía ser la culpable de su inestable humor.

—¿Va todo bien? —preguntó ella, dubitativa.

—Estoy bastante cansado. Ha sido un día muy largo —admitió, y por fin la miró.

De pronto ella recordó la reunión de aquella mañana con Charlton y se sintió ligeramente aliviada y esperanzada de que fuera aquella la razón, y no ella, de su desasosiego.

—¿No ha ido bien con Charlton?

—El encuentro ha ido bien, vamos avanzando.

—¿Entonces? —preguntó ella con el corazón de nuevo en un puño, no muy segura de querer saber la respuesta a su pregunta.

—Dímelo tú, Samantha. ¿Qué es lo que va mal?

—Nada va mal, Jack. No sé a qué te refieres —dijo soltando una pequeña carcajada nerviosa.

Incapaz de seguir sosteniéndole la mirada, recogió su inservible cena y la copa de vino y se lo llevó todo a la cocina. A su espalda Jack se pasó la mano por los ojos y la nuca y resopló mientras murmuraba algo que ella no logró entender.

—¿En serio? ¿Eso es lo único que tienes que decir?

—No sé qué más quieres que te diga.

—Joder, Samantha... Prácticamente he salido corriendo de la reunión para volver a casa; no he dejado de pensar en ti ni un momento desde que te he dejado esta mañana, muerto de ganas de volver para estar contigo. Te puedes imaginar lo bien que me ha sentado encontrarme el apartamento vacío después de haberte pedido que te quedaras.

—Yo solo... solo necesitaba un poco de espacio. Además, no quería que te sintieses obligado a tenerme en tu casa solo porque hayamos pasado la noche juntos.

—No me lo puedo creer —exclamó incrédulo—. ¿¿Se puede saber qué cojones crees que pasó entre nosotros ayer?! ¿Esta mañana?!

Jack llenó sus pulmones de oxígeno, tratando de controlar su respiración. Estaba muy cabreado y no pensaba marcharse sin una respuesta. Que le matasen si no estaba empezando a sentirse rechazado por la única mujer que había despertado en él sentimientos y necesidades más allá de la cama. La bofetada a su ego era insignificante comparada con la sensación de pánico que notaba crecer en su pecho, y ni siquiera entendía bien a qué respondía.

—Dos horas, Samantha, solo he tardado dos putas horas en volver y ya te habías ido —continuó él dando salida a toda la ansiedad y frustración acumulada durante el día—. ¿Has esperado a que saliese de casa para salir corriendo de la cama o qué?

Ella tragó saliva. No sabía muy bien qué decir. Jack tenía derecho a sentirse frustrado, pero ni siquiera ella era capaz de ordenar sus propios sentimientos.

Solo sabía que todo estaba sucediendo demasiado deprisa; lo que había sentido entre sus brazos era demasiado intenso y la había hecho sentir muy expuesta. Él la debilitaba y la fortalecía con una sola mirada, y aquello la asustaba de una forma que no era capaz de expresar.

—Cada vez que creo que te tengo, te me vuelves a escapar entre los dedos —murmuró él, desalentado por su silencio—. Empiezo a estar cansado de este juego.

La decepción que transmitía su voz fue demasiado para Samantha. Sintió que el torrente de dudas y miedos que había estado conteniendo las últimas semanas la desbordaban y la ahogaban con violencia.

Muchos años atrás se había prometido que jamás volvería a darle aquel tipo de poder a nadie; no pensaba permitir que nadie la hiciese sentir tan vulnerable, y sin embargo ahora tenía enfrente a la persona que más daño le podía hacer.

El pánico, su paciente y siempre dispuesto compañero de viaje, clavó las

afiladas garras en su corazón y al instante empezó a notar los primeros síntomas de un ataque de ansiedad.

«¡No! Respira, Samantha, respira...», se repitió luchando contra su propio cuerpo.

Cerró los ojos y buscó la manera de poner distancia de la situación, verla desde fuera, de manera que pudiese disociar los sentimientos que la desbordaban de la realidad.

¿Por qué no confiaba más en su instinto? ¿En lo bien que se sentía a su lado en lugar de pensar que todo saldría mal?

¿Desde cuándo estaba boicoteándose de aquella manera?

Se agarró con fuerza al respaldo del sofá, buscando un punto de apoyo al sentir que le fallaban las piernas. Una fuerte quemazón fue creciendo en su pecho y se extendió por todo su cuerpo al darse cuenta de que se había estado engañando durante muchos años. Donde creía tener cicatrices todavía había heridas abiertas, demasiado anestesiadas por el mundo cómodo y seguro que tan cuidadosamente había construido a su alrededor.

Ahora, expuesta a una nueva e inquietante realidad, las heridas volvían a abrirse, doblemente lacerantes por haberlas creído curadas.

Se quedó sin respiración y los ojos empezaron a escocerle, anegados de lágrimas no derramadas. Volvió la vista hacia su habitación, deseando llegar hasta allí antes de perder por completo los papeles.

De nuevo estaba desmoronándose frente a él y no sabía cómo evitarlo.

—Samantha... eh... —Jack estuvo frente a ella en segundos. La miraba con unas profundas arrugas en la frente y un gesto de alarma al entender lo que estaba sucediendo—. ¿Estás bien?

—¡No! —sollozó ella, rechazándole cuando le vio extender los brazos para abrazarla. El nudo en la garganta crecía cada vez más, impidiendo que entrase

el oxígeno en sus pulmones—. No me toques. Márchate, Jack. Será lo mejor para los dos.

Ella hizo una mueca al escuchar su propia voz, estrangulada y casi inexistente por la falta de aire entrando en su cuerpo. Se tapó la cara con las manos, avergonzada por la patética versión de sí misma que le estaba mostrando. Cuando había llegado el momento de la verdad, su perfecta fachada se había desmoronado como un castillo de naipes.

Jack la cogió con firmeza del rostro y la obligó a mirarle a los ojos.

—Cariño..., mírame a los ojos. Respira... respira conmigo, cielo. —Las pupilas de Samantha, completamente dilatadas, se centraron en él. Sus labios, reseco y pálidos, se abrieron ligeramente y empezaron a seguir la suave e hipnótica cadencia de la respiración de Jack, que inspiraba y espiraba con suavidad, asegurándose de que ella le seguía.

Poco a poco Samantha fue aflojando las manos, que se habían agarrado al jersey de Jack con los puños cerrados; el color empezaba a volver a sus mejillas cuando las lágrimas se derramaron sin control por su rostro.

El corazón de Jack se encogió, impotente, al ver la profunda tristeza que asolaba sus bellos ojos. Siguiendo su instinto, la cogió en brazos y se sentó en el sofá, manteniéndola fuertemente abrazada en su regazo mientras ella hundía el rostro en su cuello y se desahogaba.

Ambos perdieron la noción del tiempo entre intensos sollozos y suaves suspiros; cada estremecimiento del cuerpo de ella se convertía en una descarga de ansiedad en el de él, que la contuvo durante lo que le parecieron horas hasta que la quietud y posición relajada del cuerpo de Samantha le hicieron saber que finalmente había caído rendida de agotamiento en un profundo y reparador sueño.

* * *

Sentía los ojos hinchados, el estómago vacío y la boca seca, y por unos instantes creyó estar sufriendo la peor resaca de su vida.

Todavía con los ojos cerrados, Samantha intentaba recordar cómo había llegado hasta la cama cuando percibió un agradable calor que la rodeaba y mantenía estrechamente abrazada. Se envaró cuando una procesión de imágenes y recuerdos acribillaron de pronto su ofuscada memoria.

«Oh, Dios mío», gimió para sus adentros.

—Por mucho que disfrute haciendo la cucharita contigo, no era esta la idea que tenía en mente cuando vine a verte ayer.

Ella se volvió lentamente entre los brazos de Jack y se encontró con sus soñolientos ojos azules sonriéndole con cautela.

—Buenos días, bella durmiente...

Samantha hundió el rostro en su pecho desnudo, abochornada por la escena que había protagonizado la noche anterior. Si aquella mañana seguía de una pieza era gracias a él, que la había sostenido y apoyado con ternura y delicadeza, demostrando una sorprendente sensibilidad y generosidad. Depositó un beso sobre su cálida piel, justo donde latía su corazón, como muestra silenciosa de agradecimiento.

—Eh, mírame. —La sujetó suavemente de la barbilla—. ¿Estás bien?

—Mmm, sí —respondió ella sin mirarle, fingiendo un gran interés en explorar con sus labios la amplitud de su musculoso torso.

—Nena, lo que pasó ayer...

—Chsss... —Ella le puso un dedo sobre los labios y a continuación le besó con sensualidad. No estaba preparada para hablar de lo que había sucedido la noche anterior. Todavía no—. Alguien me dijo hace poco que no se habla de temas importantes tan pronto por la mañana.

—¿Ah, sí? —susurró él con la respiración ligeramente agitada y los ojos

nublados por el deseo, concediéndole la tregua que ella pedía a gritos con sus grandes ojos color miel—. Parece un consejo inteligente.

Con un rápido movimiento Jack la sujetó de las muñecas contra la cama y se abalanzó sobre ella para besarla de forma lenta y concienzuda, sin dejar ningún rincón de su boca por explorar. Ella hundió los dedos en su cabello y pasó una pierna sobre sus estrechas caderas, empujándole hasta ponerle boca arriba, con ella sentada a horcajadas sobre él. Su cuerpo tomó el control cuando le notó duro y preparado contra su humedad. Se restregó sinuosamente a lo largo de su erección y se metió uno de sus pequeños pezones en la boca.

—¡Por Dios...! —siseó él agarrándola con fuerza de las caderas.

Samantha sintió que se emborrachaba de deseo a gran velocidad.

Nadie como Jack para hacerla sentir poderosa y bella, y ella necesitaba desesperadamente aquella sensación tras el drenaje emocional de la noche anterior. Y también necesitaba borrar de la mente de Jack el recuerdo de su debilidad; que olvidase a la mujer imperfecta que había tenido que consolar durante horas y volviese a mirarla como hacía en aquel momento, como si fuera la mujer más maravillosa y deseable para él.

Se quitó la sudadera y el sujetador con rapidez, y se estiró sobre él; lanzó un suspiro de placer al sentir la cálida piel de Jack, ligeramente cubierta de vello, rozando sus pechos, llenos y sensibles a la espera de recibir su atención. Él, que parecía tener conexión directa con lo que deseaba su cuerpo, acogió uno de sus senos con la mano y se lo llevó a la boca, succionando y tentando el pezón con el roce de sus dientes.

—Podría pasarme el día así... Adorando tus pechos... tu piel... todo tu cuerpo... —Sus manos la recorrían de arriba abajo, acompañando sus palabras—. Eres tan hermosa...

Las palabras de Jack la excitaron hasta lo inimaginable y le dieron la

seguridad suficiente para tomar lo que deseaba.

Y le deseaba a él. De todas las formas posibles.

Se deslizó lentamente por su pecho y besó cada músculo que se encontraba por el camino; prestó especial atención a los músculos oblicuos de sus caderas, que recorrió arriba y abajo con su lengua, fascinada al ver temblar el estómago de Jack en respuesta a su sensual exploración. Se deshizo de su bóxer de un solo tirón, liberando su enorme erección, que brincó dura y dispuesta sobre su abdomen. La recorrió con mirada hambrienta y se lamió los labios en anticipación. Era suyo, y le tenía a su entera disposición.

—Me dejas sin aliento... —murmuró ella mientras le acariciaba la sensible piel entre los muslos.

Su pene se sacudió y ella lo cogió con delicadeza, primero con sus labios, y después con su boca, hasta introducirlo por completo.

—Joder, nena... Vas a matarme... —Él arqueó la espalda y hundió la mano en su melena para mantenerla bien sujeta.

Samantha gruñó con aprobación cuando sintió su salado e intenso sabor, y le acogió tan profundo como pudo hasta sentir que le rozaba la garganta. Durante minutos le lamió en toda su extensión, rozando las hinchadas venas que cruzaban su piel de satén a la vez que se lo metía y sacaba de la boca con movimientos hipnóticos. Ser testigo del placer que le estaba dando la excitó como jamás hubiera imaginado. Su propio sexo estaba húmedo y palpitante, deseoso de volver a sentirlo en su interior; pero primero quería encargarse de él.

Sin embargo, cuando Jack sintió que se acercaba al orgasmo, tiró de su cabello con fuerza y la colocó a horcajadas sobre él. Ella se quejó y removió ansiosa. Se había quedado con ganas de más.

—Necesito estar dentro de ti... ¡Ahora! —rugió él con ferocidad mientras

le retiraba con manos ansiosas el pantalón y las braguitas y se ponía un preservativo.

Ella se estremeció de placer en cuanto él apretó su glande contra la húmeda entrada de su sexo.

Sí... ella también le necesitaba en su interior; sentía que moriría de agonía si no la llenaba de inmediato. Sin esperar a que él la guiase, se dejó caer con decisión y le introdujo hasta la raíz, uniendo ambas pelvis con profunda intimidad. Abrió la boca en un mudo sollozo, impresionada por lo completa que se sentía al volver a sentirle en su interior. Aunque pareciese imposible, cada vez que hacían el amor era mejor que la anterior, más íntima, más apasionada... casi mística.

Debajo de ella Jack tomaba aire de forma entrecortada mientras mantenía un férreo control sobre su cuerpo; los tendones de su cuello estaban tensos, su piel brillaba con una fina capa de sudor y sus ojos habían adquirido un profundo color azul marino, colmado de un hambre voraz.

La visión de Samantha, con su preciosa melena cubriendo su espalda y moviéndose con voluptuosidad sobre su erección en busca de la siguiente ola de placer, quedó grabada en su retina y supo sin ninguna duda que recordaría aquella imagen hasta el último aliento de vida.

Apretó los dientes con fuerza cuando ella aumentó el ritmo de sus embestidas; los músculos de su vagina le apretaban y succionaban hacia su interior sin piedad. Llevaba reteniendo su orgasmo desde que ella había puesto los labios sobre su pene, así que cuando ella le clavó las uñas sobre el pecho supo que era el momento de dejarse llevar. Tiró con fuerza de su cabello, obligándola a inclinar la cabeza hacia atrás, y con la otra mano la acercó más a su ingle, intensificando el roce con su clítoris y moviendo la cintura con destreza hasta encontrar el ángulo exacto que la llevaría hasta el clímax.

En cuanto ella gritó su nombre, Jack la abrazó con fuerza y se dejó ir en un orgasmo demoledor que le exprimió hasta el último aliento. Samantha le retuvo entre sus brazos, cobijado en su interior, hasta que finalmente cayó dormido liberándose de la tensión que le había mantenido en vilo gran parte de la noche.

Ella paseó la mirada por sus rasgos, relajados como no los había visto nunca antes, y se preguntó cómo demonios lo iba a hacer para salir ilesa de aquella relación.

Jack había acordado encontrarse con el fiscal en un aparcamiento subterráneo a las afueras de la ciudad, cerca del parque Belmont, en el barrio de Queens, y a más de una hora de distancia en coche de Manhattan.

Odiaba atravesar la ciudad en coche y quedar bloqueado por el tráfico que siempre afectaba a las carreteras de acceso y salida de la *city*, pero, considerando con quién se iba a reunir, había preferido dejar la moto en casa y utilizar su SUV, que facilitaría la privacidad del encuentro.

Respiró hondo y volvió a mirar el reloj. Apenas se había movido cinco metros en la última media hora. Tamborileando los dedos contra el volante, resopló con irritación al recordar la comida que acababa de tener con Danielle. Pasar tiempo con ella era lo último que le apetecía, pero sabía que no podía rechazar todas sus invitaciones de forma sistemática; bastante lo había hecho ya, especialmente durante el pasado fin de semana.

Había ido al restaurante del Ritz con la esperanza de que Danielle le trajese noticias de su padre, algo que desatascara el punto muerto en el que estaban las cosas y que le permitiera deshacerse de una vez por todas de toda la farsa a su alrededor, pero se había equivocado.

Danielle se había dedicado a agobiarle como antaño. Volvió a insistir en la idea de prepararle una fiesta para su cumpleaños y se le insinuó con descaro al deslizar una mano sobre su muslo, que hubiera llegado a su entrepierna si él no la hubiese detenido. Tuvo que hacer un esfuerzo titánico para apartarle la mano con delicadeza y no decirle dónde podía meterse sus caricias.

Comenzaba a preocuparle su salud mental; actitudes como aquella,

obsesivas y absorbentes, fueron las que en su día le llevaron a cortar de raíz la relación que mantenía con ella, aunque ahora notaba un tinte de desesperación que no había existido entonces, y que estaba empezando a ponerle muy nervioso.

* * *

Treinta minutos más tarde Jack aparcaba su SUV en la plaza 575 de la planta -3, tal como le habían indicado.

Se sorprendió al comprobar que el aparcamiento estaba lleno de coches; había pensado que el lugar se encontraría vacío; al fin y al cabo, si habían escogido aquel sitio era para pasar desapercibidos. Por otro lado, pensándolo bien, su coche aparcado solo en medio de la enorme planta vacía sería como un enorme cartel luminoso para cualquier curioso.

Tras cinco minutos de espera Robinson aparcó en la plaza de al lado. Cuando bajó del vehículo su rostro mostraba un rictus serio y su cuerpo, signos evidentes de tensión. Le hizo una señal a través de la ventana del copiloto para que se reuniese con él en el pasillo entre ambos coches y abordó el tema que le tenía tan preocupado en cuanto tuvo a Jack delante.

—Augusta Brown ha aparecido muerta esta mañana en su apartamento de Connecticut.

A Jack le costó unos segundos reaccionar. No se lo podía creer.

La decana de la Universidad Cornell Architecture era una reputada doctora y arquitecta, con más de veinte años de experiencia en el sector académico, y más de una decena de controvertidos artículos relacionados con la utilización de las energías renovables en el mundo del diseño y la arquitectura.

La doctora Brown, además, era miembro del jurado del Premio Pritzker en

segunda ronda, y había sido elegida como la encargada de coordinar al resto del jurado a la hora de dar el fallo.

—¿Se sabe la causa? —preguntó con aprensión.

Temía la respuesta, pero ir a ciegas no era una opción; la decana era una mujer relativamente joven, todavía no había alcanzado los sesenta, así que veía poco probable que se tratase de una muerte natural.

—Están realizando la autopsia en estos momentos, pero todo apunta a envenenamiento. Su marido se la ha encontrado esta mañana en la cama, sin vida, cuando volvía de hacer su guardia en urgencias. Según él mismo declaró a la policía, parece que hacía varias horas que había fallecido.

—¡Joder! —Jack se pasó los dedos por el pelo y se removió nervioso—. Dígame la verdad. ¿Cree que esto puede tener alguna relación con Charlton?

El titubeo en los ojos del fiscal fue mínimo, pero suficiente para Jack.

—No estamos en condiciones de establecer ninguna conexión con ese caso —arguyó de forma pragmática el fiscal—. Aparte de ser ambos miembros del jurado, aparentemente no hay nada más que relacione a Charlton con Brown o que le sitúe en su apartamento en las horas previas a su muerte; ni un móvil que lo justifique.

—No me joda, Robinson —exclamó frustrado—. El móvil está más que claro, y Charlton bien podía estar rascándose las pelotas en un jacuzzi en las Bahamas e igualmente ser el responsable de su muerte. Hágame un favor, dígame que no puede darme la información, pero no me trate como a un idiota.

El imperturbable rostro del hombre mayor cedió con un movimiento leve de la comisura de sus labios. Un brillo de admiración cruzó por sus ojos al contemplar al hombre que conocía desde que andaba con pañales por casa de sus padres.

—No puedo darte esa información —confirmó el fiscal de forma escueta.

Jack le lanzó una mirada furibunda y soltó un bufido. Se lo tenía bien merecido, él le había servido la salida perfecta en bandeja.

—Pero no dudes de que compartiré contigo la información que estime oportuna —añadió con determinación—, si considero que Matt o tú podéis estar en algún tipo de peligro.

Jack asintió con brusquedad.

—Ahora dime, ¿cómo fue el sábado con Charlton? —le interrogó Robinson.

Jack le detalló su infructífera reunión con el magnate sin reprimir en ningún momento las ganas que tenía de acabar con todo aquello.

—Richard Charlton ha llegado donde está porque se asegura bien sus negocios antes de llevarlos a término. Te está tanteando, Jack. Sé que estás cansado, pero debes aguantar un poco más; lo estás haciendo muy bien —le animó el fiscal—, y tengo la intuición de que no tardará mucho tiempo en poner las cartas sobre la mesa. No queda tanto para que entreguéis el proyecto final y el jurado comience a deliberar; y para entonces Charlton deberá tener todas las piezas en su sitio.

A Jack no le pasó desapercibida la conexión que podía tener la muerte de la decana con las últimas palabras de Robinson.

Según las bases del concurso, en el caso de que algún miembro del jurado tuviera que abandonar su posición, este sería inmediatamente reemplazado por algún otro experto de entre una lista de candidatos que ya estaban designados desde el comienzo.

Dependiendo de quién ocupase el lugar de Augusta Brown tendrían más indicios de si el magnate había tenido algo que ver con la oportuna y desgraciada desaparición de la antigua decana de la Universidad Cornell.

—¿Te suena el nombre de Thomas Anderson? —le preguntó Robinson de repente. Jack frunció el ceño. ¿De qué le sonaba aquel nombre?—. La

Interpol le tiene en el punto de mira desde hace años, y desde el pasado diciembre los neoyorquinos tenemos el honor de acogerle en nuestra ciudad.

—¡El hotelero australiano! —exclamó Jack cuando por fin puso cara a Anderson—. Matt me lo presentó en la gala del MET. Al parecer es amigo íntimo de Charlton y, según nos dijo, estaba en la ciudad valorando nuevas inversiones en terreno estadounidense.

—Charlton y él son amigos desde hace más de cuarenta años, y durante este tiempo han llevado a cabo numerosos negocios juntos, la mayoría de dudosa legalidad.

—¿Cree que Charlton quiere implicar a Anderson en el concurso?

—No me extrañaría. Según mis fuentes, Anderson tiene negocios con la mafia rusa; obtiene grandes ganancias del narcotráfico y la trata de blancas. Tiene grandes cantidades de dinero que necesita blanquear, y comprar terrenos de Charlton y hacerse con la construcción del proyecto ganador podría ser su oportunidad de matar varios pájaros de un solo tiro.

»Por su parte, Charlton podría aprovecharse de sus contactos en el Ayuntamiento para obtener las licencias municipales de compra y construcción en tiempo récord. Recuerda que Charlton está prácticamente en la quiebra; este negocio con Anderson es su oportunidad de insuflar efectivo en su caja de forma rápida y libre de impuestos.

Narcotráfico. Trata de blancas. Blanqueo de dinero.

Jack entrevió la magnitud del caso que el fiscal tenía entre manos y por primera vez se preguntó con inquietud si aquel tema no les estallaría en las narices.

—¿Cómo habéis quedado con Charlton? —preguntó el fiscal sacando a Jack de sus elucubraciones.

—No quedamos en nada, como siempre. —Odiaba no tener el control de la situación—. Hizo las preguntas que le interesaron, fue críptico en su

despedida y ahí quedó todo. Si le soy sincero, me molesta bastante estar a merced de lo que a ese cabrón se le pase por la cabeza.

Robinson le puso una mano sobre el hombro y lo apretó con afecto.

—Te entiendo, Jack, pero estamos muy cerca. Estoy seguro de que no tardará en contactarte de nuevo. Tiene que hacerlo, le queda poco tiempo para colocar todas las fichas de su tablero de ajedrez. Aguanta un poco más, muchacho.

«Muchacho.»

Jack hizo una mueca al oír que le llamaba con el mismo apelativo que Charlton. En menos de una semana cumpliría treinta y seis años, así que estaba muy lejos de considerarse un chaval; y las alarmantes noticias sobre la decana Brown le acababan de echar varios años más encima.

* * *

Oculto en el interior de su vehículo, Danielle observaba con alivio el encuentro entre Jack y el fiscal del distrito de Nueva York.

Sabía que Robinson era amigo íntimo de la familia de Jack, así que no le resultó sospechoso verles juntos. Estaba tan atacada de los nervios pensando en lo que se iba a encontrar, que no se le ocurrió dedicar un segundo pensamiento a la razón por la que se reunían en un lugar tan apartado a la vista de todos.

Danielle había decidido seguir sus pasos tan pronto se habían despedido en el Ritz, resuelta a averiguar si los chismorreos de Philip tenían algún fundamento. A medida que cruzaba la ciudad a escasos metros de distancia de su coche, su imaginación fue llenándose de imágenes de Jack con aquella mujer y su angustia fue escalando hasta tal punto que cuando aparcó el coche estaba taquicárdica.

Jack estaba hecho para ella y no iba a permitir que ninguna entrometida estropease lo que se estaba esforzando tanto en conseguir. Cada día estaba más cerca de reconquistarlo, solo era cuestión de semanas que él acabase de decidirse. Por lo pronto había conseguido convencer a su padre para que le ayudase a ganar el concurso Pritzker; sabía que para él era muy importante, así que esperaba obtener su recompensa cuando finalmente se proclamase ganador.

En cuanto al resto, sabía que dependía exclusivamente de ella, pero antes se debía asegurar de que nada ni nadie se interpusiese en su camino.

La pantalla del salpicadero se iluminó de repente y mostró el nombre «Papá» en el identificador de llamadas.

—Hola, papi —susurró ella con cautela, temerosa de que si alzaba más la voz pudiese ser descubierta.

—Niña, ¿dónde estás? Te oigo fatal.

—Eh... estoy entrando en un aparcamiento, no debo de tener buena cobertura. Te llamo luego y hablamos con calma, ahora no me va bien.

—Estupideces. Escucha bien lo que te digo y si hace falta apúntatelo. Con esa cabeza que tienes no me extrañaría que te olvidases.

Ignoró el ácido en la boca de su estómago y mostró su lado más obediente.

—Claro, dime.

—Dile a Jack que nos vemos el jueves a las 19.00 h en el apartamento 1788 de la Torre Charlton.

—De acuerdo, te aviso cuando me confirme.

—Estupideces. Le dices que le espero el jueves, y si sabe lo que le interesa acudirá a la cita puntualmente.

Danielle no tuvo tiempo de responder antes de que su padre colgase la comunicación. Nada nuevo por otra parte.

Se deslizó con lentitud sobre el asiento al ver que Jack se despedía de

Robinson y arrancaba su coche para dirigirse, minutos después, de vuelta a la ciudad. Le siguió de nuevo. Aunque se sentía mucho más tranquila que hacía unas horas, todavía no había dado por resueltas sus sospechas respecto a Samantha.

Tenía toda la intención de mantener las distancias cortas con Jack y asegurarse de que era suyo y de nadie más.

La noticia de la muerte de Augusta Brown conmocionó al mundo académico y de la arquitectura, a los que ella tanto había contribuido con su trabajo a lo largo de su carrera profesional.

En el despacho, el equipo de Storm vivió la noticia de formas muy dispares; la mayoría con incredulidad y morbosa curiosidad por conocer más detalles sobre las circunstancias poco claras de su muerte. Para Samantha, sin embargo, supuso un *shock* del que no lograba recuperarse.

A pesar de que ya habían pasado dos días desde que había saltado la noticia, no conseguía que nadie le diese más información sobre qué estaba sucediendo en realidad. Matt se mostraba inusualmente hosco y había intensificado su dedicación y la de los demás al proyecto; y las pocas veces que Jack había aparecido por el despacho se le veía tenso y con un profundo ceño de preocupación en el rostro. Pasaba por la zona de trabajo siempre en silencio, aunque ella sentía la intensidad de su mirada como un escalofrío que la recorría de arriba abajo.

La noche anterior habían acordado que él pasaría por su apartamento para explicarle qué estaba sucediendo, pero llegó la medianoche y seguía sin aparecer. No fue hasta bien entrada la madrugada cuando se despertó con el sonido de un mensaje de Jack.

Sigo reunido, no creo que pueda ir esta noche. Lo siento, mañana hablamos.

A partir de aquel momento ya no pudo volver a conciliar el sueño. ¿Con

quién podía seguir reunido a aquellas horas?

A la mañana siguiente Samantha ya no aguantó más. Llevaba días intentando no dejarse llevar por pensamientos negativos y tener paciencia, pero su vívida imaginación y el hermetismo de Jack la estaban poniendo de los nervios.

¿Qué demonios se traía entre manos?

Decidida, se levantó de la silla y subió con paso firme las escaleras. No pensaba salir de su despacho hasta que le diese una explicación; no iba a permitir que la mantuviese al margen ni un día más.

—Samantha... —Maldiciendo por lo bajo se volvió hacia Matt, que asomaba la cabeza por la puerta de su despacho—. Justo bajaba a buscarte. ¿Puedes venir un momento a mi despacho?

—¿No puede esperar diez minutos? Necesito comentar un tema con Jack.

—Está en mi despacho. En realidad los dos necesitamos hablar contigo.

Se puso pálida y sintió que toda la adrenalina la abandonaba al ver la grave expresión en su rostro. Hacía días que Matt había perdido su característica sonrisa; por algún motivo que se negaban a explicarle, sus siempre vivos y chispeantes ojos verdes se habían velado de un constante manto de preocupación.

Su estómago dio una sacudida al comprender que estaba a punto de descubrirlo.

Jack les esperaba reclinado contra el escritorio con gesto adusto. Su camisa arremangada mostraba los tendones de sus antebrazos, especialmente tensos e hinchados, y un músculo temblaba en su mandíbula mientras la examinaba con una mezcla de anhelo e inquietud, como si se debatiese entre sus ganas de tenerla allí y a la vez estuviese evitando aquella conversación a toda costa.

—Hola, preciosa —la saludó Jack con voz ronca, consiguiendo que parte

del frío que había sentido aquellos últimos días desapareciese con la calidez de su mirada.

—Sam, siéntate, tenemos algo que contarte.

Levantó el mentón con obstinación y se cruzó de brazos.

—Estoy bien así —replicó impaciente—, soltadlo de una vez. ¿Qué está pasando?

Matt se pasó los dedos por el cabello, en un gesto tan parecido al de Jack que se sorprendió de no haberlo apreciado antes. Como en su hermano, aquel tic demostraba lo nervioso que estaba.

—La Hyatt Foundation ya ha anunciado quién va a reemplazar a Augusta Brown en el jurado. Se trata de Stevenson Michaels.

Aquel nombre no le decía nada, así que se quedó en silencio, esperando que continuase.

—Michaels es propietario de la mayor cadena de mobiliario residencial del país —le aclaró Jack—. Se gasta un dineral en publicidad, y da la casualidad de que Charlton es el socio mayoritario de la empresa de publicidad que Michaels ha utilizado los últimos cinco años.

Samantha encajó aquella nueva información en el puzle que había construido en su mente.

—La muerte de Augusta Brown no fue accidental —dijo a modo de conclusión, no como una pregunta.

Un tenso silencio se instaló entre ellos; los hermanos cruzaron una mirada inquieta y mantuvieron una muda discusión en la que se podía distinguir una clara amenaza en los ojos de Jack. Habían pasado horas discutiendo sobre la conveniencia de explicar a Samantha lo que se traían entre manos.

Jack no quería asustarla.

Desde el principio había intentado mantenerla lo más alejada posible de aquel asunto, dándole muy pocos detalles sobre lo que iba sucediendo, pero

los últimos acontecimientos habían dado un vuelco de ciento ochenta grados al caso y ya no se trataba de una simple colaboración con el gobierno. Se había convertido en un asunto peligroso que, no tenía ninguna duda, ya se había cobrado una vida.

Robinson continuaba mostrándose confiado y tranquilo, y aquella misma mañana le había asegurado que no correría ningún peligro siempre y cuando siguiese sus instrucciones durante la reunión prevista para aquella noche, pero él no estaba tan seguro. Empezaba a conocer al loco y caprichoso magnate, y si algo tenía claro era lo imprevisible y carente de escrúpulos que era; una combinación extremadamente volátil que les podía explotar en las narices y de la que prefería mantener ajena a Samantha.

Matt, por el contrario, creía que Jack estaba cometiendo un error al no explicarle los últimos sucesos y la trascendencia que podían llegar a tener. Si conocía en algo a su amiga, podía apostar que el hermetismo de su hermano la estaba sacando de sus casillas.

—La autopsia concluyó que murió por envenenamiento —confirmó Matt, ignorando la mirada asesina que le lanzó su hermano—. Encontraron altas dosis de estriknina en la sangre. Al parecer es un potente pesticida inodoro e incoloro que, suministrado en grandes cantidades, provoca la muerte inmediata. Creen que Augusta Brown lo ingirió a través del vino tinto que tomó para la cena. Hay varias líneas de investigación abiertas sobre quién podría ser el responsable, pero ninguna parece tener mucha fuerza. Quienquiera que lo hizo se aseguró de limpiar bien sus huellas.

—Dios mío... —susurró Samantha una vez procesada la información. Se acercó a Jack con el rostro desenchajado y clavó los dedos en sus antebrazos—. Tienes que dejarlo, Jack. Esto se ha vuelto demasiado peligroso.

La preocupación en sus ojos le desarmó. Se obligó a relajar la postura, le

cogió un mechón de pelo y lo acarició con suavidad antes de colocárselo tras la oreja.

—Estaré bien, preciosa, no te preocupes —la tranquilizó—. Esta noche tengo otra reunión con Charlton. Llevamos las últimas veinticuatro horas trabajando con el fiscal y con el equipo del FBI a cargo. Con un poco de suerte le atraparemos hoy mismo.

Samantha abrió los ojos con aprensión.

—¿Estás loco? —Se giró y miró a Matt buscando su complicidad, pero parecía tan determinado como su hermano. Resopló frustrada—. ¡Los dos estáis locos! Matt, ¿cómo permites que tu hermano se meta en la boca del lobo? ¿Y si se da cuenta de que le estás tendiendo una trampa? ¿Y si ya lo sabe?

—Nada nos hace pensar que sospeche algo. Además, tengo mis recursos. —No las tenía todas con él, pero ella no tenía por qué saberlo. Aunque se sentía halagado por su preocupación, el malestar de ella le ponía más nervioso; y precisamente por esa razón no había querido darle detalles sobre la muerte de la decana—. No voy a ir allí a ciegas.

Ella resopló y lanzó una carcajada desprovista de humor. El pánico empezaba a atenazarle la garganta y la estaba dejando sin respiración.

—¿Acaso eres un superhéroe y yo todavía no me he enterado?

—Nena, tu falta de confianza me ofende —bromeó él—. Menos mal que cuento con un ego muy saludable.

—¡Eres un maldito inconsciente! —explotó ella sin aliento. Se dio cuenta de que estaba a punto de perder el control cuando unas molestas lágrimas empezaron a empañar su vista—. ¡Los dos lo sois!

—Matt, ¿nos puedes dejar solos cinco minutos? —pidió Jack sin apartar la mirada de su rostro.

—¿No podéis iros a tu despacho? Tengo mucho trabajo retrasado que

hacer.

—Matt... —Le lanzó una mirada de advertencia.

—Vale, vale... Cinco minutos y vuelvo, así que procurad mantener la ropa en su sitio —dijo guiñándoles un ojo antes de salir.

* * *

Jack llevaba días sin pasar un minuto a solas con ella y empezaba a sentir los efectos de su ausencia. Tenerla allí parada, con sus preciosos ojos ardiendo de preocupación e indignación a partes iguales solo intensificaba su necesidad de abrazarla, besarla hasta que ambos se olvidasen de la realidad y asegurarle que todo iría bien.

No estaba en disposición de cumplir aquella promesa, pero sí podía atraerla a sus brazos y sentir algo de paz fundido entre sus labios.

—Quieto —le paró ella alzando una mano al intuir cuál sería su siguiente movimiento. Estaba demasiado enfadada y si le permitía besarla sabía que perdería toda la fuerza que la impulsaba. Se abrazó a sí misma tratando de controlar los estremecimientos que se habían apoderado de su cuerpo. Estaba asustada y furiosa.

—Nena...

—No, Jack —dijo rotunda—. Nada de lo que digas me va a convencer de que lo que vas a hacer no es una auténtica locura. ¿Qué más necesitas para ver que ese hombre está loco y es peligroso? Por dios, ¡ha matado a una mujer solo porque era un estorbo insignificante! ¿Qué te hará a ti si descubre que hace meses que le estás tendiendo una trampa?

—Para empezar, no hay ninguna prueba que demuestre que él está detrás de esa muerte. —Ella le miró incrédula y él tuvo el buen tino de sonrojarse ligeramente; ambos sabían que Charlton estaba detrás de aquel asesinato—.

Sé que es arriesgado, pero estoy en buenas manos. Te aseguro que ellos son los primeros interesados en que todo salga bien.

Samantha se pasó una mano por la frente sudorosa y vio que sus dedos temblaban sin control. Jack la miró con una sonrisa divertida en los labios.

—¿Se puede saber de qué te ríes?

—Matt tenía razón. Me advirtió que cuando te enterases de que el plan seguía adelante me darías una patada en los huevos y me pondrías en mi sitio.

—Bueno, me alegro de que al menos uno de los hermanos Sullivan tenga un poco de cerebro —gruñó ella cruzándose de brazos, todavía molesta.

Jack lanzó un suspiro y se acercó a ella.

—¿Podemos dejar ya ese tema? —le pidió con suavidad—. Preferiría aprovechar estos minutos de forma más productiva.

Sin darle tiempo a responder, Jack la cogió del rostro y la besó. Fue una caricia extraña, llena de ternura, pero intensa y apasionada cuando la apretó contra su cuerpo, como si quisiera fundirla contra su piel.

—Llevo días deseando hacer esto —murmuró él contra su sien.

Ella hundió el rostro en su cuello y aspiró su aroma. No podía resistirse a aquel hombre. La sensación de alivio al volver a estar entre sus brazos fue tan inmensa que su cuerpo tembló de regocijo. Él la abrazó todavía más fuerte y depositó un beso en su cabeza antes de volver a apoderarse de sus labios.

—No he dejado de pensar en ti ni un solo segundo desde que nos separamos el domingo. Te echo de menos —musitó él minutos después contra la piel de su garganta—. ¿Sigues sola en casa?

Ella solo alcanzó a asentir en silencio, perdida en las maravillosas sensaciones que las manos y los labios de Jack despertaban en su cuerpo.

—Perfecto, entonces esta noche iré a tu apartamento después de la reunión con Charlton.

Ella se separó y le miró con el ceño fruncido. Aunque estaba deseando

pasar más tiempo con él, cada vez estaba más asustada.

—¿Es seguro que vengas?

—Samantha. —Inspiró hondo, abrumado por el ansia que le corría por las venas—. Esta semana está siendo una locura; necesito pasar tiempo a solas contigo, dormir toda la noche abrazado a ti y olvidarme del resto del mundo durante unas horas.

—Está bien —aceptó ella con un hilo de voz, conmovida por sus palabras.

Se apretó más fuerte contra él, cerró los ojos y rezó para que todo fuese bien aquella noche.

Jack se removió inquieto en el interior de su SUV, aparcado frente a la entrada de la Torre Charlton.

Habían cambiado muchas cosas desde la última vez que había estado allí, hacía ya más de un mes. Por desgracia, ninguna en la dirección deseada en lo que al magnate se refería, pero esperaba que aquello cambiase esa noche.

Miró su reflejo en el espejo retrovisor y comprobó de nuevo que el aparato que le había colocado el agente del FBI en el oído era de verdad imperceptible desde cualquier ángulo. Le habían asegurado que aquel transmisor era indetectable, no solo al ojo humano, sino a cualquier rastreador electrónico.

Tragó saliva y se permitió admitir, aunque solo fuese para sí mismo, que afrontaba aquella reunión con algo más de inquietud que las veces anteriores. No era estúpido y sabía que, a pesar de la tranquila fachada de Robinson, la muerte de la decana Brown había puesto en alerta a las autoridades y empezaba a percibirse cierta urgencia por acelerar la resolución del caso. Además, a nadie se le escapaba que estaban utilizando a un civil como cebo para atrapar a uno de los presuntos mafiosos más importantes de las últimas décadas y, si por alguna casualidad saliese malherido, tendrían que dar muchas explicaciones.

La estrategia que estaban utilizando rozaba los límites de lo legal, y podían tener muchos problemas si algo salía mal, por eso le habían dado instrucciones muy claras sobre cuál era su único cometido y hasta dónde podía llegar. Debía mostrarse ambicioso y dispuesto a ser sobornado, y

obtener el máximo de información y detalles sobre sus planes y los socios involucrados, procurando no levantar la más mínima sospecha.

Pan comido, vamos.

Robinson le había explicado claramente qué necesitaban para que la fiscalía pudiese llevar a Charlton a juicio. Los cargos imputados debían estar claramente fundamentados, y para ello la obtención de pruebas —en aquel caso grabaciones de audio, pero idealmente también documentales— era esencial.

Decidido a lograr su objetivo, Jack echó un último vistazo a la imperceptible escucha y salió del coche infundiéndose ánimos a la vez que ponía sobre aviso a los agentes que le escuchaban.

—Vamos allá.

* * *

Richard Charlton saboreaba un trago de whisky mientras contemplaba con una sonrisa de satisfacción cómo el alcohol ambarino lamía los bloques de hielo. Aquella noche iba a poner la primera piedra en la reconstrucción de su imperio; pensaba remontar su empresa de su última bancarrota por todo lo alto.

Todo estaba listo, todas las variables en su sitio; solo faltaba que aquel muchacho aceptase su propuesta, y no tenía ninguna duda de que sería así. Si había algo que Charlton sabía reconocer era la ambición, y los ojos de Jack Sullivan habían brillado con codicia desde que él le había puesto la miel en los labios.

Lanzó una mirada a Anderson mientras este se servía su propia copa de licor, y después ambos elevaron sus copas en un mudo brindis. Al australiano se le veía tan complacido como a él, y no era para menos; el acuerdo que iban

a cerrar en pocos minutos sería solo la punta del iceberg del plan que tenían en mente.

Unos golpes impacientes en la puerta de entrada interrumpieron la temprana celebración que estaba teniendo lugar en el apartamento de la planta veintisiete de la Torre Charlton. Al instante, el teléfono móvil de Charlton empezó a sonar en el bolsillo interior de su chaqueta.

Molesto por aquella inoportuna interrupción, descolgó el teléfono mientras el propio Anderson abría la puerta. No querían miradas indiscretas, así que aquel día habían dado el día libre a todo el servicio.

—¡Señor! —exclamó con alarma el responsable de seguridad de Charlton entrando en el apartamento de forma precipitada.

Al ver que su jefe estaba atendiendo una llamada cerró la boca de golpe y empezó a dar saltitos sobre sí mismo, como si tuviese miles de pirañas mordiéndole las plantas de los pies mientras daba vueltas a un USB entre sus dedos. A su lado, Anderson le miraba con expresión interrogante, pero el jefe de seguridad tenía muy clara su jerarquía; cualquier información sería transmitida única y exclusivamente a su jefe, a nadie más.

—Jack Sullivan acaba de entrar en el edificio —comentó Charlton, complacido, tras colgar el teléfono.

—Señor... —dijo el jefe de seguridad, ansioso—, acabo de recibir una información de suma relevancia que debería revisar antes de...

—Ahora no, Donovan.

—Pero señor...

Con un gesto despectivo de la mano Charlton volvió a silenciar a su empleado.

—Te he dicho que ahora no. Tenemos una reunión en pocos minutos y no te quiero aquí.

—Señor —insistió Donovan con voz dura alzando la mano para enseñarle

el dispositivo entre sus dedos—, debe ver lo que contiene... Se trata de Jack Sullivan.

* * *

Una hora más tarde Jack salía de la Torre Charlton con paso furioso y un muy mal presentimiento en las entrañas. Entró en el coche con rapidez y puso el motor en marcha con mano temblorosa. Minutos después, cuando estuvo seguro de que nadie le veía, se deshizo del aparato de escucha que le habían colocado en el oído y lo lanzó con furia contra el salpicadero.

La reunión con Charlton había sido decepcionante. ¡Qué demonios! Había sido un auténtico desastre.

Empezó a sospechar que algo no andaba bien desde el momento en que Danielle le llamó, justo cuando estaba a punto de subir a la planta veintisiete, informándole que había habido un cambio de planes y su padre le esperaba en el ático de su propiedad. Aquel ajuste de última hora, en apariencia insignificante, había sido el primer signo de alarma y produjo gran frustración a quienes escuchaban de forma pasiva a través del dispositivo que llevaba Jack en el oído.

El día anterior Robinson le había informado de que el apartamento de la planta veintisiete pertenecía a un tal Yuri Kutikov, antiguo miembro de la mafia rusa establecido en Estados Unidos desde hacía más de veinte años, y que este se lo había arrendado a su gran amigo y también socio Thomas Anderson durante su estancia en Estados Unidos.

Demasiadas casualidades.

Cuando los investigadores supieron dónde había sido convocado, supieron que tenían en sus manos la ocasión de cazar a dos buenas piezas de un solo golpe y que aquel encuentro sería decisivo. Por eso le habían cargado de

escuchas y habían apostado a varios miembros del FBI encubiertos en diversos puntos alrededor del edificio, listos para intervenir en caso necesario.

La falta de puntualidad de Charlton fue la segunda señal de que aquel encuentro sería un fiasco. A pesar de sus muchos defectos, y con excepción de aquel primer encuentro cuando le hizo esperar mientras acababa su llamada telefónica, las citas con él siempre se habían caracterizado por una puntualidad británica, además de haber tenido lugar siempre en privado: el despacho del ático, el apartamento de Danielle... Cuando su secretaria personal le invitó a tomar asiento en el salón principal y esperó junto a él a que su jefe llegase, Jack supo que nada iba a salir como habían esperado.

No se equivocó.

Cuando el magnate por fin se dignó aparecer, le trató más como una visita de cortesía que como una reunión de negocios; se le notaba disperso y distante, y en ningún momento disimuló el poco entusiasmo que sentía al tenerle sentado en su sofá. Durante los escasos cinco minutos que duró su visita Charlton no hizo mención de Storm o el concurso; solo se interesó por cómo marchaba la relación con su hija, y se notaba a la legua que tampoco estaba verdaderamente interesado en aquello. Jack aguantó estoicamente aquella conversación sin sentido, sin mostrar ni un ápice de la profunda inquietud que experimentaba por dentro.

¿Qué demonios estaba pasando?

La persona que tenía frente a él era una pobre caricatura del agresivo hombre de negocios con quien había estado negociando hasta ese momento. Mientras Charlton le hablaba de estupideces él no dejaba de dar vueltas a las razones de aquel radical cambio de actitud.

¿Podía ser que le hubiese descubierto?

Descartó aquella posibilidad enseguida; si así fuera probablemente ya

estaría mordiendo el polvo, o en circunstancias similares a las de Augusta Brown, en lugar de manteniendo una conversación de lo más civilizada con él.

Se encontraba a escasos minutos del apartamento de Samantha cuando le entró una llamada de Robinson por el dispositivo de manos libres. Descolgó y de inmediato ladró:

—¿Se puede saber qué cojones ha pasado?!

—Has destruido el aparato de escucha.

Jack apretó con fuerza el volante. La templanza del fiscal le sacaba de quicio.

—¿Y? —contestó insolente.

—Ese pequeño aparatito vales miles de dólares, Jack, y es propiedad del gobierno.

—Que jodan al gobierno y al aparatito, respóndame la pregunta.

—Cuidado con el tono, Jack. Entiendo que estés nervioso, pero no tenses la cuerda. —Se mantuvo en silencio hasta que escuchó un suspiro de rendición al otro lado del teléfono—. No sabemos qué ha podido pasar. Tengo a todo el equipo analizando cada comunicación de las últimas setenta y dos horas, todos los movimientos de Charlton, Anderson y sus hombres de confianza, pero todavía no hemos encontrado nada que nos indique por qué Charlton ha reulado hoy.

—Algo no cuadra, Robinson. Cambiar el lugar de encuentro en el último momento, las estupideces de las que hemos hablado... —Resopló Jack mientras aparcaba a pocos metros del portal donde vivía Samantha—. El tipo con el que me acabo de reunir no se parece en nada al hombre con quien me he encontrado todas estas semanas, y dudo que me haya citado para hablar del tiempo y de cuán en serio iba mi relación con su hija.

—Estoy de acuerdo, pero ahora mismo no puedo decirte mucho más. —El

fiscal dejó de lado su tono profesional y se dirigió a él con afecto—. Vete a casa, Jack, descansa y olvídate durante unos días de este tema. Llevas muchos días en tensión y lo de hoy ha sido un mazazo. Ya te avisé que debíamos ser muy prudentes; no podemos forzar la situación, y tras lo que acaba de suceder creo que es conveniente que se enfríen un poco las cosas y no volver a hacer ningún movimiento hasta que no averigüemos qué ha provocado su retirada.

Jack escuchaba a Robinson con la frente descansando sobre la curva del volante, con los brazos rodeándolo y los ojos cerrados.

Se sentía exhausto y derrotado.

Tenía puestas muchas esperanzas en aquella reunión; quería dejar atrás cuanto antes toda la farsa en la que se había convertido su vida y disfrutar de la incipiente relación que estaba surgiendo con Samantha sin tener que mirar sobre su hombro cada vez que salía a la calle. La responsabilidad y el sacrificio que suponía colaborar con la fiscalía empezaban a pesarle demasiado, volviéndole más impaciente e irascible de lo habitual.

Tomó una profunda inspiración y, tras despedirse del fiscal, salió del coche. No había nada más que pudiese hacer aquella noche, así que decidió seguir el consejo que le acababan de dar y olvidarse de aquel quebradero de cabeza durante unos días... junto a Samantha.

* * *

Empeñada en darle una sorpresa de cumpleaños, Danielle esperó a Jack aparcada frente a la Torre Charlton. Apenas se dio cuenta que salía del edificio cuando le vio subir a su coche y marcharse, así que, sin dudarlo un instante, arrancó y le siguió. A medida que avanzaba por la carretera empezó a tener un desagradable presentimiento. El camino que Jack había tomado no

le llevaba a su apartamento en Greenwich Village, sino en dirección al barrio donde vivía su antigua empleada Julia y, desde hacía varios meses, también su mejor amiga Samantha.

Le vio aparcar y, varios minutos más tarde, dirigirse hacia el interior de su edificio. Sabía que Jules estaba de viaje en España por la Fashion Week, así que la presencia de Jack en aquel barrio solo podía significar una cosa.

Reacia a creer lo que sus ojos le mostraban con claridad, se mantuvo a la espera dentro de su coche durante lo que le parecieron horas, rezando por que la visita fuese rápida y tuviese una explicación distinta a la que su mente se empeñaba en mostrarle.

Quizá tenía algo que comentar con ella sobre el trabajo, o su hermano Matt estaba con ella y Jack había ido a buscarle...

Tras media hora de absurdas excusas empezó a hiperventilar, y todo a su alrededor se volvió confuso. Se le agarrotaron las piernas, se le nubló la vista y, al final, su cuerpo colapsó de estrés. Era incapaz de controlar los intensos temblores, y una profunda rabia fue creciendo en su interior; gritó, golpeó con violencia todo lo que se encontró a su paso y perdió el sentido de la realidad hasta que el agotamiento la noqueó por completo.

Dos horas más tarde, ya en plena noche cerrada, Danielle se retocaba el maquillaje que las lágrimas derramadas habían echado a perder. El espejo de su polvera reflejaba unas profundas ojeras y una expresión exhausta. Al aplicarse el corrector con los dedos siseó con una mueca de dolor; se revisó las uñas y descubrió que no solo se había roto la mayoría sino que tenía sangre bajo algunas de ellas.

Echó un vistazo al interior del coche y distinguió todo el contenido de su bolso desparramado sobre el salpicadero, el asiento del copiloto y el suelo. Se apreciaban unos profundos arañazos en la tapicería de fina piel de los

asientos, y la pantalla de plasma del salpicadero estaba resquebrajada e inservible.

No tenía ningún recuerdo de lo que había hecho durante las últimas horas, pero siempre sucedía igual. Cuando tenía un brote psicótico lo destrozaba todo a su paso, lesionándose a sí misma en el proceso.

Todavía con manos temblorosas, rebuscó entre sus trastos y se arrastró hasta encontrar el bote de pastillas que su médico le había recetado en caso de que volviese a sufrir un episodio como aquel. Tragó la cápsula sin necesidad de agua y tras varios minutos sintió que volvía a recuperar el control de su cuerpo y su mente. Era una mujer práctica, no pensaba dejarse llevar por las emociones. Aquella fase ya había pasado.

Descubrir que Jack estaba teniendo una aventura con aquella mujer había sido un golpe duro, pero ahora que volvía a tener la mente despejada, pudo ver aquel problema como lo que era: un mero inconveniente a salvar.

Lo mejor que podía hacer era volver a casa y recuperarse. Iba a necesitar de toda su energía para pensar la mejor forma de actuar de ahora en adelante y conseguir su propósito: un futuro junto a Jack, despejado de cualquier tipo de obstáculo.

Tras pasar una tranquila y relajada noche con Samantha, el viernes Jack se despertó con más energía de la que había tenido en la última semana y de inmediato se le ocurrió una idea brillante.

Se volvió hacia el otro lado de la cama y despertó a su bella durmiente, prácticamente arrastrándola fuera de la cama cuando ella trató de resistirse entre gemidos y quejidos de frustración al comprobar la hora que era.

Él ignoró su mal humor con maestría y con una cachetada en el trasero la urgió a espabilarse y prepararse para una escapada de fin de semana.

Pretendía pasar el mejor cumpleaños de su vida.

Media hora más tarde, Samantha estaba de pie en la cocina con una enorme taza de café cargado entre las manos mientras escuchaba a Jack discutir con su hermano por teléfono.

Al parecer a Matt no le hacía ninguna gracia que su hermano le robase a un miembro de su equipo un viernes por la mañana, a pocas semanas de entregar el proyecto a concurso; pero Jack pareció encontrar algún argumento de peso, porque la resistencia al otro lado de la línea duró pocos minutos y acabó ganando la partida.

No le sorprendió; Jack era un negociador duro e incansable, y cuando a eso le añadía una mínima dosis de encanto, su oponente no tenía ninguna oportunidad.

Ella misma se topó con la férrea determinación de Jack cuando intentó sonsacarle adónde la iba a llevar. Estaba tan ilusionado con su sorpresa que no solo no soltó prenda sino que ni siquiera le permitió preparar su propia

bolsa de viaje. El brillo infantil en sus ojos y la sonrisa en su rostro cuando le dijo que él se encargaría de todo la ablandaron con preocupante facilidad, así que, al final, rendida a sus más que evidentes encantos, le permitió rebuscar y trastear entre sus pertenencias como si aquello fuera lo más habitual entre ellos.

Antes de salir de la ciudad pasaron por casa de Jack, que tardó menos de diez minutos en recoger sus cosas y emprender el viaje hacia no sabía dónde.

Samantha trató de mantenerse despierta, pero no habían pasado ni veinte minutos cuando cayó rendida a la hipnótica quietud del coche y la calidez de la mano de Jack, que no se apartó de su muslo en todo el camino.

* * *

Samantha miraba boquiabierta la preciosa casa rústica frente a la que se encontraban. Abrumada por la belleza de la sencilla construcción y el entorno que la rodeaba, sus ojos se recrearon con curiosidad en el bucólico paisaje que alcanzaba su vista.

Frente a ella se abría una extensión de terreno cubierto de árboles altos y desnudos, tan vasto que sus ojos no lograban ver hasta dónde alcanzaba. El invierno había dejado su huella en cada recoveco del bosque, extinguiendo cualquier vestigio de vida, sepultada bajo una capa de nieve que permanecía intacta desde la última nevada. El sol, que se asomaba con timidez entre las espesas nubes, se reflejaba en las estalactitas de hielo que se habían formado bajo las ramas de los árboles y, como si de un prisma se tratara, irradiaban haces de luz de distintos colores creando un efecto mágico del que le costó desprender la mirada.

Se volvió, deseosa de seguir descubriendo aquel maravilloso panorama, y se encontró con el rostro satisfecho de Jack que, apoyado contra el coche, la

observaba con una sonrisa en los labios. Contuvo el aliento, sobrecogida por su belleza, mucho más terrenal e inquietante que la que les rodeaba, y sintió que su corazón se saltaba un latido ante la dulzura de su mirada.

Ella sonrió y, dejándose llevar por un impulso, corrió hacia él y se lanzó a sus brazos.

—¡Me encanta! —le susurró al oído algo avergonzada por su arrebato—. Gracias...

El pecho de Jack tembló con una carcajada mientras la sujetaba con fuerza por el trasero.

—Todavía no has visto nada —le dijo dándole un beso tras la oreja. La dejó en el suelo y la cogió de la mano—. Ven, tengo muchas ganas de que veas el interior de la cabaña.

Lo que Jack llamaba cabaña era una casa de dos plantas de estilo contemporáneo, con altos techos y toneladas de vidrio que absorbían cada ápice de sol e integraban la pequeña construcción con el entorno.

La planta principal era un gran espacio abierto con suelos de madera de pino antiguo y ventanas que iban del suelo al techo, ofreciendo unas magníficas vistas del bosque y, más allá, del río Hudson, que atravesaba la zona. Una chimenea de leña presidía el salón, cubierto por cálidas alfombras y rodeado por amplios sofás. Samantha se sonrojó cuando una imagen de ellos dos junto al fuego cruzó por su mente. Dios santo, desde que le conocía había tenido más fantasías eróticas que en toda su vida.

Se volvió hacia la cocina, perfectamente equipada, que se comunicaba con el salón y daba acceso a las escaleras que llevaban a los dormitorios y los baños de la primera planta.

La casa se había diseñado a conciencia, buscando el equilibrio perfecto entre funcionalidad y encanto; con una decoración austera y romántica a la

vez, y que además se integraba perfectamente con el entorno. El diseño de aquella construcción era simplemente genial.

—¿Te gusta?

—Es maravillosa.

—La diseñé cuando todavía estaba en la universidad —confesó con orgullo.

Samantha le miró con asombro.

—¿Es obra tuya?

—Bueno, no la construí yo, aunque el jefe de obras probablemente te diría lo contrario. —Se frotó la nuca con una sonrisa exenta de remordimientos—. Estuve tan pendiente de cada fase de la construcción que más de una vez me amenazó con renunciar.

—No sé por qué no me extraña. —Él la miró con una ceja arqueada y ella se encogió de hombros—. Eres un obseso del control.

Él asintió, admitiendo sin reparo su apreciación.

—Bueno, vale ya de tanta cháchara. —La abrazó por la espalda y le dio un beso tras la oreja—. Será mejor que vayamos al pueblo a comprar provisiones. Hace meses que no vengo por aquí y la nevera y el desván están vacíos. Mejor aprovechar mientras todavía podemos; antes de salir he comprobado el tiempo y hay previsión de tormenta de nieve.

Tras descargar sus equipajes se dirigieron a Hudson, a unos veinticinco minutos de distancia. Decidieron no pararse a visitar el pueblo e ir directamente a comprar los víveres que necesitarían para los próximos dos días; había empezado a caer una fina lluvia que no tardaría en convertirse en tormenta y Jack quería estar de vuelta antes de que las carreteras volvieran a cubrirse de nieve.

En el camino de vuelta a la cabaña ella apenas habló, ocupada en contemplar las excepcionales vistas que iban dejando atrás.

Él tampoco era hombre de muchas palabras, así que entendía que ella necesitase un espacio interior donde retirarse de vez en cuando.

Aquella introversión le obligaba a hacer el doble de esfuerzo para conocerla mejor, pero en aquel momento ella no ocultaba nada, solo disfrutaba como una niña pequeña, así que se relajó y sonrió, feliz como hacía mucho tiempo... quizá años, y consciente de que ella era la principal causante de aquella sensación.

Frunció el ceño.

Aquel lugar, la cabaña, la paz y el silencio que reinaban en la naturaleza que les rodeaba formaban parte de él como muy pocas otras cosas lo hacían. Era su refugio, el lugar al que acudía siempre que necesitaba desconectar y reencontrarse consigo mismo.

Recordó el tiempo que pasó allí antes del último año de facultad, cuando volvió de su estancia en Brasil, y cómo aquellas semanas le ayudaron a recomponerse y poner nuevo rumbo a su vida. Celoso de su intimidad hasta el extremo, jamás había compartido aquella parcela de su vida con nadie, aunque su familia conocía de su existencia; pero ahí estaba ella, haciéndose espacio en su vida con sorprendente facilidad, ocupando huecos que largo tiempo atrás había decidido dejar a oscuras.

Se volvió hacia ella y quedó prendado de lo que vio. Apoyada sobre la palma de su mano, observaba el paisaje a través de la ventana con mirada soñadora y el gesto feliz y relajado. Sintió un vuelco en el estómago al comprender que no había nada que deseara más que ser el causante de aquella expresión en su rostro cada día durante el resto de sus vidas.

* * *

Samantha se reclinó sobre el sofá y se cubrió las piernas con la manta que

Jack había dejado a sus pies. Sentía los músculos tan relajados que apenas se tenía en pie; el madrugón y las emociones del día la habían dejado exhausta. Con los párpados medio cerrados observó cómo Jack añadía otro tronco al fuego que crepitaba en la chimenea. Vestido con un jersey de lana de cuello vuelto y unos desgastados tejanos, se había deshecho del calzado y los calcetines, y andaba descalzo sobre la mullida alfombra.

Sonrió ante aquella imagen, tan parecida a la que su imaginación había conjurado aquella misma mañana, y se mordió el labio preguntándose si sería capaz de pedirle lo que deseaba. Cerró los ojos y sintió que se le iba la cabeza; había bebido demasiado vino durante la cena, y el alcohol mezclado con el cansancio que arrastraba no era la mejor combinación para planear una seducción.

—¿Quieres que nos vayamos a dormir? —preguntó él al verla bostezar.

—Mmm... no, déjame disfrutar un poco más de la experiencia —respondió sin abrir los ojos.

—Está bien —dijo, de repente muy cerca de ella—, entonces ven conmigo frente al fuego.

Sin esperar su respuesta la cogió en brazos y se las llevó, a ella y a la manta, hasta el lugar que acababa de ocupar sobre la alfombra. Con la espalda pegada contra su duro torso y sus brazos rodeándola, Samantha se relajó con total abandono.

—Nunca había hecho nada parecido —confesó soñolienta—, es maravilloso.

—¿Nunca has hecho una escapada? —preguntó él algo sorprendido—. Pero si en España tenéis lugares espectaculares.

—Lo sé, pero siempre he preferido estar cerca de mi familia. La primera vez que me alejé de casa fue para venir a Estados Unidos.

—¿En serio? —Jack la apoyó sobre su hombro, de manera que pudiese

verle la cara—. ¿Y eso?

—Allie necesitaba muchas atenciones y toda ayuda era poca. Siempre preferí estar a mano.

—¿Tan dura fue la recuperación?

—Sí —dijo ella con un deje de tristeza—, después de cada operación se quedaba postrada en cama durante meses, y después, cuando recobraba la movilidad, tenía que hacer interminables horas de recuperación, asistir a revisiones médicas periódicas... En cuanto tuve edad de conducir y las clases en la universidad me lo permitían, yo me encargaba de llevarla de un lado a otro.

—Pero... ¿y tus padres? —inquirió extrañado. Todo aquello sonaba a demasiada responsabilidad para una adolescente que seguía conservando a ambos padres.

—Mi padre trabajaba día y noche. —Samantha se incorporó; la conversación la había despejado del sueño y el alcohol—. Los tratamientos no eran precisamente baratos, así que aumentó el número de clases en la universidad y consiguió un segundo trabajo dando clases en una escuela nocturna para adultos. Mi madre traspasó la tienda para atender a mi hermana, y entre ella y yo nos ocupábamos de todo lo que necesitase.

—Parece mucho sacrificio para una adolescente.

—Yo nunca lo sentí así. —Levantó la barbilla. Defendería sus decisiones ante cualquiera—. Mis padres nunca permitieron que la situación en casa afectase a mis estudios, y yo era la primera en querer volver a casa tan pronto como acababan las clases. Era lo mínimo que podía hacer por ella.

Jack frunció el ceño al escuchar aquellas últimas palabras.

—No lo entiendo... Es decir —aclaró él con rapidez al percibir la tensión en sus facciones—, comprendo que estuvieras preocupada por tu hermana y

quisieras ayudarla, pero lo que me explicas, cómo te volcaste y sacrificaste toda tu vida por su bien... ¿no te parece algo excesivo?

Samantha desvió la mirada y parpadeó con rapidez al sentir el escozor de las lágrimas.

Durante mucho tiempo, se había sentido culpable y avergonzada por su papel en el accidente. Años trabajando con su terapeuta la habían ayudado a racionalizar los hechos y aceptar, hasta cierto punto, que ella no había sido la responsable de lo que había ocurrido aquella noche. Las desgracias pasan, las tormentas eléctricas existen y su familia se encontraba en el lugar y en el momento equivocados.

Sin embargo, una parte de ella seguía empeñada en creer que fue su actitud caprichosa y la pelea que provocó lo que distrajo a su padre de la carretera, privándole de la capacidad de reacción necesaria para evitar la colisión.

—Durante mucho tiempo me culpé del accidente... —confesó con un hilo de voz.

Él alzó una ceja.

—A ver, explícame eso mejor, preciosa. —Él acogió su mejilla con la mano y la observó con ternura, como si hablase con una niña pequeña en lugar de con una mujer de veintisiete años.

Aparte de Jules, solo había sido capaz de hablar abiertamente de aquel tema con la doctora Oriol; en cada una de aquellas sesiones había acabado hecha un manojo de nervios, deshecha por las lágrimas, la rabia y el dolor. Jamás se le pasó por la cabeza que algún día volvería a compartir aquella experiencia con nadie más; sin embargo, sentía que era importante mostrarse tal cual era con él. Lo que había sucedido formaba parte de ella, y todas las decisiones que tomó, antes y después, la habían convertido en quien era a día de hoy.

Con el tiempo había aprendido a aceptar aquella parte fea de sí misma,

pero había llegado la hora de que él también la viese y decidiese si podía aceptarla.

Jack mantuvo la expresión serena y el corazón en un puño mientras la escuchaba narrar la noche del accidente con voz acongojada, asombrado por la inmensa carga que arrastraba desde hacía tantos años, resultado de la interpretación inmadura que había hecho una niña de doce años. Al parecer los años de terapia la habían ayudado a calibrar lo sucedido aquella noche y ponerlo en perspectiva, pero aquello no impidió que se siguiese volcando en los cuidados de su hermana y antepusiese el bienestar de su familia al suyo propio.

Más que sorprendido por su generosidad, la mantuvo abrazada largo tiempo después de que terminase de hablar, acariciándole el cabello y la espalda mientras la besaba sobre la suave piel de su nuca.

—Así que eras un cerebritito... —bromeó él al cabo de un rato, tratando de aligerar el ambiente.

—Nunca lo llegué a averiguar —replicó ella con voz cansada—. Tras el accidente no tuve la necesidad de volver a pasar los exámenes. —Sonrió con tristeza—. Fue lo único positivo de aquella noche.

—Creo que me he perdido.

Samantha le miró de reojo y se removió nerviosa entre sus brazos, preguntándose hasta dónde debía explicarle. Hablarle sobre aquel capítulo de su vida suponía desnudarse por completo y, aunque aquellos tiempos quedaban muy lejanos, las cicatrices que arrastraba, tanto físicas como emocionales, la acompañarían el resto de su vida.

¿Sería capaz de enseñárselas?

¿Qué pensaría de ella tras aquella última confesión?

Sintió una oleada de aprensión. No sabía si estaba preparada para ver la

censura, incluso el asco, en aquellos ojos azules que ahora la miraban con tanta calidez y que ella había llegado a amar.

—No tienes que explicarme nada más si no quieres —la interrumpió él, consciente de su conflicto interno. Sus ojos eran un pozo de confusión y ya la había presionado suficientemente por una noche.

—No es que no quiera..., es que es... difícil de explicar.

Él asintió y la besó con suavidad, infundiéndole la tranquilidad y el valor que le faltaban. Ella inspiró hondo y decidió sacarlo todo de golpe y sin rodeos.

—Sufrí acoso escolar entre los once y los trece años, y durante un tiempo me autolesioné para sobrellevar el estrés. —Jack contuvo la respiración—. Si insistí tanto a mis padres sobre el test de altas capacidades fue porque necesitaba salir de aquella escuela; era la única salida que se me ocurrió para alejarme de aquella pesadilla.

—Nena...

—Qué estupidez, ¿verdad? —le interrumpió con una carcajada de burla hacia sí misma—. La verdadera pesadilla fue el accidente que sufrimos, no que unos adolescentes estúpidos estuviesen empeñados en hacerme la vida imposible porque no encajaba y les hacía sentir incómodos.

Samantha estaba tan perdida en sus recuerdos que una vez que comenzó a hablar, Jack ya no la pudo parar.

—¿Qué importaba que me insultasen todo el día, me robasen los libros y el desayuno y me ridiculizasen delante de todos? No eran más que bromas pesadas; de mal gusto, sí, pero debería haberles ignorado y seguido adelante sin mirar atrás —se reprochó, negando con pesar—. Pero no pude hacerlo, me fui bloqueando cada vez más en clase, mis notas empezaron a fallar y hasta llegué a fingir estar enferma para no tener que volver.

»Un día, al volver a la escuela tras estar varios días “enferma”, algunas

compañeras de clase me arrinconaron en los vestuarios. Al parecer me habían echado de menos y me estaban esperando con ganas —resopló incrédula—. En aquel momento no entendí qué problema tenían conmigo; para entonces yo ya me había convertido en una sombra; no hablaba con nadie, no destacaba ante los profesores, pero aun así aquellas chicas estaban obsesionadas conmigo. A aquellas alturas ya daba igual las razones por las que habían empezado a molestarme; eran adictas al subidón de adrenalina que sentían al humillarme, se sentían poderosas. Aunque aquel día se superaron a sí mismas... Vaya si lo hicieron...

Jack cerró los ojos y tragó saliva.

Se maldijo una y mil veces por haber continuado presionándola e indagando en su pasado. Quiso pedirle que parase, pero, tras varios minutos escuchándola hablar, se dio cuenta de que ella lo necesitaba; había abierto una compuerta en su interior y la avalancha de recuerdos y emociones era demasiado poderosa para pararla.

—Aquel día me arrastraron por el suelo de todo el vestuario agarrándome del cabello —continuó ella con voz queda. Una lágrima rodó por su mejilla y se la secó con rabia. No, no iba a volver a llorar por aquello nunca más—. Jamás había sentido un dolor tan intenso, como si me estuvieran clavando miles de agujas en el cuero cabelludo. Me resistí entre lágrimas y aullidos, pero solo conseguí causarme más dolor. —Se pasó los dedos por el cabello—. El dolor era tan agudo que arrasó con todo lo demás: los insultos, las risas malintencionadas, las palabras hirientes... Todo se desdibujó hasta que dejó de existir, superado por el calor abrasivo que sentía en la cabeza.

—Joder... —susurró Jack entre dientes, apretando los puños con rabia y frustración. Por fin empezaba a comprender algunas de sus reacciones.

—Pero ¿sabes qué? Que gracias a ellas descubrí la manera de lidiar con todo aquello. —Se encogió de hombros, quitándole importancia a lo que

acababa de explicar—. Cada vez que sentía que la situación me superaba buscaba un rincón y me autolesionaba; comencé tirándome del cabello como aquel día en los vestuarios, pero con el tiempo no fue suficiente, así que empecé a tirar más fuerte hasta arrancarme mechones de cabello. Llegué a hacerme heridas y acabé teniendo clapas por toda la cabeza, así que me dejé crecer el pelo y empecé a recogermelo siempre en una cola, de esa forma me aseguraba de cubrir cualquier signo que me delatase delante de mis padres; o ante cualquiera que quisiese prestarme algo de atención.

Incapaz de permanecer un segundo más sin tocarla, Jack la sentó sobre su regazo y la abrazó con fuerza. Aunque resultase absurdo, quería protegerla de aquellos recuerdos, necesitaba alejarla tanto como fuera posible del maltrato físico que sufrió y se autoinfringió entonces; y también quería detener el temblor que él mismo sentía en todo el cuerpo.

—¿Pero qué era todo aquello comparado con lo que tuvo que sufrir mi hermana con solo cuatro años? —susurró ella con la voz amortiguada contra su pecho—. ¿No te das cuenta? —Alzó la vista para mirarle a los ojos buscando su comprensión—. Lo mío no fue nada comparado con lo suyo.

—No digas eso. —Le acarició el cabello con reverencia—. Lo que le sucedió a Allison fue terrible, pero lo tuyo no fue menos espantoso, y no deberías restarle importancia.

—Nunca me ha gustado la autocompasión.

—Nena, eres demasiado dura contigo misma —le reprochó—. Lo que viviste fue horrible, y tienes todo el derecho del mundo a reconocerlo como lo que fue, y también a sentirte orgullosa de la mujer fuerte y luchadora que eres a día de hoy. Yo estoy muy orgulloso de ti.

Ella sonrió con dulzura y Jack se estremeció, maravillado de la luz y la fuerza que irradiaba aquella mujer.

—Allie me inspiró a luchar. —Sus ojos brillaron de amor hacia su hermana

—. Deberías haberla visto, Jack. Tan pequeñita e inocente... Pero nunca desfalleció; siempre con una sonrisa en la cara y la fuerza de un titán. ¿Cómo no iba yo a luchar? Si no por mí, al menos por ella; me necesitaba y me parecía un insulto que yo siguiera regodeándome en mis penas. Además, cuando nos trasladamos de ciudad y de escuela, todo mejoró y, al cabo de un tiempo empecé a ir a terapia y aprendí a controlar mis impulsos. Durante aquella época conocí a Jules, que enseguida se convirtió en mi confidente y una hermana más. Ella y Allie me dieron la fuerza necesaria para sobreponerme y seguir adelante.

Jack asintió en silencio, abrumado por su infinita capacidad de amar. La gratitud y humildad que demostraba, y la serena fortaleza con la que había enfrentado cada paso de su arduo camino, le maravillaron. Nunca había conocido a un ser humano con un alma tan pura como la suya, a excepción de Dulce, quizá.

—Y ahora que ya conoces la triste historia de mi vida y lo disfuncional que fue mi infancia, ¿estás seguro de que todavía quieres pasar el fin de semana conmigo? —Aunque sonreía de oreja a oreja sus ojos brillaron con incertidumbre mientras esperaba su respuesta—. Si quieres te doy ventaja para salir corriendo.

—Ya te gustaría deshacerte de mí tan rápido. —Ella lanzó un chillido cuando la cogió de la cintura y la colocó sobre sus muslos a horcajadas. La observó en silencio con una expresión indescifrable—. Eres increíble, ¿lo sabías?

Ella se sonrojó, conmovida al ver cómo estaba reaccionando a sus confesiones.

—Gracias por escucharme... y no juzgarme.

Le acarició el pelo de las sienes y él la miró con ternura y la besó. La fue desprendiendo de su ropa, besando cada recodo de piel que dejaba desnudo, y

pronto ella se convirtió en un tembloroso amasijo de gemidos y jadeos, de palabras a media voz y ruegos entrecortados mientras él se dedicaba a amarla como nunca antes había amado a otra mujer; con su cuerpo la protegió, con sus labios cicatrizó sus heridas y con su lengua borró cualquier vestigio de dolor.

Jack entrelazó los dedos entre las hebras de su cabello y tiró de ella con fuerza para dejar al descubierto su tersa garganta. De pronto, fue consciente de su gesto y se quedó helado.

—Hazlo, Jack.. No te detengas... —le rogó en un susurro, comprendiendo qué le había detenido.

—¿Estás segura?

—Sí... —musitó ella anhelante—. Todo lo que me haces es maravilloso... No pares... por favor, no pares...

Se lanzó sobre su cuello con un ronco gemido y volvió a apresarla con firmeza, asegurándose en todo momento de que seguía sintiendo placer, nunca dolor.

Al sentir el fuerte tirón ella le clavó los dedos en los músculos de la espalda y se regodeó en la poderosa sensación. Se arqueó y jadeó a media voz cuando le sintió deslizarse en su interior con una suavidad que contrastaba de forma exquisita con la fuerza con que la sujetaba.

—Eres maravillosa... —le susurró al oído.

—Por dios, Jack...

—Estar dentro de ti es... —gruñó al comprobar que no sería capaz de mantener el control durante mucho más tiempo. Aquella mujer le fundía las neuronas—. No es de este mundo...

Se inclinó y atrapó uno de sus pezones con la lengua, jugueteando con él mientras le acariciaba el otro pecho con las manos. Después devoró su boca con ansiedad. Cada vez que se acostaba con ella la deseaba más. Nunca tenía

suficiente; necesitaba hundirse más profundo en su interior, sentirla más cerca de su piel, encontrar cualquier recoveco inexplorado para venerarlo con pasión. Apretó los dientes al sentir las pequeñas convulsiones de sus músculos, que le rodeaban con calidez y exigían hasta el último vestigio de su cordura.

Sin despegar su mirada en ningún momento, el sensual vaivén de sus caderas les acercó cada vez más al límite, hasta que Samantha se rompió entre sus brazos con un quejido y él la siguió, completamente perdido y con un único pensamiento en la cabeza: «Mía».

El domingo por la noche Samantha entró en su apartamento exhausta pero feliz. Se dejó caer contra la puerta, cerró los ojos con una resplandeciente sonrisa en el rostro, y se tocó los labios mientras recordaba el beso de despedida que Jack le acababa de dar.

El fin de semana había sido perfecto; él era perfecto, y ya le echaba de menos.

Durante el camino de vuelta Jack había estado de un humor extraño, taciturno y pensativo, pero una vez que hubo aparcado frente a su edificio la había besado durante minutos hasta que ella le recordó que era pasada la medianoche y debía marcharse. Él gruñó en respuesta y la sujetó más fuerte, reacio a dejarla salir del coche y separarse de ella.

Al día siguiente tenían que madrugar y ya habían robado suficiente tiempo al mundo real; un mundo que estaba lleno de incertidumbres y responsabilidades a las que ambos debían hacer frente. No obstante, todavía no había llegado ese día, así que Samantha se permitió regocijarse unos minutos más en la absoluta felicidad que sentía. Recogió la bolsa de viaje y fue a su habitación sin encender ninguna luz; la claridad que entraba a través del ventanal era más que suficiente para orientarse.

Mientras deshacía la maleta recordó que al día siguiente debía levantarse más temprano de lo habitual, así que fue hasta el tocador y programó la alarma en su móvil.

Jules volvía de España a primera hora de la mañana y le había pedido que utilizase su coche para ir a recogerla al aeropuerto antes de ir a trabajar.

Estaba deseando volver a verla. Habían ocurrido tantas cosas en aquellos últimos diez días que no veía el momento de sentarse con un café entre las manos y charlar con ella de todo y de nada. Y de paso también averiguar qué tal le había ido por Madrid, pues durante aquel viaje había estado inusualmente incomunicada.

Se dirigió al baño dispuesta a prepararse para ir a dormir cuando escuchó unos suaves golpes en la puerta. Se paró en seco y agudizó el oído pensando que quizá habían sido imaginaciones suyas.

Los golpes fueron más fuertes la segunda vez.

Samantha comprobó la hora en el despertador y se preguntó quién podría ser a aquella hora; era casi la una de la madrugada.

Sonrió y un nudo de emoción se instaló en su estómago. Solo había una persona a quien se le ocurriría visitarla a aquellas horas, a escondidas. Sacudió la cabeza con incredulidad y fue hacia la puerta, radiante de felicidad por volver a verle más pronto de lo esperado.

—Esto se está convirtiendo en una costum...

Las palabras murieron en su boca al descubrir la identidad de su visitante, y de inmediato una expresión desconcertada sustituyó a su anterior sonrisa.

—Buenas noches, querida.

El tono amable y la sonrisa reluciente contrastaban con la mirada extraviada de los ojos verdes que la contemplaban desde el otro lado del umbral.

Se tensó al instante.

—¿Qué...?

No tuvo tiempo de terminar la frase, tan solo de levantar los brazos en actitud defensiva cuando vio que Danielle se abalanzaba sobre ella y la empujaba dentro del apartamento. Trastabilló con sus propios pies y cayó de culo en el suelo al escuchar su grito desquiciado. Se arrastró hacia atrás con

los brazos temblorosos y trató de poner distancia entre ellas sin éxito, pues en dos zancadas volvió a tenerla encima.

—Es mío, ¿lo entiendes? ¡¡Mío!!

Samantha levantó la vista, estremecida y sin resuello, a tiempo de ver cómo Danielle se cernía sobre ella y le daba un golpe seco que impactó de pleno en su sien.

Después todo fue oscuridad.

* * *

Todavía no eran las nueve de la mañana y ya estaba deseando que acabase el día.

Jules masculló por lo bajo y resopló por enésima vez mientras arrastraba sus dos maletas hasta el último tramo de escaleras de la quinta planta. Aquello le pasaba por querer vivir en un edificio centenario, donde la media de edad de sus vecinos rondaba los ochenta años y la del ascensor seguramente también. Desde que había empezado a vivir allí eran más los días que no funcionaba el viejo trasto que los que sí.

En general no le importaba hacer ejercicio y subir las escaleras a pie, pero aquel día, arrastrando dos maletas extragrandes, con un *jet lag* que la tenía descompuesta y un mal humor del tamaño de Central Park, lo que menos necesitaba era el ejercicio de más. Para colmo, Samantha la había dejado tirada en el aeropuerto y llegaba tarde a una reunión. ¡La iba a oír cuando la tuviese delante! La muy despistada ni siquiera le había enviado un mensaje para avisarla de que no podría ir y, lo peor, no le había respondido a ninguna de las llamadas.

Se sacó el móvil del bolsillo para comprobar si había respondido a alguno de sus mensajes.

Cero llamadas y cero mensajes de Samantha.

Seis llamadas perdidas y cinco mensajes de él.

—Que te jodan —susurró furiosa antes de volver a guardarse el móvil en el bolso.

Una vez en el apartamento se paró un instante a recuperar el aliento y miró a su alrededor con extrañeza. Por alguna razón, todo el espacio le resultó ajeno, como si no fuese ella quien lo hubiese decorado poniendo todo su corazón en cada detalle. Sabía por qué se sentía así: había vuelto diferente a como se marchó, y darse cuenta de ello le dio una rabia tremenda.

Maldito fuera. Siempre le pasaba igual. Cada vez que se cruzaba por su vida movía su eje y la desestabilizaba, haciéndola sentir fuera de lugar. Cada vez debía hacer el esfuerzo de reencontrarse y volver a conseguir el equilibrio desde aquella nueva posición.

Ya no recordaba cuántas veces se había reinventado y empezaba a estar cansada.

Jules se tensó al escuchar el tono del móvil, pero de inmediato se dio cuenta de que no era el suyo. Frunció el ceño. El sonido venía de la habitación. ¿Podía ser que se le hubiesen pegado las sábanas a Samantha y todavía estuviese durmiendo? Entró en la habitación y se encontró la cama hecha, una bolsa de viaje a medio hacer y el móvil de Samantha moviéndose con la vibración sobre la cómoda. Se acercó y miró la pantalla: Jack.

Dudó unos instantes antes de seguir el impulso y descolgar.

—Jack.

—¿Samantha?

—No, soy Jules. Sam se ha dejado el móvil en casa.

Silencio.

—¿La has visto esta mañana? —preguntó Jack extrañado—. Habíamos

quedado con todo el equipo a primera hora pero todavía no ha llegado y es muy raro en ella.

—Pues ya somos dos. Acabo de llegar del aeropuerto, donde tenía que recogerme esta mañana... —Jules se interrumpió al comprender que algo no andaba bien. No era propio de Samantha ser tan despistada, y mucho menos no ir a trabajar—. Jack... ¿qué pasa?

—No lo sé —dijo él al instante. Le escuchó mascullar a través del teléfono—. ¿A qué hora tenía que recogerte?

—A las seis. —El corazón le latía a mil por hora. ¿Qué estaba pasando?

—Joder, ayer la dejé en casa pasada la medianoche y todo estaba bien...

—No tiene ningún sentido. ¿Dónde puede estar?

—¿No te ha dejado ninguna nota? ¿Algo?

—No, ya te he dicho que no sé nada de ella —añadió Jules impaciente—.

La cama está hecha, hay una bolsa de viaje a medio hacer...

—Jules, tengo que colgar. Luego te llamo.

—¡Pero...!

Miró incrédula la pantalla del teléfono. ¡Le había colgado!

¡Maldito fuera Jack y todos los hombres!

Se sentó sobre la cama y se abrazó las piernas cuando un escalofrío le recorrió el cuerpo.

¿Dónde diablos se había metido?

* * *

Samantha despertó con el sonido de varias voces masculinas discutiendo a lo lejos. Desorientada, abrió lentamente los ojos y trató de incorporarse, pero el fuerte latido zumbando en su cabeza y una repentina e intensa náusea la hicieron desistir. Se llevó una mano a la sien y siseó al sentir una punzada de

dolor sobre la superficie rugosa de la piel. Se miró los dedos esperando encontrar sangre, pero no había nada.

¿Qué demonios le había pasado?

Tenía la mente tan embotada que tardó algunos minutos en empezar a recuperar trazos de lo sucedido durante las últimas horas. Recordaba el fin de semana con Jack y las confidencias compartidas, su extraño viaje de vuelta a casa y el beso que le había dado antes de despedirse...

Abrió los ojos de par en par cuando nuevos recuerdos llenaron su mente. Conmocionada, miró alrededor en busca de algo que le resultase familiar y que la convenciese de que aquellos otros recuerdos no eran reales. Estaba en una habitación elegante pero impersonal, tendida sobre una cama doble cubierta por un edredón con motivos florales y una multitud de cojines de distinto tamaño a su alrededor; ninguna fotografía u objeto personal cubría las desnudas estanterías de la estancia.

No reconoció el lugar en absoluto, y aquello la puso aún más nerviosa. Todo era aséptico, como si se tratase de una habitación de hotel. ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía allí?

Se irguió con ansiedad al escuchar que alguien introducía una llave en la puerta; al parecer había estado encerrada.

—Vaya, vaya, señorita Davis, por fin está despierta. Habíamos empezado a preocuparnos...

Samantha no pudo ocultar la conmoción al reconocer al hombre que tenía enfrente.

Richard Charlton se acercó a los pies de la cama con las manos en los bolsillos y paso relajado, como si ella fuese una invitada de honor en lugar de alguien a quien su hija había golpeado y arrastrado contra su voluntad hasta aquella habitación.

Por suerte su mente se estaba recuperando con más rapidez que su cuerpo,

todavía dolorido, así que pudo valorar la situación con rapidez y decidir que la mejor estrategia era permanecer callada. Podía llegar a entender que Danielle la hubiese atacado en un acceso de rabia y celos al descubrirles juntos, pero, ¿qué papel tenía su padre en todo aquel asunto? De inmediato le vino a la mente Jack y el fiasco de su reunión de hacía unos días. ¿Tendría alguna relación con aquello?

Y Danielle, ¿cómo había descubierto que ella y Jack estaban juntos?

Miles de preguntas bombardeaban su cerebro mientras evaluaba al hombre que tenía delante.

—Veo que no es mujer de muchas palabras —dijo el magnate al percatarse de su silencio. Se encogió de hombros—. Así mejor, no soporto a las mujeres histéricas.

De pronto, Danielle entró en la habitación y la recorrió de arriba abajo con una mirada de profundo desprecio.

—Estúpida... —resopló con fastidio—. No hay forma de deshacerse de ti.

Ella se tensó de inmediato, dispuesta a defenderse si volvía a atacarla, sin embargo, para estupefacción de ambas, Charlton se acercó hasta su hija y le asestó una bofetada que resonó en toda la habitación. Danielle se llevó la mano a la mejilla y le lanzó una mirada repleta de odio y lágrimas.

—¡Suficiente! —gritó Charlton—. Estamos así por tu histerismo e insensatez, así que da gracias que se haya despertado. Un cadáver es mucho más difícil de ocultar, y ya abusaste bastante de mi equipo de seguridad anoche para mover a esta mujer hasta aquí. Te advierto que eso no volverá a pasar.

Ella se mantuvo en silencio y, por primera vez desde que había despertado en aquella habitación, pensó que quizá todavía tenía una posibilidad de salir de allí. Al parecer todo había sido un arranque de locura de Danielle del que su padre no había tenido ningún conocimiento, y ella estaba más que

dispuesta a olvidar aquel episodio y volver a su supuesta normalidad... bien lejos de la mimada niña rica.

—Tienes suerte de que tu estupidez, por una vez, me vaya a resultar de utilidad —continuó el magnate con una expresión calculadora.

«¿De utilidad para qué?», se preguntó Samantha con una nueva oleada de inquietud.

—¿Qué me dice, señorita Davis? ¿Cree que Jack la quiere lo suficiente como para renunciar al Premio Pritzker a cambio de su seguridad?

* * *

Había agotado todas las opciones.

Jack no tuvo más remedio que rendirse y reconocer que se encontraba en un callejón sin salida, así que, dejando de lado cualquier otra consideración y, a pesar de saber lo poco que le iba a gustar aquello, descolgó el teléfono y marcó el número de la única persona que le podía ayudar.

Durante cinco minutos aguantó con estoicidad la furia de Robinson al saber que había iniciado una relación personal con Samantha a espaldas de todos, y asumió la responsabilidad de que su desaparición pudiera estar relacionada con el caso. No hacía falta que nadie más le dijese que había sido un imprudente egoísta, ya se había maldecido lo suficiente para toda una vida, pero no podía dejarse llevar por la asfixiante sensación de culpabilidad y el pánico que le acechaba cada vez que su mente se imaginaba los peores escenarios.

Samantha era nueva en la ciudad y su círculo de amistades y conocidos era muy reducido, así que pronto ambos se centraron en dos hipótesis: que hubiera sido víctima de algún incidente al azar o que su desaparición fuera un efecto colateral de la investigación en la que Jack estaba involucrado.

Aunque ambas alternativas eran igual de aterradoras, le espantaba particularmente la segunda; se le helaba la sangre cada vez que la imaginaba en manos de aquel hombre sin escrúpulos. Porque ya no le quedaba ninguna duda de que Charlton había sido el responsable de la muerte de la decana, y si había sido capaz de llegar hasta ese extremo, nada le impedía volver a matar.

Aceptar aquella hipótesis también implicaba asumir que, de algún modo, había descubierto su relación con Samantha y también su doble juego en el concurso. Por desgracia, aquella teoría cobraba más fuerza a cada minuto que pasaba, dándole más sentido a su retirada de último minuto de días atrás.

Varias horas más tarde Jack seguía encerrado en el despacho de Robinson, pendiente de cualquier novedad y con la impotencia bullendo en las venas. Con ellos también estaba John Ramirez, investigador principal del FBI; visto el giro que había tomado la situación, era imprescindible que ellos también estuviesen involucrados en su búsqueda.

Desde el fiasco de la última reunión se habían asignado más recursos del Estado para recabar inteligencia que les ayudase a despejar el camino y avanzar, pero las últimas novedades del día habían obligado a todo el equipo a actuar con más precaución. La reacción de Charlton si se sentía acorralado era imprevisible, y no podían arriesgarse ahora que era probable que tuviese a Samantha en sus manos.

Jack estaba desquiciado. Se sentía impotente mientras veía al resto hablar en susurros y revisar información a la que él no podía acceder. En su desesperación, se había ofrecido a llamar a Charlton personalmente y mover ficha, pero le habían obligado a mantenerse al margen y esperar.

—¿Esperar a qué, maldita sea?! Samantha puede estar en peligro, y cada minuto en manos de ese loco es un riesgo.

—¿Y con qué excusa vas a pedir la reunión? Siempre ha sido él quien ha iniciado el contacto... —le recordó Robinson—. Sé que estás preocupado,

pero confiaba en nosotros, en estos casos lo más prudente es mantener la mente fría.

Preocupado. Preocupado no se acercaba ni de lejos a cómo se sentía. Cada hora que pasaba el pánico le asfixiaba un poco más y llenaba su mente de imágenes nefastas.

Estaba volviendo a pasar. Iba a perderla y no podía hacer nada al respecto. Todo era culpa suya, no debería haberse acercado tanto a ella. Desde el principio había sabido que era peligrosa para él, pero ahora ya era demasiado tarde.

Se sentó en el sillón y apoyó los codos sobre sus rodillas mientras se sujetaba la cabeza con las manos. Al cabo de dos minutos se levantó y empezó a pasear arriba y abajo, consciente de que tenía demasiada energía acumulada y no tenía forma de deshacerse de ella.

De repente su móvil comenzó a vibrar en el bolsillo. Esperanzado con obtener buenas noticias, lo cogió con rapidez y su rostro se tensó al ver quien le llamaba.

Giró el móvil hacia Robinson y Ramirez y les enseñó la pantalla.

—Lo voy a coger —les advirtió con total determinación. Aquella era la oportunidad que habían estado esperando—. Hola, Dani...

—Jack... —ronroneó ella al otro lado de la línea—. Cuántos días sin hablar contigo... Te he echado de menos...

—Sí... He andado algo ocupado en el despacho; pero esta noche la tengo libre, ¿te apetece que nos veamos?

—¿De veras? —Sonaba genuinamente ilusionada—. ¿Por qué no vienes a mi casa y charlamos tranquilamente?

—Me parece buena idea. ¿A las ocho te va bien? —propuso él mirando a los dos hombres frente a él. Ramirez asintió.

—¡Fantástico!

Jack se frotó la nuca con preocupación. Sonaba demasiado entusiasmada. ¿Podía ser que Danielle no estuviese al corriente de las actividades de su padre y aquella cita fuera un punto muerto? Por unos instantes dudó del éxito de aquella cena, pero no se podía arriesgar; debía ir a por todas.

Dos horas más tarde Jack volvía a acceder a la Torre Charlton con el cuerpo en tensión y un muy mal presentimiento en las entrañas.

Supo que la cena no iba a ser de cortesía desde el mismo instante en que Danielle abrió la puerta. Le recibió con el rictus tenso y mucha menos efusividad de la que había demostrado por teléfono, y enseguida le pidió que la acompañase al salón.

Richard Charlton les esperaba cómodamente sentado en el mismo sofá en el que, hacía solo unas semanas, habían discutido sobre las probabilidades de que Storm ganara el concurso. En esta ocasión, sin embargo, no había ninguna sonrisa en su cara y tampoco hizo ningún amago de moverse de su sitio para saludarle.

—¡Richard, qué sorpresa! No esperaba verle hoy por aquí.

—No lo dudo. —Lanzó una carcajada, como si lo que había dicho fuera de lo más gracioso, y le hizo un gesto con la cabeza indicándole que se sentara.

Él alzó una ceja por la orden silenciosa y esbozó una leve sonrisa antes de tomar asiento.

—Voy a preparar unos cócteles —dijo Danielle retorciéndose las manos con nerviosismo, y a continuación se precipitó hacia la cocina.

Confuso por su actitud, Jack buscó una respuesta en el hombre que tenía enfrente, pero este estaba concentrado en la pantalla de la *tablet* que sostenía entre sus manos, ignorando conscientemente su presencia.

Jack apretó la mandíbula e inspiró hondo, obligándose a calmarse y esperar. Apenas le quedaba paciencia para lidiar con aquel impresentable, pero no se podía permitir perder los nervios a aquellas alturas; había demasiado en juego y no podía marcharse de allí sin descubrir si él sabía algo

sobre el paradero de Samantha. Además, si algo había aprendido tras varios encuentros con él, era que la conversación comenzaría cuando él quisiese, no antes. Y era preferible que fuese así; no quería dar un paso en falso y empeorar una situación ya de por sí diabólicamente complicada.

Escuchó el ruido de una puerta a su izquierda y, perplejo, observó cómo del interior de la habitación salía un hombre enorme.

Por si su aspecto y tamaño no fueran suficiente distintivos, el arma que llevaba metida en la cintura del pantalón, y que mostraba sin ningún complejo, le reveló con absoluta certeza que se trataba de uno de los guardaespaldas de Charlton.

El matón cerró la puerta tras de sí y se quedó apostado frente a ella, con las manos cruzadas por delante de su cuerpo, cuidando que nadie entrase... o saliese. Sus ojos no se dirigieron en ningún momento hacia donde ellos se encontraban; se mantuvieron fijos en un punto indefinido del salón, con la expresión vacía, ausente de emociones.

¿Qué demonios hacía aquel tipo allí? Charlton nunca había llevado a su equipo de seguridad en sus reuniones anteriores.

—Tengo algo de prisa, así que acabemos con esto de una vez —dijo de repente Charlton reclamando su atención.

Con el brazo extendido y una mirada de hastío, le ofreció la *tablet* que había estado revisando hasta hacía unos instantes. Jack se incorporó con el ceño fruncido y cogió el aparato con indecisión. ¿A qué demonios estaba jugando aquel hombre ahora?

Con más recelo que curiosidad, pulsó el signo «Reproducir» y fijó la vista en la pantalla. A medida que avanzaba el vídeo, el corazón empezó a golpearle el pecho con fuerza y un sudor frío le recorrió la espalda.

La grabación mostraba imágenes del día que se encontró con Robinson en el aparcamiento subterráneo a las afueras de la ciudad. El gesto que ambos

mostraban era grave y preocupado, así que era difícil argumentar que se trataba de un encuentro social. Unas pronunciadas arrugas fueron apareciendo en su frente a medida que avanzaba la reproducción. La mente de Jack trabajaba a toda velocidad, tratando de buscar una excusa plausible que explicase las imágenes que le estaba mostrando. Se le ocurrieron decenas de argumentos, todos ellos poco creíbles, que descartó de inmediato y acabó decidiéndose por la opción más arriesgada. La única que le quedaba, en realidad.

—¿Qué significa esto, Richard? —exclamó con indignación mientras lanzaba la *tablet* sobre el sofá—. ¿Es que me ha estado espiando?

Charlton lanzó la cabeza hacia atrás y rio con ganas.

—He de reconocerlo, muchacho, tienes cojones... —Lanzó un suspiro y sus ojos se endurecieron al decir las siguientes palabras—: Lástima que hayas resultado ser un jodido soplón.

Jack compuso su mejor cara de póquer y se acomodó en el sofá; se cruzó de piernas y estiró un brazo sobre el respaldo con total parsimonia, como si no tuviese nada que ocultar.

—No sé de qué me está hablando.

—No me subestimes, Jack. —Señaló la *tablet*—. Tengo el mismo vídeo con audio en mi ordenador. ¿De verdad pensabas que no iba a descubrir tu jueguito? ¿Acaso crees que he llegado donde estoy sin tener pensada y controlada cada transacción?

Jack no movió ni un solo músculo mientras le mantenía la mirada y valoraba sus opciones. El resto de sus sentidos, sin embargo, se activaron y centraron en los movimientos del gigante a pocos metros de él, empezando a comprender por qué estaba allí.

—Has resultado ser toda una decepción, Jack... Tenía grandes planes para

ti y no supiste valorarlos. Por suerte siempre hay otros que están dispuestos a aceptar el regalo que supone asociarse conmigo.

—No lo dudo —respondió Jack con sequedad.

—El problema es... que necesito un pequeño favor por tu parte. Estoy seguro de que no te importará complacerme teniendo en cuenta que estoy dispuesto a olvidar tu pequeña traición y que salgas indemne de este apartamento y prosigas con tu vida...

—Sus amenazas no funcionarán conmigo, Charlton. No le debo ningún favor, así que haga lo que le dé la puta gana con sus negocios sucios y déjeme tranquilo.

—Ni siquiera has escuchado lo que te voy a pedir...

—No necesito saberlo. Viniendo de usted, seguro que no es nada bueno. — Jack decidió quitarse la máscara por completo—. Y seamos sinceros, ahora que las cartas están sobre la mesa, no tengo por qué seguir fingiendo que no me repugna estar en su presencia y que estoy deseando perderle de vista...

Charlton chasqueó la lengua varias veces y negó con la cabeza como si lamentase oír aquellas palabras.

—Estás siendo muy maleducado, Jack —le advirtió con voz fría—, y me estás poniendo las cosas difíciles sin ninguna necesidad. Al fin y al cabo, lo único que necesito es que retires a Storm del concurso.

Jack lanzó una carcajada incrédula.

—Ni lo sueñe.

Charlton le sostuvo la mirada, y un brillo frío y calculador refulgió en sus ojos cuando finalmente habló.

—Jack, Jack, Jack... Creo que no lo estás entendiendo. Hay otros candidatos al Pritzker que están más que encantados de escuchar lo que les puedo ofrecer, pero Storm es uno de los favoritos y a estas alturas no me

queda margen para digamos... provocar más cambios en la composición del jurado...

—Así que admite que usted fue el responsable de la muerte de la decana...

—Ay, muchacho... Lo que le sucedió a Augusta fue una lamentable tragedia —declaró con un suspiro de pesar—. Era una mujer admirable, pero demasiado íntegra... y de arraigadas costumbres. ¿Sabías que cada martes encargaba su cena a un restaurante asiático cercano a su casa? Los propietarios no deben de estar muy contentos con la mala publicidad que les ha supuesto su muerte por envenenamiento.

A Jack se le revolvió el estómago al escucharle hablar con semejante frialdad y retorcido sentido del humor sobre el asesinato que él mismo había ordenado.

—La cuestión es —prosiguió— que vas a retirar tu candidatura al Pritzker en las próximas veinticuatro horas, o si no...

—O si no ¿qué? —le preguntó Jack con desprecio.

Charlton simuló debatirse con su inexistente conciencia durante unos instantes, y después se palmeó las rodillas y se levantó de su sitio con sorprendente ligereza considerando su edad.

—Está bien, tú lo has querido —dijo mirando hacia un lado.

Jack sintió que se le entumecían todos los huesos cuando el gorila a su izquierda se volvió hacia la puerta que había estado custodiando y desapareció tras ella.

El retumbar de sus latidos fue cobrando intensidad cuando escuchó varios ruidos secos y un amortiguado gemido femenino proveniente del interior de la habitación, y su corazón dejó de latir cuando la puerta volvió a abrirse y la peor de sus pesadillas se convirtió en realidad.

* * *

Preso del terror, Samantha se revolvió con fuerza entre los brazos de aquel monstruo en un intento infructuoso de evitar que la arrastrase fuera de allí. Consiguió encajarle un codo entre las costillas y darle una buena patada en la espinilla, pero el otro ni se inmutó, solo le clavó sus garras con más fuerza en los brazos y la empujó hacia delante.

Se quedó inmóvil y se olvidó de todo en el instante en que descubrió a Jack de pie frente a ella, con una expresión de pánico que a buen seguro era un reflejo de lo que ella transmitía con sus propios ojos.

Jack estaba lívido y desencajado. La repasó de arriba abajo con ojos desorbitados y al instante ella sintió su preocupación como una consoladora caricia, haciendo que le flaquearan las rodillas de puro alivio.

Supo que él había descubierto el hematoma que nacía en su sien y se extendía a lo largo de su mejilla cuando una furia salvaje cruzó sus ojos y los convirtió en dos bloques de hielo. El golpe que le había dado Danielle había sido tan fuerte que se le había inflamado el ojo, así que podía imaginarse el lamentable aspecto que debía de tener en aquellos momentos.

—¡Hijo de puta! —bramó Jack, abalanzándose sobre Charlton a tal velocidad que nadie le vio venir.

Estampó el puño contra su mandíbula, con tanta fuerza que el magnate salió despedido hacia atrás y cayó sobre el sofá como un peso muerto.

La imagen de Samantha malherida se repetía en la mente de Jack como un fotograma y alimentaba la furia que bullía en su interior. Cegado, apoyó una rodilla sobre el sofá, le agarró con fuerza del cuello de la camisa y alzó de nuevo el brazo, dispuesto a darle el golpe de gracia y rematar la faena.

—Yo de ti no lo haría... —amenazó una voz a su espalda mientras un leve gemido surgía de los labios de Samantha.

Jack se detuvo de golpe, soltó a su presa y se volvió lentamente.

Aquel tipo la había cambiado de posición y ahora la mantenía aplastada

con un brazo contra su enorme pecho mientras con la otra mano sujetaba un arma... que descansaba con precisión sobre su maltrecha sien.

—¡Papá! —gritó Danielle, que apareció en aquel instante, distrayéndoles a todos.

La mujer se precipitó sobre su padre al verle medio inconsciente e hizo un rápido barrido con los ojos. Una sonrisa de satisfacción fue asomando a sus labios al ver a aquella maldita entrometida encañonada por un arma.

Por fin iba a recibir su merecido; seguro que ya estaba lamentándose de haberse fijado en su hombre.

* * *

El cuerpo de Samantha se estremecía sin control al sentir el frío acero rozando su piel. Sus ojos, repletos de lágrimas, no se habían separado de Jack en ningún momento y seguían atados a él en aquellos instantes. Sabía cuál era su papel en aquel peligroso juego, al menos la parte que le había querido explicar su captor: era una simple moneda de cambio.

Por desgracia, el precio que debería pagar Jack a cambio de su seguridad sería muy elevado.

Un enorme pesar creció en su pecho al imaginar el calvario que él estaría pasando en aquel momento. Quería mostrarse fuerte por él, lo que menos necesitaba era verla derrumbarse, pero le estaba costando la vida misma mantener el temple con una pistola apuntándole la cabeza.

Charlton gruñó, recuperando poco a poco la consciencia, y se removió sobre el asiento frotándose la mandíbula con suavidad. Cuando percibió la sangre en la comisura de sus labios y la inflamación que ya empezaba a crecer en su rostro, contrajo la cara con dolor y lanzó una mirada letal a Jack.

Danielle distinguió el familiar brote de locura en los ojos de su padre, que

solía preceder a acciones muy violentas por su parte. Sin dudarle un instante, se levantó de un salto y se puso delante de Jack en actitud protectora. Él no debía ser el objetivo de su padre, solo un medio para conseguir su fin. A quien debían eliminar era a aquella mujer que, desde que había aparecido en sus vidas, solo había sido un estorbo.

—Jack, querido, ¿por qué no nos sentamos y hablamos papá, tú y yo de manera civilizada? —intervino de forma conciliadora. Enlazó sus brazos entorno al rígido brazo de Jack, que colgaba tenso a su costado, y trató de llevárselo hacia el sofá, pero él no se movió ni un milímetro.

—No voy a atender a razones hasta que Samantha no salga de este apartamento —miró a Charlton con dureza—... ilesa.

—La señorita Davis no saldrá de aquí hasta que no reciba la comunicación oficial de la Fundación Hyatt informándome de que Storm se ha retirado del concurso —sentenció el otro con rigidez.

El maldito se recuperaba con más rapidez de la esperada para un hombre de su edad. El golpe que le había propinado habría tumbado a alguien más joven y menos curtido.

—Le denunciaré por secuestro tan pronto salga de este apartamento.

—Hazlo y no la volverás a ver... ilesa —dijo Charlton replicando sus palabras con una sonrisa en los labios.

Jack se tragó la violencia e impotencia que sentía y se volvió hacia Danielle en un intento desesperado de imponer cierta cordura a todo aquello.

—Dani... —La cogió con suavidad de los brazos y se la llevó aparte. Ella le devolvió la mirada con adoración, emocionada al sentir el gesto de cariño por su parte—. Dani, cielo, esto no está bien. Si hay alguien que pueda hacer entrar en razón a tu padre, eres tú. Retener a una persona en contra de su voluntad es un delito, y estoy seguro de que tú no lo apruebas.

Charlton empezó a reírse por lo bajo, con una mueca contenida a causa del

dolor en su rostro. A continuación, incapaz de contenerse un minuto más, se sujetó el estómago y estalló en carcajadas.

—Jack, no... —musitó Samantha desconsolada.

—Explícaselo, niña —animó Charlton a su hija—. Dile de quién fue la fabulosa idea de golpear y arrastrar a la señorita Davis hasta aquí.

Jack frunció el ceño al sentir que Danielle se tensaba entre sus brazos y le lanzaba una mirada suplicante; cuando negó con la cabeza y se aferró a su mano con desesperación empezó a comprender lo que había sucedido en realidad.

Lanzó un ronco gemido y se volvió hacia Samantha con incredulidad. Ella asintió con una mirada apesadumbrada.

Horrorizado, se apartó varios pasos de Danielle y se mesó el cabello mientras miraba a su alrededor.

«Esto es una puta locura», pensó con desesperación. Se le estaban acabando las ideas para recuperar a Samantha y salir airosos de aquella situación.

—Lo hice por ti, cariño, ¡por nosotros! —Danielle se acercó y le sujetó de la camiseta, zarandeándole con fuerza mientras él la dejaba hacer, demasiado sobrepasado con la situación—. Cuando ese empleado tuyo me explicó sus sospechas no quise creerle. Siempre me habías dicho lo envidioso que era, así que no le di demasiada importancia a sus palabras. —La mente de Jack despertó al procesar sus palabras, y se obligó a prestarle atención—. Tenía que asegurarme de que nada se interpondría entre nosotros, y cuando te vi con ella aquella noche en el coche...

Jack miró a Samantha con angustia, recordando las veces que la había besado y acariciado dentro de su coche, ajeno a todo, sin preocuparse por si eran vistos.

Dios mío, qué imprudente había sido.

Todo aquello era culpa suya.

Ella estaba en peligro por su culpa.

—Pero eso ya no importa. —Danielle le cogió del rostro y le obligó a centrarse de nuevo en ella, lejos de su enemiga—. Te amo, mi vida, y cuando todo esto acabe empezaremos de cero y nos olvidaremos de todos. Ellos no importan. Solo tú y yo. Sé que ella es un capricho pasajero, y mi padre te dejará en paz en cuanto te retires del concurso. Me lo ha prometido. No te hará ningún daño.

Jack comenzó a dudar de su propia cordura. ¿Estaba escuchando bien? Después de todo lo que estaba pasando, todas las mentiras, las traiciones, la violencia... ¿Danielle le estaba proponiendo seguir con sus vidas como si nada?

La observó con detenimiento y sintió que por fin la veía tal cual era: su obsesión, sus delirios, su posesividad desmedida.

Era una persona enferma, desesperada por ser amada, y él había alimentado sus demonios con su actitud negligente, despertando el monstruo de la locura en su interior. Había subestimado la enajenada intensidad de sus sentimientos y los había utilizado a su conveniencia, sin pararse a pensar ni un minuto en cómo se sentiría ella una vez que descubriese la verdad.

Sintió el sabor amargo de la bilis en la garganta.

Su egoísmo le había llevado a cometer un error tras otro, y como consecuencia había expuesto a Samantha a más de un peligro. Renunciar al concurso parecía un precio muy bajo a pagar por todos sus errores.

Sin embargo, algo en su interior le decía que no sería tan fácil deshacerse de aquella situación. Quizá Danielle confiase en su padre, pero él le conocía lo suficiente para saber que jamás dejaba cabos sueltos en sus negocios.

Y Samantha y él eran, sin duda, un cabo suelto... Uno muy molesto.

Se volvió hacia Charlton con el cuerpo irradiando tensión y asintió.

—De acuerdo, lo haré —aceptó Jack en vista de que no le quedaba otra alternativa.

—¡Por supuesto que lo harás! —exclamó el magnate con aire complacido—. Y como me caes bien te daré un consejo gratis: no se te ocurra jugármela de nuevo. Si lo haces, lo sabré... y entonces tú serás el único responsable del destino de esta preciosidad.

Al día siguiente Jack apareció en las oficinas con un exceso de adrenalina en las venas y unas ansias locas de descargar toda la frustración que llevaba acumulada los últimos días.

En cuanto localizó a Philip sentado en su silla con actitud relajada, ajeno al infierno en el que les había metido a todos, empezó a verlo todo rojo y perdió por completo los estribos.

Golpeó antes de preguntar, indiferente al revuelo que estaba causando a su alrededor: el aliento contenido de algunos, los chillidos femeninos de otras, y alguna que otra risa de satisfacción. Estaba tan descontrolado que apenas sintió los brazos que le rodearon el pecho como dos tenazas impidiéndole volver a golpear a aquel miserable.

Solo quería que sufriese una mínima parte de lo que Samantha estaba sufriendo...

Desde el momento que la había dejado sola en el apartamento de Danielle había sentido que iba muriendo lentamente. La culpabilidad le carcomía por dentro, y desgastaba poco a poco su autocontrol y buen juicio, llevándole a descargar sobre otros una responsabilidad que, muy en el fondo, sabía que era solo suya.

Sin resuello, se revolvió rabioso entre los brazos que lo apresaban deseando golpear a Philip de nuevo.

—¡Cálmate, joder! —susurró furioso Matt a su espalda.

Jack inspiró con fuerza y permitió que su hermano le retuviese. Ladeó la cabeza y observó con escabrosa fascinación cómo sangraba la nariz de Philip,

y sonrió con satisfacción al ver la expresión de pánico que le devolvieron sus pequeños ojos negros.

—Estás despedido —anunció con voz carente de toda emoción—. Recoge tus putas cosas y lárgate de mi empresa.

Philip miró de hito en hito a los hermanos, pasmado por la actitud de Jack, sin entender qué mosca le había picado.

—Pero, ¿qué cojones...? ¡Yo no he hecho nada! ¿Te has vuelto loco o qué? —exclamó indignado mientras fijaba la vista en Matt buscando su apoyo.

Philip tragó saliva y empezó a preocuparse de verdad cuando se encontró con una expresión tan fría como la de su hermano. De los dos, Matt solía ser el más conciliador, pero en aquellos momentos la dureza de su gesto rivalizaba con la de su hermano.

Jack se aproximó a él, más que dispuesto a explicarle con todo lujo de detalles por qué acababa de perder su empleo, cuando Matt volvió a sujetarle con fuerza.

—Aquí no... —le dijo en un susurro que solo él alcanzó a oír.

Tras pensárselo unos instantes asintió y, por primera vez desde que había entrado en el despacho, se percató del auténtico caos que había desatado a su alrededor.

Exhaló el aire que llevaba reteniendo en los pulmones durante lo que parecían horas, y miró con un gesto de disculpa al resto de su equipo antes de deshacerse del agarre de Matt y subir las escaleras a grandes zancadas.

Cerró la puerta de su despacho con un sonoro golpe y lanzó una maldición al aire.

El muy desgraciado se había merecido cada puñetazo que le había dado, pero ahora temía que su estúpido arrebato le saliese muy caro.

La tensión acumulada las últimas veinticuatro horas, y haber pasado toda la noche en vela trazando planes mientras trataba de mantener a raya la

ansiedad, le estaba pasando factura. Ya no pensaba con claridad. Lo cierto es que estaba perdiendo la perspectiva y su legendaria sangre fría, y en aquellos momentos era clave no dejarse llevar por sus más bajos instintos. En menos de doce horas expiraba el plazo para renunciar al concurso y todavía no estaba seguro de qué iban a hacer.

Se pasó una mano por el rostro y se fue directo a la cafetera; necesitaba tener la mente despejada para lo que estaba por venir.

La noche anterior Jack había conducido como un poseso hasta el apartamento de Matt para explicarle lo que había descubierto y la amenaza que pesaba sobre Samantha si ellos no actuaban con rapidez.

Retirar Storm del concurso era un viaje sin retorno.

Las bases eran muy claras al respecto: una vez que se presentaba la renuncia no había marcha atrás, la candidatura quedaba fuera de concurso definitivamente; pero Samantha era mucho más importante que cualquier premio, así que ninguno había dudado sobre su elección.

De lo que sí dudaban era de la palabra de Charlton y, aunque estaban más que dispuestos a cumplir con sus exigencias para liberarla, temían que aquel sacrificio cayese en saco roto y acabasen perdiéndola igualmente. Necesitaban encontrar la manera de sacarla de allí, pero la última advertencia de Charlton les mantenía maniatados.

«Si me la juegas, lo sabré.»

El magnate se había vanagloriado en más de una ocasión de tener contactos en los más altos estamentos del gobierno, corroborando la preocupación que Robinson había compartido con él tiempo atrás: que más de un funcionario hacía favores o pasaba información a los secuaces de Charlton a cambio de jugosas cuantías de dinero.

Él mismo había comprobado de primera mano el alcance de la información a la que tenía acceso. Ni el FBI ni la fiscalía habían sido capaces de mantener

su tapadera y protegerle, y él no dejaba de preguntarse si había sido un descuido o alguien había advertido a Charlton sobre su colaboración con el fiscal.

¿Cómo saber en quién confiar ahora?

Nadie le aseguraba que no se produciría alguna filtración entre las filas del FBI tan pronto él les explicase lo sucedido en la Torre Charlton. La realidad era que ya no osaba confiar en nadie más que en sí mismo para resolver aquella situación disparatada.

Matt llamó con un golpe seco y entró en el despacho con un brillo triunfante en los ojos.

El corazón de Jack empezó a bombear sangre a toda velocidad.

—Ya está hecho —anunció Matt con satisfacción.

—¿Crees que funcionará?

—Bueno, que utilizases su cara como saco de boxeo no me ha facilitado precisamente el discurso, pero ya sabes que cuando quiero puedo ser muy persuasivo. Y él es demasiado previsible.

A pesar de las circunstancias, el muy cabrón de Matt se lo estaba pasando a lo grande con todo aquello. Su apariencia serena y amable solía despistar a quienes no le conocían, pero Matt era igual de temerario que él, y aquella era una de las razones por las que, además de hermanos, eran los mejores amigos.

Maldita fuera, si no hubiese tanto que perder, hasta él estaría disfrutando de aquel juego.

—Puede funcionar... —musitó Jack con una chispa de esperanza creciendo en su interior.

—Confía en mí, es ambicioso y ahora está muy jodido. No dudará en utilizar cualquier oportunidad para sacar beneficio. Y nosotros nos aprovecharemos de eso —asintió Matt con convicción, devolviéndole la

fuerza en el momento que más la necesitaba—. Supongo que eres consciente de que, si salimos vivos de esta, Samantha nos cortará los huevos, ¿verdad?

Jack asintió con una sonrisa.

—Cuento con ello.

* * *

Reclinada contra el amplio ventanal del dormitorio donde la mantenían retenida, Samantha inspiró hondo y recorrió con mirada distraída las impresionantes vistas de Central Park.

Estaba sorprendida de la serenidad con la que se estaba enfrentando a todo aquello.

Que todavía no hubiese sufrido alguno de sus ataques de ansiedad tras haber sido golpeada, secuestrada y amenazada era un misterio que ni ella misma comprendía; hubo un tiempo en que algo mucho menos grave habría activado sus miedos y la habría llevado a hacerse un ovillo tembloroso en el rincón más apartado de la habitación.

Pensándolo bien, no hacía falta haber tenido un pasado traumático para sentirse sanamente aterrorizada por la experiencia que estaba viviendo. Sin embargo, por alguna razón seguía manteniendo los nervios bajo control, y aquel hecho le hizo cuestionarse seriamente su propia cordura.

Miró de reojo al enorme guardia —Bob, le había llamado Charlton—, y tuvo que admitir que, en gran parte, era su presencia la que le proporcionaba aquella sensación de seguridad.

A excepción del angustioso momento vivido durante la visita de Jack, cuando la había amenazado con su arma, el resto del tiempo aquel tipo se había mostrado taciturno y reflexivo, pero en ningún caso violento con ella. La observaba con detenimiento cuando ella se movía por la espaciosa

habitación para estirar las piernas, y se había asegurado de que se acabase cada maldita comida que le traían, a pesar de que tenía el estómago cerrado y no le entraba nada.

Pero, por lo que le estaba realmente agradecida era por haber mantenido a Danielle a raya cuando esta había intentado acceder a la habitación durante la noche anterior.

Aquel episodio la había dejado particularmente tensa. ¿Qué demonios podía querer aquella mujer a aquella hora de la madrugada?

«Solo quiero hablar con ella», le había asegurado con voz conciliadora cuando él le negó la entrada a la habitación.

Por suerte Bob se mantuvo inmune al descocado *negligé* que llevaba, y no había tenido ningún problema en informarle de forma poco cortés de que tenía órdenes muy precisas de no dejar pasar a nadie, tampoco a ella.

Unos golpes en algún lugar del apartamento captaron su atención y la devolvieron al presente.

Bob se incorporó con rapidez y salió al pasillo para averiguar la razón de tanto revuelo. Desde donde se encontraban era imposible entender una sola palabra de la discusión en el otro extremo de la casa, así que, sin perder su característica frialdad, le lanzó una mirada de advertencia para que se quedase donde estaba y abandonó el dormitorio, dejándola sola por primera vez desde que la habían arrastrado hasta allí.

Aturdida por el repentino cambio en su situación, se encontró a sí misma revolviendo con movimientos nerviosos cada cajón, estantería y recoveco del armario ropero en busca de no sabía bien qué.

En sus primeras horas de cautiverio ya había comprobado que no había ningún teléfono u ordenador al que pudiese acceder; Jack era el único que sabía que estaba allí, y tenía pocas esperanzas de que pudiese hacer algo al respecto, así que solo le quedaba tratar de escapar por sus propios medios.

Pero, ¿cómo? Estaba custodiada las veinticuatro horas del día por un hombre que podía tumbarla con un pequeño golpe de su dedo meñique, y no tenía ninguna duda de que la seguridad del edificio debía de estar a la altura de Fort Knox. Aunque quizá...

Caminó con sigilo hasta la puerta y giró el pomo con una mueca mientras agudizaba el oído para asegurarse de que no hacía ruido. En cuanto salió al pasillo los gritos de Danielle le llegaron con toda claridad, seguidos por una voz masculina que vociferaba y la maldecía una y otra vez.

Con el corazón en la garganta y las piernas temblorosas, pegó la espalda contra la pared y empezó a caminar acercándose al lugar de donde provenía todo el alboroto; donde se encontraba su única vía de escape.

—¡Me lo debes! Me han despedido por ayudarte. —Se detuvo al escuchar la vehemencia de aquella familiar voz masculina—. ¡Si no fuese por mí seguirías siendo una cornuda ignorante!

Samantha lanzó un sonido ahogado y se llevó las manos a la boca.

Aquella voz, aguda y siempre con un matiz agresivo...

Philip.

—No te debo nada, maldito desgraciado. ¡Yo no te pedí que te metieses en mi vida! ¡Ojalá no lo hubieses hecho! —Danielle profirió un chillido y después se escuchó una sonora bofetada—. ¡No te atrevas a tocarme, estúpido!

Sam se tensó cuando escuchó nuevas voces en el apartamento.

—¡Señora! ¿Se encuentra bien?

—¡Sacad a este miserable de mi casa!

Mientras los gritos de Philip se perdían en la distancia y el silencio volvía a ocupar el salón, valoró rápidamente sus opciones. Volver al dormitorio antes de ser descubierta era, sin duda, la más sensata; por otro lado, aquella era la

única ocasión que se le había presentado para poder actuar con libertad y no pensaba desaprovecharla.

Avanzó por el pasillo con el corazón retumbando en los oídos cuando la puerta que separaba las habitaciones del salón se abrió.

Bob se detuvo en seco al descubrirla mirándole con ojos de cervatillo asustado, y durante unos interminables segundos se midieron el uno al otro con la mirada, a la espera de que el otro reaccionase primero, preparándose para actuar en consecuencia.

Aunque sabía que no tenía ninguna posibilidad contra aquella mole de músculos, Samantha se alzó sobre los pies y puso todos los músculos en tensión, dispuesta a enfrentarse al mismísimo diablo con tal de salir de allí. Sabía que aquella sería su única oportunidad; si permitía que la metiesen de nuevo en el dormitorio se asegurarían de no dejarla sin vigilancia ni un minuto más.

Bob anticipó sus intenciones al ver la postura rígida y decidida que adoptó su cuerpo, y ladeó la cabeza con una divertida sonrisa en respuesta.

—Mejor ni lo intente... Se hará daño —dijo en voz baja y con condescendencia, sonando más a advertencia paternal que a peligrosa amenaza.

El timbre de la puerta sonó a sus espaldas y anunció una nueva visita. Instantes después Samantha reconoció la voz de Jack y supo que aquella era su oportunidad de escapar. Tomó aire desde lo más profundo de su alma y gritó:

—¡Jaaaack!

Corrió con toda la rapidez que los músculos entumecidos de sus piernas le permitieron y embistió a Bob en un intento de atravesar la rígida pared de su cuerpo.

Sintió un intenso dolor recorriéndole el brazo cuando su delgado hombro

chocó contra el estómago del guardia, sin apenas moverle. Le oyó mascullar una maldición mientras la agarraba de los hombros y trataba de arrastrarla de nuevo hacia el dormitorio, pero ella pateaba como una posesa entre sus brazos, fortalecida por la corriente de adrenalina que corría en sus venas. Clavó los dientes en el velludo antebrazo que la sujetaba como una tenaza pillando al guardia desprevenido, que aflojó su agarre el tiempo suficiente para que ella se escurriese de entre sus brazos y se lanzase directa al salón en busca de la salida.

Atenta a los movimientos de Bob, no percibió que alguien corría hacia ella desde la dirección opuesta. Se precipitó contra un cuerpo rígido que la sostuvo y trató de impedirle el paso, y sin pensárselo dos veces, empezó a luchar contra aquel nuevo obstáculo.

Ofuscada hasta rayar la histeria, comenzó a golpear con los puños el musculoso pecho mientras lanzaba un rabioso alarido.

—Nena..., para, cariño, para... —Le costó varios segundos procesar la voz susurrante en su oído, el cálido y embriagador aroma que la rodeaba, la infinita ternura y ansiedad que transmitía el abrazo que la mantenía cautiva.

Alzó los ojos y las piernas le fallaron al encontrar una resplandeciente mirada azul esperándola.

* * *

Jack se recreó durante unos instantes en la sensación de tenerla sana y salva entre sus brazos, con sus pequeñas manos aferradas a su espalda y sus labios rozando la piel de su garganta. Estaba asustada pero entera, y aquello era lo único que importaba.

El plan había funcionado sorprendentemente bien hasta el momento en que

había escuchado su grito de auxilio, obligándole a dejar de lado su intención inicial y actuar antes de lo previsto.

Debían moverse con rapidez. Temía que Danielle hubiese aprovechado esos pocos minutos para replegar a todo el equipo de seguridad que ahora mismo debía de andar distraído con el espectáculo de Philip, sin prestarles atención.

La separó de su cuerpo, decidido a llevársela de allí, y se tensó cuando comprendió de qué había estado huyendo ella con tanta desesperación.

—Sal de aquí. —La puso con rapidez a su espalda cuando vio al guardia de seguridad de Charlton acercándose a ellos con una expresión de rabia e impotencia—. Baja por las escaleras y no pares hasta llegar al vestíbulo. ¡Corre! —la apremió al verla paralizada y con una mirada de pánico en los ojos.

Tan pronto ella se puso en movimiento Jack se volvió hacia el matón y, lentamente y sin perderle de vista, retrocedió algunos pasos en dirección al salón. Si iba a enfrentarse a aquella mole a puño descubierto prefería tener espacio para moverse con facilidad y no estar limitado por las estrechas paredes del pasillo.

Solo esperaba que Samantha ya hubiese salido del apartamento y pronto se encontrase a salvo con Matt.

Alzó los puños y flexionó las piernas a la espera de que su oponente hiciese el primer movimiento, pero este no llegó. En su lugar, el vigilante clavó la vista en algún punto a su espalda y su expresión se transformó en otra más alerta.

¿Qué diablos...?

—Jack... —le llamó Samantha con voz temblorosa.

—¡Cállate, zorra! —siseó Danielle.

Jack se volvió con el corazón en la boca y abrió los ojos con pavor al

descubrir la escena que tenía lugar a su espalda.

Unas lágrimas silenciosas caían desbordadas por las mejillas de Samantha mientras Danielle la mantenía inmovilizada apuntándola con una pequeña pistola, otra vez.

—Dani... —dijo Jack alzando las manos con gesto conciliador y dando un paso en su dirección.

—¡No te muevas! —le ordenó señalándole con la mano que sujetaba el arma.

—Por favor, no... —gimió Samantha al ver que la pistola apuntaba a Jack.

La tensión de las últimas horas, la incertidumbre y la violencia contenida finalmente le pasaron factura. Su cuerpo se estremeció sin remedio y el nudo en la garganta comenzó a crecer hasta casi asfixiarla, impidiendo que traspasase ni un resquicio de oxígeno por su tráquea. Sintió que las extremidades empezaban a cosquillearle y que perdía la sensibilidad y el control de su cuerpo...

—Dios mío... Ahora no... —musitó con un hilo de voz y la mirada repleta de pánico.

—¡Joder! —musitó Jack, furioso al percibir los síntomas del ataque de pánico en ella—. Preciosa, mírame... —Dio un paso en su dirección—. Mírame, cariño... Estoy aquí, todo va a salir bien...

—¡Te he dicho que no te muevas! —insistió Danielle. Aquellas palabras de cariño, dirigidas a otra mujer que no era ella, acabaron de desquiciarla.

Samantha comenzó a deslizarse hacia el suelo, apoyada sobre al cuerpo de Danielle, al sentir que sus piernas ya no podían sostenerla.

—¡Estate quieta, estúpida! —La agarró con violencia del cabello y la arrastró hacia arriba para colocarla de nuevo en pie.

Samantha lanzó un gemido de dolor.

—Señorita Charlton, le agradezco su ayuda —dijo Bob, que había rodeado

a Jack y se acercaba hasta ella con paso seguro—. Ya puede bajar el arma, yo me ocupo de ella a partir de ahora.

—¡No, que nadie se mueva! —Bob se detuvo y Danielle se acercó a la salida del apartamento—. Maldita seas... Malditos todos... Esto no debería haber ocurrido así. Tú y yo íbamos a ser felices —le dijo a Jack con un brillo extraviado en sus gatunos ojos verdes—. Yo te iba a ayudar a conseguir el premio y tú te asociarías con mi padre. Tú me querrías y mi padre también... ¡Pero entonces apareció esta mosquita muerta! —Danielle la zarandeó y tiró con más fuerza de su cabello. La volvió a apuntar con la pistola.

Jack contuvo el aliento y contempló a Samantha, que había dejado de llorar y empezaba a recuperar algo de color en el rostro. Por un instante temió que aquella experiencia hubiera sido demasiado para sus nervios y se encontrase en *shock*, pues se mantenía impertérrita a pesar de los insultos y amenazas, insensible al dolor físico que la otra le estaba infligiendo.

Desesperado, recorrió la estancia en busca de algo o alguien que pudiese ayudarles a salir de allí.

Vio que Bob susurraba algo contra su muñeca mientras se presionaba el oído, y supo que debía actuar con rapidez. Era cuestión de minutos que tuviesen a todo el equipo de seguridad de Charlton de nuevo allí.

* * *

El temblor incontrolado del cuerpo de Danielle resonaba en cada centímetro de su piel. A pesar de lo peligrosa que era en aquel momento con un arma en la mano, su energía era fluctuante, pues se perdía en histéricas divagaciones, y Samantha no dudó en aprovechar aquella ventaja para recobrar cierta serenidad.

Sin saberlo, Danielle la había ayudado cuando más lo necesitaba. El dolor

en el cuero cabelludo, lejos de asustarla, le había devuelto el control sobre sus propias emociones, y ahora era capaz de centrarse en las de ella y pensar en cómo utilizarlas en su beneficio.

—Dani... Dani, cariño, esto es entre tú y yo —insistía Jack—. Ella no tiene la culpa de nada. Déjala marchar.

—¡Por supuesto que la tiene! Supe que sería un problema desde que la conocimos aquella noche. Vi cómo la mirabas... Con deseo... ¡No soy ninguna idiota!

—Claro que no lo eres, cielo.

—¡Basta ya! No me des la razón como si fuera tonta. —Apuntó el arma hacia Jack con pulso firme y le lanzó una mirada de odio y desprecio—. ¡Todo esto es culpa tuya, cabrón!

Aquel giro inesperado les cogió a todos desprevenidos, en especial a Samantha, que no pudo contener un grito de terror al ver cuál era el nuevo objetivo de aquella mujer desquiciada.

—¡Cállate, puta! Y despídete de él. ¡No será mío pero te aseguro que tampoco será tuyo!

Tensó todo el cuerpo y fijó su mirada en el índice de la mano que sostenía el arma, que lentamente comenzó a presionar el gatillo...

—¡Todos quietos!

Sin pararse a pensar, Samantha aprovechó aquella minúscula distracción y clavó el codo en el estómago de su captora mientras con el cuerpo la empujaba hacia un lado. Todavía la mantenía agarrada del pelo, así que se vio arrastrada en su caída y sintió que le arrancaba varios mechones antes de quedar ambas desmadejadas sobre el suelo.

Agarró el brazo de Danielle y lo zarandeó para que soltase el arma, pero esta estaba poseída y se aferraba a la pistola como si le fuera la vida.

Jack corrió hacia ellas tratando de distinguir entre la maraña de brazos y

piernas cuando Danielle le apuntó directo en el pecho con pulso firme y seguro.

Se escuchó un desgarrador alarido seguido de un «¡No!» y a continuación las paredes del salón retumbaron con el sonido de la detonación de la pistola.

Aterrorizada, Samantha se hizo un ovillo en el suelo, se tapó los oídos y apretó los párpados con fuerza desconectándose de todo lo que la rodeaba mientras nuevas lágrimas se deslizaban en un torrente incontrolado sobre sus pálidas mejillas.

Alguien la levantó del suelo y la sostuvo contra su pecho, palpando cada centímetro de su cuerpo con manos temblorosas, pero ella apenas lo sintió.

Solo podía pensar en Jack y en cuál sería su estado, y aunque solo tenía que abrir los ojos para comprobarlo por ella misma, la sola idea de descubrir que estaba herido o, peor aún, muerto, fue demasiado para sus sobreexcitados sentidos, que decidieron desconectarse arrastrándola hacia la inconsciencia.

Una semana después

Sus constantes eran fuertes y estables, así que no había ninguna razón médica que lo explicase, pero el muy cabezota continuaba sin despertar de su letargo.

Impaciente, Samantha comprobó el monitor situado a la derecha de la cama y se perdió en la cadencia hipnótica de las ondas, que se movían a lo ancho de la pantalla y bailaban sincronizadas con el pitido que emitía el aparato.

La bala había rozado el hueso de la clavícula antes de salir por el hombro limpiamente, así que la operación no había sido demasiado compleja. Durante el posoperatorio, sin embargo, su temperatura comenzó a subir de forma alarmante y fue entonces cuando descubrieron que el paso de la bala había astillado el hueso y varios fragmentos seguían incrustados en su cuerpo.

Tras la segunda intervención la fiebre remitió con rapidez, pero desde entonces ella continuaba a la expectativa de que su inesperado salvador decidiese despertarse.

Rozó su mano, que permanecía inerte sobre la cama, y sonrió con ternura. Estaba deseando que abriese los ojos para decirle cuatro palabras sobre su particular forma de protegerla.

—¿Todavía no ha despertado?

Dio un respingo en su asiento y siseó de dolor al sentir una punzada

recorriéndole el brazo que todavía llevaba en cabestrillo. El placaje a Bob y la posterior caída con Danielle le habían provocado un esguince en el hombro que ya casi no le dolía, excepto cuando realizaba algún movimiento brusco y el músculo se resentía.

Jack se acercó a ella con rapidez y la examinó con inquietud.

—Siento haberte asustado. ¿Estás bien? —Su voz sonaba estrangulada, como si su garganta quisiese pronunciar unas palabras distintas a aquellas y luchase contra su dueño por dejarlas salir.

—Sí, estoy bien —respondió ella, refiriéndose a su estado físico. Su distanciamiento durante la última semana le había dejado claro que a Jack ya no le importaba demasiado su bienestar emocional—. Y no, todavía no ha despertado.

Estaba agotada... Harta de estar subida en aquella montaña rusa de emociones.

En los últimos siete días había pasado por la negación, la incomprensión y el miedo, todo a la vez, al ver cómo Jack se alejaba de ella sin ninguna explicación. Tanto trasiego emocional estaba causando estragos en su mente, y en su corazón, que aunque a aquellas alturas estaba del todo destrozado, todavía encontraba fuerzas para galopar alborotado en su pecho ahora que volvía a tenerle cerca.

Odiaba no ser capaz de dejar atrás lo que habían tenido y simplemente aceptarlo como lo que había resultado ser: una aventura pasajera a la que Jack había puesto fin de forma unilateral y precipitada en cuanto lo había considerado oportuno.

Solo ella era responsable de que sus sentimientos se hubiesen descontrolado y quisiese más de él; que lo quisiese todo con él. No podía exigirle sentir lo mismo que ella, las cuestiones del corazón no funcionaban

así, pero sí había esperado cierto respeto y cariño en el momento de la ruptura.

—Matt me ha dicho que ya habéis cerrado el proyecto.

Ella sonrió sin ganas y sacudió la cabeza con gesto resignado. Por supuesto, tras no haber cruzado ni una sola palabra con ella en días —en los que había esperado una llamada o una simple respuesta a alguno de sus mensajes—, de lo único que él quería hablar era de Storm.

Ignoró la punzada de decepción y se irguió cuanto pudo, decidida a no mostrar ni el menor signo de debilidad ante él.

—Sí, en estos momentos está revisando la última versión del documento. Si todo va bien, mañana lo presentará a registro en la Fundación Hyatt.

—Vaya... Al final se presentará bastante antes de lo previsto. Pensé que Matt apuraría hasta el último minuto.

La censura en su voz le molestó.

No tenía derecho a juzgar las decisiones de su hermano, pensó rabiosa. Si se hubiese dignado aparecer por el despacho en algún momento durante la última semana no le habría sorprendido tanto el avance del proyecto y podría haber ayudado a Matt con los últimos ajustes, en lugar de dejarle solo en la fase más delicada del proceso.

—Entonces supongo que no tardarás en volver a casa. ¿Ya tienes el billete de vuelta?

Samantha se estremeció. Dios, ¿tantas ganas tenía de deshacerse de ella?

La indiferencia que transmitía con sus palabras le recordó al Jack que había conocido a su llegada a Nueva York: frío, altivo y distante. Solo que ahora, tras haber compartido con él no solo su cuerpo sino también sus secretos más íntimos, aquella actitud la partía en dos.

La grieta en su corazón se hizo un poco más profunda; a aquellas alturas su pecho ya se había convertido en un inmenso agujero negro que iba

absorbiendo todo sentimiento y emoción hasta dejarla en un estado de insensible estupor.

—Sí —mintió, agarrándose al poco orgullo que le quedaba.

—Es lo mejor.

Samantha asintió y luchó por contener las lágrimas. Esa noche compraría su vuelo de regreso a Barcelona. No entendía qué le había impedido comprar los billetes antes y volver de inmediato con su familia. La idea de que lo que había empezado a sentir por él, tan especial y distinto a nada que hubiese experimentado antes, fuese la razón para retrasar su viaje solo la hizo sentir más patética.

Le había costado muchas lágrimas aceptar que aquella conexión que había creído sentir entre ellos, aquel amor que a ella le rebasaba por cada poro de la piel, solo hubiese germinado en su corazón.

¿Cómo había podido equivocarse tanto? Había malinterpretado todas las señales.

El modo descarado en que siempre la miraba, con aquel brillo voraz en sus profundos ojos azules; la forma en que la provocaba hasta arrancarle una sonrisa cuando la notaba triste, o aquel hilo invisible que les mantenía unidos y les acercaba constantemente el uno al otro. La seguridad que había sentido cuando se derrumbó y él la sostuvo entre sus brazos, y la fuerza y comprensión que le demostraba cuando más lo necesitaba...

No, nada de todo aquello había significado que la amase. De haber sido así, no habría actuado como lo había hecho, desapareciendo de su vida tal y como llegó: de repente y sin avisar.

Desolada e incrédula por su enorme ceguera, parpadeó varias veces cuando el escozor en sus ojos empezó a hacerse demasiado molesto. No pensaba derrumbarse delante de él.

—¿A qué viene ese aire tan fúnebre? Todavía no estoy muerto, ¿verdad?

—Ella levantó la vista de golpe y miró sorprendida al hombre que la observaba con mirada extraviada y una sonrisa torcida en los labios.

Salió disparada de su silla y cogió la mano de Bob que, a pesar de estar entubado y vestido con la ridícula bata de hospital, seguía manteniendo el mismo aire amenazador que recordaba.

* * *

Jack contempló la escena frente a él con una sonrisa tensa en los labios y los nudillos blancos de la fuerza con la que sujetaba la barra de metal de la cama.

Mantuvo una dura batalla contra su instinto más primario, el que le impelía a agarrarla, colocársela sobre un hombro como un cavernícola y llevársela a casa para no salir de allí en los siguientes seis meses, y sonrió con indulgencia cuando vio cómo ella le daba un abrazo a su salvador y le acariciaba una mejilla con cuidado mientras sonreía con agradecimiento. Una punzada de celos le atravesó el vientre al verla ofreciendo su atención y cariño a otro hombre, aunque no la podía culpar.

Bob les había salvado la vida a ambos.

Tal como le informó Robinson una vez que dejó de gritarle por su imprudencia y absoluta falta de instinto de supervivencia, el peligroso matón, alias Bob, había resultado ser el agente del FBI encubierto Robert G. Williams. El agente llevaba más de dos años infiltrado como miembro de la escolta personal de Richard Charlton y no había sido casualidad que, de entre todo el equipo de seguridad del magnate, le hubiesen encargado a él custodiar a Samantha durante su secuestro.

Al principio Jack no reaccionó demasiado bien a aquella información. La sensación de haber sido utilizado y traicionado por las personas a quienes

había estado ayudando los últimos meses a costa de su vida personal fue un mazazo del que le costó reponerse.

Al fiscal le llevó varias horas y un par de whiskies hacerle entender que la seguridad de Samantha había sido su prioridad absoluta en todo momento y que ni la fiscalía ni el FBI se habían comprometido o tenían la obligación de mantenerle informado de todos los detalles y movimientos de su operación.

Lo cierto era que el agente Williams no había dudado ni un segundo en ocupar su lugar en la trayectoria de la bala, así que el resto de consideraciones dejó de tener importancia.

Jack recordaba aquellos minutos con bastante confusión; todo sucedió muy deprisa, y la inesperada aparición de los agentes del FBI lo precipitó todavía más: el temerario contraataque de Samantha y su forcejeo con Danielle, el disparo, y lo más sorprendente de todo, cuando vio al enorme guardaespaldas embestirle como un toro y recibir el impacto del proyectil en su cuerpo.

Jack se había pasado la última semana declarando en relación a la imputación de cargos contra Danielle, dando explicaciones sobre el plan de rescate no supervisado que había llevado a cabo a espaldas de las autoridades, y aportando las pruebas que había conseguido recabar en contra de Richard Charlton, quien, maldita fuera su suerte, había salido airoso del incidente de su hija.

Pero cada noche, una vez a solas en su casa, no dejaba de darle vueltas a todo lo que había sucedido desde que había aceptado colaborar con la fiscalía, comprendiendo cuánto se había equivocado en cada paso del camino.

Había alimentado las esperanzas de una mujer que albergaba sentimientos sinceros por él, y que al descubrir su engaño se había trastornado hasta el punto de cometer un secuestro y casi un asesinato.

Había antepuesto la petición de colaboración de la fiscalía a sus valores y principios, y puesto en peligro la candidatura de Storm al Pritzker. Aquel

concurso significaba mucho más que dinero y reputación para ellos, y se había olvidado de todo eso por una causa que no le correspondía resolver.

Su imprudencia había llevado a un agente del FBI a la cama de un hospital, por suerte solo herido, aunque podría haber resultado muerto.

Pero sin lugar a dudas lo que jamás se iba a perdonar era el daño que le había causado a Samantha.

Desde que la tuvo entre sus brazos por primera vez sus prioridades empezaron a cambiar. Casi sin darse cuenta, y en contra de lo que siempre había querido, se fue convirtiendo en adicto a las emociones que sentía junto a ella y descuidó todo lo demás.

Infravaloró la astucia de las personas a las que debía manipular y poco a poco se olvidó de cuáles eran las razones que le habían llevado a aceptar participar en aquella charada en primer lugar.

Y debido a todo ello Samantha había sido golpeada, secuestrada y amenazada de muerte.

Haberse enfrentado a la posibilidad de perderla le había abierto los ojos y no le quedó más remedio que admitir lo que llevaba mucho tiempo negando: la amaba como nunca antes había querido a nadie.

Y por esa razón debía alejarse de ella y dejarla ir.

Su vida, su trabajo y la familia a la que tan unida se sentía la esperaban en Barcelona y él sabía que, a la larga, sería lo mejor para ambos.

—¿Y qué tal está mi lobo solitario favorito? —Bob dirigió su atención al hombre que se mantenía silencioso y pensativo a los pies de su cama.

—Podría estar mucho peor. —Jack asintió brevemente en su dirección, agradeciéndole con aquel gesto toda la ayuda.

Bob sonrió con arrogancia y le dijo:

—Menuda chapuza de rescate, tío. Si no hubiera estado de vuestro lado te hubiera vapuleado en cuanto pusiste un pie en el apartamento.

—Entonces tuve suerte de que fueras de los buenos. Aunque eso de que me hubieras vapuleado está por verse.

—¡Serás arrogante! —Bob soltó una carcajada mientras llevaba una mano a su hombro herido. Samantha se removió nerviosa y se acercó para ayudarlo, pero él levantó una mano y negó en silencio. En cuanto recuperó el aliento se volvió hacia Jack y le retó—: Dame unas semanas y te lo demuestro.

—Hecho.

—Bueno... —les interrumpió ella sintiéndose de repente fuera de lugar—, yo ya me voy. —Cogió la mano de Bob entre las suyas y depositó un suave beso en su mejilla, áspera debido a la barba que le había crecido durante los días que había estado hospitalizado e inconsciente—. De nuevo, gracias por cuidar de mí a pesar de mí misma.

—De nada, preciosa. —Apretó sus dedos y le guiñó un ojo—. Gracias a ti, disfruté de lo lindo con tu placaje a esa víbora.

Ella le golpeó con suavidad y sintió que un intenso rubor cubría sus mejillas.

No quería prolongar más su despedida, así que dirigió a Jack un rígido saludo con la cabeza y se precipitó hacia la puerta, deseosa de salir de allí y poder dar rienda suelta a todo el dolor y tristeza que la asfixiaban.

—Samantha, espera... —Jack la agarró de la mano, y una ola de calor le golpeó al entrar en contacto con su piel. Sintió que se derretía la coraza de hielo que había construido alrededor de su corazón y su determinación empezó a tambalearse. Desesperado, supo que si no la soltaba en aquel instante nunca más sería capaz de dejarla ir—. ¿Cuándo te vas?

Ella se perdió unos instantes en las emociones encontradas que le transmitían sus ojos, y sus pulmones, literalmente, dejaron de insuflar oxígeno a su cuerpo.

Asustada por el poder que tenía sobre ella con una simple mirada, se forzó

a pintar una sonrisa alegre en el rostro y a acabar con aquello de una vez por todas.

—En unos días. —Incapaz de mentir ni un minuto más se deshizo de los dedos que, de repente, la apretaban con fuerza como si no la quisiesen soltar, y salió de la habitación sin más.

—¿Todo bien? —preguntó Bob con suspicacia a su espalda.

—Sí, claro... —respondió Jack distraído, con los ojos clavados en la puerta, tratando de digerir la noticia y la expresión desolada que había visto en sus ojos antes de salir.

«En unos días...»

Debía sentirse feliz por ella, se recordó, pero su cuerpo se negaba a procesar la emoción, y en su lugar solo crecía el enorme vacío en su interior.

¿Se estaba equivocando?

No. Era lo mejor para ambos.

Cuanto más pronto se marchase, más sencillo le resultaría contener el impulso de salir a buscarla y suplicarle que se quedase con él. Una vez que ella estuviese lejos, la distancia obraría su magia y enfriaría la nostalgia y el anhelo que ya había comenzado a sentir en su ausencia. Con el tiempo ella reharía su vida y él la conservaría en su recuerdo como una preciosa e intensa historia de amor que pudo ser pero no fue.

Tragó saliva con una mueca y enredó los dedos en su pelo cuando un desagradable ácido le corroyó las entrañas al imaginarla en brazos de otro hombre.

Estaba cansado de luchar contra sí mismo.

—Ejem...

Bob le observaba interrogante desde la cama.

—Sí... disculpa... En fin... —El súbito nerviosismo de Jack divirtió al agente. Aunque le conocía muy poco, no tenía ninguna duda de que Jack era

cualquier cosa menos un hombre tímido—. Yo también me marché. Solo había venido a darte las gracias por todo lo que has hecho por nosotros. Sé lo mucho que cuidaste de Samantha a pesar de las circunstancias, y que si salió ilesa de aquel lío fue en gran parte gracias a ti. Solo por eso te estaré siempre agradecido. Cuenta conmigo para lo que sea.

—¡Vaya! Cualquiera diría que su vida es más importante que la tuya. Me parece recordar que la bala que recibí tenía tu nombre.

—No me malinterpretes. Me salvaste el pellejo y también te lo agradezco, sobra decirlo. Pero hubiera aceptado de buen grado estar tumbado en esa cama si a cambio ella estaba a salvo.

Bob aceptó sus palabras, aunque su rostro se tornó pensativo, pues había algo en todo aquello que no acababa de comprender.

—Señor Williams, por fin ha despertado. ¿Cómo se encuentra? —Una pizpireta enfermera de mediana edad entró en la habitación con paso resuelto y se dispuso a comprobar los signos vitales de su paciente en el monitor. Chequeó las vías de su mano y extrajo un termómetro del bolsillo delantero de su bata, que introdujo en la boca del agente sin pestañear. Bob le lanzó una mirada enfurruñada por la inesperada invasión, pero la experimentada enfermera le ignoró con maestría—. El señor Williams necesita reposo.

—Yo ya me iba —aseguró Jack captando la indirecta.

Se aproximó hasta el cabecero de la cama con la mano extendida y se despidió de Bob, no sin antes arrancarle la promesa de que cuando le diesen el alta se tomarían una cerveza y hablarían del reto que tenían pendiente.

—Hay una cosa que no entiendo... —espetó Bob reteniendo a Jack unos minutos más. Este alzó las cejas interrogante—. ¿Para qué tantas molestias?

—¿Cómo dices?

—Con Samantha. —Jack se tensó de inmediato—. Moviste cielo y tierra para recuperarla, desoíste las advertencias de fiscalía, pusiste tu vida y la de

todos en peligro... ¿Y todo para qué? ¿Qué sentido tiene haber pasado por todo eso si ahora la dejas marchar?

—Se marcha en dos horas.

—Lárgate. —Jack empujó la puerta con el firme propósito de dejar a Matt fuera de su apartamento. No estaba de humor para escuchar el mismo discurso de nuevo, pero al parecer a su hermano le daba bastante igual, pues se hizo paso a la fuerza y entró igualmente en casa.

Jack permaneció impassible mientras le veía acercarse con pasos pausados hasta la barra que separaba la cocina del salón, donde reposaba una botella de whisky medio vacía y el vaso que había estado utilizando desde no sabía cuándo.

—Se marcha en dos horas —repitió Matt lanzándole una mirada furiosa.

—Ya lo sé, joder —masculló él.

Desde que sabía el día y la hora de su vuelo había estado contando las horas con aversión, como el reo condenado a pena de muerte que ve aproximarse el momento en que le arrebatarán el último hálito de vida.

Así se sentía desde hacía dos semanas; sin vida ni esperanza, perdido en un mar de dudas que su hermano no había tenido ningún reparo en remover cada maldito instante desde que supo que Samantha había tomado la decisión de volver a España.

Fue a recuperar su copa cuando Matt, con los reflejos más rápidos que él por culpa del alcohol, alejó la única fuente de sosiego que le quedaba lejos de sus manos y, ni corto ni perezoso, vació más de doscientos dólares por la tubería del fregadero de la cocina.

Jack le contempló con fingida indiferencia y se volvió hacia el mueble bar

del salón.

—Como pruebes una gota más de alcohol vendo mis acciones.

—No digas estupideces... Ese despacho es tu sueño. Guárdate tus amenazas para otro que no te conozca tan bien, hermanito.

Escogió otra botella de licor. Ginebra... sí, con aquello caería redondo.

—Hablo en serio. No pienso ser socio de un capullo cobarde como tú... hermanito.

—Vete a la mierda. —Devolvió la botella con un golpe seco y se dejó caer sobre el sillón maldiciendo a toda su familia. Lanzó un quejido al sentir el retumbar de sus latidos en las sienes; el dolor de cabeza empezaba a ser monumental, pero seguía estando más consciente de lo que quería.

—Te juro que no os entiendo. A ninguno de los dos. —Matt tomó asiento a su lado y se recostó lanzando un suspiro—. Está hecha polvo, tío... Ya no sé ni de qué color tiene los ojos, las últimas veces que nos hemos visto los tenía tan rojos e hinchados que dolía verla.

Jack echó la cabeza hacia atrás al sentir un extraño escozor en sus propios ojos. La idea de que ella estuviese sufriendo le desgarraba el alma, y saber que él era el único responsable simplemente le cortaba la respiración.

Por eso no quería hablar más con Matt.

Escuchar a su hermano hablar de ella no le permitía seguir adelante; le recordaba que ella era real y que todavía la tenía al alcance de la mano, y al no hacer nada al respecto todavía se sentía más miserable.

—Es lo mejor para ella —insistió, como tantas veces antes, tratando de convencerse a sí mismo—. Su familia es lo más importante para ella.

—Gilipollecetes... Su familia es muy especial para ella, pero no les necesita. Ya no. —Jack le miró con el rabillo del ojo—. Ha cambiado, Jack, ya no es la chica insegura que conocí hace años. Y el tiempo que ha pasado aquí con

nosotros, contigo, la ha hecho crecer todavía más. Lo que quiere y necesita está aquí.

—¿Te lo ha dicho ella? —inquirió asustado por el ligero brinco que acababa de dar su corazón.

Matt resopló y le miró perplejo. ¿En serio estaba tan ciego?

—No me hace falta, se le notaba en el brillo de los ojos y la sonrisa en su cara cada vez que te miraba. ¿Me estás diciendo que tú no lo notaste? —Alzó las cejas y se le escapó la risa—. Ahora eres tú el que tiene esa bobalicona sonrisa en la cara...

Dios... Qué agradable era aquel aleteo en el pecho...

¿Cuándo había sido la última vez que se había sentido así? Ah, sí..., entre los brazos de Samantha... cuando se despidieron tras el fin de semana en las montañas. Justo antes de que Danielle la atacase y comenzase el caos.

—Estás enamorado de ella.

—Joder, sí —aceptó restregándose los ojos.

—¿Se puede saber qué cojones estás haciendo, Jack? —Le presionó al ver que por fin había encontrado una grieta en su coraza—. Los dos estáis sufriendo sin necesidad y te juro que no lo entiendo. Y no me vuelvas a venir con la excusa absurda de su familia y que es lo mejor para ella. Si fuera así no habría estado destrozada estas últimas semanas. —Matt apoyó los codos sobre las rodillas y le miró con un brillo astuto en los ojos—. ¿No tendrá nada que ver con lo de Brasil?

—No me la merezco, Matt —concluyó Jack—. Fui un cabrón egoísta desde que la conocí. Era tan distinta a las mujeres con las que siempre había estado... Te juro que intenté evitarlo... No quería sentirme así con ella y sabes muy bien que era el peor momento para interesarme por nadie. Luché hasta el final contra este sentimiento, pero cada día que pasaba mi necesidad de estar cerca de ella crecía hasta que llegó un momento en que ocupaba todos mis

pensamientos, día y noche... —Se frotó el rostro con gesto cansado, exhausto de darle tantas vueltas a todo, de sentir que le faltaba el aire cada maldito segundo que estaba separado de ella—. El tiempo que estuvo secuestrada... Durante las horas que no supimos nada de ella... pensé que la había perdido, Matt... —confesó con voz estrangulada, y se masajeó el pecho al sentir una intensa presión en sus pulmones—. El vacío que sentí aquí dentro fue tan inmenso que me paralizó por completo. Lo de Dulce no fue nada en comparación con esa sensación, y me asusté... Me acojoné de la intensidad de mis sentimientos...

—Jack... —Le apretó el hombro para infundirle ánimos—. Sé que sufriste mucho con todo aquello, pero esto es distinto... Tienes la felicidad al alcance de tu mano y solo depende de ti cogerla y no soltarla.

»Nunca te había visto tan feliz como estos últimos meses, a ninguno de los dos, incluso cuando todavía no estabais juntos. Joder, solo había que veros en una misma habitación; aunque os encontraseis a metros de distancia, la energía entre vosotros era tan fuerte que crepitaban hasta las bombillas. Os movíais como si orbitarais siempre el uno alrededor del otro, incluso cuando se suponía que no os podíais ni ver. ¿Vas a renunciar a una vida llena de luz y felicidad por miedo a sufrir si algún día la pierdes? ¿No te das cuenta de que ya estás sufriendo?

Jack detuvo el tic nervioso de su pierna, que había estado moviendo compulsivamente mientras su hermano hablaba, y tragó saliva con dificultad cuando una abrasadora oleada de pánico le subió desde la boca del estómago hasta la garganta.

Se sentía un puto zombi desde que había decidido alejarla de él; aquello no era vivir... Se sentía vivo cuando estaba con ella; cuando discutían, se peleaban, la provocaba o la besaba hasta perder el sentido. Y no era tan estúpido como para creer que encontraría aquello con cualquier otra mujer.

No, ella era su mujer. Suya y de nadie más.

¿Qué cojones estaba haciendo?

Mierda...

—¿Te das cuenta de que es lo más estúpido...?

Jack se puso en pie de un salto y se fue hacia su habitación a grandes zancadas, dejando a Matt con la palabra en la boca, que le observó estupefacto mientras desaparecía de su vista. Al cabo de unos minutos regresó al salón colocándose una chaqueta de cuero y buscando con la mirada a su alrededor mientras se palpaba los bolsillos de los vaqueros. Se precipitó hacia el baúl que hacía las veces de recibidor y recogió un juego de llaves y el casco que había junto a ellas.

—¿Adónde vas?

Jack se volvió hacia él sin dejar de caminar de espaldas hacia la salida.

—¡Se marcha en una hora...! —exclamó con urgencia al comprobar la hora en su reloj de muñeca.

—Pero... ¡está lloviendo a cántaros...! —le gritó Matt al ver que se llevaba el casco.

Jack ni le oyó.

* * *

Con la mirada perdida en el aguacero que caía al otro lado de la ventana y la nostalgia anidando en su pecho, Samantha esperaba la llegada del taxi que la llevaría al aeropuerto y de vuelta a su antigua vida.

Una vida que conocía y la trataba bien, donde las emociones serían menos intensas pero también mucho menos dolorosas. Y ya estaba bien así. Era lo que necesitaba para acabar de recuperar la calma y el equilibrio.

Volvió la vista hacia Jules, que se había empeñado en que se llevase toda

la ropa que había comprado a su llegada a Nueva York, y que ella había dejado fuera de la maleta a propósito. Sin embargo, como solía suceder con su amiga, una vez que se le metía una idea en la cabeza no había forma de hacerla cambiar de opinión, y a ella tampoco le quedaban energías para discutir por aquello. Por eso había sido más fácil acceder a que le abriese el equipaje y trajinase a sus anchas.

—¡Listo! —Jules se palmeó las manos y se las llevó a la cintura manteniendo la vista fija en la maleta.

Ya no le quedaban más excusas para mantenerse ocupada y temía que en cualquier momento se fuese a desmoronar.

Se había acostumbrado a tener a Samantha cerca y disfrutar de su compañía siempre que sus ajetreadas vidas se lo habían permitido. Ahora debía despedirse de ella y no sabía cómo hacerlo. Todavía no se había marchado y ya la estaba echando de menos, pero no quería añadir más pesar sobre sus hombros, así que se volvió hacia ella y le propuso con una sonrisa traviesa:

—¿Una última copa?

Aunque no le apetecía demasiado, Samantha no tuvo corazón de rechazarla. Sabía que Jules estaba haciendo verdaderos esfuerzos para dar cierta alegría a una situación a la que no había forma de ponerle color.

Recordó la primera copa que compartieron en el apartamento, con ella recién llegada de España, cargada de ilusiones y miedos, y le costó reconocer a la persona que había sido entonces en la que era en aquel momento.

También su mejor amiga había cambiado.

Desde que había vuelto de la Fashion Week no era la misma, y para que ella, que había pasado por su propio infierno las últimas semanas, se hubiese percatado de su estado de ánimo, es que algo importante había sucedido. Como siempre Jules lo había negado y había mantenido su fachada de mujer

autosuficiente y optimista, y ella no quiso presionarla. Sabía que tarde o temprano se lo explicaría, y cuando sucediese, aunque estuviese a miles de kilómetros de distancia, la escucharía y trataría de ayudarla, como siempre habían hecho la una con la otra.

Echó un vistazo al reloj y se preguntó dónde diablos estaba el taxista. Con la tormenta que estaba cayendo el tráfico estaría imposible y no quería arriesgarse a perder el vuelo.

Como si lo hubiese convocado con la mente, el timbre de la puerta comenzó a sonar con fuerza y de forma insistente.

—¡Ya va, ya va! —gritó Jules mientras iba a buscar las maletas a la habitación, como si el taxista pudiese escucharla a través del interfono—. Por Dios, ¡qué prisas!

Samantha se puso el abrigo y dejó el juego de llaves del apartamento sobre la cómoda junto a la puerta. Las acarició con una leve sonrisa en los labios, agradeciéndole en silencio a aquel lugar el tiempo vivido allí, maravilloso pese a todo.

Se dirigió a la puerta y la abrió, lanzando un grito ahogado al ver que alguien la esperaba al otro lado del rellano, chorreando agua y dejando un charco a sus pies.

* * *

—No se hubiese tenido que molestar en subir —aclaró Samantha al taxista de mediana edad al ver el modo en que bajaba sus maletas, a golpe de escalera y con poca delicadeza. A ese paso las ruedas no llegaban vivas al aeropuerto—. Nosotras podíamos haber bajado las maletas.

—No es molestia, señorita —replicó el hombre retirándose el pelo húmedo que se le había pegado a la frente—. Conozco estos edificios antiguos y sé

que muchas veces no funciona el ascensor. Unas chicas tan guapas no deben llevar tanto peso —apuntó el taxista mientras les guiñaba un ojo y les daba un buen repaso sin ningún disimulo.

—Ni se te ocurra darle propina —le masculló Jules al oído, dejando que su lado feminista floreciese mientras observaba escandalizada el maltrato que estaba sufriendo el equipaje.

De pie en el portal, al resguardo de la tormenta, que había ido cobrando fuerza a medida que avanzaba la tarde, las dos amigas permanecieron abrazadas durante largos minutos, reacias a separarse.

—Odio no poder acompañarte al aeropuerto. —Jules estrechó su abrazo un poco más y hundió el rostro en su cuello. El nudo que le obstruía la garganta ya era del tamaño de una pelota de béisbol y las lágrimas se deslizaban por sus sienes sin que pudiese contenerlas, ocultas de la mirada de su querida amiga.

—Es mejor así. Cuanto antes volvamos a la normalidad, mejor.

Samantha creía que, tras haber pasado las últimas semanas deshecha en un mar de lágrimas, ya no le quedaba una sola gota más que derramar, pero se equivocaba, pues se encontró sorbiendo entre hipidos mientras retiraba la humedad de las mejillas de Jules con los pulgares.

Ambas comenzaron a reír a carcajadas al verse de semejante guisa. Menudo par estaban hechas.

Jules rodeó su rostro con las manos y le plantó dos besos en las mejillas.

—Te quiero con locura y te voy a echar de menos a rabiar. Eres la mejor hermana que podría desear. —La barbilla de Samantha comenzó a temblar y nuevas lágrimas se deslizaron trazando regueros en su piel—. Vuelve siempre que quieras, yo siempre te estaré esperando.

Asintió y la acercó a su cuerpo para darle un último abrazo. Estaba

demasiado emocionada para hablar y, en momentos como aquel, tampoco hacía falta: sus almas se entendían sin necesidad de palabras.

Decidida a no alargar más aquella agonía se separó de ella, corrió hacia el taxi bajo el paraguas y se volvió una última vez antes de entrar al vehículo.

Recorrió por última vez el edificio de apartamentos en el que tan buenos ratos había pasado, el parque al otro lado de la calle en el que tantas veces había ido a pasear y que ahora se encontraba rodeado de una intensa bruma, y acabó deteniendo la mirada en aquel lugar donde Jack había aparcado la última noche que estuvieron juntos. Rememoró su dulzura al cubrirle el rostro de besos, el calor abrasador del roce de sus manos bajo el jersey y la pasión con la que la había abrazado, reacio a dejarla marchar tras haber compartido juntos un maravilloso fin de semana.

Lágrimas de rabia y frustración acudieron a sus ojos y de inmediato las apartó con impaciencia. Estaba harta de llorar por él. No se lo merecía.

Con una sonrisa trémula lanzó un último beso al aire hacia Jules, que esperaba paciente a verla partir con los brazos fuertemente abrazados a su cintura, y se contorsionó para entrar en el coche manteniendo el paraguas abierto para no mojarse.

De pronto escuchó un potente estruendo a su espalda, seguido de estridentes bocinazos e insultos lanzados al aire.

Alarmada, salió del taxi mientras volvía la cabeza con rapidez y observó estupefacta cómo una moto derrapaba hasta frenar en seco a escasos centímetros del guardabarros del taxi, levantando una ola de agua sobre el pavimento.

Por unos instantes creyó que estaba sufriendo una alucinación, pues de ningún modo podía ser Jack el que acababa de desmontar de la moto, dejándola tirada en el suelo de cualquier manera, y que estaba corriendo hacia ella mientras se sacaba el casco.

Resguardada bajo su paraguas, Samantha se quedó paralizada y con los pies anclados al suelo mientras él la alcanzaba con paso seguro y se detenía a escasos metros de ella bajo la torrencial lluvia.

Estaba empapado por completo, y aquel hecho solo contribuía a exaltar la imagen de ángel del infierno que ofrecía en aquel momento, todo vestido de negro. Aunque le había extrañado hasta el punto de sentir dolor físico por su ausencia, nada la había preparado para el impacto que recibió en la boca del estómago al tenerle de nuevo delante.

Había perdido peso.

Las líneas de su rostro estaban mucho más marcadas, una sombra oscura aparecía bajo sus ojos y su habitual barba de pocos días ahora era más espesa y poblada; los tejanos oscuros se adherían a sus piernas y la camiseta interior marcaba deliciosamente cada músculo y ángulo de su torso. A aquellas alturas la cazadora de cuero le resguardaba poco de las inclemencias del tiempo, pero él parecía ser completamente ajeno a todo, pues solo tenía ojos para ella. Su precioso pelo negro, que también había crecido en las últimas semanas, le rodeaba el rostro ensalzando la profundidad de sus ojos, que la miraban con una expresión que nunca le había visto antes, mezcla de desesperación y algo más a lo que no se atrevió a poner nombre.

—No te vayas —le suplicó él con su característica firmeza de voz, convirtiendo la petición en una orden.

—Vete a la mierda —le espetó ella de malas maneras, furibunda por su desfachatez. Pero ¿qué se había creído? ¿De dónde demonios salía aquello?

Jack se enjugó el rostro con una mano en un gesto que denotaba más frustración hacia sí mismo que el intento de apartar la molesta lluvia, y masculló por lo bajo:

—Perdóname —lo intentó de nuevo—. He sido un completo imbécil... Estaba asustado y... me equivoqué. Por favor, perdóname... No te vayas...

Samantha lanzó una mirada nerviosa al taxista, que desde el interior del vehículo le señalaba el reloj, y volvió a mirar a Jack, que seguía en la misma posición a la espera de alguna respuesta por su parte, pero es que no tenía ninguna que darle.

Se había quedado, literalmente, sin palabras.

—Te estás empapando —señaló ella de pronto sin poder contenerse. Si continuaba allí parado acabaría enfermo...

¡Maldita sea!, se reprendió de inmediato, ¿y a ella qué más le daba? ¡Cómo si le tenían que ingresar en la UCI!

—No me importa. —Una leve sonrisa curvó sus deliciosos labios.

—Me tengo que marchar —susurró más para sí misma.

Aquello no podía estar pasando. Después del martirio que le había hecho pasar, no podía presentarse como si nada y desmoronar su mundo de nuevo.

Empezaba a sentir que le faltaba el aliento y que su corazón hacía piruetas en el pecho y no quería volver a sentirse así, ni con él ni con nadie.

Se volvió hacia el taxi decidida a dejarle allí de pie, pero él le impidió el paso y se colocó frente a ella bajo el paraguas, recortando el espacio que les separaba hasta el punto que sintió que sus pezones se encogían al rozar la húmeda piel de su chaqueta.

Su mano, fuerte y helada, envolvió la suya más pequeña y de inmediato un intenso ardor comenzó a extenderse desde aquel punto, como siempre que su piel entraba en contacto con la de él.

Contuvo el aliento cuando sus dedos helados la sostuvieron de la barbilla y la obligaron a enfrentarse con aquellos ojos azules que siempre le arrebatában la cordura. Cerró los párpados con rapidez y los apretó con fuerza en un último intento de evitar lo inevitable, pero sus esfuerzos fueron en vano cuando sintió que le acariciaba los labios con suavidad.

Alzó la vista y encontró en sus pupilas el mismo anhelo que ella llevaba

grabado en la piel, pero también otro sentimiento que ni en sus sueños más alocados hubiera esperado hallar. Aterrorizada por estar malinterpretando de nuevo lo que aquello significaba, y todavía mucho más asustada de tener razón, dio un paso atrás para recuperar el control, pero él la sujetó de la nuca y la acercó a su rostro.

—Estoy loco por ti. —Ella negó con la cabeza y se removió inquieta con una mirada de pánico en los ojos, no queriendo escuchar aquellas palabras que llegaban tarde, que no debería haber pronunciado nunca. Él le rodeó el rostro con ambas manos y la mantuvo con más firmeza pegada a él—. Te amo... como jamás pensé que llegaría a amar a ninguna mujer... Y me acojoné —confesó sin pudor—. Me daba pánico perderte. —Hizo una mueca—. Todavía tengo miedo..., pero me da más miedo pasar el resto de mi vida lejos de ti, y seguir sufriendo como lo hago desde que no te tengo a mi lado...

—No... —musitó angustiada luchando por deshacerse de sus manos.

Comenzaba a sentir los primeros síntomas de un ataque de pánico y sabía que solo lograría evitarlo si se apartaba de él, si borraba sus últimas palabras de su memoria. No podría seguir adelante, lejos de él, sabiendo aquello.

Y debía marcharse, no tenía otra opción.

—Escúchame, por favor... Respira y escúchame —le exigió, desesperado al comprender por su mirada extraviada que estaba a punto de perderla del todo—. Sé que no me lo merezco, sé que me he comportado como un cabrón estas últimas semanas, pero dame una segunda oportunidad... Déjame demostrarte que lo nuestro puede funcionar...

—No puedo... —gimió—. No puedo, Jack...

—¿Me quieres? —la apremió acercándola a su boca y cubriéndole el rostro con su cálido aliento.

—¿Qué?!

—Si me quieres... —Inclinó la cabeza y posó sus labios sobre los de ella en

una leve caricia que les hizo temblar a los dos—. Si sientes lo mismo que yo cuando te toco..., cuando te tengo tan cerca como ahora... —Su voz ronca se deslizaba sobre sus anesthesiados sentidos arrancándoles chispas de vida y, cuando por fin puso su boca sobre sus labios, Samantha sintió que su cuerpo y su corazón volvían a renacer.

El beso de Jack fue una declaración de intenciones en toda regla, apoderándose de cada recodo de su boca y exigiendo la atención de todos sus sentidos; puso en aquella caricia su propia alma, desnudándose ante ella con la humildad del que sabe que ya no tiene nada que perder.

Abrumada por la honestidad de aquel beso, se permitió disfrutar durante unos instantes de la sensación de saber que la amaba y respondió a su caricia con todo el amor que su lastimado corazón era capaz de sentir, encogido de tanta emoción contenida.

El paraguas rodaba olvidado a sus pies y las gotas de lluvia se mezclaban con las lágrimas de angustia que se deslizaban por sus mejillas. Cuando pensaba que no era posible sufrir más, la vida de nuevo volvía a sorprenderla, pues no podía imaginar tortura más grande que renunciar a un futuro junto a él sabiendo que albergaba los mismos sentimientos que ella.

Las últimas semanas de soledad la habían ayudado a recordar todo lo que había dejado en España tras su marcha, y aquello, junto al completo desconsuelo de haber perdido a Jack, le había dado las fuerzas necesarias para aceptar su destino y entender que donde debía estar era junto a su familia, apoyándoles como había hecho siempre.

Sacando fuerzas de donde ya no le quedaban, sintió que se le desgarraba el alma cuando se despidió de los labios de Jack con un último beso que contenía todo el amor y la pasión que su corazón siempre guardaría para él.

—Adiós, Jack.

Con el corazón encogido y los ojos anegados de lágrimas, él negó con la

cabeza y se aferró a su nuca enredando los dedos en su cabello húmedo. No estaba preparado para admitir aquella derrota, su historia no podía acabar así, en medio de una tormenta y con prisas.

—No, esto no es un adiós. Prométeme que volverás... —Ella iba a responderle con una negativa, pero él no la dejó—. No, no me digas nada ahora. En mayo se celebrará la entrega de premios, hablemos de nuevo entonces. Concédeme eso al menos...

—No voy a volver.

—Por favor... Piénsatelo.

Ella asintió, incapaz de seguir luchando con él un segundo más. Temía flaquear en el último momento y volver a actuar de forma egoísta, olvidándose otra vez de las personas que la querían y la necesitaban y anteponiendo sus necesidades a las de los demás.

Desconsolada y con la vista nublada por las lágrimas, recogió el paraguas del suelo mientras se retiraba el agua del rostro, y se dirigió cabizbaja hacia el taxi, que ya debía de marcar una fortuna en el contador.

Una vez que hubo entrado en el cálido y seco interior del vehículo el taxista arrancó de inmediato y se incorporó al tráfico, sin permitirle prepararse para el último adiós, aquel que ella necesitaba tener desde la distancia.

Se volvió sobre el asiento y prorrumpió en sollozos cuando vio a Jack, vestido todo de negro como un ángel caído y calado hasta los huesos, con sus increíbles ojos azules fijos en ella y una expresión vacía en el rostro.

*Barcelona, seis semanas después
(veinticuatro horas para la 50.ª entrega
de los Premios Pritzker)*

Samantha deambulaba por el que había sido su hogar durante más de quince años sintiéndose una extraña. Era cerca de mediodía y el silencio que la rodeaba se le antojaba irrespirable, así que volvió a su habitación, se echó sobre la cama con la mirada perdida y se colocó los auriculares, dispuesta a desconectarse del vacío a su alrededor.

En el pasado, a aquellas horas su madre ya tendría la mesa preparada para la comida mientras su hermana seguiría dándole largas desde su habitación hasta el último minuto, concentrada en escribir algunas líneas de su última historia sobre un amor imposible y apasionado. Ella llegaría de sus clases con el tiempo justo y las tres compartirían la sobremesa entre cotilleos, noticias de interés que se irían sucediendo en la pantalla del televisor y la última locura que se le hubiese ocurrido llevar a cabo a Allie.

La nostalgia la golpeó directa en el estómago, obligándola a cambiar de posición sobre el colchón.

Últimamente parecía no encontrar ninguna posición cómoda; ya estuviese sentada, de pie o estirada, sentía una enorme presión en el pecho que no le permitía respirar con fluidez y relajarse, obligándola a estar en constante movimiento; lo cual era paradójico considerando que no preveía volver a

estar ocupada hasta pasado el verano, cuando retomaría las clases en la universidad.

La inactividad la estaba matando, y hacía más evidente la inesperada soledad que había encontrado en casa tras su vuelta de Nueva York.

Si bien en un principio había agradecido el espacio que su familia le había dado para acostumbrarse de nuevo a su antigua vida, con el paso de los días comenzó a comprender que, durante su ausencia, no solo su vida había dado un giro de ciento ochenta grados; la de su familia también.

Su hermana ya apenas paraba por casa. Comenzar la universidad le había abierto un nuevo mundo dándole la libertad que tanto necesitaba, así que, cuando no andaba volcada en sus estudios o escribiendo su última novela, aprovechaba para salir de fiesta con sus nuevos amigos. En las semanas que llevaba allí apenas la había visto.

Sus padres también parecían distintos. Tener a sus dos hijas fuera de casa les había devuelto algo que no habían sido conscientes de haber perdido: su propia identidad. Habían dejado de ejercer de padres a tiempo completo y habían vuelto a recuperarse como individuos, y como pareja.

Aquella nueva etapa de sus padres trajo consigo una magnífica noticia: por fin habían decidido vender el local donde su madre había tenido su pequeña tienda de cachivaches durante años. Con el dinero que obtuvieron del traspaso liquidaron gran parte de la hipoteca pendiente, provocando así una cadena de afortunadas consecuencias, empezando por una reducción drástica del número de clases que su padre todavía impartía y un plan de jubilación que se haría efectivo tras la finalización del año escolar.

Samantha no había sido consciente de la carga que había acarreado sobre sus hombros todos aquellos años hasta que sus padres le comunicaron la feliz noticia, pues de pronto se sintió liberada de la enorme ansiedad que había

arrastrado consigo, durante tanto tiempo que ya creía que formaba parte de su personalidad.

Poco a poco cada uno había ido encontrando su lugar, excepto ella, que cada día se sentía más agobiada e incómoda en su propia piel; hasta que llegó el día que tuvo que replantearse si todo aquello que siempre había considerado imprescindible, el estilo de vida en el que se había acomodado con el paso de los años y en el que creía ser feliz, no era más una ilusión fruto del hábito que una decisión consciente.

Su viaje a Nueva York había sacudido los cimientos de aquella certeza y le habían abierto los ojos a otra vida que, si bien había estado llena de altibajos, también le había aportado una sensación de plenitud y realización que nunca antes había experimentado.

Por eso no veía el día de volver a retomar su trabajo como profesora.

Su experiencia con Storm le había demostrado que donde ella realmente se sentía realizada y disfrutaba era con sus alumnos; compartiendo experiencias y creciendo junto a ellos, y esperaba que recuperando aquella rutina volviese la sensación de normalidad que, a pesar de llevar ya un tiempo en casa, continuaba sin sentir.

Siguiendo un impulso volvió la cabeza sobre la almohada y examinó los paquetes que descansaban sobre la mesa de su escritorio.

El primer sobre lo había recibido por mensajero dos semanas tras su regreso, y en cuanto vio el nombre del remitente se sintió incapaz de abrirlo, sabedora de que su contenido la obligaría a abrir una puerta que no estaba preparada para cruzar.

Desde entonces, cada lunes, como un reloj, había seguido visitándola el mismo mensajero con un paquete distinto, y ella los había ido acumulando sin abrir, amontonándose así también su nivel de ansiedad, hasta el punto de que ya no dormía bien y su apetito se había resentido.

Paseó la vista sobre la montaña de paquetes una última vez y tomó una decisión.

Se acercó con rapidez al escritorio y examinó los sobres como si albergasen algún material explosivo, todos y cada uno de ellos diseñados para poner su vida del revés, pues sospechaba que aquel era el impacto que tendrían aquellos envíos en su vida.

Tomó una fuerte inspiración y decidió abrirlos en el orden que los había recibido, hacía ya un mes.

En el interior del primer sobre encontró una preciosa cajita de cartón rodeada de un sencillo lazo que la mantenía cerrada. Con dedos temblorosos y el corazón latiéndole a toda velocidad tiró de la pequeña tira de seda roja y frunció el ceño al descubrir su contenido: una pequeña y elegante servilleta de color dorado reposando en el fondo.

La tomó con indecisión y se le cortó la respiración al darle la vuelta y ver el logo del club Provocateur impreso en el reverso, trayéndole de inmediato a la memoria un centenar de recuerdos.

Observó la servilleta con detenimiento y recorrió el grabado de las letras con las yemas de los dedos, rememorando el momento en que sus ojos se cruzaron con los de Jack a través de aquella barra repleta de gente, y la inevitable atracción que fluyó entre ambos cuando por fin les presentaron.

Con una cálida sensación en el pecho y una trémula sonrisa en los labios, desplegó el trozo de tela y el estómago le dio un vuelco al descubrir que en la parte interior había unas palabras manuscritas de Jack:

En cuanto te vi supe que pondrías mi vida del revés.

Se llevó el trozo de tela a los labios con los ojos repletos de lágrimas y se dejó llevar por los indescriptibles sentimientos que aquel simple objeto había traído consigo.

Una súbita urgencia por descubrir el contenido del resto de los paquetes la lanzó a por el siguiente sobre, que abrió con impaciencia.

Era pequeño y ligero y, cuando lo volcó boca abajo, de él salió una goma de pelo y un pequeño trozo de papel doblado.

Me encanta tu melena, pues es símbolo de coraje y supervivencia.

El día que me explicaste tu historia supe que estaba irremediablemente enamorado de ti.

El tercer paquete le arrancó una sonora carcajada y acabó de alborotar su desbocado corazón, pues de pronto tuvo frente a sí la prueba evidente de lo que tanto a ella como a Jack les había costado tanto aceptar.

Se trataba de una fotografía que se habían hecho en la cabaña tras haberse puesto perdidos de harina en una guerra improvisada en la cocina, mientras preparaban una pizza casera.

Por alguna razón Jack había decidido inmortalizar aquel momento, y lo cierto era que ahora, contemplando la imagen por primera vez, entendió por qué.

El modo en que la miraba, abrazándola desde atrás mientras ella sujetaba el móvil para captar el mejor ángulo, no tenía precio. Sus profundos ojos azules, las líneas de expresión de su rostro y todo su lenguaje corporal hablaban de un amor que por aquel entonces él todavía no había tenido el valor de reconocer y ella había estado demasiado ciega para ver.

Una imagen vale más que mil palabras... Danos la oportunidad de construir más momentos como estos.

Se le escapó un sollozo desde lo más profundo de la garganta y apretó la fotografía contra el pecho, rindiéndose a la evidencia.

Durante semanas había luchado sin éxito contra su mente y su alma.

Jack había cambiado las reglas del juego en el último momento con su confesión precipitada, forzándola a tomar la decisión más importante de su vida en un momento en el que todavía estaba demasiado dolida y furiosa con él como para considerar nada de lo que dijese.

Más tarde, cuando la rabia y la amargura pasaron y comenzaron a llegar sus mensajes se asustó. Le echaba tanto de menos que le dolía físicamente, y sabía que en el momento que abriese cualquiera de sus envíos tendría que enfrentarse a la realidad y tomar la decisión que no se había atrevido a tomar entonces.

Sus opciones estaban claras: dar por cerrada su etapa en Nueva York y olvidarse de Jack definitivamente, o considerar seriamente su petición de quedarse con él y darle una oportunidad a aquel amor que había surgido sin que ninguno de los dos lo buscase.

—Toc-toc. —Allison asomó la cabeza por la puerta con su sempiterna sonrisa y se adentró en la habitación sin esperar permiso.

—¡Allie! ¿Qué haces aquí? No te he oído llegar. —Se enjugó con rapidez las lágrimas de las mejillas y guardó la fotografía que todavía sostenía en las manos dentro del sobre, junto a la nota.

—Por fin los has abierto —dijo Allison con una mirada dulce y comprensiva.

—Sí... —admitió sintiéndose de repente muy inquieta. Volvió a sentarse en la cama mientras exhalaba un profundo suspiro.

—¿Puedo? —preguntó su hermana acercándose al escritorio.

Ella asintió en silencio y, tras varios minutos, Allison se sentó junto a ella sosteniendo entre sus manos la fotografía de ambos.

—Creo que tengo material para tres novelas más —bromeó en un intento de aligerar la tensión de su hermana. Cuando la vio sonreír se dio por

satisfecha—. Hacéis una pareja espectacular y es evidente que estáis locos el uno por el otro.

—Lo sé...

Nada más pronunciar aquellas palabras tomó consciencia de su significado.

Se levantó y comenzó a pasear por la habitación ante la atenta mirada de su hermana, que sonreía de medio lado al ser testigo de la lucha interior que libraba.

Si lo sabía, ¿por qué diablos seguía dándole vueltas?, se preguntó con frustración.

Hacía semanas que, en lo más profundo de su ser, notaba que su vida ya no estaba allí. Se había estado moviendo por inercia, tratando de reconstruir algo que ya no existía, pues todo a su alrededor, empezando por ella misma, había cambiado.

Adoraba a su familia, pero su corazón ya no le pertenecía, estaba a miles de kilómetros cruzando el océano, y era el hueco que había dejado en su pecho lo que le estaba impidiendo respirar con normalidad desde que regresó.

—Necesito volver... —musitó para sí misma, olvidando por un instante que no estaba sola.

—Con lo inteligente que eres, y te ha costado llegar a la solución, ¿eh?

Sobresaltada, se volvió hacia su hermana y al instante sintió un fuerte escozor en los ojos. Se puso de rodillas frente a ella y la cogió de las manos.

—No sé si lo voy a poder hacer; alejarme de ti, y de papá y mamá —aclaró al ver la expresión confundida de Allison.

—Ya lo hiciste hace unos meses y todo salió bien. ¡Más que bien, diría yo!

—Esto es diferente, Allie... Estoy hablando de trasladarme a vivir allí, no de pasar solo unos meses lejos de casa.

Invirtiendo los roles, Allison acarició el rostro de Samantha y le sonrió con ternura.

—Estaremos bien. Te echaré mucho de menos, por supuesto, pero te visitaré a menudo y cuento con que tú hagas lo mismo y te traigas a ese dios griego que tienes de novio contigo. Además, ¿para qué existe Skype? Te aseguro que hablaremos más de lo que lo hacemos ahora.

—Eso sí... Pero no será lo mismo...

—¡Tonterías! —la atajó con el corazón encogido.

La idea de no tener a su hermana cerca en un futuro apenaba a Allison, pero, por encima de todo, se alegraba por ella y quería que fuese feliz. En aquel momento necesitaba que fuese fuerte y la apoyase, y no pensaba defraudarla; por una vez ella iba a hacerse cargo de su hermana mayor, así que se tragó el nudo que empezaba a formarse en su garganta y se plantó una sonrisa enorme en los labios.

—¿Ya sabes cuándo te irás? Tienes que llamar a Jack y decírselo. — Continuó parlotando sin descanso hasta que, de pronto, se llevó las manos a la boca y la miró con los ojos como platos—. Madre mía, no quiero perderme la cara que pondrán mamá y papá cuando se lo digas.

* * *

Aquella misma noche Samantha esperaba sentada en la mesa de la cocina a que sus padres volviesen de cenar, nerviosa ante la perspectiva de explicarles la decisión que había tomado.

Faltaban cinco minutos para las diez cuando escuchó el ruido de la puerta principal y las risas de sus padres. De inmediato se dirigió hacia el salón y les dio la bienvenida preguntándoles por la salida, más por cortesía que por un interés real, pues su mente apenas prestaba atención a sus palabras, distraída por la noticia que tenía que darles.

—¿Has escuchado algo de lo que te ha explicado tu padre? —le preguntó

su madre divertida.

—¿Cómo? Eh... no, la verdad es que no mucho —admitió algo avergonzada.

—¿Estás bien, hija? —Su padre se acercó a ella y se la llevó hasta el sofá. Su madre les siguió y se sentó frente a ellos.

—Tengo algo que explicaros. Veréis... —Se restregó las manos sobre el regazo con nerviosismo y desvió la mirada hacia un punto indefinido del salón al sentir que una mezcla de vergüenza y culpabilidad la devoraba por dentro. No estaba acostumbrada a compartir sus sentimientos con ellos, pero se merecían conocer los motivos de su decisión—. Mientras estuve en Nueva York conocí a alguien...

—¡Lo sabía! —espetó de repente su madre con una enorme sonrisa y dando saltitos sobre el sofá. Ella la observó estupefacta—. En Navidad supe que habías conocido a alguien y se lo dije a tu padre, pero él no me hizo ni caso hasta que volviste hace unas semanas. Entonces ya no tuvimos ninguna duda, estabas demasiado triste para haberte despedido solo de una ciudad o un trabajo. —Rosa esbozó una resplandeciente sonrisa y señaló a su marido con el dedo—. Me debes una cena en el restaurante vegetariano.

—¿Qué...? ¿Ya lo sabíais? —Samantha no daba crédito a lo que estaba escuchando—. Esperad, esperad... —Les lanzó a ambos una mirada incrédula al recapacitar sobre lo que acababa de escuchar—. ¡¿Hicisteis una apuesta... sobre mí?!

—Mi vida —le respondió su madre con dulzura y una sabia mirada en sus hermosos ojos—, siempre has sido muy introvertida, así que, a medida que te fuiste haciendo mayor no nos quedó otro remedio más que empezar a observarte desde la distancia y sacar conjeturas sobre tu vida. Lo de la apuesta ha sido algo más reciente, pero creo que lo volveremos a repetir. —

Su madre le guiñó un ojo a su padre, que resopló aceptando su derrota con expresión divertida—. Bueno, entonces, ¿cuándo te vas?

—Eh... yo... —Aquella conversación no estaba yendo para nada como se la había imaginado—. Todavía no he tomado ninguna decisión sobre la fecha, primero quería comentarlo con vosotros. —Hizo una mueca al escuchar sus propias palabras. Menuda estupidez acababa de decir—. Aunque ya veo que me sacáis ventaja.

—Cariño, ya eres mayor para tomar tus propias decisiones, y nosotros seremos felices si tú también lo eres. —Su padre le pasó un brazo sobre los hombros y la acercó hacia su cuerpo, abrazándola con fuerza como solía hacer cuando era pequeña. Con el rostro apoyado sobre el pecho de su padre, Samantha se relajó de inmediato al escuchar alto y claro el fuerte latido de su corazón, constante e imperturbable como siempre—. Ya va siendo hora de que elijas la vida que tú quieres vivir, sin pensar en nadie más que en ti misma.

—Papá, siempre he sido muy feliz con vosotros... —Extendió el brazo hacia su madre, que se acercó a ellos para poder cogerla de la mano—. No podría desear una familia mejor, y si lo mío con Alan hubiese funcionado...

—Alan es un gilipollas —sentenció su padre.

—¡Paul! —le reprendió su madre ante la estupefacta mirada de Samantha. Su padre las miró a ambas sin ningún remordimiento. Al contrario, parecía de lo más satisfecho de haber podido decir por fin lo que pensaba de aquel tipo.

—De Paul nada —refunfuñó—, los dos sabíamos que Sammy no estaba enamorada de él y vimos el cielo abierto cuando le surgió la oportunidad de marcharse unos meses a Nueva York. Ha sido cuestión de buena suerte que, además, estando allí, se haya enamorado de verdad.

Samantha observaba a sus padres hablar sobre su vida amorosa, sus

decisiones y su futuro como si ella no estuviese allí y solo pudo sonreír entre lágrimas de emoción.

¡Cuánto les iba a echar de menos!

—¡Oh! Por cierto, casi me olvido. —Su madre se dirigió hacia la cocina y regresó con un sobre en las manos; un sobre que a ella le resultó de lo más familiar y que le provocó un vuelco en el estómago—. El mensajero no encontró a nadie en casa el pasado lunes y dejó una nota para que lo pasáramos a recoger. No quise decirte nada porque sé que no has querido abrir ninguno de los paquetes que has recibido últimamente y cada vez que recibías uno te ponías tan triste y ansiosa... —Le extendió el sobre con un brillo emocionado en los ojos y le hizo un pequeño gesto alentándola a cogerlo y abrirlo—. Supongo que ahora es un buen momento para dártelo.

Samantha dejó pasar la intromisión de su madre y se concentró en el sobre entre sus manos, ligero y plano, como si se tratase de una carta.

Lo abrió con el corazón desbocado, ante la atenta mirada de sus padres, que la contemplaban cogidos de la mano con la ilusión iluminando sus rostros. Por fin su pequeña se estaba permitiendo ser feliz y nada les llenaba más que ser testigos de ello.

Apenas extrajo la mitad del contenido supo que se trataba de una invitación a la entrega de los premios. La calidad del papel, la impresión y el cuidado estilo de la misiva eran distintivos de la Fundación Hyatt, y ella se deleitó con el relieve del grabado del escudo característico del Pritzker y con la visión de su nombre completo asociado a aquellos prestigiosos premios.

Contuvo el aliento al ver una nota manuscrita junto a la invitación, pero la sonrisa murió en sus labios al reconocer la letra de Matt:

*Úsalo aunque solo sea para compartir la experiencia con todo el equipo.
Te lo mereces.*

Intrigada por lo que encontraría en el interior, desdobló el papel con manos temblorosas y abrió los ojos de par en par al leer las palabras «Barcelona-Nueva York» junto al logo de una compañía aérea.

Aquellos últimos días se había sentido especialmente desdichada pensando que no iba a asistir a la entrega de premios, pero el destino le estaba poniendo en bandeja la oportunidad de cumplir uno de sus sueños y no pensaba dejarlo escapar. Al fin y al cabo ya había tomado la decisión de volver; el mensaje de Matt solo aceleraba sus planes algo más de lo previsto.

Excitada por la perspectiva de ver a Jack en pocas horas, estaba revisando el resto de la información del vuelo cuando lanzó un gemido angustiado.

—¡Maldita sea! —Se levantó como un resorte del sofá y masculló—: El vuelo ha salido hace una hora.

The Art Institute, Chicago, Illinois
50.ª entrega de los Premios Pritzker

El eco de los aplausos llegó hasta los oídos de Samantha tan pronto puso un pie fuera del taxi. Lanzó varios billetes al taxista a toda prisa sin esperar el cambio, y este, al ver la generosa propina, le perdonó a su atropellada pasajera la constante insistencia de que acelerase desde que la había recogido en el aeropuerto.

Resollando por la frenética carrera en la que andaba metida las últimas veinticuatro horas, sonrió nerviosa y excitada a la vez mientras subía los escalones de dos en dos y se dirigía al lugar del que provenía el clamor.

En aquel instante recordó la fantasía que Allison había tenido hacía ya muchos meses, cuando se la imaginó ataviada con un precioso vestido de fiesta, asistiendo precisamente a aquel evento... Quién le iba a decir que las palabras de su hermana serían proféticas y que lo que la esperaba al otro lado de aquellas puertas dobles era mucho más de lo que nunca imaginó.

«Bien, no del todo proféticas», pensó cohibida al sentirse inspeccionada por el portero que custodiaba el acceso a la gala.

Hubiera deseado poder lucir algún precioso diseño de Jules y vestir acorde a la etiqueta que exigía una celebración de aquel calibre, pero había salido de casa de forma precipitada y, considerando que iba a embarcarse en un viaje de más de diez horas de avión, los tejanos, su camiseta favorita y las raídas

deportivas que solía utilizar los fines de semana le habían parecido el atuendo más oportuno.

Compuso su sonrisa más espectacular, cuadró los hombros al acercarse al portero, que la seguía mirando con recelo, y le mostró la invitación que le había enviado Matt y que llevaba doblada en el interior de su bolso de bandolera.

Para su sorpresa, y a pesar de su mirada reprobatoria y el oportuno comentario sobre la etiqueta del evento, una vez que el vigilante comprobó sus credenciales le hizo un gesto con el brazo y le dio la bienvenida a la celebración del 50.^a Aniversario de los Premios Pritzker.

Inspiró hondo para recuperar el aliento y calmar el retumbar de su corazón, y recorrió con la mirada el inmenso salón, buscando a Jack con ansiedad.

El lugar estaba a rebosar, con un buen número de mesas elegantemente vestidas y distribuidas de forma estratégica que acogían a cientos de personas, entre invitados y participantes del concurso.

El presentador de la ceremonia se encontraba en aquellos momentos sobre el escenario, rodeado de pantallas de plasma y con una sonrisa de oreja a oreja. Sostenía entre sus manos la estatuilla que proclamaba al vencedor del premio y que, a tenor del aplauso que acababa de estallar de nuevo en la sala, acababa de ser anunciado.

De inmediato explotó una alborotada celebración en una de las mesas más alejadas de la entrada y todos los presentes se levantaron de sus sillas y comenzaron a vitorear al equipo ganador con amplias sonrisas en sus rostros. Arrastrada por el entusiasmo colectivo, se unió al resto de los invitados y comenzó a aplaudir mientras centraba su mirada en el escenario.

Desde donde se encontraba podía ver con claridad al grupo de personas que en aquellos momentos subía por uno de los laterales del escenario.

Con un nudo en la garganta y lágrimas de emoción en los ojos, esperó

distinguir a Jack, Matt y el resto de los chicos entre ellos, pero la sonrisa se le congeló en el rostro al distinguir a Daniel Appleman y su equipo accediendo al escenario y saludar efusivamente al presentador de la gala, que les ofrecía la preciada estatuilla entre felicitaciones y abrazos.

El estruendo a su alrededor se convirtió de pronto en una molesta cacofonía que le provocó cierto mareo. Desconcertada, paseó la vista alrededor con la esperanza de que alguien la sacase de su error, pero sus ojos no la engañaban: todos los focos estaban dirigidos a un equipo que no era el suyo.

Storm no había ganado.

Se tragó el nudo que atenazaba su garganta y entró en la sala dispuesta a encontrar a Jack a como diese lugar. Si ella estaba triste y decepcionada, no quería ni imaginar lo derrotado que se estaría sintiendo él.

* * *

Allí ya no tenía nada que hacer.

Jack recogió su móvil y por un momento dudó. Se moría de ganas de llamarla y escuchar su voz; sabía que si ella hubiera estado a su lado todo lo demás dolería menos, sobrellevaría aquella derrota de otra manera.

Pero ella no estaba allí y empezaba a ser hora de que aceptase también esa otra derrota.

Apretó el móvil con la mano y se lo guardó en el bolsillo antes de dirigirse hacia la mesa de los ganadores para felicitarles.

Por el camino le detuvieron varios colegas, ansiosos por hablar con él; su rostro se mostró inexpresivo y su mirada lejana mientras los demás le daban palmadas de ánimo en la espalda y exaltaban la calidad de Storm, que también se había merecido ganar. La gente achacó su apatía al fallo del

concurso, pero lo cierto era que hacía más de un mes que andaba anestesiado, funcionando en piloto automático.

Desde el día que Samantha había vuelto a España se había convertido en un autómeta; centrando su energía en el solo propósito de recuperarla y dejando de lado todo lo demás. Se había mantenido optimista a pesar de no recibir respuesta a ninguno de sus mensajes, y había albergado la esperanza de verla aquella noche, hasta hacía apenas unas horas, cuando comprobó que ni siquiera había aceptado la invitación de Matt para atender la entrega de los premios.

Qué estúpido había sido. Por supuesto que no había venido.

Se había comportado como un capullo al apartarla de él de aquella manera y no podía esperar que lo dejase todo, a su familia y su vida en España, solo porque él le dijese que la amaba.

Incluso en el caso de que ella sintiese lo mismo que él, si durante toda su vida había antepuesto a los demás sobre su propia felicidad, ¿por qué en esta ocasión iba a ser diferente?

* * *

Samantha vio cómo Jack se escabullía entre la multitud, con andar pausado y una mano en el bolsillo de su pantalón de esmoquin. En aquel momento, todavía sin verla a pesar de que se encontraba justo en medio de su camino, se dirigía hacia la salida con toda la dignidad que un segundo puesto otorgaba.

Se le encogió el estómago de puro nervio y sintió su pecho llenarse de amor al ver el gesto vencido de su rostro. Aunque su aspecto físico era impresionante y continuaba dejándola sin aliento, había sido el hombre

honesto, íntegro y cariñoso que ocultaba tras aquella atractiva y distante apariencia lo que la había acabado de enamorar.

Se frotó las manos contra la tela de los tejanos al recordar el modo en que se despidieron, cómo le dejó plantado bajo la lluvia y lo devastada que se había sentido todo el camino de vuelta a casa al haber elegido dejarle atrás. Le debía una disculpa —no por haberse marchado, pues en aquel momento estaba enfadada y confundida, y tenía demasiado en qué pensar—, sino por su cobardía y silencio durante aquellas últimas semanas.

Tan solo esperaba no llegar demasiado tarde.

Jack ralentizó el paso de forma casi imperceptible al descubrirla a pocos metros frente a él, con el corazón en los ojos y vestida como si viniese de dar un paseo por el parque en lugar de encontrarse en el que muchos expertos consideraban uno de los eventos más exclusivos del año.

Ignoró el vuelco en el estómago y retomó su camino con fingida indiferencia, a pesar de que su corazón retumbaba a toda velocidad contra sus costillas.

—Vaya... Qué sorpresa... —Sus ojos zafiro la recorrieron con fría intensidad.

—Lamento no haber llegado a tiempo. —Señaló nerviosa al escenario mientras se colocaba un mechón suelto tras la oreja—. Al final no pudo ser, ¿no?

—Unas veces se gana y otras se pierde. —Se encogió de hombros y mostró su sonrisa torcida—. Aunque me joda admitirlo, Appleman tenía un muy buen proyecto, así que también se lo merecía.

Ella sonrió y asintió ante su último comentario. Aquella era una de las cosas que más le gustaban de él; aquella seguridad en sí mismo que los demás confundían con arrogancia. Por suerte ella había aprendido a

diferenciar una cosa de la otra y no podía estar más de acuerdo con él. Storm era también un proyecto ganador.

—Si me disculpas... —Jack pasó por su lado y le dijo—: Matt y los demás todavía están en la mesa. Deberías acercarte y unirte a la fiesta, también hay champán para los perdedores...

Perpleja por su fría actitud, no reaccionó hasta que él desapareció de su vista.

Entonces comenzó a andar, primero con pasos indecisos, y después corriendo por los amplios pasillos del museo, haciendo rechinar la suela de sus zapatillas deportivas sobre el pulido mármol.

No había cruzado todo el Atlántico para dejarle escapar.

—¡Jack, espera!

Él se detuvo en su descenso por las majestuosas escaleras del museo que, flanqueadas por los dos icónicos leones de bronce, conducían a la Avenida Michigan y a una interminable fila de taxis que esperaban pacientes a hacer negocio con los invitados al evento.

Cuando se volvió hacia ella vio que tenía el pelo revuelto y un músculo temblaba nervioso en su mandíbula, señales inconfundibles de que verla de nuevo no le había dejado tan indiferente como pretendía aparentar.

Llegados a aquel punto Samantha sabía que debía ser la primera en hablar, pero tenía la garganta seca y no sabía por dónde empezar. Él le había estado hablando durante semanas a través de sus mensajes. ¿Qué le podía decir ella ahora?

—Maldita sea, ¿qué? —inquirió Jack, frustrado con su silencio—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué has venido?

Ella bajó los escalones que les separaban y se plantó frente a él con las manos en las caderas.

—¿Por qué crees tú que he venido?

—¿Porque mi hermano te lo ha pedido? Ya veo que a sus mensajes sí les haces caso...

—¿Así que se trata de eso? ¿Por eso estás tan frío conmigo? —le preguntó con incredulidad—. ¿Estás celoso porque sí he respondido a su petición pero no a la tuya?

—Estoy algo más que celoso, Samantha, estoy cabreado. Llevo semanas tratando de localizarte; he intentado llegar a ti de cualquier manera que se me ha ocurrido y no he recibido ni una señal de que te importara lo más mínimo. ¡Ni un mísero mensaje que me hiciese mantener la esperanza! Así que sí, verte aquí esta noche porque Matt te lo ha pedido me molesta y... ¡y me duele, joder!

—Necesitaba tiempo —le aclaró, comprendiendo cuánto daño se habían hecho ambos sin pretenderlo—. No podías esperar que después de lo mal que me lo hiciste pasar llegaras pidiéndome perdón y yo lo dejase todo por ti. Las cosas no funcionan así.

—¿Te crees que no lo sé? Entendí que te tuvieses que marchar, que necesitaras tiempo para pensar en lo que te había dicho, pero, joder, Samantha... ¿Tanto te costaba responder a alguno de mis mensajes?

—No leí ninguno hasta ayer... —musitó algo avergonzada.

—¡¿Cómo dices?!—

—No estaba preparada, Jack... Volví a casa hecha polvo... Estaba muy dolida, y también furiosa por tu aparición inesperada en el último minuto después de cómo me habías tratado. Y más tarde, cuando por fin pasó el torbellino de emociones, me entró el pánico. Sabía que una vez que leyese tus mensajes ya no habría vuelta atrás —admitió apretándose las manos de forma compulsiva—. No reuní el valor suficiente hasta ayer, por eso no había respondido a ninguno de tus mensajes...

Jack puso dos dedos bajo su barbilla y la obligó a levantar el rostro con

suavidad.

—¿Por qué has venido? —le volvió a preguntar con la voz enronquecida.

—Yo... adoro a mi familia, Jack; sabes que mi tiempo aquí fue la única vez que estuve separada de ellos, y durante todos esos meses no pude deshacerme de una sensación de culpabilidad por haberme alejado tanto...

—Samantha... —la interrumpió él con tono impaciente y una mirada de advertencia.

—¡Déjame acabar! Por favor —le suplicó—. Desde que me marché a Barcelona... no... no he vuelto a ser la misma. Soy físicamente funcional, pero... ya no soy como antes. Mi mente y mi corazón se encuentran en otro lugar... —Por Dios, qué difícil resultaba decir aquello sin sonar ridícula—. Estas últimas semanas he estado pensando mucho, en ti, en nosotros, en lo que me dijiste aquel día bajo la lluvia...

Jack dio un paso adelante y se acercó todavía más a ella, incapaz de mantener las distancias durante más tiempo. Inspiró y sintió el roce de su pecho, su perfume floral y sutil inundando sus fosas nasales, y el leve temblor de su cuerpo haciendo eco en cada uno de sus músculos.

¿Podía ser que aquella hermosa y testaruda mujer se hubiera estado sintiendo igual que él durante su separación?

—¿Y...? —insistió él mientras le recogía con suavidad un mechón que se le había quedado pegado a los labios, y acarició sutilmente su mejilla con la punta de los dedos.

—Pues que ya no puedo... No —se corrigió—, que ya no quiero vivir ni un día más alejada de ti. No quiero seguir viviendo a medias, anteponiendo siempre a los demás; quiero las risas, las discusiones, la pasión y la ira. Lo quiero todo contigo, Jack. Te amo... —susurró mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas, desbordada por las emociones que envolvían sus palabras—. Quiero despertarme cada día con el roce de tus dedos en mi piel, tu aroma

inundando mi cerebro y la certeza de que pase lo que pase, sea quien decida ser, siempre estarás a mi lado y me querrás tal como soy... ¿Me perdonas por haber tardado tanto en decidirme, por no haber sido más valiente?

Incapaz de responder, Jack rodeó su rostro entre las manos y la acercó a sus labios con reverencia. Se mantuvo a escasos milímetros de su boca, y se llenó de ella y de su cálido aliento, sintiendo por fin que sus pulmones volvían a funcionar con normalidad tras semanas de asfixia.

Era suya, suya por fin.

—Te amé tal y como eras desde el principio —susurró él sobre sus labios—. Te amé a pesar de ti misma. —Ella se puso de puntillas buscando profundizar el beso, pero él continuó reteniéndola con firmeza—. No tengo nada que perdonarte, si acaso soy yo el que debe disculparse por haber sido tan cobarde. Me mató verte sufrir por mi culpa. ¿Me perdonas?

Ella asintió y con una sonrisa en los labios añadió:

—Solo con una condición... —Él alzó una ceja interrogante—. ¡Bésame!

Jack lanzó una sonora carcajada y recorrió sus facciones con la mirada una última vez, todavía incrédulo de tenerla de nuevo entre sus brazos, y solo entonces se sumergió en la calidez de su boca, sintiendo que al fin todo estaba en su lugar.

Ella lanzó un gemido de placer contra sus labios y le rodeó con los brazos para acercarle más a su cuerpo. Sentía su pecho a punto de explotar, lleno de ilusión y esperanza, sediento de las emociones que solo él conseguía despertarle; lista para echarse a volar.

Libres por fin de las riendas que les sujetaban, y que ellos mismos se habían impuesto, ambos se rindieron a la felicidad del momento y se dedicaron a disfrutar del mayor premio que jamás soñaron conseguir: el uno al otro.

Epílogo

Seis meses después, Greenwich Village, Nueva York

Noticias sobre la detención de Richard Charlton acaparan los titulares de los diarios de esta mañana.

Doy un sorbo a mi taza de café mientras reviso una vez más el artículo del *New York Times* donde se explican los detalles de la investigación y de cómo, tras años de colaboración conjunta entre autoridades locales, gubernamentales e internacionales, se han recabado pruebas suficientes para imputarle cargos por blanqueo de capitales, tráfico de influencias y asesinato.

Sonrío satisfecha al leer el párrafo donde explican que la fuente que aportó las pruebas decisivas del caso permanecerá confidencial y bajo secreto de sumario.

Escucho un ruido a mi espalda y, antes de tener tiempo a girarme, siento las manos de Jack acariciando mis caderas que después sube lentamente hasta mi cintura para abrazarme con fuerza. Me da un beso en la nuca y mi cuerpo se estremece de placer.

—Continúas teniendo la mala costumbre de huir de mi cama... —susurra en mi oído mientras me roba el café de las manos y le da un sorbo. Hace una mueca de desagrado, me lo devuelve y gruñe adormilado—. Menos caramelo, más cafeína...

Sin tiempo a reaccionar, me da la vuelta entre sus brazos y asalta mi boca con el ansia que provoca haber estado separados casi dos semanas.

Sus dientes magullan deliciosamente mis labios y sus manos me acarician

por todas partes cuando, de pronto, me rodea la cintura con un brazo y me sube a la encimera.

—Te he echado de menos... —masculla contra la piel de mi garganta mientras se coloca entre mis piernas.

Me acerca a su cuerpo con un empujón seco en la parte baja de la espalda y aprieta su erección contra el vértice de mis muslos, que está húmedo y preparado para él desde el instante que le he escuchado entrar en la cocina.

—No más que yo... —susurro y me abrazo a Jack con fuerza mientras él se rodea la cintura con mis piernas. El deseo que me provoca es tan intenso que voy a entrar en combustión en cualquier momento.

Enredo mis dedos en su cabello mientras le observo descender por mi torso y lamer uno de mis pezones a través de la tela del pijama. Jadeo y me arqueo para darle mejor acceso, y cierro los puños en su pelo acercándole más a mi cuerpo.

—Tengo que ir a trabajar... —gimoteo, más como recordatorio para mí que para él, que sigue explorando mi piel sin compasión.

Siento sus manos en mis caderas, que aprietan mi carne antes de deslizarse por debajo de mi culo y alzarme en vilo para llevarme de vuelta al dormitorio.

—Tus estudiantes pueden esperar... Yo no...

Una hora después seguimos en la cama, deliciosamente saciados, con nuestros brazos y piernas enredados y su mano acariciándome de forma hipnótica la espalda.

He llamado a la universidad y le he pedido a una compañera que dé la primera clase por mí. Nunca suelo pedir favores, pero es la primera vez que he estado tanto tiempo separada de Jack desde que me trasladé a Nueva York y decir que le he echado de menos se queda corto, muy muy corto...

—¿Qué tal ha ido el viaje? —Anoche llegó a casa de madrugada, así que

todavía no hemos tenido ocasión de hablar, y aunque hemos charlado cada noche por Skype, sé que todavía no me ha explicado las cosas más importantes.

—Bastante bien... —Su pecho se expande cuando toma aire—. Fue duro volver a ver a la madre de Dulce, pero era lo que debía hacer...

—¿Te reprochó que desaparecieses antes del funeral? —Me muevo sobre su cuerpo y me recoloco de modo que le pueda mirar a la cara. Sus preciosos ojos azules siempre han sido mis mayores confidentes.

—No... —Su expresión se suaviza y sé que lo que me va a explicar es bueno; se siente en paz—. Ya te dije que eran personas extraordinarias. Se emocionó mucho al verme y no quiso aceptar ninguna disculpa por mi parte. Nos pasamos horas recordando a Dulce, sus ocurrencias y travesuras... —Me acaricia el rostro y me besa con suavidad—. Gracias por darme el empujón que necesitaba... No sé si lo hubiera conseguido hacer sin ti...

—Seguro que sí, pero de nada...

—También tuve tiempo de visitar a Jáuregui. Sigue siendo el mismo cabrón de siempre, no importa cuántos años pasen, pero también es un genio. Le hablé del despacho y de Storm...

—¿Y? —le pregunto con la curiosidad matándome por dentro.

Una lenta sonrisa va apareciendo en su rostro y yo siento que me acelero por momentos.

—Quiere que volvamos a reunirnos para considerar una colaboración... Le encanta la idea.

Lanzo un grito de pura alegría y me pongo de pie sobre la cama, saltando como una niña pequeña sin importarme que él me esté regañando con el ceño fruncido y pidiéndome que baje.

Cuando me estiro a su lado en la cama unos minutos más tarde, todas las

sábanas están revueltas, yo estoy jadeando de agotamiento y las mejillas me duelen de tanto reír.

Pero no me importa.

Soy feliz.

Agradecimientos

Desde que tengo memoria los libros y la lectura han formado una parte esencial de mi vida, y en mi mente siempre había rondado la loca idea de lanzarme algún día a escribir una historia. La vida, y algunos miedos, me hicieron posponer durante muchos años la decisión, pero también fue la vida, y otros miedos, los que me animaron, aquel octubre de 2016, a iniciar esta aventura.

Me metí en este embolado pensando que me ayudaría a desconectar de algunas cosas feas de mi día a día; que tras leerme un par de libros sobre cómo escribir una novela estaría lista para sentarme frente al ordenador y sacar todo lo que llevaba dentro; que sería feliz durante el proceso, que la inspiración me fluiría a través de los dedos y que tampoco había por qué agobiarse, porque nadie más me leería.

De todo lo anterior, solo acerté en una cosa: escribir me ayudó a desconectar del lado menos bonito de mi día a día. Nada más, pero nada menos también.

Porque sí, he sido feliz en muchos momentos, pero el estrés y la ansiedad también han sido considerables; leer manuales de escritura, tropecientos mil artículos al respecto y los cursos de formación me ayudaron, pero nunca se deja de aprender este oficio; descubrí que la inspiración no te cae del cielo, se consigue a base de mucho esfuerzo, y al final ha resultado que esta historia no va a ser solo para mí, sino también para todos vosotros.

Durante todo este proceso florecieron muchas inseguridades (algunas de ellas se podrían considerar tendencias obsesivo-compulsivas, pero llamarlo

inseguridades suena mucho más sano), a las que tuve que hacer frente y aprender a gestionar si quería terminar esta historia, y como resultado he crecido a nivel personal y me gustaría pensar que también un poquito como autora.

Afortunadamente, a lo largo de esta aventura he estado rodeada de personas que creyeron en mí y me animaron cuando más lo necesitaba, y por eso les estoy infinitamente agradecida.

A Aranzazu, por creer en mí a pesar de ser una completa desconocida; por el cariño y respeto con el que ha tratado esta historia y también por sus consejos y su apoyo; y a Vergara y Penguin Random House, por darme la oportunidad de hacer llegar este libro a vuestras manos.

A Petar, mi marido, por ser mi ancla, mi apoyo, mi *cheerleader* personal, por creer en mí más que yo misma; sin ti nada de esto estaría sucediendo ni tendría sentido. *Ja te puno volim.*

A mis peques, porque me han regalado tiempo para dedicárselo a esta historia, siempre con una sonrisa, aunque no entendiesen muy bien qué era «eso que estaba escribiendo mamá».

A mi madre, por ser mi fan número uno, por leer los primeros capítulos del manuscrito a escondidas y emocionarse con cada uno de mis logros. *T'estimo.*

A Laura, mi «Jules», mi amiga del alma, que a lo largo de los años, desde que supo que este era mi sueño, no cejó en insistir y recordarme «amistosamente» que lo tenía pendiente. Tu fe en mí me emociona y me da fuerzas.

A mis *Devils*, Marta e Inés, por leer cada capítulo que escribía recién salido del horno; por darme su opinión sincera y animarme a que no dejase de escribir. Recorrer este camino juntas ha hecho el proceso mucho menos solitario.

A Yola y Noemí (Yola y Mysticnox en RR. SS.), expertas e *influencers* de lo sensual, por darme su opinión sincera sobre el manuscrito y ayudarme a mejorarlo. Si con esta versión final consigo un «no se puede más» y un «pellizco» de vuestra parte ya me doy por satisfecha.

A Noemí (Seshat en RR. SS.), por su cariño y confianza inquebrantable en mí, incluso antes de haberse leído el manuscrito. Tu opinión y consejos fueron de gran ayuda y me animaron a creer en mi historia.

A Carmen Sereno que, además de ser una excelente escritora, se ha convertido en una muy buena amiga. Gracias por tu generosidad y cariño desde que nos conocimos, y por tu apoyo, consejos y ánimos durante la locura que significa publicar una novela.

A Escuela Cursiva por su curso «Cómo escribir una novela romántica», y a Lena Valenti por sus sabios consejos a lo largo del curso. No sabes cuánto me ayudaron tus ánimos y tu confianza en mi potencial.

Y por último, mil gracias a ti, lector, por haberme dado la oportunidad y haber llegado hasta aquí. Deseo de todo corazón que mi historia te haya gustado, al fin y al cabo, ese es el propósito de todo esto.

Cuando Samantha y Jack se vean obligados a unir fuerzas para hacerse con el galardón, descubrirán que sus prioridades cambian y que el mayor premio puede provenir del lugar más insospechado.



Samantha arrastra un pasado que la ha convertido en una mujer introvertida y pragmática, que valora el bienestar de su familia y su propia estabilidad por encima de todo lo demás. Cuando recibe una oferta para viajar a Nueva York y participar en una edición especial del prestigioso Premio Pritzker de arquitectura, siente que su vida se tambalea: sabe que aceptar significa dejar atrás el equilibrio por el que lleva años luchando, pero también que puede ser la última oportunidad para cumplir sus sueños. Lo que ignora es que está a punto de adentrarse en un mundo ambicioso y despiadado, que la obligará a emprender un viaje hacia su propio descubrimiento personal y, además, a enfrentarse a los sentimientos que le despierta Jack, un hombre atractivo y arrogante que la hará cuestionarse todo en lo que siempre había creído.

Estratega y calculador, Jack tiene muy claro los pasos que debe seguir para hacerse con el Pritzker y no dudará en utilizar todos los medios a su alcance para conseguirlo. Pero algo inesperado puede estropear su plan perfecto y poner en riesgo su objetivo: la atracción que siente por Samantha.

Sandra Mir es el seudónimo que esta escritora novel ha decidido adoptar para lanzar su primera novela. Nacida en Barcelona en 1977, combina su trabajo de desarrollo de organizaciones y gestión de personas con su faceta de escritora. Es una lectora empedernida desde que supo unir dos letras y formar una palabra, y siente especial predilección por la novela romántica. Siempre soñó con crear sus propias historias y ser capaz de llegar a los demás a través de sus palabras. Casada y con dos hijos, además de la lectura, le encantan el cine, las series, viajar y pasar tiempo frente al mar.

Edición en formato digital: septiembre de 2019

© 2019, Sandra Mir

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Lookatcia.com

Imágenes de portada: 2019, Anderson Design Group, Inc. Licensed by Adgstore.com. Illustration by Shelby Rodeffe.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17664-41-1

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Storm La tormenta perfecta

Prólogo

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Segunda parte

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Sandra Mir

Créditos